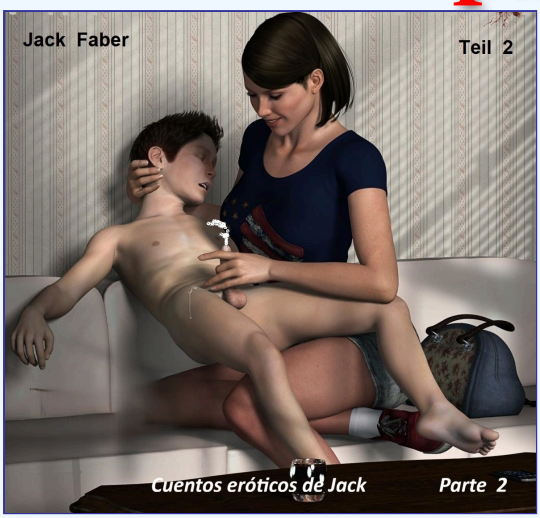

Jack Faber
Teil 2
Cuentos eróticos de Jack
Parte 2


Jack Faber
Teil 2
Cuentos eróticos de Jack
Parte 2

Lista de cuentos de hadas, parte 2



Viaje hacia el norte
El niño silencioso
Woodstock
Corazones fríos
Mi camarera
El marqués de Cáceres

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net

El viaje hacia el norte

von Jack Faber © 2020

Hace muchísimo tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

Este verano puse en marcha mi plan de ir en ciclomotor a Ámsterdam, recorriendo principalmente las autopistas alemanas hacia el norte. Solo en contadas ocasiones la policía de carreteras me detuvo para instarme a usar el carril bici. Sin embargo, al cabo de unos minutos, volví a la seguridad de la autopista, donde no hay ciclistas. Finalmente, crucé la frontera holandesa y seguí mi instinto hacia el norte por una carretera rural en buen estado. Silbando o tarareando a viva voz, fui marcando kilómetro tras kilómetro bajo el sol abrasador hasta que por fin la divisé.

Allí, al borde de la carretera rural, justo antes de llegar a Apeldoorn, se encontraba una joven rubia con un ligero vestido de verano que realzaba sus generosas curvas, con una pequeña bolsa colgada al hombro. Frené bruscamente y apagué el motor, pues quería pedirle indicaciones, ya que en mi mapa de Europa, que mostraba las principales carreteras de Alemania, los Países Bajos eran apenas una diminuta salchicha de tres centímetros. Su rostro redondo y amable se iluminó y, con gusto, me dio las indicaciones. En neerlandés. Se desató una divertida competencia mientras todos intentaban entender qué y quién hablaba qué: en alemán, neerlandés y un inglés titubeante.

El resultado fue que ella quería viajar atrás, vía Apeldoorn hasta justo antes de Sneek. Desde allí, solo tenía que tomar el Afslotdeik directamente a Ámsterdam, sin desviarme. Bastante simple, y sí, ella conocía el camino a Sneek. Inmediatamente y con entusiasmo tomé la decisión equivocada, sin darme cuenta de lo que significaría el desvío en kilómetros y horas. “¿Quién es ella?” pregunté, después de señalarme el pecho y presentarme como Jack, de Austria. Ella tocó su generoso pecho con un dedo, Caroline —preferiblemente “Caro”— e indicó con los dedos que tenía 17 años. Después de subir, le hice un gesto para que se metiera la falda debajo de los muslos para protegerse del viento. Desde la distancia, debió de verse bastante indecoroso, la forma en que le metí la falda entre las piernas. También se veía indecoroso cuando se agachaba du-

rante las pausas para orinar, se subía la falda y yo miraba con curiosidad su redondo y desnudo trasero.

Aunque no dejo de mirar por el retrovisor las piernas y los muslos desnudos de Caro, no me doy cuenta de las nubes que se acercan por detrás. La lluvia nos sorprende de repente y empiezo a buscar refugio. En las afueras del pueblo de Bant, cerca de Emmelord, por fin veo una granja. Me acerco con el coche y aparcamos, completamente empapados, bajo el tejado.

Al cabo de un rato, se abre la puerta y un anciano con bastón asoma la cabeza. Caro empieza a hablar sin parar; conversan durante un buen rato y, al final, lo único que entiendo es "gracias". Caro dice "¡gracias!" y vuelve a entrar arrastrando los pies. Caro se comunica con gestos; podemos resguardarnos de la lluvia en el granero de al lado, o incluso pasar la noche allí si queremos, porque va a llover toda la noche. Empujo la moto hasta el granero, nos sentamos en fardos de heno y esperamos en silencio, empapados. Los minutos transcurren con una lentitud exasperante.

La puerta del granero se abrió con mano temblorosa, el anciano bonachón se movió sobre una manta gruesa y asintió al ver nuestra ropa empapada. Luego señaló con su bastón un trozo de paja y charló brevemente con Caro, después murmuró "bueno, qué fastidio" y salió arrastrando los pies. Dije un fuerte "¡Gracias!", cerré la puerta tras él y me di la vuelta. Aunque estaba un poco más oscuro en el granero, me cayó como un jarro de agua fría, porque Caro estaba colgando su vestido y ropa interior mojados de una viga. No llevaba sujetador; lo supe incluso antes de que se subiera a la moto.

¡Estaba desnuda, completamente desnuda!

Ella, completamente desinhibida, extendió la manta y luego hizo gestos y susurró algo hasta que la entendí. Con más modestia que la más casta de las vírgenes del Convento de la Santísima Virginidad, me quité la ropa empapada y la colgué junto a la de Caro. De reojo, vi que obviamente estaba evaluando mi desnudez. Al acercarme, su mirada curiosa se posó en mi pene, que colgaba por el frío. Me quedé quieto y sostuve su mirada durante minutos, porque yo la observaba con la misma intensidad.

Tenía el rostro bonito, delicado e infantil de una chica de quince años y, sorprendentemente para su edad, unos pechos firmes, no demasiado grandes, con pezones pequeños y muy bonitos. Sus pechos eran realmente hermosos, suavemente redondeados, y recordaban a los bellos pechos virginales de las antiguas esculturas romanas, no tan caídos como los que había visto en mujeres maduras en mis anteriores primeros encuentros. A pesar de su cintura estrecha, tenía unas caderas preciosas y anchas (¿invitantes?), su ombligo estaba oculto en un pequeño hoyuelo y tenía unas piernas bellamente curvadas. Aunque tenía un poco de grasa en las nalgas y los muslos, eso no importaba; lo que importaba era lo que había entre ellos.

Bajo el vello púbico rizado y dorado, que parecía haber brotado recientemente, vi la curva de su monte de Venus con su pequeña hendidura, parcialmente oculta dentro del montículo claramente elevado y bellamente curvado. Ofreció su cuerpo con total franqueza, plenamente consciente de su propia belleza, y yo absorbí con avidez su desnudez erótica, casi infantil. Asintió, como para afirmar una pregunta nunca formulada, y señaló la manta; tendríamos que meternos debajo por el frío. Y nos metimos.

Mi vergonzoso miedo a lo desconocido disminuyó gradualmente después de que nos acostamos sobre la manta y ella la extendió por completo sobre nosotras. Tenía el trasero medio al descubierto y me estaba congelando. Caro me tocó las nalgas y me atrajo hacia ella hasta que quedamos abrazadas, pero al menos secas.

Para que quede claro: tenía casi 18 años en ese momento, creía saberlo todo sobre las mujeres, al menos en teoría, y ya había tenido sexo una vez, de noche, detrás de un arbusto. Sin embargo, había dos pequeños e insignificantes detalles que desconocía entonces: que las chicas tienen clítoris y que pueden tener orgasmos. Para mi deleite, en aquel entonces detrás del arbusto, después de haber eyaculado prematuramente dentro de la vagina de la mujer, que parecía tener unos 45 años, nos vestimos apresuradamente y con remordimientos y nos separamos. ¿Clítoris, masturbación, orgasmo? ¡Ni idea! ¿Anticoncepción? Olvídalo. Pero ahora volvamos al granero.

Yacíamos entrelazados como amantes, muy juntos, desnudos en la oscuridad del granero. La cabeza de Caro descansaba sobre mi

brazo izquierdo; al principio coloqué mi brazo derecho sobre su espalda, pero Caro lo movió con suavidad pero con firmeza hacia su nalga. Sus manos descansaban sobre mi pecho. Los minutos pasaban lentamente y ambos nos calentábamos. De repente, sentí los labios de Caro sobre los míos, su lengua abriéndose paso en mi boca. Nos besamos como si fuera lo más natural del mundo, y pronto sentí un cosquilleo familiar en la parte baja del abdomen.

Poco a poco nos fuimos calentando; hacía calor bajo las sábanas. Mi pene, al principio, descansaba suavemente contra su vulva, pero se fue endureciendo cada vez más, casi clavándose en su monte de Venus. No entendí los susurros de Caro y solo dije: «Sí, sí». Nos besamos de nuevo apasionadamente, y luego ella hundió su rostro en mi cuello. Continuó besándome y susurrando muy suavemente, su mano bajando lentamente hasta llegar a mi pene. Lo acarició con ternura y cariño, rodeándolo con curiosidad. Me resigné a mi destino. Ella susurró y susurró, asintiendo de vez en cuando y diciendo sí, sí, sí.

Los primeros roces se convirtieron en caricias suaves y tiernas; no entendí ni una palabra de sus susurros, pero era evidente que sabía bastante sobre erecciones. Juraría que era mucho más joven que 17 años, pero me masturbó con la misma profesionalidad y rutina que las mujeres maduras con las que había tenido mis anteriores intentos fallidos de tener sexo. No tardó mucho en eyacular sobre su vientre, y ella siguió frotando suavemente hasta que todo salió. Simplemente se untó el semen en la barriga.

Nos quedamos allí tumbadas en silencio durante un buen rato, murmurando y susurrando, y comprendí que para ella, masturbar un pene no tenía nada de especial. Intenté entender que llevaba haciéndolo mucho tiempo, porque «de donde yo vengo» era perfectamente normal que las chicas masturbaran a sus amigos. Claro que no todos. Pero «pijpen» (¿silbar?), eso no le gustaba nada y me explicó lo que significaba con señas, haciéndome sonrojar de vergüenza.

Pero muchas de sus amigas lo hacían y practicaban sexo oral. Con una franqueza infantil e ingenua, describió cómo solían reunirse en un edificio viejo y destartalado, donde fumaban, bebían y escuchaban música en casetes. Se formaban parejas, nuevas o ya veteranas, y si a alguien le apetecía, los chicos dejaban que sus no-

vias los masturbaran, o lo hacían ellos mismos. Ella, con aire juguetón, hizo varios toques con el dedo índice en el círculo que formaba con los dedos y sonrió. ¡¿Qué?! ¡¿Follar delante de todo el mundo?! ¡Claro, no había nada de malo en eso! Dije que no estaba familiarizada con eso, que no era así de donde yo venía.

Se sorprendió y, con cierto orgullo, explicó que tenía una competencia secreta con su mejor amiga para ver quién podía masturbarse y acostarse con más chicos, usando nuevamente el lenguaje de señas. Su amiga seguía ganando, pero ella hacía lo que podía. Le pregunté a Caro de nuevo si realmente lo hacía delante de todos. Sí, dijo, le gustaba mucho que la vieran haciendo círculos con el dedo. No había rastro de jactancia ni mentira en su rostro, solo un orgullo inocente e infantil.

Estuvimos susurrando y cotilleando sobre estas cosas durante un buen rato. Ella describió a cada chico con detalle, usando el lenguaje de señas para ilustrar sus puntos. Uno de ellos tenía un pene enorme, pero no podía ir tan a menudo como el que tenía el pene pequeño. Él, por cierto, era el favorito de todas las chicas y podía ir a menudo, especialmente con su mejor amiga. Riendo, Caro describió sus grandes y temblorosos pechos y el gran agujero de ahí abajo, temblando de risa durante la pantomima. Casualmente, extendió la mano hacia mi pene, que se había vuelto más de medio erecto durante su relato, y lo acarició y frotó. No necesitó masturbarse mucho para que volviera a ponerse duro (gracias a un entrenamiento extenso).

Ella me apartó un poco a mí y a la manta, separó las piernas y me confundió con sus susurros. Los gestos y los movimientos de las manos dejaron claro lo que se suponía que debía hacer. Dedos en círculo. La miré a la cara en la penumbra; sonrió dulcemente y se comunicó conmigo. No, ella quería y podía follar, dedos en círculo, "¡Caro, no es una niña pequeña, puede y quiere!" Lo había hecho muchas veces antes y le gustaba mucho. Dedos en círculo. Sabía que realmente lo deseaba. Agarró mi pene y se masturbó vigorosamente hasta que estuvo duro como una roca. Luego me hizo un gesto para que lo hiciera yo. Anda, casi sonó alemán.

Así que me levanté, me arrodillé entre sus muslos, ella agarró mi erección y la guió con firmeza pero con suavidad hacia su vagina. ¡Qué bien se sentía, su coño cálido y húmedo! Sin dudarlo, em-

pezamos a follar. En la penumbra, vi su rostro sonriente y la oí jadear cada vez con más fuerza, lo que tomé como una buena señal. Ella acercó mi cara a su mejilla y luego agarró mis nalgas que se balanceaban, respirando con mucha dificultad, y deslizó una mano entre nosotros. No sabía qué estaba haciendo ahí abajo, pero podía sentirla retorcerse y también que apretaba su vagina con fuerza varias veces. Susurró: "¡Oh, suficiente!", pero aún no era suficiente, y la follé y me corrí, eyaculando mi carga dentro de su vagina. Exhausto, me desplomé y traté de recuperar el aliento.

Caro se apoya en un brazo y sigue besándome la cara. Luego susurra: "Eso significa 'neuken' (suena como 'nööiken'), ¡y tuvimos un buen 'neuken'!" Le sonrío y confirmo: "¡Ese 'neuken' fue genial!" Después de un rato, cuando nos calmamos de nuevo, le pregunté, atormentado por la incertidumbre, si podía pasar algo. Con dificultad y torpeza, le expliqué si podía quedar embarazada. Con los ojos muy abiertos y asombrados, dijo: "¿Bebé? No, no bebé", rió y se estremeció de alegría. No, estaba contando los días con mucha precisión, así que definitivamente, absolutamente "zeker" no había bebé. Cuando le pregunté si quería uno, negó con la cabeza e indicó que tal vez más adelante.

Miro mi reloj; es media tarde y tengo hambre. Le hago una seña y le pregunto: "¿Quieres comer? ¿Te apetece?". Ella asiente y busco en mi alforja pan, embutidos y zumo de naranja. Lo sirvo sobre la manta, nos sentamos con las piernas cruzadas, uno frente al otro, y comemos y bebemos mientras la lluvia golpea sin cesar el tejado del establo.

De repente siento ganas de orinar y voy a la esquina del granero, dejando que fluya. Caro se une a mí y se agacha. Le echo un vistazo al hilo de orina que ondula entre sus muslos. Después, guardo la comida y me siento de nuevo, fumo un cigarrillo y me quedo mirando en la penumbra entre sus piernas, intentando en vano distinguir algo más que figuras sombrías. Enciendo un segundo cigarrillo, aunque ella susurra y gesticula diciendo que fumar en el granero es una tontería. Dejo que la llama arda un poco más y le echo un vistazo rápido entre los muslos, solo para descubrir, decepcionado, que no hay nada más que un escaso vello y una pequeña hendidura visible, e incluso entonces, solo como un vago contorno. A pesar de la poca visibilidad, mis pensamientos giran en torno a ella, y mi pene se agita, empezando a endurecerse.

Caro me saca de mi ensimismamiento y señala con entusiasmo mi erección. “¡Oh! ¿Joder?” Sin esperar respuesta, se tumba boca arriba, abre las piernas, sonríe dulcemente y me invita a acercarme. “¡Joder!” Mientras me arrodillo entre sus muslos, agarra mi pene y lo frota con fuerza hasta que se pone duro como una roca.

Penetro suavemente su vagina y empiezo a follarla vigorosamente. Estoy a punto de llegar, pero tengo que parar brevemente. Caro sonríe y pregunta algo, pero solo entiendo “¿perro?”. Con cuidado, saca mi pene de su vagina para que no se rompa, luego se pone a cuatro patas, mostrándome su redondo trasero. Entiendo, estilo perrito, lo leí en alguna parte. Desliza una mano entre sus muslos y me saluda con impaciencia. Empujo mi erección hacia adelante, que ella guía suave y fácilmente dentro de ella. ¡Estoy follando estilo perrito por primera vez!

Pronto la oigo respirar con dificultad y lo tomo como una buena señal. De repente, noto que a veces me toca el pene con los dedos. Cuando su respiración se vuelve muy pesada y rápida, eyaculo y, de repente, todo su cuerpo empieza a temblar. Cuando dejo de eyacular, permanezco dentro de ella, porque su vagina sigue contrayéndose y bombeando hasta que jadea: “¡Oh, ya basta!” y lentamente saca mi pene. Su radiante sonrisa me hace comprender poco a poco que esos movimientos son la expresión de su máximo placer durante el sexo.

Nos quedamos allí tumbados un buen rato, jadeando, en un abrazo lleno de amor. Cuando por fin nos relajamos del todo, ella susurraba y hablaba mucho, pero yo no entendía nada. Quizás un par de veces dijo “joder” y “masturbarse”, pero hasta el día de hoy no tengo ni idea de lo que revelaba en sus susurros. De vez en cuando le preguntaba: “¿Está bien follar?”, y ella me abrazaba y me besaba, así que no necesitaba responder y me quedaba dormido.

Creo que solo dormité unos minutos cuando desperté porque Caro me estaba tocando el pene con delicadeza. Sonrió ampliamente y lo empujó suavemente. Se estaba poniendo duro de nuevo, y ella siguió empujándolo para ver cómo crecía. Pronto lo agarró, lo acarició durante un buen rato y lo masturbó cada vez más rápido hasta que volvió a estar completamente duro. Me hizo un gesto para que me quedara tumbado boca arriba. Caro se subió en-

cima de mí e introdujo mi erección dentro de ella. Me folló con movimientos rápidos, girando la pelvis de vez en cuando, y susurró: "¡Joder, qué bien!". Me pareció un polvo muy placentero.

Se humedece un dedo en los labios y lo coloca sobre su monte de Venus, donde parece moverlo. Me folla con embestidas poderosas, su propia excitación crece, su respiración se acelera, sus dedos juguetean nerviosamente en su vello púbico, y con un fuerte jadeo, se desploma hacia adelante, susurrando "¡ooooh, oooh, basta!" y se tumba temblando sobre mi pecho. Después de unos momentos, se sienta y me mira interrogante. Señala mi pene erecto y hace un sonido de "pfft, pfft" hasta que entiendo. No, aún no me he corrido, niego con la cabeza.

Ella se baja ágilmente y se tumba de espaldas con las piernas bien abiertas. "¡Vamos, follemos!" ordena, pero sonríe, sus ojos riendo mientras susurra, "¡Nuck bien!" La penetro en la posición del misionero sin que me masturbe antes. Incluso al entrar, jadea, empiezo a follar, pero pronto está gimiendo y quejándose, temblando con espasmos, "¡Ooooh, ooooh, basta!" Le pregunto si debería parar, pero ella niega con la cabeza y susurra, "¡Nuck! ¡Follar bien!" Así que empiezo a follar de nuevo, y después de lo que parece una eternidad, me corro, pero mi eyaculación es corta y débil. Hecho, terminado, nada más. Exhausto, me desplomo a su lado.

Son solo las 5:30, afuera oscurece aún más y la lluvia sigue cayendo sin cesar. Caro parece intuir que estoy agotada y se acurruca junto a mí para darme calor. Me besa la cara, el cuello y me acaricia el pecho. Repite varias veces: "¡El sexo fue bueno, muy bueno!", con un tono gutural, como un "chudd". La miro a los ojos y veo que aún falta mucho para ir a dormir.

Caro me besa y me acaricia, abre bien las piernas y guía mi mano hacia su monte de Venus. Se queda allí un rato hasta que, con excesiva cautela, acaricio el pequeño y suave mechón. ¿Estaba haciendo algo mal? Caro me mordisquea el cuello con los labios, su respiración es superficial. Lentamente separa las piernas varias veces y levanta ligeramente las nalgas hasta que mis dedos se deslizan solos. Mi mano, más tonta que Parsifal, no sabe cuál es la pregunta para redimir a Amfortas. Mis dedos acarician sus muslos internos sin rumbo, tocando cobardemente e ignorantemente sus cálidos labios, sintiendo tentativamente la hendidura húmeda, y

luego volvemos al punto de partida. Nos besamos durante quince minutos, pero ella se remueve impaciente, rogándome que no deje de acariciarla. Parsifal obedece, desconcertado. Ella lo quiere así. Los dedos desprevenidos acarician los labios, acarician la abertura, y luego los labios de nuevo. A Caro le gusta, pero a mí me alegra tener un descanso más largo.

Los cuartos de hora se convierten en horas; nos acariciamos, nos besamos y nos mimamos a nuestro antojo. Sir Parzifal sigue vagando por territorio desconocido, y Caro, con un suave empujón de su monte, le insta enfáticamente a que continúe acariciando su mano, a veces débil. Y como sabemos, vagó durante años por tierras extranjeras. Caro acaricia mi pene repetidamente y subrepticiamente, probando su rigidez. Pero permanece semierecto; lo quiero así. Me besa y me lame la oreja con ternura, presiona sus labios suaves y carnosos contra los míos, y susurra suave y seductoramente: "¡Me gusta follar, follar es bueno!" y me susurra innumerables besos y palabras de amor con un sonido extranjero al oído. Tiene que ser así; puedo sentirlo.

Le digo con voz ronca: "¡No soy una máquina! Tienes que masturbarme para que se me ponga dura otra vez". Ella me entiende al instante, asiente y repite: "¡Mastúrbate! ¡Sí! ¡Fuerte, fóllame!" y entierra su rostro en mi cuello. Agarra mi pene semierecto y comienza de nuevo, susurrando suavemente su larga e ininteligible confesión. Siento que me está confiando secretos muy, muy grandes porque sus susurros se interrumpen antes de reanudarlos, ronca por la excitación, y continúa masturbándose. Tal vez esté hablando de pecados en pensamiento, palabra o obra, o de pecados con sus antiguos amantes. Desearía poder entender siquiera una palabra, captar sus pensamientos pecaminosos o sucios, sus deseos pecaminosos y sus ansias juveniles. Siento que debe haber muchos pequeños pecados, escandalosamente lujuriosos, porque a veces su mano que se masturba se detiene justo antes de continuar por pura excitación. Agradezco que nuestra cultura haya inventado el pecado.

Mi semierección se mantiene fiel a su nombre, incluso cuando me susurra "¡Quiero follar!" al oído al final de su confesión. Ella entiende mi encogimiento de hombros correctamente y se endereza, agarrando mi pene con firmeza, masturbándose con destreza y conocimiento, concentrándose en silencio hasta que vuelve a estar

completamente erecto. Para entonces ya es completamente oscuro, pero por sus movimientos puedo deducir que está tumbada boca arriba y, guiándome por mi pene en la oscuridad, me lleva entre sus muslos.

Con la mayor delicadeza posible, la penetro, su mano guía la punta de mi pene, luego me abraza con ambos brazos. Apoyo mi frente en su hombro y empiezo a follar lenta pero firmemente. Gradualmente, su respiración se acelera, y excitada, agarra mis nalgas con ambas manos, dictándole a mi culo a qué velocidad debo follar. Mientras jadea y su parte inferior del cuerpo se contrae involuntariamente, susurra su mantra: "¡Oh, suficiente!". Yo susurro: "¿No es bueno?". "Sí, todo es bueno, follar es realmente bueno, ¡quiero follar un poco más!" y lo enfatiza con empujes de su parte inferior del cuerpo.

Animando al otro, follamos hasta que eyaculo con una embestida, pero solo muy brevemente. Ella suspira, me sujeta las nalgas con firmeza y no me deja salir. Le digo: "¡Mastúrbame!" Pero ella niega con la cabeza enérgicamente y se mueve, con mi erección a tres cuartos dentro de ella. Lenta y constantemente, me folla, y cuando empieza a endurecerse, siento que asiente contra mi mejilla y susurra: "¡Sí, correte fuerte! ¡Corre fuerte! ¡Entonces fóllame!" Asiento y dejo que me folle durante mucho tiempo.

Pronto siento su excitación también, y continuamos follando juntos. Caro jadea de esfuerzo y excitación mientras arqueo la espalda y eyaculo. Se aferra a mis nalgas y solo se detiene cuando ella y su vagina bombean intensamente. Me suelta, me hundo a su lado sobre la manta y balbuceo sin aliento: "¡No puedo más!". Sus espasmos disminuyen, me abraza y me besa con fuerza. "Jack, eres muy bueno", murmura, tan alemana como puede ser, y nos besamos durante un buen rato. Más tarde, me doy la vuelta y digo: "¡Buenas noches!". Se acurruca junto a mí por detrás y nos arropa a ambos con fuerza. "¡Buenas noches!".

Me despiertan los movimientos frenéticos de Caro y sus espasmos corporales. ¿Por qué se mueve así ahora? Son las 4:30, el sol ilumina un poco el granero. Caro presiona una mano contra su vulva palpitante, me mira y sonríe: "¡Está dura!". Mi erección matutina es sin duda notoria. "¡Vamos, tengamos sexo! ¡Rápido, tengamos sexo, todavía está caliente!", lo cual no entiendo del todo.

Me agarra, me atrae impacientemente hacia ella. Caro me mira con una sonrisa, sus ojos húmedos y calientes, “¡Caro, todavía está caliente!” y obedientemente me arrodillo, mi erección matutina dura como una roca, y me inclino sobre ella para cumplir su deseo de “todavía está caliente”.

La mano de Caro primero guía la punta de mi polla, luego todo el pene, hacia su coño cálido y ligeramente palpitante. La estoy follando en posición de flexión, ella se agarra a mis nalgas, y nos reímos y nos miramos a los ojos. Después de solo unos segundos, puedo sentir su excitación; su respiración se acelera, y jadea, “¡Es bueno, follar es bua

Me quedo sentada sobre mis talones y por fin puedo ver sus genitales desnudos a la luz del día. Abre sus muslos de par en par y voluntariamente cuando me ve mirándola, mostrando su sexo sin vergüenza alguna, sonriendo con comprensión y con orgullo infantil. Bajo el suave vello rubio, miro sus labios gruesos e hinchados y la abertura enrojecida y bien abierta, mirándola fijamente durante un buen rato e imaginando que su vulva aún late ligeramente por el acto sexual. Extiendo la mano y toco su pequeña abertura enrojecida, Caro pregunta algo, y Sir Parzifal balbucea: “¡Hermosa, hermosa!” y es sorprendido en su mirada pecaminosamente lujuriosa. Exhausta, me dejo caer sobre la manta; nos tumbamos una al lado de la otra, exhaustas y jadeando por aire.

—Necesito orinar —digo. Caro se levanta conmigo y vamos al rincón para orinar. Caro me mira con una sonrisa mientras sostengo mi semierección con dos dedos y apunto mi chorro hacia la pared del granero. Cuando termino, me giro hacia ella y se agacha, y yo hago lo mismo. —¡Ahhh, mira! —dice sonriendo—, ¡mira aquí! Se separa los labios vaginales con ambas manos y abre los muslos para que pueda mirar. El chorro brota de algún lugar alto en su agujero rojo y pronto disminuye. Luego mete un dedo dentro y hurga un poco, lo saca, y un poco de mi espeso y viscoso semen gotea. Regresamos y preparo el desayuno.

Después del desayuno, guardo los escasos restos en la alforja, nos sentamos uno frente al otro con las piernas cruzadas y fumo. Mi mirada está fija, una curiosidad insaciable en su entrepierna mientras fumo. Con cara triste, Caro pregunta: “¿Nos vamos?” Asiento afirmativamente y enciendo un segundo cigarrillo porque

yo también estoy triste. Me mira fijamente y susurra: “¡Una follada más, y luego vamos!” Después de una larga pausa, digo: “Mastúrbate, folla, vete”. Asiente afirmativamente, y tan pronto como termino mi cigarrillo, susurra: “¡Mastúrbate!” y se arrastra hacia mí.

Me recuesto, ella agarra mi pene y apoya su cabeza en mi cuello. Me masturba con movimientos lentos pero enérgicos, susurrándome al oído sus pecados, los pequeños y —suspiros— los malos pensamientos y recuerdos pecaminosos de pecados placenteros —otro suspiro— y todos los pecados. De vez en cuando revisa mi erección y luego continúa frotando, susurrando sobre los pecados de la masturbación secreta.

Cuando está casi completamente erecto, ella se inclina sobre él y me masturba en silencio, con el rostro intensamente concentrado. Finalmente, se siente satisfecha, me suelta y se tumba boca arriba. Abre las piernas y pregunta, con inocencia infantil: “¿Kijken?”. Asiento, me arrodillo ante ella y la miro, masturbándome lentamente. Caro separa sus labios vaginales y exige: “¡Joder! ¡Joder!”. Sonrío y me inclino hacia adelante, hago una flexión, apoyo mi mejilla contra la suya y empiezo a follarla.

Aumento mis embestidas y escucho su respiración, siento sus contraestimulaciones y la follo con gran pasión. Se pone rígida y murmura: “¡Joder, qué bien, muy bien!” antes de empezar a embestir con violencia, justo en medio de mi propio clímax. Me corro inmediatamente, eyaculando con todas mis fuerzas, aunque solo sale un poco. Cuando sus embestidas disminuyen, susurra: “¡Ooooh, ya basta!”

Mientras yacemos uno al lado del otro, felices, sudorosos y respirando con dificultad, ella susurra con mucha, mucha tristeza: “¿Conduces?”. Por un instante, considero seriamente pasar todas mis vacaciones en este maldito granero follando con esta chica maravillosa, joven, guapa y mucho más experimentada. Me recompongo y asiento. “¡Conduce!”. Pero ella ha notado mi leve vacilación y vuelve a sonreír. Me abraza con fuerza y susurra junto a mi oído: “¡Joder, qué bien, Jack, gracias! ¡Genial!”.

Nos vestimos en unos minutos, saco la moto y Caro llama a la puerta de la granja. Cuando el anciano abre, ella le devuelve la manta cuidadosamente doblada, le da las gracias efusivamente y le

dedica su sonrisa más hermosa. Toco la bocina de la moto y grito "¡Gracias!" dos veces. Caro se sube y salimos disparadas de nuevo bajo el glorioso sol. Aproximadamente una hora después, me llama "¡Sneek!" y señala el pueblo que tenemos delante.

Justo antes de llegar a la ciudad, grita: "¡Para!". Me orillo y apago el motor. Se baja y se alisa el vestido arrugado. Pongo la moto sobre el caballete central y nos quedamos allí, indecisos. Entonces señala la ciudad, indica una rotonda y dice: "Hay una señal para Afsluitdijk, Ámsterdam. Allí, todo recto hacia Ámsterdam, directo, eso es". Asiento con la cabeza para indicar que entiendo, y nos quedamos allí parados. Señala un pequeño camino rural y dice: "Mamá, papá, tío Piet". El tío Piet me suena; aparecía a menudo en sus confesiones... Me acerco a ella y la abrazo con todo mi corazón. Un beso, luego otro, y luego un beso profundo y apasionado. Apenas podemos separarnos de ese abrazo. Me recompongo y me subo a la moto. Con lágrimas en los ojos, dice: "Gracias", y lo repito dos veces y arranco el motor porque siento un nudo en la garganta. Arranco y acelero, cegado por las lágrimas, hacia Sneek, encuentro la rotonda y el desvío correcto.

¡Ámsterdam, allá voy!

El niño silencioso

von Jack Faber © 2020

Las circunstancias de la vida de Emma eran bastante peculiares, pues a pesar de su bajo coeficiente intelectual, la oficina de bienestar infantil la contrató sin dudarlo como madre de acogida, ya que era responsable y los niños eran muy felices a su cuidado. Su pequeño apartamento siempre estaba impecable, los niños llegaban al colegio limpios, aseados y peinados, gozaban de perfecta salud y disfrutaban aprendiendo. Le encantaba cocinar y lo hacía muy bien, como revelaban las evaluaciones ocasionales. Pero estas evaluaciones eran muy superficiales en aquel momento; de lo contrario, difícilmente se habría convertido en madre de acogida.

Emma había abandonado los estudios y vivía únicamente de lo que mejor sabía hacer: el sexo. Desde muy joven, había sufrido abusos por parte de sus tíos, sobrinos y primos, pero ella siempre lo consideró un juego y, de hecho, lo disfrutaba; la eyaculación y, posteriormente, el acto sexual en sí, nunca fueron violentos. Debido a que pasaba de un amante a otro y faltaba a clase, fue expulsada. Las cosas marcharon bien durante unos años; los amantes le ofrecían cobijo, seguridad y algo de dinero. Todo iba bien hasta que contrajo sífilis. Cuatro semanas en el hospital agotaron sus ahorros, pero entonces uno de sus antiguos amantes la recogió y la ayudó. Primero con un pequeño y barato apartamento, y luego le consiguió una madre de acogida porque sabía cuán fuerte era su deseo de tener un hijo. Lamentablemente, nunca tuvo un hijo propio. Lo veía como su único amigo y mantenía relaciones sexuales con él, con gratitud y pasión.

Él siguió siendo su único amigo de por vida, y cuando la visitaba ocasionalmente en los años siguientes, ella se entregaba a él con gusto y pasión. Él siempre fue correcto y solo tenía relaciones sexuales con Emma cuando el niño de acogida no estaba presente. La conocía lo suficientemente bien y sabía que ella habría tenido relaciones sexuales con él incluso si el niño hubiera estado allí. Era un hombre correcto y amable, pero la criticó muy duramente cuando la historia sobre Karl salió en el periódico y ella le confesó todo. Tuvo que explicarle con detalle que se trataba de pedofilia, abuso infantil y un delito. Ella solo se calmó cuando él le explicó

que solo Karl había cometido los crímenes, no ella. Él no quería alterarla más y le acarició los pechos y las caderas hasta que dejó de sollozar y llorar. Ella se lo agradeció y se lo demostró durante el apasionado encuentro amoroso posterior. El tema nunca volvió a mencionarse. A pesar de todo, siguieron siendo amigos de por vida.

Al principio, los niños eran pequeños y dulces, y rara vez se quedaban más de seis meses. En los años siguientes, le confiaron niños mayores. Marie era una de ellas, de ocho años y bastante inteligente para su edad. Emma la ayudaba con sus tareas escolares y consolidaba sus conocimientos fragmentarios. Por las noches, después del baño y de ir a la cama, se acurrucaban juntas. Marie ya conocía la masturbación, y a menudo la practicaban juntas. Cuando llegó la siguiente niña, una niña completamente inocente e inocente, Emma le enseñó pacientemente a masturbarse, aunque al principio la niña era tímida y reservada. La niña la quería mucho; compartieron muchos orgasmos, y su despedida fue muy triste.

Así fue más o menos con las muchas chicas que vinieron después. Se acurrucaban desnudas en la cama y aprendieron a masturbarse, masturbándose juntas cada vez que se excitaban. Las chicas admiraban especialmente su gran clítoris y lo comparaban con los suyos, pequeños, medianos y diminutos. Las chicas mayores, en particular, intentaban repetidamente masturbar su gran clítoris hasta el orgasmo. Emma, que nunca antes había practicado sexo oral, se sorprendió cuando una de las chicas más experimentadas le practicó sexo oral y le lamió el clítoris. Superó su resistencia inicial y disfrutó del orgasmo. Aunque ella misma nunca había lamido a ninguna de las chicas, lo disfrutó enormemente y les enseñó a algunas cómo hacerlo. Las chicas pronto le cogieron el truco. Le lamían el clítoris grande y rígido hasta el orgasmo, lo mantenían en la boca y luego continuaban unos segundos después, de modo que Emma pasaba de un orgasmo a otro, una docena de veces. Nunca antes había logrado semejante cascada de orgasmos manualmente. Las chicas disfrutaban de estos juegos sexuales y todas amaban a Emma con todo su corazón.

Karl, su asistente social en la oficina de bienestar juvenil, visitaba a Emma con mucha frecuencia al principio y determinó que era ideal para su afición. En su opinión, era bastante tonta, muy sim-

ple y tenía una fuerte atracción sexual por las chicas. Constantemente le enviaba chicas de entre 13 y 15 años porque era partenófilo, es decir, le encantaba tener relaciones sexuales con chicas jóvenes en plena pubertad. Le encantaba especialmente desflorarlas. La primera vez que Emma lo sedujo, fracasó estrepitosamente. Solo había tenido relaciones sexuales con una mujer adulta una vez antes, y estaba completamente borracho porque la esposa de un compañero de trabajo lo había emborrachado para acostarse con él. Pero recordaba vívidamente todos los detalles, que lo atormentaban en sus pesadillas. Ella lo había desvestido repentinamente y se había montado sobre él mientras estaba sentado en una silla, de orgasmo en orgasmo, hasta que se quedó flácido. Emma, a sus 40 años, era demasiado mayor para él, demasiado gorda, y su gran vagina le resultaba poco atractiva y amenazante. Sobre todo, su clítoris grande y erecto lo inquietaba, y el psicólogo tuvo que admitir que tendría que indagar mucho más si quería llegar al fondo del asunto. Su inquietud creció porque ella se ofrecía tan libremente, tumbada tentadoramente con las piernas abiertas en la cama, jugando inocentemente obscenamente con su clítoris, a pesar de que apenas se conocían. Sabía que su trato dependía de que él la follara. Ahora mismo.

No podía lograr una erección, ¡y Emma no debía tocarla bajo ningún concepto! Se masturbó su pequeño pene, sonrojándose de vergüenza, y cuando se puso rígido, la penetró en la vagina con una mezcla de asco y lujuria, follándola con embestidas profundas. A pesar de su gran vagina, sus labios mayores grandes y repulsivos, y su clítoris terriblemente grande y rígido. Lo que lo excitaba, sin embargo, era que Emma se masturbaba completamente desvergonzada y con avidez mientras la follaban. Él, que deseaba desesperadamente eyacular justo en medio de sus espasmos orgásmicos, se perdió su clímax una y otra vez y se vio obligado a seguir follándola. Con su pequeño pene, tardó casi una hora antes de poder eyacular finalmente durante su orgasmo.

Ahora estaba convencida de su plan y prometió silencio absoluto. Emma, que había perdido la virginidad a los 13 años y había disfrutado del sexo desde entonces, se convenció rápidamente de que solo podía ser bueno y correcto para las chicas, así que Karl pudo organizar y perfeccionar sus fiestas de desfloración. Sin embargo, quizás un poco molesta por su rechazo inicial a su cuerpo envejecido, lo sedujo durante tres días más cuando él vino a hablar

de los detalles. Dejó que su bata se deslizara hasta el suelo y se la quitó lentamente, a pesar de sus débiles protestas. Le agarró el pene y lo frotó hasta que se puso rígido y duro. Lo agarró, lo atrajo hacia ella y guió su pene hacia su vagina. Con astucia, se aseguró de tener un orgasmo justo en el momento preciso, cuando él no estaba del todo preparado. El pobre Karl luchó durante más de una hora hasta que finalmente ella lo llevó al clímax con su masturbación y orgasmos. Lo hizo sufrir deliberadamente durante mucho tiempo porque no se sentía vieja en absoluto, ¡a pesar de tener poco más de cuarenta años!

Unas semanas después de mudarse con Emma, la chica había descubierto los placeres de la masturbación, y Emma, a través de muchas conversaciones y caricias, la preparó para lo maravilloso que sería tener sexo con un hombre. Las chicas no tardaban en estar tan cachondas como la pimienta de cayena, y la fiesta podía empezar. Karl llegó con dulces y vino espumoso, que mezclaron con limonada de fresa. Estaban desnudos, bebiendo el vino espumoso, y Emma, junto con la chica, exploraba con avidez la anatomía del pene, bastante pequeño, de Karl. Los tres se abrazaron, el alcohol pronto hizo efecto, y a la chica se le permitió sostener su pene y presenciar la maravilla de su erección. Emma dio instrucciones sobre cómo frotar su pene, y algunas de las chicas mayores incluso lograron que Karl eyaculara.

Más tarde, la chica yacía entre los dos hombres y se excitaba con cada sutileza. Días antes de la fiesta, Emma le había instruido meticulosamente, paso a paso, sobre exactamente lo que tenían que hacer ante el pequeño pene que las convertiría en verdaderas mujeres. Siguiendo la coreografía, Emma masturbó a la chica, quien frotó el pene de arriba abajo contra sus labios vaginales de forma provocativa. La chica misma tenía que insertar el pene en su abertura vaginal y luego masturbarlo hasta llegar al orgasmo. Emma provocó el orgasmo de la chica en el momento en que Karl penetró lenta y placenteramente su pequeña vagina y la miró expectante a la cara. El momento en que el himen se desgarró lenta y gradualmente bajo su presión, mientras la chica tenía un orgasmo, fue el clímax para Karl. A veces el himen se desgarró repentina e inesperadamente, y entonces tanto Karl como la chica se estremecieron. Luego la penetró lenta y deliberadamente, mientras Emma le susurraba tranquilizadoramente a la asustada chica, instándola a masturbarse mientras la penetraban, diciéndole que le haría bien

y la haría olvidar el pene. Muchas se alegraron cuando Emma se encargó de la masturbación mientras Karl seguía follándolas. Karl solía contener la eyaculación hasta que la chica volvía a ser sacudida por los espasmos convulsivos de su orgasmo.

Emma siempre se molestaba cuando Karl hacía comparaciones despectivas entre su cuerpo y el de las chicas jóvenes. Castigaba a Karl masturbándolo rápidamente antes de que llegara al clímax y sumergiendo su glande en la abertura vaginal de la chica, donde eyaculaba en lugar de realizar el acto sagrado de la desfloración. Por lo general, lo repetía sin ayudar a Karl a lograr su objetivo. Una vez, cuando Karl se excedió en sus comparaciones, comparando sus pechos incipientes con sus senos generosos, alabando su vagina pequeña y estrecha y sus nalgas suavemente curvadas, ella se enfureció y lo hizo eyacular dos veces seguidas en el vestíbulo vaginal de la chica, tras lo cual su pene se volvió flácido. Luego, la penetró con los dedos, rompiéndole el himen. Decepcionado, Karl tuvo más tarde relaciones sexuales a medias con la chica devaluada.

Emma le dejó claro que estaba lejos de ser una vieja basura, y que si él le negaba el placer de ser follada, ella también le negaría el suyo. Le gustara o no, tenía que follársela a partir de ahora siempre que ella se ofreciera. Emma ahora marcaba el ritmo y la coreografía; ella decidía si él podía experimentar la magia de la desfloración y cuándo. Tenía que follársela tan a menudo y con tanta pasión como ella quisiera, cuando ella quisiera, independientemente de si él quería o no. Tenía que superar su asco por su vieja carne para que ella no le estropeara el juego. Las chicas se excitaron mucho al ver a Emma y Karl follando, así que todos sacaron provecho. Ella le hizo unas buenas mamadas para que el pequeño soldado cansado volviera a estar duro. Karl se dio cuenta rápidamente de que tenía que seguir follándola hasta que ella excitara a la chica, y a su señal, cambió de la vagina grande a la pequeña. Entonces ella ayudó con gusto a desflorar a la chica. A veces Karl no lograba tener una erección y Emma no podía tener relaciones sexuales, algo que ella generalmente entendía, y la fiesta simplemente se posponía. Sin embargo, en algunas ocasiones Karl tuvo que presenciar, con los ojos muy abiertos, cómo ella desfloraba a la chica, y la fiesta terminó de forma desagradable.

Estas fiestas de desfloración se prolongaron durante mucho tiempo; durante esos años, Karl desfloró a casi todas las chicas que le presentó a Emma. Solo en raras ocasiones Karl volvía a visitar a la chica para tener relaciones sexuales. Pero Emma estaba convencida de que las chicas encontraban esta aventura muy excitante y a menudo se lo comentaban en voz baja después, cuando tenían relaciones sexuales entre ellas. Finalmente, Karl fue denunciado anónimamente y pasó unos meses en prisión; después de eso, nunca volvió con Emma. Ella se alegró de que su nombre no saliera a relucir en el juicio, de que Karl guardara absoluto silencio y de que nunca más volviera a contactarla.

Bajo la nueva cuidadora, las niñas y los niños llegaban al azar; la mayoría tenía entre 10 y 14 años y rara vez se quedaban más de unos meses. Entre los más pequeños había algunos que no sabían masturbarse. Ella a menudo les frotaba sus pequeños penes y los masturbaba muy rápido hasta que palpitaban. La mayoría aún no podía eyacular; eran demasiado jóvenes. Pero a todos les encantaba este juego excitante, y algunos de estos pequeños experimentaron su primera eyaculación con ella. Los mayores, que ya podían eyacular, disfrutaban de que Emma los masturbara, porque ella les hacía unas mamadas divinas. La segunda vez, Emma tenía que esforzarse más, pero si alguien no había eyaculado incluso después de una hora, se detenía y se ocupaba de su propio orgasmo. Verla los excitaba a la mayoría, y se masturbaban. Ella les dejó claro de inmediato que no se les permitía eyacular en la sábana; no, obedientemente eyaculaban en sus pechos.

Casi todos los chicos mayores, de 13 o 14 años, estaban desesperados por tener sexo. Todos sabían cómo funcionaba en teoría, pero con ella aprendieron cómo funcionaba en la práctica. Sin embargo, primero cada uno tenía que pasar una prueba tonta, algunos solo una vez, otros más. Tenía que arrodillarse entre sus muslos, masturbarse con ella y describir los detalles del acto en términos explícitos. Solo entonces se le permitía eyacular en su vulva. Cualquiera que eyaculara demasiado pronto tenía que intentarlo de nuevo. Entonces, finalmente, se le permitía tener sexo con ella. A ella le encantaba que la penetraran mientras se masturbaba. En poco tiempo, les había enseñado a sus jóvenes amantes lo básico, y a ellos les encantaba tener sexo con su madre adoptiva.

La única vez que tuvo dos hijos, fueron los gemelos Max y Mia, de 14 años, a quienes no querían separar. Los dos solo actuaron tímidamente e inocentes el primer día, pero las falsas máscaras se desmoronaron cuando se bañaron juntos. Después de enjabonarse, Max tuvo que levantarse y se enjuagó con el chorro de la ducha. Emma agarró la erección del chico y lo masturbó; unos momentos después, Mia se echó hacia atrás y se masturbó furiosamente.

Cuando los tres estaban acostados en la cama, Emma preguntó si habían tenido relaciones sexuales. Los gemelos se avergonzaron al principio, pero luego Max admitió a regañadientes que ya lo había intentado varias veces porque ambos sentían mucha curiosidad. Sí, el himen de Mia se había roto la última vez, así que en realidad nunca habían tenido relaciones sexuales como es debido. Después de eso, no se le permitió volver a hacerlo. Mia dijo que prefería no hacerlo, que le había dolido bastante hasta que se le rompió el himen después de muchos intentos fallidos, y juntó las piernas de forma demostrativa. “¡Tonterías!”, dijo Emma, “¡vamos, hazlo!”. Se colocó de manera que pudiera verlo todo con claridad y observó con sus profundos ojos verdes de gato cómo Max y Mia forcejeaban en silencio. Emma les dio instrucciones. Pronto, Max la sujetaba por los antebrazos con una mano, le separaba las piernas con la suya y colocaba su pene erecto en la entrada de la vagina de Mia. Mia intentó apartarse sin mucho entusiasmo, pero él bajó la mano y le separó los labios vaginales con los dedos. Él retrajo firmemente el prepucio sobre el glande y luego separó de inmediato los labios vaginales. Muy lentamente, su pene se deslizó entre sus dedos dentro de su estrecha vagina. Mia susurró asombrada: ¡No le había dolido nada! De alguna manera, le excitaba observar su pequeña y estrecha vagina y su pene delgado y esbelto durante el acto sexual.

Emma observó su breve encuentro, mientras Max eyaculaba apenas un minuto después. Soltó a Mia porque ella ya no se resistía. Emma susurró sus instrucciones, y Max mantuvo su pene dentro de ella, realizando movimientos de empuje muy lentos. Emma pudo ver que Mia obedientemente bajó la mano y primero acarició sus labios vaginales y luego su pene. Ella lo masturbó durante un largo rato hasta que volvió a estar duro. Ella lo abrazó y lo atrajo hacia sí, continuando el acto sexual estrechamente entrelazados. Emma los observó y se excitó muchísimo. Los dos dejaron de follar y la miraron con la boca abierta. Mientras descansaba, exhausta,

los observó, el delgado pene del chico bombeando profundamente dentro de la apretada vagina de la chica. Emma vio claramente el ascenso y descenso de su pene mientras eyaculaba profundamente dentro de ella. Max continuó follando hasta que se quedó completamente flácido.

Durante las siguientes semanas, tuvieron una vida sexual maravillosa, intermitentemente. Max solía acostarse con Emma porque Mia prefería masturbarse y no quería que la penetraran con tanta frecuencia. Pero cuando Mia estaba muy excitada, ya fuera por masturbarse o por ser masturbada por Emma, Max podía penetrarla sin ninguna resistencia, follarla y eyacular. Ella solía tener un orgasmo mucho después de eyacular. Y Max aprovechaba con frecuencia la excitación de Mia. Emma, a su vez, masturbaba a Mia, porque a Mia le encantaba ser masturbada y experimentar su orgasmo de forma completamente pasiva.

Cuando un nuevo funcionario se hizo cargo de la agencia, perdió el rastro de Emma, pero también del último niño de acogida, Jim. Los pagos continuaron automáticamente, Emma y Jim desaparecieron por completo del radar y vivieron sin ningún contacto con las autoridades. No le enviaron más niños, y Jim se quedó con ella hasta su prematura muerte. Vivían cómodamente con el dinero del ministerio; el alquiler de su pequeño apartamento era bajo. Ella era buena administrando el dinero y eran muy queridos en el vecindario. La mujer con el niño mudo. Jim no era mudo ni sordo; de pequeño, había sufrido una forma inusual de meningitis y ya no hablaba. Su desarrollo estaba significativamente retrasado y aprendía muy poco. Aunque acompañaba diligentemente a Emma de compras y a todas sus citas, siempre permanecía pasivo y apático, como una gran muñeca silenciosa que se quedaba inmóvil hasta que Emma se marchaba.

Su rutina diaria era muy sencilla. Por las mañanas, Emma iba de compras con Jim, luego leía sus periódicos sensacionalistas y hacía todos los crucigramas. Jim tenía una gran selección de libros infantiles y miraba todas las ilustraciones mientras Emma leía. Ella había intentado durante mucho tiempo enseñarle a leer, pero él simplemente no podía. Prefería sentarse a la mesa de la cocina y ver a Emma cocinar. Le fascinaba el milagro de preparar la comida, cómo las cosas se transformaban de latas, bolsas de papel y paquetes en una comida maravillosa. Emma solo tenía que hacer

movimientos mágicos con las manos, y entonces el milagro se completaba. Era increíble que limpiara y guardara los platos con sus movimientos mágicos. Luego llegaba la hora del baño y la hora de acostarse.

Siempre se sentaban en la bañera durante mucho tiempo; Jim y ella se habían acostumbrado a estar desnudos al bañarse y antes de acostarse. Ella lo enjabonaba, luego Jim se ponía de pie y Emma le enjuagaba el jabón con la ducha. Con delicadeza, le retraía el prepucio y le enjuagaba el glande; le resultaba muy placentero y le ponía el pene erecto desde muy pequeño. Cuando tenía unos doce años, eyaculó por primera vez, y ella le lavaba el pene con cuidado antes de secárselo. Siempre había sido así.

Sabía cuánto disfrutaba él de que lo rociaran en la ducha. Solía cerrar los ojos mientras ella le pasaba lentamente el chorro de agua por el pene. Sabía que su sonrisa indicaba su eyaculación y dirigía el chorro de la ducha hacia el agua. Siempre empezaba con un chorro grueso y abundante, seguido de muchos chorros pequeños, y ella intentaba atrapar todas las salpicaduras con sus grandes y palpitantes pechos. Le encantaba que alguien le rociara los pechos. Era una especie de fetiche que había llegado a amar desde la adolescencia. Por supuesto, no podía recordar quién era el que se masturbaba delante de ella y dejaba que su semen salpicara sus jóvenes y pueriles pechos. Se frotaba el semen en los pechos y gemía de placer antes de lavarlo con la ducha.

Con el tiempo, no siempre lograba eyacular bajo el chorro de la ducha. Ella, muy lentamente, le retraía el prepucio sobre el glande y luego lo volvía a colocar con firmeza, durante unos minutos, y entonces él eyaculaba. Ella no quería masturbarlo, todavía no. En su visión del mundo simple y distorsionada, la masturbación era uno de sus fracasos como mujer, cuando los hombres no podían eyacular durante el sexo. No quería enseñarle eso todavía. Sin embargo, tenía que llevarlo a la eyaculación cada vez con más frecuencia, retrayendo lentamente y con cuidado su prepucio. Pronto le tomó cada vez más tiempo llevarlo a la eyaculación con su mano. No es como masturbarse, pensó, como lo hacían sus parejas sexuales impotentes, que se frotaban el pene salvajemente, rápido y desesperadamente.

El truco del chorro de agua de la ducha ya no funcionaba. En cambio, ella le frotaba el pene lenta pero deliberadamente, dejando que el glande emergiera del prepucio y saliera entre sus dedos con evidente placer. Lo sostenía a la distancia justa con una mano en sus nalgas, mientras que con la otra lo masturbaba lenta y deliberadamente. A él parecía gustarle que ella lo masturbara más rápido hacia el final y que sujetara su delgado pene con un poco más de firmeza. Por lo general, pasaba media hora antes de que eyaculara entre sus dedos y sobre sus grandes pechos. A veces, ella podía presentir cuándo estaba a punto de eyacular, entonces apuntaba su pene directamente hacia sus pechos y le acariciaba el glande con el pulgar y el índice. Entonces él eyaculaba rápidamente porque, mientras él venía, ella seguía acariciándole el glande hasta el final, esparciendo el semen sobre sus pechos incluso mientras él eyaculaba.

Después de secarse, se fueron a la cama. Siempre dormían desnudos y ambos disfrutaban de largos y cariñosos abrazos antes de quedarse dormidos. Ella apenas había sentido la necesidad de tener relaciones sexuales en la última década; se masturbaba solo una vez al mes, y Jim se sentaba entre sus piernas abiertas. Su pene se ponía erecto y palpitaba de vez en cuando, pero claro, en aquel entonces no podía eyacular. Pero como ella tenía que llevarlo al orgasmo con la mano, su excitación había aumentado, y se masturbaba a diario antes de acostarse, igual que en su juventud. Jim se sentaba entre sus piernas abiertas y la observaba atentamente. Ella nunca supo si él entendía lo que ella hacía.

Siempre se le ponía dura, desde pequeño, cada vez que la miraba. Se inclinaba hacia adelante con curiosidad y observaba el dedo que primero, lenta y suavemente, luego, rápida e intensamente, le frotaba el clítoris. Ahora estaba en plena pubertad, sentado entre sus piernas, y eyaculaba cada vez con más frecuencia, por sí solo, generalmente justo después del orgasmo de ella. No necesitaba ducharse ni acariciarse el pene; la observaba masturbarse, y su dedo lo excitaba hasta que eyaculaba, por sí solo. Ella lo acercaba para que su semen no manchara la sábana, sino para poder limpiarse la entrepierna y el vientre con un paño. Pronto lo guiaba hacia la entrada de su vagina, empujando su pene profundamente dentro, hasta donde podía, para que sus dedos no tocaran el pene que se balanceaba libremente, algo que antes la había molestado mucho. Si se detenía después del orgasmo y él aún no había eyaculado, lo

abrazaba con cariño y lo estrechaba contra sí. Ella le masturbó el pene, que estaba dentro de su vagina, con dos dedos hasta que eyaculó. A él le encantaba, y si su pene no se ablandaba, permanecía dentro de ella, esperando pacientemente a que continuara. Parecía disfrutar cada vez más de que ella lo masturbara en un abrazo íntimo y de eyacular dentro de ella. Por supuesto, ella lo masturbaba cada vez que quería continuar.

Ella floreció y, a pesar de tener 57 años, irradiaba deseo y atractivo sexual. Su joven vecino, un alcohólico desempleado de unos treinta y pocos años, cayó bajo su hechizo durante unas semanas, y tuvieron sexo apresuradamente en su apartamento porque ella no podía dejar a Jim solo por mucho tiempo. Esto solo duró hasta que otra mujer desempleada se mudó con él. Entonces tuvo que llevarlo a su casa. Ella sentó a Jim a la mesa de la cocina y le dijo que leyera sus libros mientras ella se acostaba con el nuevo visitante. Jim solo se quedó sentado hasta que ambos se desnudaron. En medio del acto sexual, él entró en su dormitorio, también desnudo, y se sentó en la cama. El vecino se sorprendió al principio, pero ella le aseguró que el joven era inofensivo y que en realidad no la veía. Jim observaba su sexo diario y eyaculaba con frecuencia. Al vecino le pareció extraña esta eyaculación sin fricción, pero no dijo nada y se concentró en el sexo. Jim solía eyacular cuando ella le masturbaba el pene entre encuentros sexuales. Jim la observaba muy de cerca, lo que a veces la irritaba, provocando que se masturbara con el vecino durante demasiado tiempo hasta que este eyaculó. En ese preciso instante, Jim, que había estado observando su mano masturbándose con la mirada fija, también eyaculó, y en una especie de encantamiento paralelo, comenzó a eyacular simultáneamente con el vecino. Después de unas semanas, todo terminó; los celos del nuevo compañero de piso le dieron un final rápido y seco.

Un rato después, Jim comenzó a balancearse sobre sus nalgas con el pene dentro de la abertura vaginal de ella mientras ella se masturbaba, hasta que eyaculó. Emma estaba complacida con esto y disfrutaba de su movimiento mientras se masturbaba; él eyaculó y permaneció dentro de ella. Mientras ella se acercaba lentamente a su clímax, él comenzó a balancearse de nuevo. Su rostro se contrajo de placer mientras los intensos espasmos de ella apretaban y contraían su pene. Ella descansó durante quince minutos, dejando que Jim continuara balanceándose dentro de ella. Él se balanceó y

se balanceó durante mucho tiempo hasta que pudo eyacular dentro de ella.

A partir de entonces, se balanceaban a diario, y ella estaba encantada porque él solía eyacular tres veces mientras lo hacían. Su comunicación no verbal era suficiente para que ella supiera si él quería más. Por lo general, ella seguía deseando otro orgasmo y se masturbaba con la frecuencia y durante el tiempo que le duraba la excitación.

Aproximadamente un año después, justo después de que cumpliera 18, ella le enseñó la posición del misionero. Tuvo que agarrarle las nalgas y demostrarle los movimientos. Las primeras veces, le dejó claro que tenía que hacerse como con el vecino: lo viste perfectamente, ¿verdad? Jim asintió y puso los ojos en blanco de placer mientras la penetraba, intentando imitar la forma en que el vecino tenía sexo. Emma lo guió y dirigió hasta que se corrió con una eyaculación alegre. Sorprendentemente, Jim aprendió la posición del misionero bastante rápido. Sus orgasmos mientras se masturbaba eran maravillosos cuando él la penetraba de verdad y luego se quedaba dentro de ella hasta que volvía a estar duro. Si se salía, ella lo masturbaba a su manera lenta hasta que volvía a estar duro.

Ella lo pasó de maravilla, aunque no sabía si él sentía lo mismo.

Peter, su único amigo de toda la vida, quien la había traído a casa del hospital, le había encontrado un apartamento y la había ayudado a ganarse la vida como madre de acogida, estaba en la puerta. Había perdido su casa, su esposa y su vida. Por culpa del instructor de tenis. Emma lo escuchó con amabilidad durante horas y lo consoló cuando lloraba. La necesitaba. Como resultado, dejó de salir, excepto para comprar más alcohol. Bebía más de lo habitual, pero nunca se emborrachaba. No vivía a costa de ella, la acompañaba de compras y pagaba generosamente. Se llevaba de maravilla con Jim; llevaban juntos las compras y él le daba la mano a Jim cuando caminaban por la calle.

Emma esperó pacientemente a tener sexo con Peter hasta que se recuperara un poco. Jim ya se había quedado dormido, y tuvieron sexo silencioso y apasionado. Esto fue bien durante unos días, pero Jim se despertó y los observó, hipnotizado. Peter le preguntó

por qué no se estaba masturbando, sino que estaba sentado allí con su erección. Ella dijo que nunca le había enseñado cómo hacerlo. Peter tomó otro trago largo y se sentó amablemente junto a Jim. Tomó la mano de Jim, acarició su pene, y se masturbaron juntos hasta que Jim eyaculó. Jim tardó varios días en comprender. La siguiente vez que Peter se entregó a su último hábito de poner la punta de su pene en la boca de Emma y masturbarse antes del sexo, animó a Jim a masturbarse con una sonrisa amistosa y gestos con las manos. Al principio no lo logró, pero después de unos días, quedó claro que había aprendido.

Emma, que nunca antes había practicado sexo oral, estaba feliz de complacer a Peter y acarició su glande con sus labios y lengua, pues lo amaba profundamente. Él se masturbó y eyaculó en su boca. Como solía ser su primer orgasmo del día, eyaculó bastante semen, que ella bebió y tragó sin dudarlo. Peter la abrazó y la besó apasionadamente, pues eyacular en su boca era una de sus fantasías insatisfechas. Después, tuvieron sexo como en los viejos tiempos, con Jim masturbándose lentamente y observándolos.

Peter pronto recuperó el equilibrio, bebía muy poco y acudía a su empresa dos o tres veces por semana para supervisar las cosas. A los 60 años, había cedido la gestión diaria a los directores generales y no interfería. Todo marchaba bien y ganaba muy bien incluso en su retiro autoimpuesto. Había buscado en el mercado inmobiliario y compró un apartamento mucho más grande y bonito cerca de allí. Lo registró a nombre de Emma y respondió con una sonrisa que uno nunca sabe cuánto durará la vida, y que ella y Jim deberían estar económicamente seguros cuando él ya no estuviera. Emma lo abrazó, lo besó y se secó las lágrimas; lloraba al pensar en la muerte de Peter algún día. Sorprendentemente, Jim se inclinó y los abrazó a ambos con fuerza. Después de la mudanza, amueblaron el apartamento juntos; ahora había una radio y un televisor. Peter instaló un pequeño espacio de trabajo con un ordenador para poder contactar con los directores generales en cualquier momento, así como con sus amigos y conocidos de todo el mundo.

Permanecieron juntos como una pequeña familia. Incluso cuando la carrera del entrenador de tenis se desvaneció, rechazó a su esposa, diciéndole que se quedara en su casa y buscara trabajo. No

estaba dispuesto a divorciarse y ser estafado como un ganso en Navidad. Ya no quería saber nada de eso.

Jim ahora tenía su propia habitación, con todos sus juguetes y libros. Pero por la noche, siempre venía a la gran cama de Emma y Peter. El trío era satisfactorio para todos; Jim intentaba imitar a Peter en muchos sentidos. Quizás esta era su manera de aprender. Y físicamente, era un hombre joven, no un niño; su pene era al menos tan grande como el de Peter, si no más. Acercó su pelvis a la cara de Emma y esperó. Emma y Peter dejaron de follar porque era evidente lo que él quería. Intercambiaron una mirada, luego ella tomó el pene de Jim en su boca y acarició su glande. Jim rió, y prácticamente se podía ver la excitación en su rostro. Ella lo masturbó rápidamente y lo dejó eyacular en su boca mientras Peter continuaba follándola. Prestó mucha atención a las señales no verbales de Jim; lo masturbó y lo dejó eyacular en su boca cuatro veces hasta que tuvo suficiente.

Después de un tiempo, la pareja se acostumbró a una rutina. Después del almuerzo, Peter solía ir a la cafetería a reunirse con amigos, lo que les daba a Emma y Jim la libertad de practicar su postura misionera. Después de dos años, Peter había logrado enseñarle a Jim a leer. Para su vigésimo cumpleaños, Jim recibió una gran estantería vacía, que se fue llenando gradualmente en los meses siguientes. Cuando Jim leía por las noches después de ver la televisión, Peter y Emma tenían tiempo el uno para el otro y seguían disfrutando de relaciones sexuales románticas cada tres días. Tres años después, Jim aprobó sus exámenes de fin de secundaria como estudiante externo en una escuela especial. Aunque no podía hablar, cuando Emma leía su “libro de pensamientos”, se asombraba de su inteligencia y de cómo empezaba a comprender el mundo. Peter a veces lo llevaba a la cafetería, donde él y sus amigos cultos conversaban sobre todo tipo de temas. Jim expresaba sus pensamientos escribiéndolos en su pequeña libreta y haciendo que Peter los leyera en voz alta. Peter estaba convencido de que Jim podría aprobar sus exámenes de ingreso a la universidad y asistir a la universidad a pesar de su mudez, y le proporcionó todos los libros de texto necesarios.

Woodstock

von Jack Faber © 2006

El pianista tenía que dar otro concierto, esta vez en Dublín. La madre de Robert sospechaba que algo andaba mal y no quería compartir a su pianista con nadie. Así que decidió volar también a Dublín, y el pianista pronto desistió de intentar disuadirla. Rápidamente le informó a su contralto-soprano que su mecenas lo acompañaría y colgó el teléfono sin escuchar sus quejas.

Robert se mantuvo terco y desafiante. ¿Dublín? No, gracias. Se quedaría en casa; cuatro días no serían problema, y además, tenía casi catorce años. Era lo suficientemente mayor como para estar solo unos días. Robert se quedó mudo al pensar en estar solo en esa casa grande y tenebrosa. Lo intentó de nuevo: o ir a casa de la abuela. La madre de Robert retrocedió horrorizada, pero la idea echó raíces en su pequeña mente. La abuela, la abuela de Woodstock.

La abuela de Woodstock se llamaba así porque una vez había estado en Woodstock; no, no en el festival de Woodstock de 1968, sino uno o dos años después, en algún campo belga de algún pueblo perdido de Bélgica, donde se recreaba Woodstock, y lo ha hecho innumerables veces desde entonces. Y allí estaba, contándoselo a todo el mundo. Había drogas y estaban colocados desde la mañana hasta la noche, bebiendo y acostándose con todo el mundo. Ese era su Woodstock. Fumar marihuana, beber y follar, lo que te apeteciera. Ya tenía veintitantos años por aquel entonces y aún no había vivido mucho. Sus padres adinerados la habían obligado a entrar en un internado de monjas a una edad muy temprana, tras lo cual vivió una vida protegida y vigilada con recelo en casa, hasta que su amiga Susanne la llevó por primera vez a este Woodstock belga y más tarde a la industria del cine. La rigidez de la casa de sus padres se desvaneció como la piel de una salchicha en esta recreación de Woodstock, ¡porque había chicos allí, chicos a montones! Su silencioso y congelado anhelo por el sexo opuesto, que años atrás había surgido de algunas pequeñas aventuras secretas y luego había sido sofocado por la estrictez de sus padres, resurgió con fuerza; bastaba con acercarse lo suficiente para que comenza-

ra. Fue la mejor follada de su vida. Estuvo drogada durante días, bebiendo vodka, ron y otras bebidas a raudales.

Cuando finalmente empezó a diseñar ropa de moda, trapos y otros adornos, la ruptura con su familia burguesa fue total. Aunque tuvo mucho éxito profesional, sus romances fueron breves e intensos, nunca duraderos. Solo muy avanzada edad decidió casarse con el viejo coronel tras su jubilación; el acaudalado anciano incluso llegó a ser general, pero no era ni tres cuartos de año mayor. Además de las propiedades para sus dos hijas (de diferentes relaciones), también les dejó esta hermosa casa de campo en las afueras de la ciudad, con un gran jardín y piscina para Woodstock, junto con una cuenta bancaria bien surtida. Ella quería mucho a su antiguo admirador, pero como aún no se había ganado un lugar muy especial en su corazón, no lo lloró mucho y se permitía el lujo de tener un amante de vez en cuando. Si era bueno, aunque solo fuera por unos días.

Ahora Robert estaba con ella, el pequeño, amable y educado Robert. Robert no quería ver la televisión, Robert no quería leer, Robert quería sentarse con su abuela en el invernadero entre las plantas de cáñamo. Se sentó educadamente frente a su vaso de limonada, Woodstock bebió su bebida al ritmo de Bob Dylan —¡Dios mío, qué sabía el chico de Bob Dylan!— Woodstock estaba recostada en su chaise longue, una cómoda pieza de exhibición de los sesenta, y como no había vecinos inmediatos, no llevaba nada más que la absoluta nada de un pareo debido al calor del verano y preparó su pipa, su pequeña y delgada pipa que había recibido por aquel entonces en Woodstock. El humo flotó agradablemente sobre su lengua, profundamente en sus pulmones, y luego de vuelta a su nariz. Paz y satisfacción se extendieron, paz por todo el mundo, ¡este viejo mundo de mierda! Woodstock dio otra calada profunda y bebió de nuevo su vodka secreto, una paz cálida y reconfortante se extendió por su mente y la relajó. Bob Dylan continuó tocando su riff seco y rítmico, y Robert preguntó si era una pipa normal. Woodstock sonrió y negó con la cabeza. «¡Esta es una pipa de la paz, querida, pero una auténtica!», dijo, inhalando profundamente el humo. Ahora reinaba una paz aún mayor, una sensación de bienestar aún más profunda, y Woodstock se quedó dormida un poco; más precisamente, cerró los ojos, pero mantuvo el vaso de vodka firmemente en la mano. Más tarde, Robert le quitó

con cuidado la pipa de la paz de la mano, ya que amenazaba con resbalársele de los dedos sudorosos.

Robert había leído todo sobre el cannabis. Incluida la mescalina, por supuesto, porque la abuela Woodstock había atendido al llamado de Castaneda y asistido a talleres, seminarios y demás tonterías, resistiendo milagrosamente el encanto del pequeño hombrecito barbudo, y desde entonces sus amigos de allí le habían estado suministrando regularmente todo lo que se pudiera fumar. Robert no podía saber qué contenía la pipa, pero como ya la tenía en la mano y la había salvado de caer al suelo, la giró pensativamente entre sus dedos. El cannabis no te deja ciego, ni te da granos horribles, se dijo a sí mismo, y valientemente dio su primera calada. Y no sintió nada, absolutamente nada.

¡El cuento de hadas de la pipa de la paz! Su sabor era casi idéntico al de los cigarrillos que a veces le robaba a su madre y fumaba a escondidas. Sintió cierto alivio, una especie de euforia al darse cuenta de que todo era mentira, y dio una calada a la pipa. Aspiró con fuerza, con ganas, e inhaló profundamente. Antes no había inhalado, pero ahora sí. El humo le llegó hasta lo más hondo de los pulmones, le temblaron ligeramente los ojos y Robert tosió, tosió con todas sus fuerzas, porque algo tan fuerte tenía que irritarle los pulmones.

Woodstock despertó y miró a su alrededor. Notó que Robert tosía y se aferraba a su pequeña pipa, luchando por respirar. Su rostro pálido lo decía todo. Levantó el vaso de limonada y le dio un trago. «¡Qué niño tan tonto!», le reprochó, «¡tienes que probar de todo!».

Robert se recuperó rápidamente de su ataque de tos. Se sentía ligero y ágil, y la abuela de repente le pareció muy graciosa. El pareo era prácticamente transparente, y se podían ver los pezones de sus grandes pechos, su escaso vello púbico, ¡y su hendidura debajo! Siempre la había visto con una especie de harapos alrededor del cuerpo, apenas cubriendo lo que necesitaba cubrirse, pero solo ahora se percató conscientemente de ello. Su mirada vagó por el cuerpo de Woodstock, y notó con asombro que estaba completamente desnuda bajo el pareo. Robert rió a carcajadas, porque aquello era algo maravilloso; nunca la había visto tan desnuda, tan linda, desnuda, tan graciosa, desnuda, tan completamente desnu-

da. Reía y se reía entre dientes; el pareo se enroscaba alrededor del cuerpo de Woodstock como una pequeña y astuta serpiente, atrayendo su mirada una y otra vez hacia su vulva, hacia su hendidura. De repente, Robert sintió un impulso irresistible de estar desnudo él mismo. Se desnudó rápidamente, tiró su ropa descuidadamente al suelo y volvió a sentarse. Woodstock lo miró atónita, y Robert soltó una carcajada al ver que sus ojos se abrían cada vez más, girando como peonzas. Su cabello blanco y rebelde ondeaba alrededor de su cabeza, y parecía flotar en la chaise longue. De reojo, vio que él estaba teniendo una erección rápidamente.

Antes de que Woodstock pudiera detenerlo, Robert tomó la pipa por tercera vez y la aspiró con furia. Inhaló profundamente e inmediatamente tosió con fuerza, riendo al mismo tiempo porque Woodstock se movía con torpeza y suavidad en la chaise longue, y uno de sus tres o cuatro brazos, como una bandera ondeando al viento, se extendió por encima de la mesa y agarró la pipa. Robert se puso de pie rápidamente, sintiéndose incluso como si flotara, y también intentó alcanzar la pipa que se desvanecía, intentó alcanzar el brazo que revoloteaba. Tenía la pipa, pero la pipa también lo tenía a él; lo arrastró por la mesa, lo dejó flotar en los bordes y aterrizó sobre Woodstock.

—¡Oye, oye! —gritó Woodstock, sujetando con firmeza al hombrecillo que se balanceaba—. ¡Nos han golpeado muy fuerte! —Se rió y se llevó la pipa a los labios, dando una calada profunda—. ¡Ahhh, qué bien se sentía! —Hizo un poco de espacio y dejó que Robert se apoyara en su cadera—. Robert pasó los dedos por el montículo que su cadera representaba y miró con ojos muy abiertos y asombrados la bandera que ondeaba sobre el montículo, el pareo transparente, que apartó juguetonamente. Su mano tanteó hasta su vulva, y sus dedos —los submarinos— jugaron con su hendidura y sus labios. ¡Le encantaba! La mano de Robert era ahora un avión de combate, persiguiendo el pareo y aterrizando una y otra vez en el trasero de Woodstock para repostar o recargar munición. La mayoría de las veces el avión tenía que saltar por encima de su trasero, de lo contrario se habría estrellado, pero hacía giros magníficos y aterrizaba en su hombro y su pecho. El avión rodeó el pecho estacionado, luego condujo en círculo alrededor del pezón. Entonces los submarinos volvieron a entrar en acción y atacaron los labios de frente. Woodstock fumó y se recostó, porque lo

que el chico estaba haciendo era algo de lo que ella había estado privada durante mucho tiempo.

Tampoco era el pene pequeño y delgado del niño que recordaba; erecto, parecía el de un hombre, no más pequeño que algunos que recordaba. El pene de Robert, en contraste con su cuerpo delgado de niño, se había vuelto grueso y nudoso, grueso y firme, ligeramente curvado hacia adelante. El glande rojo brillante había emergido de debajo del prepucio. La mente de Woodstock se aceleró al darse cuenta de que Robert difícilmente podía tener 15 años y, sin embargo, ya poseía un pene tan magnífico, fuerte y firme y listo para penetrarla, para follarla. Cuanto más miraba su pene, más se le ruborizaba el cuello. Sintió ese familiar y leve cosquilleo detrás de las orejas mientras el pensamiento de follarlo cruzaba lujuriosamente por su mente; no eran parientes de sangre, aunque comúnmente se la consideraba la abuela de Robert, pero la palabra "incesto" parpadeó brevemente como un rayo en sus pensamientos.

"¡Guau, guau!", dijo ella, y preguntó: "¿Qué estamos haciendo?". Robert respondió con toda la seriedad de un hombre ebrio: "¡Estoy volando alrededor de tus pechos y haciendo círculos alrededor de tus pezones!". Y la abuela Woodstock parpadeó porque Robert seguía agarrando su pene, tirando y acariciándolo. "¡Bueno, pequeño piloto de combate!", dijo Woodstock, "¿aterrizar en tus pechos debe ser emocionante?" y se rió porque el avión de mano de Robert le hacía cosquillas en el pezón. "¡Sí, muy emocionante!", respondió Robert, y continuó con sus trucos: "¡Ahora estoy haciendo dos círculos dobles alrededor del pezón!". Y, efectivamente, su mano hizo cuatro delicados círculos alrededor de su pezón mientras él, impaciente, se masajeaba el pene con la otra mano.

Woodstock dio un buen trago a su vaso de vodka y volvió a coger su pipa. Tuvo que añadir un poco más de tabaco y algo más de la bolsita de plástico y volver a encenderla, pero ahora el humo denso ya hacía efecto. Mientras estaba ocupada con la pipa, no se dio cuenta de que Robert, descaradamente, le había arrebatado el vaso y se lo había vaciado de un trago. Tras unas cuantas caladas profundas, Woodstock se recostó en las almohadas, apretó a Robert contra ella y dejó que él la acariciara. Involuntariamente, su mirada se deslizaba hacia abajo y se detenía en su pene. Su deseo

crecía, aunque al principio reprimió esos pensamientos avergonzada. Pero Robert estaba muy excitado; su pene estaba duro y erecto. Para su sorpresa, Woodstock notó los pensamientos placenteros y la excitación que se agitaban en su interior, provocados por el contraste entre el cuerpo delicado y esbelto del chico y ese pene grueso e hinchado, con sus venas laterales claramente palpitando, ese miembro tosco cuyo glande bulboso parecía casi extraño. Su estupor inducido por la mescalina le provocaba claramente una intensa excitación sexual, pues repetidamente se tocaba el pene, retrayendo nerviosamente el prepucio ligeramente sobre el glande, dándole un breve tirón y luego soltándolo. Le excitaba que Robert a veces retrajera el prepucio por completo sobre el glande y luego, durante fracciones de segundo, moviera rápidamente tres dedos hacia adelante y hacia atrás, como si se masturbara. Suspiró y sonrió mientras la excitación se extendía lentamente desde sus ingles hasta su vulva. Él y Woodstock yacían acurrucados en la chaise longue, con su avión de juguete aún apoyado en el pecho de Woodstock, y él presionaba con excitación su pene, ahora terriblemente rígido, contra su cadera a través del pareo. Woodstock lo apartó sin mucho entusiasmo, dejando su mano donde había aterrizado, aparentemente por accidente: justo sobre el pene rígido y palpitante de Robert.

Como burbujas de jabón rosadas, vio la excitación crecer ante sus ojos, pequeñas burbujas de jabón rosadas flotando y cayendo sobre los hombros de Woodstock. Abrió los ojos de par en par, pues Woodstock, perdida en sus pensamientos, sostenía su pene con fuerza, y sintió cómo la tensión en sus ingles se intensificaba al deslizarse ligeramente de un lado a otro en su puño ahuecado. Woodstock estaba soñando despierta, sosteniendo al chico con fuerza en sus brazos, su mano, atrapada entre sus cuerpos, agarrando su pene con firmeza. Había vuelto a meter la mano en el espacio entre sus cuerpos y había agarrado con firmeza al pequeño bribón. ¡Cuántos penes había sostenido en su mano, Dios mío, incontables! Ahora yacía allí con su pequeño Robert, su grueso y erecto pene clavándose con fuerza en su costado. Pero ahora soñaba con el pasado, con Woodstock y con los muchos hombres con los que se había acostado allí y después. Algunos se habían quedado grabados en su mente, otros eran demasiado para que su memoria los procesara, o se habían borrado con vodka y mescalina. Pero sí recordaba a algunos, mientras acariciaba el pene de Robert lenta y tiernamente al pensar en el pasado. Recordaba al agente de

transporte de Essex que seguía viniendo a verla, incluso un tiempo después del festival, pero solo hasta que descubrió que ya estaba casado. El nombre del agente era Jones, pensó Woodstock, Jones era el nombre del tipo, y todo iba bien con él, hasta que, bueno, ahí lo tienes.

Pensó en Jones y su tierna y experta manera de follar a las chicas como es debido. A menudo había corrido con él, pero nunca con muchos otros. Ahora sostenía el pene de Jones en su mano y sonrió; estaba duro como una roca y a punto de eyacular. Woodstock hizo unos movimientos lentos para facilitarle a Jones el orgasmo, pero Robert observaba con los ojos muy abiertos y borrosos cómo Woodstock presionaba su pene suavemente contra su cuerpo y lo frotaba con delicadeza. Woodstock se dejó llevar por un sueño, haciendo el amor con Jones de nuevo y frotándolo, tan suave y delicadamente. Robert sintió la cálida y rosada excitación ascender como a través de un velo de niebla. Woodstock lo frotó como un pequeño mecanismo de relojería, y él suspiró feliz. Su mano era como una suave vaina que había envuelto su pene y lo frotaba. Woodstock recordó cómo a veces, después de una cita, los chicos la llevaban a casa, y ella eyaculaba rápidamente sobre ellos antes de que salieran del coche, más por gratitud que por lujuria, y porque muchos no se conformaban con solo besarse y acariciarse. Era una práctica común en aquella época, en los tiempos de los grandes Cadillacs y Oldsmobiles, y algunos chicos se sorprendían de la destreza de Woodstock para acariciarla. Dave, por ejemplo, ese bribón, que siempre quería eyacular entre sus muslos.

Woodstock soñó con los ojos cerrados, sintiendo la excitación crecer en el pene de Dave. Dave, el chico bueno que quería más que nadie durante las caricias, Dave, cuyo pene tuvo que insertar solo un poquito en su hendidura antes de que se corriera, solo un poquito en el patio delantero, sin que pudiera penetrar correctamente. Dave, a quien le encantaba cuando ella pasaba su glande arriba y abajo entre sus labios hasta que se corría. Cerró los dedos con fuerza para complacerlo y apretó el pene de Dave firmemente entre ellos. Robert se presionó más y más fuerte contra su costado, retorciéndose impacientemente en su suave mano. Woodstock sintió que estaba a punto de correrse y ahora movió su mano deliberada y firmemente hacia adelante y hacia atrás. El Cadillac no debía mancharse; Woodstock era una chica lista y mantuvo su mano frente a su pene mientras Dave gemía y se corría en su mano. Los

ojos de Robert se abrieron de par en par cuando su semen salió disparado en la mano ahuecada de Woodstock. Woodstock hizo un par de movimientos más con la mano, y Robert, en su estado de embriaguez, se preguntó por qué su salsa de vainilla de color blanco lechoso salpicaba la mano de ella como pequeñas serpientes retorciéndose.

Woodstock abrió los ojos. No era Dave, era Robert, recostado suavemente en el hueco de su brazo, tras haber eyaculado su inocente semilla en su mano. Ella sonrió y le acarició el cabello: «Bueno, ¿buena eyaculación?». Robert la miró tímidamente a los ojos, con la vista borrosa, y susurró: «¡Por primera vez!». Y cuando ella lo miró con curiosidad, bajó la mirada y susurró incoherentemente: «...por primera vez... de una mujer...». No podía ver su rostro, pues era tan radiante y brillante, enmarcado por un cabello blanco y claro, y sus ojos centelleaban con pequeños destellos juguetones, que no podía ver dentro de ellos. Especialmente no estando tan drogado y mintiendo descaradamente.

Woodstock seguía pensando en Jones, a quien le debía un doloroso caso de gonorrea. Luego apartó a Jones de su mente, sacándolo de ella. ¿Qué había dicho Robert? ¿La primera vez? Woodstock le acarició la cabeza, las mejillas. “Mi niño”, susurró, “¡mi buen niño!”. No sabía por qué, pero le besó la coronilla y lo abrazó con fuerza. “¡Debió de ser bueno!”, exclamó. Robert susurró y mintió sin sonrojarse: “He leído todo sobre la masturbación, pero cómo hacerlo no está escrito en ninguna parte. Ahora lo sé”. Le sorprendió la forma de hablar de Robert, porque ninguno de los niños que conocía hablaba con tanta rigidez. Pasó un rato; permanecieron quietos y en silencio uno al lado del otro.

Woodstock se levantó, preparó un bocadillo y luego volvieron a recostarse en la chaise longue. Woodstock bebió un sorbo de su bebida de vez en cuando, luego preparó la pipa y fumó. No dijo nada cuando Robert tomó la pipa y con cautela dio una calada, luego otra. Pasó media noche con Robert acostado a sus pies, cabeceando, y ella soñando con fragmentos inconexos de pensamientos del pasado, bebiendo bastante. Se turnaban para fumar, Robert bebía una cantidad absurda, inhalando profundamente, y Woodstock sonrió porque su reacción al humo sagrado era muy intensamente sexual. Ella lo observó mientras él se tensaba lentamente y se apoyaba en ella. Le puso una mano en el pecho, moviéndose inquieto

de un lado a otro, y después de un rato susurró: “¡Lo quiere otra vez!”. Woodstock fingió no entenderlo al principio, pero luego vio su mirada oscura y bajó la vista hacia él, hacia su pene erecto. Se rió profundamente. “¡Qué bien!”, y soltó una risita, pues ella también estaba bastante ebria. Ella sonrió al ver su pene erecto y anticipó el latido con el que volvería a ponerse grueso y duro. “¿Bueno, qué hacemos ahora?” preguntó Woodstock, y a Robert le pareció dulce y cariñoso. “¡Por favor, otra vez!” susurró Robert tras un momento de vacilación, escondiendo tímidamente su rostro contra su pecho. “¿Qué quieres decir con ‘otra vez’?” preguntó Woodstock, aunque sabía exactamente lo que quería. Hubo un largo silencio. Robert jugueteó torpemente con su pene y acarició el pecho de Woodstock. “¡Por favor, haz que salga disparado de tu pene otra vez!” susurró tan suavemente que era casi inaudible, pero Woodstock parecía haberse quedado dormida. Detrás de sus ojos cerrados, sus pensamientos se arremolinaban, blanco y negro discutían sin cesar, derritiendo sus sentidos.

Después de un rato, se incorporó y contempló el cuerpo de Woodstock en la penumbra. Aunque Woodstock era muy mayor, ahora que parecía dormida, era de alguna manera hermosa. Sus pechos eran viejos y arrugados, pero seguían siendo grandes, redondos y femeninos, capaces de excitar enormemente a un muchacho. Woodstock separó deliberadamente un muslo hacia un lado, dejando caer la mano casualmente junto a su vulva. Su deseo de exponerse y provocarlo se posó de repente como un diablillo risueño en su cuello. Como dormida, suspiró profundamente y, aparentemente sin querer, separó aún más los muslos, con el corazón latiendo con fuerza mientras yacía expuesta ante él como una fruta madura. Robert se arrodilló, luego se inclinó con cuidado y contempló su hendidura. Su erección se hizo cada vez más fuerte; se llevó la mano al pene y lo amasó con impaciencia.

Su mano se acercó sigilosamente a su vulva, sus dedos recorriendo la hendidura con delicadeza y excitación. Robert abrió mucho los ojos e inmediatamente pensó en Tess. Durante los siguientes minutos, se tocó el pene con nerviosismo, porque Woodstock se estaba acariciando, aunque no parecía una masturbación deliberada, rozando su hendidura y suspirando. Solo tuvo que abrir un poco los ojos para ver al chico agachado frente a ella, mirándola con ojos codiciosos. Sus dedos acariciaban juguetonamente su vulva y labios, rozándolos suavemente.

Ella miró a Robert de reojo, satisfecha por la intensidad de su erección, por la manera nerviosa en que él se tocaba el glande. Woodstock se dio cuenta de repente de cuánto la excitaba mostrarse al chico, exponerse desnuda y vulnerable a su mirada. Se retorció aún más, se tocó la vulva y suspiró de excitación, pues la respuesta eréctil de Robert era inconfundible. Una y otra vez él se agarraba el pene, se humedecía con los dedos y tiraba del prepucio, retirándolo varias veces con la velocidad del rayo, para luego amasarlo nerviosamente de nuevo; al parecer, no se atrevía a masturbarse delante de ella. Las inhibiciones culturales se agitaban en él, pero la lujuria y el deseo creciente de ella eran mucho, mucho más fuertes. Woodstock estaba feliz y desesperada, sin saber qué hacer a continuación, pero a la vez lo sabía. El alcohol y la marihuana la habían intoxicado tanto que su lujuria voraz y su anticipación le dibujaron una amplia sonrisa en el rostro. Vio que él estaba listo y se estiró con determinación.

—¡Vamos, Robert, hazlo conmigo! —susurró, extendiendo la mano. Robert dio un respingo y la miró en silencio, pues no la entendía, y sin embargo, sí. Había leído todo sobre el apareamiento de animales y humanos y lo sabía todo, teóricamente, claro. Woodstock susurró con voz ronca y seductora: —¡Vamos, tu primera vez! —Su mano tanteó su hendidura, separó sus labios y los abrió juguetonamente. Con los párpados entrecerrados, lo miró de reojo: —¡Vamos, hazlo conmigo! Robert oyó exactamente lo que dijo, pero se negó a comprenderlo. No podía ser que ella, Woodstock, que ella... ¡no!

Se acomodó y luego lo rodeó con una pierna, de modo que de repente quedó arrodillado entre sus muslos. Lo buscó con avidez y lo instó a acercarse más entre sus piernas. Con temor, él obedeció, con los dedos aún curvados alrededor de su pene. Lujuriosa y excitada, palpó su pene y retrajo el prepucio varias veces sobre el glande. Robert se preguntó por qué no había leído sobre esto en las enciclopedias. Su corazón latía con fuerza en su garganta mientras ella lo atraía aún más hacia adelante, atrayéndolo hacia su pecho. En silencio y sintiéndose incómodo por dentro, Robert experimentó esta primera cercanía, esta excitante, desconocida y extraña intimidad, y se sobresaltó cuando ella guió su mano hacia la entrada de su hendidura, introduciendo suavemente su pene en ella. “¡Vamos, hombrecito, dámelo!”, susurró con voz ronca, agarrando su cadera con una mano, acariciando su nalga y guiándolo, atrayén-

dolo más profundamente hacia ese agujero suave y estrecho que se abrió voluntariamente. Lentamente, la ardiente punta roja de su pene la penetró. Robert se sobresaltó un poco al sentir lo estrecha y apretada que era su vagina, pero estaba resbaladiza y cálida. Woodstock suspiró profundamente e inhaló bruscamente, pues le dolió un instante cuando el grueso e hinchado pene entró en ella, sintiéndose aún más firme y grueso de lo que había imaginado.

Su miedo disminuyó gradualmente, pero permaneció inmóvil, escuchando con los ojos cerrados las caricias de su mano en sus testículos. Inmediatamente, mucho antes que él, ella se dio cuenta con una ligera decepción de que estaba a punto de eyacular y le susurró en voz baja que no se contuviera. Woodstock apretó a Robert contra ella, quien de repente la miró con tristeza y permaneció inmóvil dentro de ella mientras se estremecía hacia el orgasmo. Ella acarició suavemente sus nalgas, aunque permaneció completamente desprevenida y de alguna manera indiferente a los espasmos y chorros en su interior.

Tenía lágrimas en los ojos y lo tomó suavemente en sus brazos, le sonrió y lo abrazó con fuerza, acariciándolo y murmurándole dulces palabras de amor, susurrándole al oído lo gran hombre que era ahora y lo maravillosamente bien que había follado y corrido, cómo lo había sentido tan intensamente. Robert se sentía triste y exhausto, pero las caricias de la anciana lo llenaban de orgullo. ¡Había tenido su primera vez, y había corrido perfectamente! ¡Debía ser cierto, Woodstock había dicho que había corrido perfectamente! Se incorporó y besó a Woodstock, por primera vez en su vida. Hasta ahora, sus labios marchitos y arrugados lo habían asustado cuando lo había besado, pero ahora la besó con gratitud y sinceridad.

Robert sonrió radiante. “¡Guau, lo hice genial!”, presumió. Luego se recostó y cerró los ojos, exhausto. Woodstock sonrió tímidamente y limpió las manchas de semen. Robert permaneció en silencio, sin saber cómo decirle a Woodstock lo que sentía. Se acercó y la abrazó, enterrando su rostro en sus pechos y acariciándola. Ella lo abrazó, sintiendo su vulnerabilidad. Robert nunca le contó a Woodstock que en ese preciso instante decidió acostarse con Tess, ¡pero esta vez acostarse con ella como es debido, costara lo que costara!

Robert despertó con la primera luz del amanecer con una erección enorme. Le tomó unos segundos disipar su confusión y darse cuenta de dónde estaba. Se arrodilló y examinó a Woodstock con atención. Ella se despertó al instante, pero fingió estar dormida. Robert se inclinó y miró fijamente la hendidura de Woodstock bajo el pálido y escaso vello púbico. Ella comprendió la situación al instante al recordar que era su primera vez. Con el pulgar y dos dedos, sujetó el prepucio y lo retrajo rápida y apresuradamente sobre el glande con movimientos bruscos, mientras su mirada se fijaba en su vulva. Su corazón se ablandó, y la mirada furtiva que le dirigió al tembloroso muchacho fue romántica y casi lacrimosa. Dobló una rodilla para que él pudiera ver mejor su vulva. Robert casi se detuvo, tan fascinado estaba por la hendidura húmeda rodeada de piel oscura y arrugada. Con una rápida mirada, se aseguró de que Woodstock aún estuviera dormida.

Woodstock se excitó ligeramente mientras observaba con los párpados casi cerrados cómo él retraía repetidamente su prepucio con movimientos rápidos e incontrolados, su glande poniéndose de un rojo oscuro y secretando una primera gota. Robert se sentó sobre sus talones y se apoyó con la mano izquierda detrás de él. Woodstock dejó caer la rodilla hacia un lado y separó ligeramente el muslo. Se masturbó muy rápido, con los ojos fijos en su hendidura, su mano moviéndose rápidamente de un lado a otro. La excitación de Woodstock aumentó al contemplar el delicado y esbelto cuerpo del muchacho con su pene grotescamente agrandado, de un rojo oscuro increíble y muy hinchado. La excitaba enormemente que Robert mirara con tanta avidez su vulva y, como poseído, trabajara con ese monstruo con sus delicados dedos, empujando el glande hacia adelante con un ritmo rápido.

Sí, una especie de alegría y excitación surgió en ella; casi voluntariamente y de forma poco femenina, se abrió para satisfacer su deseo, miró a Robert con los párpados entrecerrados y separó tanto los muslos que sus labios menores se entreabrieron ligeramente. Contuvo la respiración porque el chico, agachado sobre sus talones, parecía apuntar su pene directamente a su vulva, como si su cuerpo estuviera estirado como un arco y, en su extensión, la flecha que frotaba salvajemente; casi le pareció que quería masturbarse dentro de ella. Robert tenía los ojos fijos en su hendidura y se masturbaba como un hombre poseído. De repente, abrió mucho los ojos y, temblando, lanzó el primer chorro blanco sobre su cuer-

po; el segundo salpicó su muslo interior. El esbelto cuerpo del chico se irguió y se desplomó hacia adelante, de modo que el semen, que salió disparado de él en violentos chorros, se derramó sobre sus muslos.

Robert permaneció agachado sobre sus talones, respirando con dificultad al darse cuenta de que había rociado a Woodstock con el líquido en su furia. Pero ella parecía seguir dormida, notó con alivio, e intentó recuperar el aliento para calmarse poco a poco. Woodstock cerró los ojos con fuerza, tratando de ignorar su excitación, pero no pudo. El chico la había rociado con una fuerza lujuriosa y agresiva, y ella se sorprendió de lo excitada que se había puesto al dejar que la rociara mientras dormía. Sintió que su vagina se humedecía y se volvía resbaladiza, la piel vieja y arrugada se hinchaba con una excitación que no había sentido en mucho tiempo. Con los párpados entrecerrados, observó a Robert, quien se estaba calmando gradualmente. Los minutos pasaban, pero su alma seguía agitada, su excitación aumentaba. Robert se acostó en silencio a su lado, escuchando el pulso de su corazón. Finalmente, los ojos de Woodstock también se cerraron.

Más tarde, Woodstock se levantó en silencio y preparó el desayuno.

Luego pasaron la mañana chapoteando en la piscina, holgazaneando, leyendo y desayunando de nuevo. Más tarde, mientras fumaban marihuana y bebían sin parar, Woodstock sacó a colación el tema del sexo. Con suavidad y cautela, le explicó cómo funciona realmente el sexo, y Robert empezó a dudar cada vez más de si lo había hecho bien el día anterior. Woodstock, ya ligeramente excitada por su descripción y la marihuana, observó a Robert mientras este volvía a coger su pipa. Cuanto más claramente le explicaba a Robert lo que se esperaba de un joven, más se excitaba. Con la rodilla encogida, se sentó sin pudor frente a Robert, quien la miraba repetidamente, con las orejas enrojecidas, intentando imaginar lo que ella le decía. Era obvio que intentaba imaginarlo con mucha viveza, porque no dejaba de tocarse el pene erecto. Woodstock jugó disimuladamente con un pezón y dejó que su mano se deslizara durante una fracción de segundo para tocar discretamente su hendidura. Pero, por supuesto, eso no fue suficiente para ella.

Después de un rato —su pipa compartida les dio la ocasión— se sentó a su lado y levantó una pierna, mientras su mano vagaba cautelosamente hacia su hendidura. El deseo y la excitación palpitaban en su garganta; bebió y fumó, dejando que su mano descansara sobre su vulva. Solo cuando estuvo segura de que él no podía verla, introdujo un dedo y se acarició en secreto. ¡Oh, qué bien se sentía! Su clítoris se endureció y la excitación la invadió, aunque quería darle un respiro más largo. En silencio, lo alcanzó, agarró su pene y lo acarició suavemente. Los ojos de Robert se abrieron cuando ella lo tocó, pero no dijo nada. Ella se estiró y se acomodó, envolviéndolo con una pierna de modo que de repente quedó entre sus muslos. Sin decir palabra, palpó su pene y retrajo el prepucio varias veces sobre el glande. «¡Tiene que estar más firme!», creyó oírla susurrar, pero entonces se dio cuenta de que estaba equivocado.

Pero ella deslizó sus dedos rápidamente sobre la cabeza de su pene, arriba y abajo una y otra vez, durante minutos. Probó su firmeza con sus dedos, pero solo pareció satisfecha después de masturbarlo una vez más, rápida y vigorosamente, hasta que casi perdió el conocimiento. Su corazón latía con fuerza en su garganta mientras ella le hacía señas para que se arrodillara. Robert obedeció y disfrutó una vez más de esa excitación extraña y emocionante mientras ella guiaba cuidadosamente su pene hacia la entrada de su hendidura. Woodstock lo condujo hacia la abertura vaginal y suspiró, pero solo un poco, mientras él intentaba penetrarla lenta y cuidadosamente. El grueso pene de Robert no entraba en su estrecha vagina, así que empezó a pensar que era imposible. Pero ella bajó la mano entre sus muslos y, con un fuerte grito de dolor, empujó resueltamente su pene dentro de su vagina.

Como había hecho ayer, ella le agarró la cadera con una mano, le acarició la nalga y lo guió. Obedientemente, él se movió hacia adelante y hacia atrás, atento a sus señales. Pronto encontró su ritmo, entrando y saliendo con concentración. Cuando ella soltaba un pequeño suspiro con cada una de sus embestidas, él la miraba. Ella lo sostenía suavemente, su cuerpo siendo empujado hacia adelante y hacia atrás por sus embestidas, sus pechos arrugados moviéndose rítmicamente. Cada vez que él la penetraba de nuevo, ella suspiraba profundamente e inhalaba bruscamente, sonriéndole con ánimo. Robert comprendió intuitivamente la esencia del sexo, reconoció la conexión entre la embestida y el suspiro. Perdió su

vacilación inicial y la penetró, embistiendo con fuerza en la vagina de Woodstock y esperando una fracción de segundo a que ella suspirara antes de embestir de nuevo. Observó cómo su respiración comenzaba a acelerarse, mientras jadeaba y cerraba los ojos repetidamente, pero era puro placer, no dolor.

El cuerpo de Robert funcionaba como una máquina bien engrasada. Sin saber por qué, sacó su pene por completo, dejando solo la punta, y luego lo volvió a introducir en su apretado orificio, lo que ella pareció disfrutar. Escuchó sus suspiros y se sintonizó con su ritmo; podía sentir claramente la excitación de Woodstock, sentir cómo sus suspiros se volvían cada vez más profundos, su cuerpo retorciéndose y poniéndose rígido lentamente. Pronto descubrió hasta dónde podía sacar su pene sin que la punta se saliera y cuán profundo debía penetrar. Se movió aún más rápido y vio destellos de inmenso placer en su rostro, lo que lo impulsó aún más. De repente, su rostro, normalmente sonriente y arrugado, se contorsionó en una mueca de dolor, mostrando los dientes y las comisuras de los labios, sus ojos se pusieron en blanco brevemente. Luego, un suspiro fuerte y prolongado escapó de su pecho, convirtiéndose en una respiración agitada. Su vagina lo sujetaba con fuerza; podía sentir claramente el temblor y la oleada de la suave carne que apretaba firmemente su pene. De repente abrió los ojos con un resplandor que él jamás olvidaría. Como en una convulsión, abrazó a Robert, una palma deslizándose hacia sus nalgas, y él sintió esa mano plana guiándolo, impulsándolo a un coito más intenso y apasionado. Su radiante alegría también lo hizo sonreír, y movió sus nalgas tan rápido como pudo. “¡Ah!”, dijo ella simplemente, “¡ah!”, y Robert sintió que con cada “¡ah!” ella experimentaba otra pequeña oleada de placer.

Entonces su tensión se desvaneció en un instante. Woodstock estaba completamente exhausta y se dejó llevar, su cuerpo temblando como una muñeca de trapo sin vida con las embestidas de Robert. Él continuó follándola durante un largo rato, ignorando los suaves y lastimeros gemidos de la indefensa mujer en cuyos confines la follaba sin piedad. Luego la penetró profundamente y permaneció inmóvil mientras su semen salía a borbotones. Ella no se movió y sintió cómo él se contraía y eyaculaba profundamente dentro de ella. Robert retiró lenta y cuidadosamente su pene flácido y se tumbó a su lado con un profundo suspiro.

Se tumbaron uno al lado del otro durante un buen rato; Woodstock vaciaba vaso tras vaso, fumando su pipa, y Robert yacía exhausto a su lado. Bebió rápidamente unos cuantos vasos, que pronto lo emborracharon. Compartieron la pipa en repetidas ocasiones; Robert disfrutaba de los efectos de la droga, al igual que Woodstock, pues en su estado de embriaguez, su joven amante le confió todos los secretos que jamás habría contado a nadie más y la escuchó relatar muchas historias del Festival de Woodstock en Bélgica. ¡Qué diferentes sonaban ahora las historias, ya que no tenía que censurar ni omitir las partes más emocionantes e interesantes! Robert también le contó todo lo que era verdaderamente secreto, como que, tras muchas súplicas, una vez le habían permitido examinar a fondo a su prima Tess, y que ella le había dado una explicación algo vaga sobre la anatomía femenina, el sexo y la masturbación.

Tess estaba muy excitada después de tanto tocarla y exhibirse, y quería deshacerse de él rápidamente, pero él había rogado tanto que ella había cedido. Dijo que era un secreto y que no debía contárselo a nadie, pero que lo necesitaba con mucha, mucha urgencia, y luego, después de todo, le había permitido verla masturbarse. Él había leído todo sobre la masturbación femenina antes, pero en ninguna parte decía exactamente cómo se hacía. Ahora lo veía. Woodstock rió un poco avergonzado y preguntó qué le había pasado, y Robert mintió, diciendo que a petición de Tess se había quedado desnudo frente a la cama con una erección enorme, que Tess lo había tocado un par de veces mientras se masturbaba, pero nada más, y que después lo había ignorado por completo. Woodstock y él rieron histéricamente mientras él representaba una pantomima salvaje de Tess masturbándose y tocándolo.

Se quedaron en el jardín toda la mañana, en la cómoda y amplia tumbona. Woodstock preparó su pipa y Robert durmió, acurrucado en su regazo como un perro polar. El sexo apresurado y sus ronroneos lujuriosos la habían excitado bastante, y como solo había experimentado un pequeño orgasmo durante el sexo, todavía sentía muchas ganas de más. Se apartó un poco de Robert, se tumbó de lado y le dio la espalda. Cerró los ojos y fantaseó intensa y apasionadamente; después, se acarició y, a medida que su excitación aumentaba, se masturbó lenta y silenciosamente. Se tomó su tiempo, y cada vez que llegaba al orgasmo, todo su cuerpo se estremecía, pero reprimía el temblor de su pelvis lo mejor que podía y

contenía la respiración con cuidado para que el chico no se despertara. Duró mucho tiempo, y luego cayó en un sueño profundo.

Durante los dos últimos días, practicaron casi sin parar. Woodstock excitaba a Robert una y otra vez con destreza, y luego le permitía montarla, a menudo tras solo unos minutos. Cuando él estaba casi sin aliento, ella lo dejaba dormir un rato y aprovechaba para aumentar su propia excitación. Después, volvía a acariciarle el pene, y él pronto despertaba y estaba listo de nuevo. Robert se dio cuenta de cuánto le gustaba a Woodstock ponerse a cuatro patas y ser penetrada por detrás; la embestía con puro placer y eyaculaba con desenfreno. Incluso al despedirse, tenía que desvestirse de nuevo para montarla rápida y apresuradamente antes de que ella lo soltara.

Solo después de que Robert se despidió de Woodstock y regresó a casa, sus mentiras volvieron a su mente, pero no podía entender por qué le había mentido a Woodstock sobre Tess. En realidad, Tess, unos dos años mayor que él, había empezado muy pronto a manosear al niño y a jugar con él a juegos exhibicionistas. Su naturaleza exigía que ella tuviera el control absoluto, que tuviera que tener el poder, pero, por otro lado, descubrió con sorpresa lo mucho que la excitaba posar desnuda frente a él. Cuando él se excitaba al mirarla y embelesarse, ella le agarraba el pene y lo masturbaba. A menudo también se tumbaba boca arriba, abría las piernas con ambas manos como una rana y le ordenaba repetidamente al hombre que la miraba con avidez que se masturbara y eyaculara hasta que no pudiera más. Se le permitía mirar su hendidura, pero nunca tocarla. Era una relación muy unilateral, de la que él era plenamente consciente, porque ella no se masturbaba cuando él estaba presente. Un día, tras muchas idas y venidas, logró sonsacarle la concesión de observarla masturbarse. Llevaba años espiando a su madre cuando entraba al baño, mirando a través de una rendija en la puerta plegable, pero bajo la espuma del baño y el agua teñida de un verde tóxico por los aditivos, nunca lograba ver con claridad cómo lo hacía; normalmente solo veía su rostro y los rápidos movimientos de su brazo mientras él se masturbaba en silencio. A veces lo hacía una segunda vez si su madre tardaba mucho en terminar.

Inmediatamente después de que Tess cediera en el debate sobre dejarlo mirar, ya se arrepentía a medias. Se incorporó en el borde

de la cama y dijo que aquello no podía ser unilateral, así que él tendría que quedarse desnudo entre sus muslos. Él volvió a mirar su zona púbica oscura y sus pequeños y redondos pechos mientras ella le agarraba el pene y lo frotaba con inquietud; no pudo cumplir su palabra.

Tess se dejó caer hacia atrás, abrió las piernas en posición de rana y se acarició los labios vaginales con los dedos. Robert observó sus pequeños pechos y fantaseó bastante sobre cómo se los mostraría, y pronto pensó que eso ya era masturbación, mirándola fijamente a pesar de estar tan excitado que apenas podía concentrarse en lo que Tess hacía. Ella se colocó frente a él, abrió las piernas y las volvió a cerrar, luego se recostó con las piernas bien abiertas y continuó acariciándose, por supuesto sin masturbarse realmente.

Robert estaba allí de pie, con el rostro enrojecido, su pene húmedo y rígido de nuevo duro, su erección furiosa. Observarla lo excitaba intensamente. Tess jugaba soñadoramente con sus labios, separándolos suavemente y dándose placer un poco con un dedo. Luego retiró el dedo y acarició el himen debajo de su clítoris. Presionó ligeramente y lo giró muy lentamente, tomándose su tiempo, necesitando mucho tiempo para calentarse. Sus ojos oscuros lo miraban constantemente, curiosos y casi observadores. Robert se excitaba cada vez más, su erección palpitaba con fuerza. De repente, ella se incorporó y comenzó a masturbarlo con fuerza y rapidez, mucho más eficazmente de lo habitual. Robert suspiró profundamente al eyacular, pero Tess dejó que su semen se rociara sobre sus pechos esta vez, frotando su glande salvajemente contra sus pechos húmedos, lo que claramente la excitaba salvajemente. Se recostó de nuevo, y ahora ya no era un juego. Cerró los ojos, completamente ajena a que Robert la miraba fascinado, observando cómo sus dedos se movían frenéticamente. Se masturbó salvajemente hasta casi llegar al clímax, luego usó la otra mano y, en un estado de intensa excitación, se introdujo dos dedos con fuerza en la vagina. Tuvo un orgasmo ruidoso y violento, su rostro cambió, sus piernas, toda la parte inferior de su cuerpo, se sacudió y tembló convulsivamente. Luego se calmó gradualmente y le pidió a Robert que se acostara a su lado. Aún jadeando, exclamó: “¡Ahora lo ha visto!”.

Tras una breve pausa, ella le dijo que podía arrodillarse entre sus muslos y observarla atentamente a la altura de los ojos. Robert se agachó frente a ella, ella levantó ambas piernas y las separó ampliamente. Él volvió a preguntar por su clítoris, y Tess hizo una pausa, luego retiró completamente el prepucio sobre él. Por primera vez, se le permitió sentir y tocar su clítoris, pero cuando intentó frotarlo con un dedo, ella dijo que estaba presionando demasiado fuerte y que tenía que soltarlo. Mientras ella se complacía lenta y deliberadamente, Robert seguía cada uno de sus movimientos con curiosidad y creciente excitación. Alternaba entre acariciar sus pechos empapados de semen o introducir un dedo en su vagina, mientras otro dedo estimulaba sus labios o su clítoris. Rápidamente, un dedo frotó su clítoris mientras otro dedo penetraba lentamente en su vagina. Cuando llegó el orgasmo, se complació con dos dedos hasta que disminuyó. Exhausta, hizo una breve pausa y susurró que continuaría, y luego continuó, repitiéndolo una y otra vez, solo soltando a su espectador excitado cuando ya no quería hacerlo.

En los días siguientes, retomaron sus juegos, pero solo ocasionalmente Tess se excitaba tanto que se perdía en el placer; prefería masturbarse sola. Su juego cambió de nuevo cuando Tessa, sentada con las piernas cruzadas, lo tomó en brazos como a un bebé y luego jugó con su pene. Le permitió —no, más tarde incluso se lo exigió con vehemencia— lamer sus pequeños y redondos senos con los labios, mordisquear suavemente su pezón y excitarlo con la lengua. Echó la cabeza hacia atrás y rió con lujuria, frotándolo rápidamente con la mano hasta que eyaculó violentamente. A veces, se excitaba tanto con los lametones y mordisqueos que se tocaba entre las piernas y se masturbaba rápidamente, haciendo que Robert temblara violentamente. Pero incluso eso pronto llegó a su fin.

Se volvió hacia sus compañeras y ya no tenía tiempo para Robert, quien seguía con celos y tristeza los rumores de que Tess se acostaba con este o aquel hombre, en realidad, con todo el mundo. Y cuando finalmente reunió el valor para visitarla, con la esperanza de acostarse con ella también, ella intentó despedirlo con las manos vacías. Pero mientras él suplicaba, insistía y rogaba, sonó el timbre, y Robert, mi primo pequeño, se escabulló abatido entre los admiradores de Tessa y salió.

El hecho de que ella se hubiera descarriado tanto, bebiendo y drogándose, y que luego quedara embarazada de su ingeniero jefe —como todos lo llamaban— le oprimía el corazón.

El año anterior, cuando solo tenía trece años, su familia —su madre, su pianista y él— había pasado todo el verano en el lago. Mientras los dos adultos iban al pueblo o se relajaban en el jardín, Robert se quedaba junto al lago, observando con envidia y anhelo a las parejas y a las jóvenes, imaginando cómo sería estar con ellas. Pero aún era demasiado tímido e inhibido como para siquiera acercarse a las chicas. Sabía que tartamudearía o se pondría rojo como un tomate; así que se abstuvo. Poco después, se fijó en una joven excepcionalmente elegante que iba al cobertizo de botes todos los días al mediodía para cambiarse de ropa. Robert sintió curiosidad, y su curiosidad era más fuerte que su miedo.

Se quedó al acecho, solo para descubrir que realmente no podía espiarla desde la distancia. Examinó cuidadosamente los alrededores y el cobertizo para botes y notó que podía zambullirse en él desde la orilla del lago y esconderse perfectamente entre los botes y el caos de bolsas de velas, cabos y demás equipo. De hecho, se zambulló y permaneció allí, con solo la cabeza fuera del agua, aferrado inmóvil a una cuerda. Nadie vino, él no vio a nadie, y nadie lo vio a él. Se quedó unos minutos más en la penumbra del cobertizo, lleno de una sensación de alivio triunfante; ahora que ella podía venir, él estaría allí. Al día siguiente, ya la estaba esperando en su escondite.

Ajena a todo, se cambió de ropa demasiado rápido para que él pudiera ver algo que realmente quisiera ver. Solo cuando estuvo en traje de baño se detuvo, escuchando atentamente y mirando a su alrededor, y luego, después de un rato, salió al sol. Robert esperó hasta que su corazón latió con fuerza y salió con cautela de su escondite. Pasaron dos días así, pero al tercer día se desnudó y se sentó desnuda en el borde de un bote. Permaneció sentada, sacó un pequeño frasco de loción bronceadora de su bolso de playa y se la aplicó lentamente y con mucho, mucho cuidado. Robert casi perdió la cabeza; su pene erecto palpitaba, y tiró y se frotó para intentar controlar su lujuria. Entonces, casi en el clímax de su masturbación, sus miradas se cruzaron.

Robert se quedó paralizado de terror. Entonces, en un instinto, quiso sumergirse, desaparecer, huir. Pero ella alzó la mano, le indicó que se quedara, y su voz grave y cálida le dijo que se quedara, que no le importaba. Con vacilación, permaneció inmóvil, solo con la cabeza fuera del agua. No, repitió ella, no le importaba, al contrario, debía seguir adelante, y entonces hizo un gesto claramente obsceno con la mano, de modo que Robert se sonrojó de vergüenza. Permaneció inmóvil en el agua, paralizado por el miedo, mirándola fijamente.

Se retorcía en su asiento, su cabello rubio plateado caía sobre sus hombros y cubría la parte superior de sus pechos, ya maduros y voluptuosos. Su figura le parecía celestial y perfectamente proporcionada, aunque era algo rellenita, pero sus piernas eran esbeltas e impecables. Cuando movió las piernas, vio su zona púbica, que, para su sorpresa, estaba completamente depilada, dejando visible la hendidura como una fina línea rosada. La miró boquiabierto, y ella se giró, levantó una pierna y apoyó el pie en la borda del barco. Pasaron minutos sin que Robert pudiera apartar la vista de ella, luego se puso de pie y se puso el traje de baño. Al marcharse, dijo con naturalidad que volvería al día siguiente a la misma hora y que esperaba que él estuviera allí de nuevo. Le pareció como si hubiera salido flotando silenciosamente por la puerta, pues solo minutos después despertó de su trance. ¡Volvería; quería volver a verlo!

Estaba tan nervioso e inquieto; nunca antes un día se le había hecho tan largo. ¡El corazón le latía con fuerza al pensar que ella quería volver a verlo! Apenas durmió y corrió a la playa justo después del desayuno, mirando con expectación el sol, preguntándose si pronto, si por fin, llegaría el mediodía. Y entonces, por fin, llegó el mediodía. Impaciente, se zambulló, respiró hondo otra vez y se metió en el cobertizo de botes.

Su imaginación voló. Aunque ella aún no estaba allí, podía verla al cerrar los ojos. Su erección se volvió insoportable y se frotó lentamente para prolongar la anticipación. Entonces, tras lo que pareció una eternidad, ella entró silenciosa y rápidamente en el cobertizo para botes. Se quedó allí indecisa, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz, y entonces lo vio. Caminó con ligereza hacia su bote, dejó su elegante bolso de playa y se desnudó lentamente, mirándolo una y otra vez; se quitó cada prenda con

tanta lentitud y cuidado, como si fuera lo más preciado del mundo. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas vacías del bote.

Se sentó allí mismo, bajo la luz brillante, donde su impecable desnudez resaltaba vívidamente contra la penumbra del cobertizo para botes. Cerró los ojos y pareció estremecerse mientras, con un suave suspiro, separaba lentamente los muslos, ofreciendo su paraíso abierto a su mirada ansiosa. Robert permaneció donde estaba, con el corazón latiéndole con fuerza. Durante minutos simplemente se miraron. Luego ella asintió y le hizo un gesto para que se acercara, y cuando él seguía sin moverse, le susurró que se acercara un poco más. Con cautela, se acercó hasta llegar al borde del suelo de madera, a unos dos o tres metros de ella, y se agarró a él. Ella suspiró y se relajó, abriendo lentamente los muslos. Robert contuvo la respiración mientras se esforzaba por mirar sus muslos en la penumbra, captando cada detalle de su hendidura. Tuvo que tragar saliva con dificultad, porque ahora ella deslizó una mano por su cuerpo hasta la cadera, luego levantó una pierna y apoyó el pie con audacia en el suelo.

—Es emocionante, ¿verdad? —preguntó ella, mirándolo a la cara. Él asintió involuntariamente y desvió la mirada, avergonzado.

“No tienes por qué tener miedo”, sonrió dulcemente, “¡Me gusta cuando me miras!”

Robert la miró y, efectivamente, ella le sonrió. Su mirada recorrió su cuerpo de nuevo, deteniéndose brevemente en sus pechos antes de bajar. Observó su hendidura y pensó en Tess. Se sintió avergonzado por su erección, aunque intentó cubrirla con una mano bajo el agua. Los minutos transcurrían en el reloj de arena mientras permanecían inmóviles. Este patrón se repitió durante los días siguientes.

Una vez más, estaba justo al borde del suelo de madera, como una foca con solo la cabeza fuera del agua, observándola. Ella desvió la mirada, y Robert intentó, como siempre, disimular su erección. Pero su lujuria, que le latía con fuerza, se intensificaba cada vez más; con mayor frecuencia, su mano agarraba el pene, doblándolo hacia abajo para luego volver a subirlo. Creía que ella no podía ver lo que ocurría bajo el agua y se acarició suavemente, luego

con mayor intensidad. Cuando ella lo miró, se quedó paralizado a mitad del movimiento.

—¡No, ahora no, sigue! —dijo, haciendo el gesto obsceno de masturbación con la mano, pero Robert no se movió y apenas se atrevió a respirar. Giró sus muslos abiertos hacia él y sonrió alentadoramente, luego miró hacia las vigas del techo y se echó hacia atrás sobre los codos, de modo que su rubio cabello cayó hacia atrás. Sus ingles, los delicados genitales femeninos entre sus muslos abiertos, eran tan electrizantes que Robert, abrumado por su lujuria, se masturbó furiosamente bajo el agua y, con un fuerte suspiro, eyaculó. El tiempo pasó lentamente mientras se recuperaba, jadeando. Lentamente, ella levantó el rostro y lo miró con ternura. De alguna manera, le pareció como si estuviera triunfante. Esperó unos instantes más antes de levantarse y ponerse lentamente el traje de baño. Antes de irse, de repente se agachó y le acarició suavemente el cabello oscuro.

—¡Fue encantador, lo disfruté muchísimo! —dijo en voz baja, y se puso de pie—. ¡Hasta mañana! —Salió flotando silenciosamente por la puerta. Robert estaba exhausto y algo triste, pero también feliz y tranquilo. ¡Lo había tocado, lo había elogiado! No, parecía haberlo dicho sinceramente; le gustaba así. Todavía le confundía la idea de que ella hubiera querido excitarlo con su cuerpo y que hubiera querido verlo masturbarse. Al principio descartó la idea, pero luego pensó de nuevo en Tess y recordó el pasado. Recreó la situación actual en su mente y tembló de emoción al darse cuenta de que ella realmente decía lo que pensaba.

Al día siguiente esperó en vano; ella no llegó. Empezó a pensar que se había olvidado de él o que había cambiado de opinión, y pasó toda la tarde merodeando por el cobertizo de botes, hecho un desastre. Cuando el sol ya estaba muy bajo, regresó a casa a paso ligero y se fue a su habitación sin comer, para asombro del pianista y de su madre. Negó con la cabeza y dijo: «No, no, todo está bien», pero luego subió rápidamente a su habitación y sollozó desconsoladamente sobre la almohada.

Había regresado. Desde lejos la vio entrar en el cobertizo para botes y se zambulló en el agua, una dicha que le dio alas, y nadó y se zambulló en el cobertizo como si estuviera ebrio. Su expresión de sorpresa se iluminó cuando él asomó la cabeza a la superficie.

Ella rió y dijo: “¡Pensé que no vendrías!” y sonrió mientras se quitaba la ropa rápidamente. Robert sonrió para sí mismo y la miró; ¿qué edad tendría? Podría tener 18 o 28 años, no lo sabía. Mientras se quitaba lentamente el sujetador, lo miró de una manera tan extraña que sintió una extraña sensación en el corazón. Luego se bajó las bragas, levantó las piernas y se las bajó hasta los pies. Sonrió al ver su mirada expectante. Después se estiró y se extendió, acariciando suavemente sus pechos y caderas. Se sentó como una chica pin-up de los años 50 y lo miró. Él se agarró al suelo con una mano y la observó, conteniendo la respiración. Su mirada se desviaba constantemente hacia su estrecha hendidura, y su erección se hizo fuerte. Bajó una mano hasta su pene y lo sujetó con firmeza. Simplemente inquebrantable; podría haberla mirado así durante el resto de su vida. Sus ojos lo exploraron con curiosidad, y una ceja se alzó, bajó y volvió a alzarse.

Robert aún no estaba seguro de si lo que se había dicho anteayer seguía siendo cierto hoy. Pero su mirada le decía lo que esperaba de él. Lentamente, levantó una pierna y la apoyó en el borde del bote; su muslo se deslizó suavemente hacia un lado, revelando su hendidura ligeramente entreabierta. Su mirada era firme y exigente mientras pasaba la mano por su estómago y, muy brevemente y sin ambigüedad, por sus labios vaginales. Sus dedos separaron suavemente sus labios vaginales, luego levantó la mano e hizo ese mismo gesto provocativo y obsceno de nuevo. Robert se acarició lentamente, luego con más y más intensidad, y apoyó la cabeza inclinada, la frente apoyada en la mano que lo sujetaba al suelo. Se estremeció y tembló al llegar al clímax, pero cuando levantó la vista, vio sus ojos brillantes.

Ella le hizo señas para que se acercara, diciendo: “¡Sí, vamos, acércate aún más!” y luego, “¡Vamos, siéntate aquí!”, señalando el suelo de madera a uno o dos metros de ella. Él se impulsó, salió del agua desnudo como estaba, y ella le indicó que se sentara. Cuando estuvo sentado justo frente a ella, ella abrió las piernas y le dijo que podía mirar, reclinándose hacia atrás. Él bajó la mirada a la altura de sus ojos, hacia su hendidura, que ella acarició con los dedos, separando también sus labios vaginales. Ella observó, fascinada, cómo su pene despertaba lentamente de su estado flácido, poniéndose semierecto y luego completamente erecto. “Hazlo otra vez”, dijo, “hazlo otra vez, ¡me gusta verte!”

Extendió la mano hacia su pene y la miró con curiosidad. Ella asintió con entusiasmo. “¡Sí, por favor, hazlo por mí!”, respondió, y comenzó a masturbarse muy lentamente. Ella observó fijamente su pene y su masturbación, mientras él observaba fijamente su vulva, sus labios y los dedos que jugaban inquietos y nerviosos con su clítoris. Cuanto más se masturbaba, más deliberadamente el dedo de ella rozaba su clítoris, que, visto de cerca, era aproximadamente el doble de grande que el de Tess. Se masturbaba deliberadamente, observándola atentamente, porque la estimulación de su clítoris se volvía más intensa cuanto más tiempo continuaba. Después de un período relativamente largo de estimulación del clítoris, ella de repente echó la cabeza hacia atrás, un rápido trino en su clítoris, y tuvo un orgasmo, contenido y muy controlado, mirándolo directamente a los ojos. Robert vio el brillo en sus ojos.

Se masturbó rápidamente y eyaculó en su dirección, salpicando el suelo con su semen. Ella encogió los pies para evitar mojarse. Le sonrió con ojos brillantes y le preguntó si le parecía bien. Él asintió con vehemencia, con un nudo en la garganta. Ella se puso el traje de baño, le dedicó un dulce asentimiento y, al marcharse, dijo: «¡Bueno, nos vemos mañana!». Él nadó de vuelta, subió a su habitación con paso ligero y estaba tan feliz que casi abrazó a la pianista.

Al día siguiente, él ya estaba en el agua cuando ella llegó. Se desnudó rápidamente, se sentó en su rincón soleado y le hizo señas para que saliera. Le dedicó un gesto de aprobación, abrió bien las piernas para que él pudiera verla bien y volvieron a masturbarse juntos. Una vez más, él retrasó su eyaculación hasta que ella tuvo un orgasmo, y él eyaculó después. Como era su primer orgasmo del día, eyaculó lejos, su semen impactando su vulva con precisión milimétrica, al igual que el segundo chorro; el resto cayó al suelo. Ella se levantó rápidamente y se lavó, pero le sonrió con picardía.

Entonces se sentó muy cerca, justo enfrente de él, y le dejó mirar de cerca, observando cómo su pene se endurecía de nuevo. Después de unos minutos, lo miró con curiosidad y se acarició el clítoris. Él asintió con placer e inmediatamente comenzó a masturbarse de nuevo. Ella se acercó aún más hasta que sus pies quedaron detrás de él, y a la distancia de un brazo, se masturbó, con la mirada fija en su pene, y de nuevo tuvo un orgasmo con total control y sin ninguna lucha violenta. Luego lo observó masturbarse

hasta que se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular. Separó sus labios vaginales con ambas manos y sonrió de forma seductora, dejando que eyaculara directamente sobre su vagina abierta. Después, saltó al agua y se lavó. Una vez que se puso el traje de baño, besó a Robert, que estaba sentado, en la coronilla y le susurró: "¡Hasta mañana, cariño!" y se fue a la playa. Esas fueron las únicas palabras que se dijeron. Robert estaba tan feliz que casi se olvidó de nadar.

Él ya estaba en el cobertizo de botes a la hora del almuerzo cuando ella llegó. Como ayer, se desnudó sin decir palabra, y se sentaron uno frente al otro, sonriendo con expectación y cariño. Ella comenzó a masturbarse, y él esperó un buen rato hasta que ella estuvo a punto de llegar al clímax, y luego se acercó un poco más. Su erección rozó sus labios vaginales, y ella se detuvo de inmediato. Él se acercó aún más, y su pene se deslizó en su abertura vaginal. Ella suspiró y lo miró a los ojos con sorpresa, pero lo rodeó con los brazos por las caderas, y Robert sintió cómo ella lo atraía hacia sí. Ella lo deseaba; él lo percibió claramente y la oyó susurrar suavemente que podía follarla y eyacular dentro de ella, que era completamente seguro. Ella lo besó varias veces en la boca y susurró con voz ronca: "¡Vamos, follemos!".

Su pene estaba prácticamente dentro de su vagina, pero él aún dudaba. Ella le mordisqueó el lóbulo de la oreja y le susurró que lo deseaba y que él podía eyacular profundamente dentro de ella, eso era lo que quería, ¡sí, de verdad! Su deseo susurrado lo asombró; ella continuó susurrando, animándolo, convencida de que él nunca lo había hecho antes. Ese era el atractivo especial que, después de dos semanas de abstinencia, la llevó a seducir a este chico, a susurrarle palabras de amor lujuriosas al oído. Él la agarró de las nalgas y la levantó sobre su regazo, su pene deslizándose fácilmente en su vagina cálida y húmeda. Ella lo abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en su hombro. Él comenzó a follarla, y ella suspiró y gimió de placer mientras él la embestía suave pero poderosamente. Ella lo miró a los ojos sorprendida mientras temblaba ligeramente, su vagina traicionando su orgasmo con un suave y continuo espasmo. Ella seguía mirándolo con ojos estrellados; él eyaculó al instante, y ella sintió su semen caliente correr dentro de ella. Permanecieron inmóviles, abrazados, durante varios minutos, y ella besó las mejillas, el cuello y el hombro del niño pequeño, al que superaba en altura por más de una cabeza.

Robert sintió que su pene aún estaba bastante rígido dentro de su vagina y dejó que sus manos recorrieran su espalda hasta sus nalgas. Luego la penetró muy suave y lentamente para darle tiempo a su pene a endurecerse. Ella se sorprendió completamente cuando sus miradas se cruzaron; asintió afirmativamente y voluntariamente dejó que la penetrara. La segunda vez, duró mucho tiempo, y ella notó que él se estaba cansando un poco. Su mano se deslizó hacia abajo, sus dedos acariciando su clítoris, y rápidamente llegó al clímax. Lo miró a los ojos de nuevo, y él sintió el ligero temblor y estremecimiento de su orgasmo. Cuando disminuyó, sus dedos agarraron su pene, y lo sostuvo de manera que no penetrara completamente, sino que solo estuviera parcialmente dentro de su vagina. Con profesionalismo experimentado, masturbó su pene, ya que él ya estaba muy cansado, y observó su rostro. Pronto se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular y retiró su mano. Dio dos o tres embestidas profundas y eyaculó y eyaculó hasta que no salió nada más. Permanecieron sentados, exhaustos y abrazados, y ella sintió cómo su pene se encogía dentro de su vagina.

Con un gesto que denotaba gran experiencia, ella sacó su pene de su vagina y saltó al agua para lavarse. Al salir, se agachó junto a él y lo besó en la boca. Robert dijo que aún no sabía besar a la francesa, y ella sonrió y le enseñó. “Soy Rikki”, dijo, “estudio historia en Múnich y tengo 26 años”. Él dijo que era Robert, de 16 años y estudiante, de vacaciones con su madre y su... eh, amante, XY, el famoso pianista. Estaba un poco avergonzado porque se había hecho pasar por mayor. Continuó mintiendo, diciendo que no tenía mucha experiencia y que solo había visto a su primo desnudo masturbándose un par de veces, pero que él había podido masturbarse desde los 9 años y que a veces lo hacía varias veces al día.

Pero también mentía cuando decía que había aprendido a masturbarse alrededor de los nueve años y que lo hacía todos los días, generalmente antes de levantarse, rara vez más de una vez. Decía que había perdido la virginidad a los 17 y que solo se había acostado con cuatro hombres hasta el momento; no tenía novio, estaba trabajando en su tesis doctoral y no tenía tiempo para uno. Pero a veces surgía el tema de una masturbación casual; en la escuela, decía, había hecho muchas, sin duda más de 150, la primera vez cuando tenía 12 o 13 años. Casi todo esto era cierto, excepto lo de los cuatro amantes. Había estado financiando sus estudios durante unos tres años trabajando como escort; era hermosa, joven y edu-

cada, y probablemente se había acostado con más de 200 hombres. Pero no quería contárselo.

Estaba completamente feliz y pasó las siguientes horas imaginando cómo sería todo, cómo sería todo diferente, si tuviera tan solo unos años más. Pero toda esa fantasía fue en vano; al día siguiente las maletas estaban hechas y se iban a casa. Le habría encantado esperar hasta el mediodía e ir al cobertizo de botes para despedirse, darle un beso de despedida un tanto torpe y jurarle fidelidad eterna; pero las maletas estaban hechas, el taxista parecía impaciente y nervioso, y su madre lo mandó subir dos veces para comprobar si se les había olvidado algo.

Después de su primera vez con Woodstock, Robert pasó semanas preguntándose cómo podría acercarse a Tess. Entonces, un día, simplemente sucedió. Como todos los días, pasó por la casa donde vivían Tess y su madre de camino a casa después de la escuela, pero aparentemente no había nadie. Miró hacia arriba y allí estaba Tess acostada en la cama, completamente desnuda y sin aliento. Se quedó vacilante en el umbral, preguntándose qué decir, porque supo de inmediato lo que acababa de interrumpir. A Tess no pareció molestarle, palmeó el colchón junto a ella y le dijo que se sentara. Él se sentó a su lado, y ella tragó impacientemente una de sus pastillas, esperando a que él finalmente dijera lo que quería. Robert la miró seriamente y luego soltó que quería tener sexo con ella. Tess casi se atragantó. Para entonces tenía casi 17 años, estaba embarazada y era adicta a las drogas. Él era el pequeño Robert, bueno, habían jugado a juegos de niños, pero eso era todo.

¿Qué quieres, aparearte conmigo?

Robert tragó saliva y asintió. Tess, que ganaba su dinero para drogas principalmente con felaciones o prostitución ocasional y que ni siquiera sabía con exactitud quién era el padre de su hijo por nacer, estaba asombrada por la descarada audacia del pequeño, pero ahora sentía un gran respeto por su valentía. Se pasó la mano por el vientre y le preguntó cómo se lo había imaginado. Robert se lo explicó con detalle, y ella sonrió, porque no era eso lo que quería decir; ya podía follar bastante bien sola. Robert permaneció en silencio. ¿Que era tan joven? ¿Y cuándo tuviste sexo por primera vez? Tess pensó un momento. Ni siquiera tenía 14 años entonces. Robert sonrió. Ah, ¿y se supone que soy demasiado jo-

ven? Le acarició el vientre, le rozó los muslos. “No quiero hacerte daño”, dijo, palpándole la vulva. “Ya tengo edad suficiente y simplemente lo deseo. Y no quiero hacerlo con nadie más que contigo. Ya nos conocemos y eres la persona más querida y hermosa para mí.” Él tocó y acarició suavemente sus labios vaginales.

Tess se sintió halagada, pero no lo demostró y preguntó si de verdad era su primera vez. Robert mintió: sí. Tess pensó durante un buen rato. Robert había interrumpido su masturbación vespertina antes, y ella en realidad quería continuar. Durante su embarazo, siempre estaba cachonda, increíblemente cachonda, y tenía mucho tiempo para satisfacer ese deseo. Bueno, si no podía continuar sola, entonces lo haría con Robert. Sí, maldita sea, ¿por qué no? No era incesto, solo eran primos políticos. Miró a Robert y asintió. ¡Sí, vamos entonces!

Robert se desnudó rápidamente y se acostó junto a Tess. Ella le acarició la cara y el pelo, lo besó en la boca y le dijo que la primera vez era muy importante; que debía ponerse cómodo para que fuera una experiencia maravillosa. Lentamente, recorrió su cuerpo con los dedos y sostuvo brevemente su pene semierecto en la mano. Luego se deslizó hacia abajo y tomó el pene de Robert en su boca, jugando con él con sus labios y lengua hasta que estuvo completamente erecto. Hizo una pausa por un momento y luego dijo que no podía acostarse boca abajo por el bebé, pero que pensaría en algo. Rápidamente, tomó dos almohadas y las apiló una encima de la otra, luego se acostó boca arriba sobre ellas. Robert se quedó de pie junto a la cama porque entendió: de esa manera, su vagina estaba a la altura adecuada.

Tess se acomodó en las almohadas y susurró: “¡Vamos!”. Luego flexionó las rodillas y separó bien los muslos. Robert se quedó de pie frente a la cama, admirando su hermoso cuerpo. Era una chica muy guapa, pero las drogas ya habían empezado a desfigurar sus rasgos. Sus pechos eran impecables, su pequeña barriga de embarazada le sentaba de maravilla, la cual se había afeitado a la moda dejando solo una pequeña franja de vello. Sus labios vaginales eran de un delicado rosa, y un pliegue de piel cubría su pequeño clítoris erecto, a pesar de que estaba bien abierta. Le vinieron a la mente Woodstock y Rikki, y por un momento sintió una punzada de culpa hacia ella, pero apartó todos esos pensamientos. “Eres una chica preciosa”, le dijo a Tess, y ella supo que lo decía en serio.

“Vamos”, dijo ella con impaciencia y un poco bruscamente, porque no podía decirle que llevaba horas trabajando en su pobre clítoris, que seguía irremediablemente cachonda y que ahora esperaba con ansias el siguiente orgasmo.

Robert se acercó lentamente y solo tuvo que agacharse un poco más para que su pene quedara en la posición correcta. Tess cerró los ojos mientras Robert entraba lentamente en ella. ¡Qué diferente era el coño de Tess! Mucho más suave y ancho que el apretado agujero de Woodstock, a pesar de que Tess era mucho más delgada. La vagina de Rikki también era más estrecha y firme que la de Tess. Tess hizo algunos movimientos y lo animó a que finalmente lo hiciera. Robert obedeció y se aferró a las rodillas de Tess mientras la follaba. Tess se relajó, Robert la miró a la cara, que aún se contraía ligeramente después de la penetración. Tess le susurró que continuara, Robert fue más rápido. Agarró su pene con ambas manos y lo provocó con los dedos. Podía correrse, añadió, estaba embarazada, y se rió a carcajadas. “¡Vamos, correte, lléname, lo necesito tanto!” Y así sucesivamente, sus falsos arrebatos de emoción resonaron, y luego se agarró el estómago con ambas manos al ver que sus ojos se abrían de par en par con un puchero. “¡Corre ya, maldita sea!”, maldijo, separando sus labios vaginales con los dedos. Él eyaculó de inmediato, penetrando profundamente en ella, y continuó eyaculando, contrayéndose, empujando y eyaculando hasta que terminó. Luego, jadeando con fuerza, se acostó junto a Tess.

Tess le preguntó si su primera vez había sido buena, y Robert respondió con sinceridad: mejor que nunca. Tess le preguntó si había disfrutado viéndola masturbarse en aquel entonces, y Robert dijo que sí, que lo había excitado mucho y había sido muy placentero. ¿Le gustaba cuando las chicas se masturbaban? Respondió que no lo sabía, ya que ella era la única que había visto masturbarse. Tess susurró más, preguntándole si sabía que las mujeres podían tener orgasmos mucho más a menudo que los hombres, y Robert asintió. Tess asintió, sintiéndose segura de sí misma. Dijo que ella también podía tenerlos muy a menudo cuando estaba llena de deseo, y entonces apenas podía parar. Robert dijo adormilado que quería dormir unos minutos, y Tess le acarició suavemente el cabello. “Solo duerme, mi pequeño amante, solo duerme”, dijo.

Tess no sintió un desagradable recuerdo de haber dejado que Robert la observara antes, pero en general, consideraba la masturbación algo muy íntimo y no quería que la viera en ese momento. Le susurró un beso en la frente y esperó a que se durmiera profundamente, respirando hondo. Entonces se tocó a sí misma de forma juguetona y silenciosa. Fantaseó, se excitó con sus fantasías y se acarició lentamente y con placer, masturbándose suavemente y deteniéndose de inmediato, solo para continuar excitándose en silencio. Robert, que se había despertado, la observó en secreto y volvió a tener una erección. Ahora se giró hacia ella y volvió a dormirse.

Tess vio su erección y se detuvo de inmediato. Quería sentirlo dentro de ella otra vez y lo tocó suavemente. Robert despertó y la miró con curiosidad. No dijeron ni una palabra, luego Tess se puso a cuatro patas y le ofreció sus nalgas de forma tentadora. Robert lo entendió y se arrodilló detrás de ella, luego guió su pene hacia su vagina con una mano bajo sus nalgas. No fue fácil, porque Tess estaba muy excitada y su vagina estaba hinchada. La folló, mientras ella gemía suavemente para sí misma, de la misma manera que Woodstock. Sacó su pene casi por completo y lo introdujo muy rápido y profundamente. La folló muy despacio, disfrutando de cada embestida y acariciando sus hermosas nalgas, mientras ella acariciaba su clítoris. Estaba muy cerca del orgasmo cuando Robert sintió su dedo palpitante frenéticamente. Ya no pudo contenerse y eyaculó, eyaculando profundamente dentro de la vagina de Tess, sintiendo cómo su vagina absorbía el semen y lo exprimió hasta que no salió más, luego se dejó caer sobre sus talones. Tess estaba lejos de haber terminado y continuó como poseída, echando la cabeza hacia atrás de repente y gimiendo de éxtasis mientras su vagina trabajaba, expulsando su semen y el líquido que corría por su muslo. Estaba bastante decepcionada porque había terminado demasiado rápido y no la había satisfecho, pero probablemente él lo aprendería con el tiempo.

Robert durmió unos minutos mientras Tess exprimió un poco de jugo en la cocina y llamó a su madre para decirle que estaba sola y que le encantaría que Robert se quedara con ella hasta mañana; era hábil y le vendría bien una mano amiga. Apenas lo dijo, sonrió al comprender el doble sentido de sus palabras, pero la madre de Robert estaba encantada de que su inútil fuera necesario en otro lugar y de tener una tarde de sábado libre con su pianista.

Luego, Tess volvió arriba para seguir teniendo relaciones sexuales con Robert.

A Robert no le gustaba especialmente la postura del misionero con almohada ni la postura del perrito. Le pidió a Tess que se acostara de lado y la penetró por detrás en esa posición. A ella le gustó porque le dejaba las manos libres, lo que le permitía masturbarse mientras la penetraban o sujetarse la barriga de embarazada con ambas manos cuando Robert estaba a punto de llegar al clímax y la penetraba con furia. Esta se convirtió en su postura favorita porque era placentera para ambos. Robert disfrutaba mucho de poder penetrarla profundamente, algo especialmente importante para él al eyacular. Tess se masturbaba todo el tiempo y tenía frecuentes mini-orgasmos. Cuando Robert solo lograba penetrarla con dificultad al tercer o cuarto intento, ella metía la mano en lo profundo y lo masturbaba hasta que eyaculaba.

Robert había aprendido mucho sobre la masturbación femenina gracias a Rikki y lo había intentado. Sorprendió a Tess cuando apartó sus dedos y ella comenzó a masturbarse. Al principio, fue suave y tierno, diciéndole que se recostara y se relajara por completo. Ella obedeció, porque la forma en que lo hacía se sentía maravillosa. Pronto se volvió más intenso, y Tess jadeó y gimió de placer. Continuó aumentando la intensidad, y ella protestó diciendo que ya era suficiente, pero él no cedió y la sujetó con firmeza, aunque ella quería parar. Entonces la llevó al clímax. Ella jadeó, gimió, chilló y gritó, porque nunca había experimentado un orgasmo tan intenso. En lugar de detenerse bruscamente, como solía hacer, él continuó acariciándola con mucha suavidad hasta que sus espasmos involuntarios disminuyeron. Ella yacía allí exhausta y simplemente dijo: “¡Guau! ¡Eso fue increíble!”. A partir de entonces, le permitió masturbarla más a menudo, porque después, se sentía completamente satisfecha por un tiempo. A ella le gustaba mucho tener relaciones sexuales en la posición de lado, y si él podía, tenían relaciones sexuales varias veces seguidas.

Solo se veían cuando Tess estaba sola en casa. A veces ella lo masturbaba cuando no quería tener sexo. Su vientre creció rápidamente y pronto rara vez se atrevía a tener sexo con él, prefiriendo chuparle el pene. Robert no se sorprendió; se sentía muy bien y era un buen sustituto. Que Tess tragara su semen lo desconcertó al principio, pero luego se acostumbró. Después de todo, ella tam-

bién chupaba los penes de sus clientes. La mayoría de las veces, sin embargo, cuando estaba a punto de eyacular, se le permitía introducir la punta de su pene en su vagina después de haberla chupado, y podía penetrarla suavemente con él y eyacular dentro de ella. Tess solo le permitía penetrarla muy suavemente y a cámara lenta, porque tenía mucho cuidado de que no la penetrara bruscamente y lastimara a su bebé al eyacular.

El bebé llegó demasiado pronto, de repente. Tras el parto difícil y las cirugías posteriores, Tess se volvió infértil, delgada y triste. Él visitó a su prima en el hospital, pero no volvieron a verse durante muchos meses. Ella tenía problemas de salud y económicos, y su padrastro la presionaba para que finalmente se casara con su admirador de toda la vida, a quien consideraba un idiota. Casi medio año después, Tess llamó a Robert y le preguntó si podía ir a cuidar al bebé.

Por supuesto que podía.

Corazones fríos

von Jack Faber © 2006

Durante sus estudios de medicina, Fred trabajaba como embalsamador y, ocasionalmente, como vigilante nocturno en la morgue. Le pagaban muy bien y, durante el turno de noche, podía estudiar sin interrupciones. Pronto descubrió cuándo venía el profesor a visitarlo. Entonces se sentaba junto a la puerta trasera y fumaba pensativo hasta que oía acercarse al profesor. Luego hacían la ronda juntos, tachando los fallecidos de la lista. Como siempre, no faltaba ni un solo cuerpo; todos estaban a salvo en las cámaras frigoríficas. Fred sabía que estaban todos allí, pero el trabajo le reportaba un buen sueldo. No podía imaginar cómo su predecesor, un pobre borracho, podría haber perdido un cadáver, ni quién podría haber usado un cuerpo como decoración o para cualquier otra cosa.

La siguiente vez, se sentó a fumar durante un buen rato antes de que llegara el profesor, con la mente puesta en una vieja película muda. Siempre se trataba de poder, de dominar a alguien.

Vivía solo con su madre en un pequeño y humilde apartamento; siempre tuvieron muy poco dinero, y desde que empezó a estudiar y a ganar algo de dinero, la obligó a limpiar para que ella también ganara un dinero extra.

Desde pequeño, preguntaba dónde estaba su padre, pero ella permanecía obstinadamente en silencio. Cuando era pequeño, le permitían dormir en su casa, y ella lo observaba mientras el niño jugaba emocionado con su cola. Luego apagaba la luz con firmeza: ¡Shhh!, ¡a dormir! Cuando empezó el colegio, primero tuvo que dormir en su propia cuna y, de nuevo, no obtuvo respuesta sobre dónde estaba su padre.

A los doce años, aprendió a masturbarse con sus amigos, pero su madre lo regañó y le ordenó que lo hiciera en la bañera y se lavara en lugar de ensuciar la sábana. Él se doblegó ante su autoridad y obedeció, incluso cuando ella le ordenó que dejara la puerta del baño abierta. Parecía disfrutar de su poder sobre él, y mientras él se masturbaba de pie, de espaldas a la pared en la bañera, ella

no le quitaba los ojos de encima. Por supuesto, pronto descubrió que ella se estaba dando placer a escondidas bajo la sábana. Su hombro y su brazo delataban sus movimientos, aunque él no sabía exactamente qué estaba pasando.

Por esa época, se enteró de lo que le había pasado a su padre. Su madre llegó a casa bastante borracha después de una de sus raras salidas nocturnas con las chicas, y él logró que admitiera que ella misma no lo sabía. A los 16 años, aún virgen, había estado en un festival en una carpa donde la emborracharon. Después, los chicos la llevaron detrás de la carpa, donde se turnaron para tener sexo con ella en la hierba. Debieron ser entre 12 y 15 los que participaron en la orgía a lo largo de la noche. Sorprendida, dijo que no había sentido que se le rompiera el himen, pero que había experimentado orgasmos maravillosos una y otra vez, que disfrutó muchísimo. Fred se entristeció un tiempo, porque sabía tan poco como antes, pero nunca volvió a sacar el tema.

Más tarde, mientras se masturbaba, cambió de postura y se sentó en el borde de la bañera; era cómodo y podía descansar a ratos antes de continuar. También podía vigilarla, al igual que ella a él, y oír sus suspiros y gemidos suaves mientras se movía. Normalmente, después ella se levantaba e iba al baño; él la veía desnuda al pasar y entonces eyaculaba violentamente.

Tenía casi 16 años, le estaba saliendo vello en las axilas y alrededor del pene. Su pene también había aumentado de tamaño debido a la masturbación frecuente, y podía masturbarse muchas veces seguidas.

En verano, su prima Inga se mudó con ellos y se quedó unas semanas mientras sus padres viajaban a Grecia. Aunque rondaba los veinticinco años, era hiperactiva y, por desgracia, tenía una discapacidad intelectual considerable. Era rubia y menuda, mucho más baja que Fred, jorobada e increíblemente delgada. Su cuerpo huesudo era musculoso, y se le podían contar las costillas de lo delgada que estaba; sus pechos eran pequeños y puntiagudos. Casi no tenía vello púbico y su vulva, profundamente hinchada y desnuda, tenía labios mayores grandes y marrones, como Fred pronto descubrió, aunque quizás esto se debía a la masturbación frecuente. Que la madre de Fred a veces se despertara por la mañana y encontrara a Inga masturbándose, y le acariciara la cabeza mientras

llegaba al orgasmo, era uno de los pocos rasgos amables de esta mujer amargada y solitaria.

Después de que su madre, inexplicablemente, le confesara a su llegada que él siempre se masturbaba en el baño, Inga iba allí a verlo todos los días y aprovechaba cualquier oportunidad para excitarlo con comportamientos lascivos. Inga observaba con atención absorta cómo él se ponía erecto cuando ella se quitaba el vestido y se quedaba desnuda frente a él, con su hendidura expuesta de forma torpe e infantil mientras lo observaba masturbarse. Su madre observaba impasible desde la cama, ya que el primer día le había revelado a Fred que Inga era infértil, lo que, tras reflexionar un poco, él interpretó como una invitación. Fred comenzó tocando los pequeños senos de Inga y frotando su pene contra su cuerpo desnudo. Inga jugó con su pene durante un buen rato antes de finalmente masturbarlo, sonriendo con una boca torcida. Era evidente que lo hacía muy bien, y Fred lo disfrutaba enormemente; quería eyacular más a menudo que nunca.

Durante los primeros días, se conformó con la masturbación manual, pero luego quiso más. Además, su excitación se volvió abrumadora, especialmente después de que ella lo llevara a un clímax fantástico. Vació el agua de la bañera y se tumbó desnuda para masturbarse. Fred, por supuesto, había observado los movimientos de su madre a diario y a veces vislumbraba movimientos sombríos en la oscuridad bajo la sábana, pero sus ojos casi se salieron de sus órbitas la primera vez que Inga, con una sonrisa tonta, comenzó a acariciar su clítoris entre sus muslos bien abiertos. La piel alrededor de su clítoris ya estaba de un rojo oscuro por todo el roce, y estaba tan obsesionada con el orgasmo que se frotaba el clítoris constantemente, llegando al clímax repetidamente y luego continuando. Pronto se dio cuenta de que ella también se masturbaba tan a menudo como le era posible. Allí estaba ella, acurrucada en la bañera, frotándose rápidamente el clítoris y sonriéndole. Con avidez, Fred se arrodilló e intentó penetrarla, pero ella se resistió y negó con la cabeza. Estaba perplejo e intentó varias veces sin éxito, pero solo cuando ella finalmente comenzó a tener un orgasmo intenso pudo aprovechar su aturdimiento y penetrarla. Su pequeña vagina era muy, muy estrecha. Ella se sobresaltó y agarró su pene con tanta fuerza que quedó medio atascado dentro y no podía moverse. A medida que su orgasmo disminuía, aflojó el agarre y la eyaculación llegó por sí sola. Exhausta e impotente, le per-

mitió penetrarla por completo y eyacular dentro de ella. Fred se rió histéricamente. ¡Su primera vez, con una chica tonta!

Fred pronto descubrió que a ella le gustaba mucho que la follaran si él la masturbaba vigorosamente antes. Sí, le encantaba cuando la sujetaba y la masturbaba brutalmente; ella gemía y se quejaba de excitación y luego explotaba de verdad. Después, estaba tan exhausta que él podía montarla inmediatamente. Su rostro adquirió una expresión ligeramente asustada, aunque no tenía miedo de que la follaran. La follaba tan fuerte y tan profundo como podía penetrarla. A ella le encantaba ese miedo, y a él le encantaba el poder; disfrutaba plenamente de su poder cuando ella jadeaba y se estremecía durante esa intensa follada. Ella gemía, pero sonaba a satisfacción. Solo cuando él se enderezó para eyacular abrió los ojos con una anticipación infantil. Pero no pudo mantener esa tensión por mucho tiempo y se aferró a él con fuerza. Jadeó de anticipación cuando él deslizó su mano bajo sus nalgas y presionó su pelvis firmemente contra su pene, pero ahora no pudo evitarlo; su vagina se abrió suave y ampliamente. Él se deslizó aún más adentro y sintió una suave resistencia. La sujetó firmemente por las nalgas con ambas manos y continuó follándola, eyaculando chorro tras chorro dentro de ella. Sintió una satisfacción triunfal al ver su expresión, que de alguna manera le recordaba a un conejito. La madre parecía indiferente a lo que los dos hacían en el baño; mantenía los ojos cerrados, su mano danzando bajo la fina sábana. La sábana ocultaba sus acciones, razonó, y no le importaba si sus movimientos se podían discernir por el movimiento de la sábana. A veces la sábana se movía con cada movimiento, y Fred podía observar vagamente su masturbación. Lo dejó así, dejándola creer que su secreto estaba a salvo.

Pero cuando terminaba su acto secreto y, por su expresión, se daba cuenta de que estaba a punto de eyacular, a veces saltaba y, desnuda como estaba, irrumpía en el baño. Actuaba con mucha hipocresía, regañando y maldiciendo juguetonamente, pero con orgullo les permitía a los dos admirar su desnudez. Al fin y al cabo, era una mujer joven de casi cuarenta años, con el pelo oscuro hasta los hombros enmarcando su rostro, que rara vez se mostraba alegre. Le encantaba acariciar sus grandes pechos, pesados y llenos. Su cuerpo y piernas eran esbeltos, y sus caderas estrechas, de modo que sus nalgas parecían más grandes de lo que realmente eran. Su zona púbica apenas tenía vello, ya que siempre lo recorta-

ba cuidadosamente, dejando la hermosa hendidura completamente expuesta. Cuando acababa de terminar su juego pecaminoso —como acababa de hacer— sus labios vaginales, colgando de su hendidura, también eran claramente visibles. Y le gustaba que la miraran y la admiraran; a menudo sus dedos rozaban sus labios vaginales como por accidente. Que era muy activa sexualmente y se masturbaba al menos una vez al día, pensó que podría ocultárselo durante mucho tiempo. Luego se calmaba, volvía a la habitación con un movimiento de caderas y murmuraba que de todos modos no podía pasar nada, ya que Inga era infértil. Por lo general, después de masturbarse, se sentaba desnuda en la cama, con las piernas despreocupadamente dobladas a un lado, observándolos a los dos con ojos brillantes. Fred siempre se excitaba y sentía lujuria al ver sus genitales desnudos.

Inga lo apartó de inmediato, todavía algo asustada de dejar que la follara tan abiertamente delante de su madre, y el resto de su semen salpicó sus muslos. Vaciló unos instantes entre el miedo y la lujuria, y luego comenzó a masturbarse con timidez. La madre estaba sentada desnuda en la cama, observando a Inga masturbarse con ojos febriles, mientras Fred tenía que tomar un respiro. La madre y él se miraron fijamente y con agresividad a los ojos. Por un momento, ella jadeó en busca de aire y rodeó sus pesados pechos con un brazo, subiéndose la manta hasta las rodillas con la otra mano, tratando de resistir su mirada insolente hacia su desnudez. Estaban enfrascados en una lucha de poder. Durante años, él había encontrado injusto que ella pudiera verlo masturbarse y follar con él, mientras ella intentaba mantener en secreto su propio placer. Mes tras mes, la observaba masturbándose en secreto bajo las sábanas mientras él se masturbaba en el baño. Mes tras mes, la deseaba más y más, posponiendo cobardemente la decisión de cuándo la tomaría.

Se sentía desafiante y agresivo con su madre y la hacía sentir que quería hacerle todo lo que le estaba haciendo a Inga. Pronto Inga se retrajo por completo y no pudo parar, continuando masturbándose con una expresión vacía. Al instante, se aprovechó de ella, pues ahora no tenía intención de resistirse. La sujetó brutalmente y, a pesar del violento temblor que precedió a su orgasmo, forzó su pene en su vagina apretada y contraída. Se quedó boquiabierto mirando los pechos desnudos y los genitales expuestos de su madre mientras sujetaba a Inga con firmeza y la penetraba deli-

beradamente, lentamente. La miró con una mirada que delataba su intención de volver a penetrarla ese mismo día. Inga se aferró a él y movió su cuerpo torpemente, intentando que eyaculara rápidamente. Su rostro, ya de por sí poco atractivo, se contorsionó gradualmente en una mueca estúpida, y entonces alcanzó el orgasmo. La sensación de desmayo le impidió llegar al orgasmo, y miró con orgullo y altivez a los ojos de su madre mientras continuaba penetrando a Inga deliberadamente. Sus ojos delataban que pretendía acostarse con ella de nuevo ese día. Su madre lo vio en sus ojos y supo instintivamente que estaba a punto de hacerlo. Se estremeció al pensarlo y se levantó con incertidumbre para cerrar la puerta del baño.

¡Tenía que tomar el poder de alguna manera! Después de un rato, saltó de la bañera y abrió la puerta de golpe, porque quería que ella presenciara la lucha y el sexo. Luego, con su pene erecto, se acercó a su madre, le arrancó furiosamente la manta del cuerpo y la arrojó descuidadamente al suelo, dejándola completamente desnuda y vulnerable. Su madre se sonrojó intensamente cuando él la alcanzó en el aire y la miró descaradamente y provocativamente a sus genitales. “Quiero follarte”, traicionó su mirada, y su madre se encogió, colocando su mano protectoramente sobre sus genitales. Levantó a Inga en el baño y la arrojó sobre la cama grande junto a su madre desnuda. Inga corrió hacia su madre, quien la abrazó protectoramente, pero él se subió encima de Inga por detrás, le separó las nalgas con ambas manos y la penetró en la vagina. Se aferró a su madre, a sus pechos y muslos.

Se resbaló, se deslizó fuera de Inga, y cuando intentó volver a entrar, inmediatamente se dio cuenta de que no era su vagina y comenzó a follarla tan rápido como pudo. La madre instantáneamente dejó escapar un grito medio ahogado. Supo al instante que la lucha de poder tenía que decidirse ahora y empujó su pene erecto salvajemente en su vagina. Inga, tumbada sobre sus pechos, lo impidió. Lo miró con furia y empujó a la chica sobre él, de modo que su pene se deslizó hacia afuera. Luchó, agarrando su gran y lleno pecho con una mano y agarrando su cadera con la otra, luego embistió su pene salvajemente en su vagina de nuevo. Ella estaba desgarrada por sus sentimientos y deseos contradictorios; su mitad superior protestó con chillidos y empujó a la chica contra él, mientras que su mitad inferior se regocijó y sus muslos se abrieron tan ampliamente como pudieron. Ella lo empujó hacia atrás con

un fuerte chillido, y él embistió salvajemente en su vagina con un grito. Este salvaje, chillón, grito de follada evolucionó en un ballet cada vez más silencioso; Ella empujó su pene fuera de su vagina, y él la penetró de nuevo. Pronto ambos guardaron silencio; ella empujó hacia atrás, él la penetró. Ambos jadeaban por el esfuerzo; la lucha había durado mucho tiempo. Él sintió la rigidez típica de la preeyaculación; después de unos momentos, eyaculó cada vez que la penetraba. Aunque ella había dejado de empujarlo hacia atrás, él sacó su pene cada vez y lo volvió a introducir en su vagina, eyaculando con cada embestida. Ella aulló y se detuvo en la lucha, con los ojos bien abiertos, y gimió como una niña pequeña todo el tiempo mientras la follaban a fondo. Sintió con precisión cómo Inga presionaba su vagina contra su pene, uniéndose a la acción. Sintió como si los estuviera follando a ambos y folló como un loco hasta que sintió la ardiente aproximación de su orgasmo y eyaculó con mucha violencia. La madre pareció querer detenerlo eyacular y gruñó con rabia, apretando fuertemente los músculos vaginales. Él continuó eyaculando de todos modos hasta que hubo penetrado lo suficiente. Se alegró de que su erección se mantuviera después de eyacular y la penetró profundamente. Inga yacía sobre los pechos de su madre, con las piernas abiertas, y frotaba con excitación su vulva contra la cadera de su madre.

Fred se detuvo y miró a su madre. No estaba seguro de lo que ella quería, pero sabía una cosa: él también lo quería. Apartó a Inga con determinación, pero su madre la abrazó como a un osito de peluche, apretándola protectoramente contra su pecho. Fred ahora tenía una vista clara de la parte inferior del cuerpo de su madre. Le separó las piernas con las rodillas y la penetró rápidamente, a pesar de sus débiles protestas. La miró triunfante a los ojos y comenzó a follarla con vigor. Su mirada se volvió temblorosa, e intentó de nuevo usar a Inga como amortiguador, pero él no se lo permitió. Apartó a Inga y colocó su pequeña mano sobre el clítoris de su madre. Inga inmediatamente comenzó a masturbarla. La madre cerró los ojos y hundió el rostro en el hombro de Inga para evitar mirarlo a los ojos, pero ya no se resistió a su acto vergonzoso.

Continuó follándola sin piedad, encontrándose con su mirada lastimera con triunfo y orgullo. Ella temblaba por completo mientras Inga la llevaba al orgasmo, jadeando y respirando con dificultad, pues pasó mucho tiempo antes de que él eyaculara. “¡No! ¡No!” susurró al unísono mientras él eyaculaba, eyaculaba y eyacu-

laba, eyaculaba y eyaculaba. Intentó ocultar su placer, mirándolo con severidad y dolor, como si quisiera que sintiera que estaba cometiendo un sacrilegio atroz. Él no prestó atención a sus miradas levemente castigadoras, ni a sus protestas susurradas. Parecía gustarle; eso era lo único que importaba. Y que él había prevalecido. Inga estimuló el clítoris de la madre con sus dedos; él la oyó gemir de placer. Su protesta fue muy débil cuando él la penetró de nuevo. Estaba siendo follada maravillosamente por ambos. Jadeó y gimió suavemente, un murmullo lastimero, mientras su cuerpo comenzaba a temblar de nuevo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Inga la llevó al orgasmo una vez más. Después, se quedó allí exhausta, dejando que todo sucediera pasivamente. Él simplemente continuó follándola después de su orgasmo, durante un buen rato, hasta que sintió que estaba a punto de eyacular. Ella lo miró de repente, sobresaltada, al sentir su repentina erección. "¡No! ¡No!"

Sintió su maravillosamente suave y húmeda vagina con cada fibra y la miró triunfante a los ojos mientras explotaba, su chorro espeso y caliente disparándose dentro de ella. Eyaculó dentro, chorro tras chorro, ignorando su débil susurro de "¡No! ¡No!". Bajó la mirada avergonzada y se mordió el labio mientras él eyaculaba, mientras bombeaba durante minutos después, incluso después de haber terminado por completo. Inga había visto todo con los ojos muy abiertos por el miedo, así que él le dio una pequeña palmada en el trasero y le sonrió hasta que ella sonrió con alivio, porque eso era lo que siempre hacía cuando ella había hecho algo bien. Se puso de pie y salió pavoneándose, con el pene balanceándose, sin mirar a su madre. ¡Por fin, por fin, la había follado como es debido!

Al día siguiente, evitó todo contacto visual.

Luego llegaron los días en que, después de tener sexo con Inga, su madre entraba al baño, completamente desnuda, por supuesto, y lavaba a Inga. Presumiblemente, no quería que Inga manchara la sábana en la que dormían las dos mujeres con el semen de Fred. Mientras se inclinaba para lavar a Inga, Fred podía ver claramente sus labios hinchados bajo sus nalgas prominentes. Se apoyó en su espalda y observó por encima del hombro cómo ella lavaba suavemente la vulva y la vagina de Inga. Estaba ansioso por probar el sexo anal. Agarró sus nalgas, las separó y penetró lenta y cuidadosamente su ano, tan profundamente como pudo, y la folló muy

despacio. Parecía gustarle; lo notó por su respiración. No era ni de lejos tan excitante como el sexo vaginal. Sintió su intensa y creciente lujuria antes de eyacular y presionó su pene profundamente entre sus nalgas, que ella movía rítmicamente mientras se lavaba. Se quedó completamente quieto, dejando que ella frotara su pene contra sus nalgas, y pronto eyaculó con placer dentro de ella. Su pene se deslizó hacia afuera y se hundió profundamente entre sus curvas, dentro de su vagina. Ella apretó rítmicamente sus nalgas mientras él eyaculaba, y después, fingió estar molesta y se limpió.

Al día siguiente, a la misma hora, Fred estaba de pie detrás de ella otra vez, guiando cuidadosamente su erección con una mano entre sus nalgas hasta que la cabeza quedó entre sus labios. Pero ella pareció ignorarlo, porque cuando él miró por encima de su hombro, la vio acariciando la vagina de Inga con los dedos, masturbándola. Él puso las manos sobre sus nalgas y separó sus glúteos; ella empujó lentamente hacia atrás hasta que su pene estuvo completamente dentro de ella. Él se quedó inmóvil, sin penetrarla, agarrando sus nalgas y moviéndolas hacia adelante y hacia atrás, esencialmente masturbándola. Su pulgar se desvió hacia su ano, pero él no se dio cuenta. Ella, sin embargo, inmediatamente presionó sus nalgas contra su pulgar y empujó vigorosamente hacia adelante y hacia atrás hasta que él eyaculó profundamente dentro de ella. Cuando terminó con Inga, lo miró como si estuviera enojada y, sin decir palabra, limpió su semen.

Este se convirtió en el último juego que todos parecían disfrutar, repitiéndolo más o menos de la misma manera todos los días. Inga se masturbaba, perdida en su propio mundo. Su madre había sacado deliberadamente sus nalgas, sus gruesos labios abultados bajo su ano. Él colocó su glande entre ellas. La madre soltó a Inga y se apoyó con ambos brazos en el borde de la bañera. Fred se introdujo más profundamente en ella, la cabeza de su pene deslizándose suavemente en su vagina. Agarró sus nalgas con ambas manos y las separó todo lo que pudo, ensanchando su abertura vaginal en el proceso. Con ambos pulgares, separó sus gruesos e hinchados labios y empujó su pene profundamente adentro. De nuevo, movió sus nalgas con ambas manos y la penetró con unos pocos y cuidadosos movimientos. Eyaculó el último resto de su semen en su vagina mientras movía rítmicamente sus nalgas. A Fred no le molestó su mirada exageradamente enojada; ella se lavó sin

decir palabra, y luego se durmieron. Parecía enfadada porque él no había durado lo suficiente.

Por esa época, él también se despertaba cada mañana y observaba, abiertamente y sin disimulo, cómo la madre e Inga masturbaban a la niña juntas, y ella tenía orgasmos una y otra vez. Por las noches, durante su nuevo juego, ella se ponía de pie con las piernas bien abiertas, mostrando deliberadamente sus labios vaginales y su vagina. Él le agarraba las nalgas con ambas manos y las separaba todo lo que podía, ensanchando la abertura vaginal con los pulgares. Luego introducía su pene aún más profundamente en su vagina y la penetraba muy despacio y con suavidad, eyaculando un poco de semen al final. Ella lo soportaba en silencio, completamente absorta en Inga, y no lo interrumpía. Fred creyó notar que ella tenía un orgasmo muy leve mientras la penetraban, pero no estaba seguro. Ella lo miraba con ira y reproche exagerados mientras se limpiaba, porque una vez más él había eyaculado demasiado pronto.

Al día siguiente, mientras Fred lavaba a Inga, apartó uno de los pies de la madre, cada vez más, y sus nalgas y labios se abrieron al separarlos con los pulgares. Se inclinó y vio su vagina abierta y el hermoso clítoris rojo oscuro. Con cuidado, deslizó su pene en su vagina y la sujetó por las caderas mientras la penetraba. Ahora estaba claro: estaba teniendo un orgasmo, y durante el mismo, permaneció inmóvil, descuidando a la pobre Inga. Hizo una pausa mientras la penetraba, sintiendo su orgasmo con su pene; sus piernas temblaban violentamente. Después de que ella tuvo el orgasmo, continuó penetrándola vigorosamente, observando sus nalgas y la abertura de su ano, que se contraía al ritmo de sus embestidas. Esta vez, pudo penetrarla durante un buen rato, con la mirada fija en los movimientos de sus redondas nalgas y su ano. No pudo resistirse y acarició sus redondas nalgas, jugueteando con su ano con un dedo. Parecía disfrutarlo mucho, y él la estimulaba continuamente. La oía jadear y gemir hasta que dejó de lavarse y, temblando, llegó al orgasmo; él eyaculó las últimas gotas de semen en su vagina orgásmica. Cuando finalmente terminó con Inga, la madre no lo miró con enojo, sino que se sonrojó desde las mejillas hasta los pechos antes de limpiarse y mirarlo inesperadamente tímidamente y llena de vergüenza. Esta vez había durado bastante y la había llevado al orgasmo.

Así transcurrió su última semana. Él conservó su energía durante el día masturbándose y follando con Inga para tener suficiente semen para dos veces más por la noche. Cuando la penetró por detrás, ella se apartó de Inga y se apoyó con los brazos en la bañera. Él siempre podía saber por el temblor de sus piernas cuando estaba cerca del orgasmo. Exploró su ano con cuidado porque era muy sensible. Si insertaba un dedo durante el sexo y lo estimulaba suavemente, ella tendría orgasmos tan intensos que sus jadeos contenidos se convertirían en gemidos fuertes y lastimeros, y el temblor de sus piernas sacudiría todo su cuerpo. Necesitaba unos minutos de descanso; ella lavó a Inga de nuevo. Luego colocó sus manos en sus caderas, y ella inmediatamente se inclinó hacia adelante, sacando las nalgas. Esta vez, la folló de tal manera que no la llevó al orgasmo antes de sentir que su propio clímax se acercaba. Introdujo un dedo en su ano, empujándolo con fuerza, sintiéndola temblar. Ella jadeó y gimió, sus piernas temblando. Luego la penetró profundamente en la vagina, eyaculando en medio de su orgasmo. Al retirar su pene flácido, ella se incorporó, se secó y actuó como si nada hubiera pasado, evitando su mirada. Estaba satisfecha, habiendo experimentado orgasmos maravillosos después de que él descubriera el efecto milagroso de la penetración anal con los dedos.

El sábado, los padres de Inga vinieron a recogerla. Su padre, hermano de su madre, la cuidó enseguida; se abrazaron y él no paraba de contarle sus vacaciones en Grecia. Su madre y su cuñada tomaban café y susurraban para que Fred no las oyera. Lástima que Fred tuviera oídos de murciélago.

Sí, informó su madre, Inga se masturbaba a menudo, como era de esperar, pero no era ningún problema. Fred agradeció que no lo hubiera traicionado, que no hubiera dicho ni una palabra sobre que él tuviera relaciones sexuales con Inga. Más tarde, en la conversación, su cuñada explicó que sus vacaciones en Grecia les habían sentado bien; estaban volviendo a dormir juntos. Fred también se enteró de que su tío, que no era el padre biológico de Inga, tenía una relación sexual muy íntima con ella. Ella se masturbaba en cada oportunidad, e incluso él le había enseñado a practicarle una felación. Y, por supuesto, tenían relaciones sexuales a su antojo cuando les apetecía. Y no, dijo su cuñada en voz baja, ella casi siempre estaba presente, no sentía celos y los dos eran muy felices. Y si él se había esforzado demasiado con Inga y no había podido

satisfacerla, bueno, una mujer sabe cómo encontrar satisfacción. Las dos mujeres se miraron y asintieron con complicidad. Cuando la cuñada preguntó cómo se llevaban Inga y Fred, la madre solo dijo que de maravilla, y luego comentó con una sonrisa significativa que él ya tenía edad suficiente y sabía cómo lo hacían las chicas.

Cuando volvieron a estar solos, él dijo que iba al baño y se desnudó lentamente. Dejó la puerta de su habitación abierta y se sentó en el borde de la bañera. Acarició su erección y esperó pacientemente. Su madre se desnudó y se metió rápidamente en la cama bajo las sábanas. Se observaron durante minutos. Su mirada estaba fija en su pene y en sus caricias. Él acarició su erección y observó cómo sus ojos delataban su creciente excitación. Ella suspiró profundamente, y los contornos de la manta revelaron que había separado ligeramente las piernas y una mano, como la serpiente en el paraíso, se deslizó lentamente hacia su centro. Los suaves movimientos de sus dedos se sentían tan bien; cerró los ojos y se acarició.

Fred esperó a que su mano se acelerara antes de deslizarse sigilosamente hasta los pies de su cama. Con cuidado, apartó las sábanas, dejándolas caer descuidadamente al suelo, y la observó. Ella se acariciaba y retorcía el clítoris rápidamente, sin cesar, cada vez más rápido. Tuvo un orgasmo silencioso con bombeos contenidos; después de unos segundos, continuó, masturbándose el clítoris aún erecto y de color rojo oscuro y jugueteando con su vulva con la otra mano, acariciándose a sí misma. Justo antes de llegar al orgasmo, lo notó. Con el rostro enrojecido, se incorporó y, avergonzada, buscó la protección de las sábanas, cubriendo sus pechos con una mano y su vulva con la otra. Fred se había arrodillado en la cama y había colocado su mano sobre su vulva. “¡No, por favor, Fred, no podemos hacer esto!”, susurró, intentando apartar su mano. Él la miró a los ojos por un momento y murmuró con firmeza: “¡Lo haremos, ahora!”, y se acercó, la agarró por los hombros y la echó suavemente hacia atrás. No, por favor, no —repitió varias veces—, pero su cuerpo reaccionó de forma totalmente distinta. Él le besó el cuello, los pechos, y dejó que sus dedos se deslizaran hasta su vulva. Besó sus pechos grandes y pesados y le lamió los pezones, tirando suavemente de ellos.

Fred escuchó su tembloroso suspiro y supo que había ganado. Sus propios preliminares la habían excitado, y aún estaba caliente

y cachonda por la masturbación. Lamerle los pezones le preparó el camino para que sus dedos alcanzaran su clítoris, después de que ella, voluntariamente y sin resistencia, abriera sus muslos entre muchos suspiros ansiosos. Tocó sus labios y clítoris, decidiendo en un instante si ser firme, como lo había sido con Inga, o suave, como la acababa de ver hacer. Comenzó despacio y con delicadeza, notando que su clítoris se hinchaba y endurecía en segundos. Continuó, acariciándole el clítoris minuto tras minuto, dejando que sus dedos vagaran a su alrededor. Ella comenzó a jadear, presionando su clítoris contra sus dedos, y tuvo un orgasmo casi instantáneo con un gemido fuerte y lastimero. La soltó y la observó atentamente: sus orgasmos, sus jadeos y gemidos, sus pechos agitados y el bombeo de su bajo abdomen, las contracciones de su vagina y clítoris. Se tapó la boca con la mano y lo miró con ojos que brillaban como estrellas.

—Tan hermoso —susurró—, ¡nadie me lo había hecho tan bien! —y se mordió el labio, dándose cuenta de que se había delatado. Él lo sabía, ella lo sabía. Él la besó en el cuello, en los pechos y luego en los labios. —Ya me lo contarás después —murmuró.

Fred se enderezó, se inclinó sobre ella y su pene apuntó a su cuerpo. “No”, susurró ella, “¡no! No debemos hacer eso, hijo y madre, ¡está prohibido!” Él besó sus pechos, sus pezones, y murmuró: “¡Pero ya lo hicimos cuando estaba bañando a Inga! ¡Y antes de eso, con Inga, en la cama!” La voz de la madre se apagó, y dijo que eso era diferente. Al principio, ni siquiera lo había notado durante los baños de Inga, y después había estado tan absorta en masturbar a Inga, cautivada por la excitación de Inga, y tan terriblemente cachonda ella misma, que lo había permitido. Él había explotado descaradamente su indefensa vulnerabilidad; eso ni siquiera había sido sexo de verdad. Y eso solo había ocurrido una vez, pero Fred la corrigió, no, doce veces. Le recordó que en los últimos días había estado colgada casi boca abajo del borde de la bañera, ofreciendo voluntariamente sus nalgas y su vagina bien abiertas para que él pudiera penetrarla profundamente. Eso fue una follada de verdad, ¡con un montón de orgasmos! Se quedó en silencio, sus susurros desvaneciéndose, mientras Fred comenzaba a estimular sus labios y clítoris de nuevo. Cerró los ojos y suspiró; él tenía razón, se había entregado a él, día tras día, voluntariamente, voluntariamente y con lujuria. Había disfrutado muchísimo de la follada y le encantaban los orgasmos; deliberadamente solo le había permiti-

do que la penetrara por detrás, siempre inclinándose hacia Inga, ¡porque si no lo veía, no sucedería! Simplemente no había querido creerlo y se había convencido de que solo había ocurrido una vez, e incluso entonces, de forma totalmente inesperada y casi involuntaria. Sabía que él tenía razón, no su voz interior que susurraba: "¡Una madre no hace eso con su hijo!". Al diablo con esa voz interior; poco a poco abandonó su protesta y resistencia y dejó que Fred hiciera lo que quisiera.

Fred se tomó su tiempo, tomándose su tiempo con ella. Sin prisa, le separó las piernas y luego usó sus dedos para separar sus labios y la abertura vaginal. Ella se cubrió los ojos con el brazo —si no miraba, no habría pasado— y respiró hondo mientras su pene entraba en su vagina. La abrazó, colocó su cabeza entre sus pechos y la folló durante mucho, mucho tiempo. Para su deleite, su excitación se intensificó rápidamente y ella tuvo dos orgasmos antes de que él eyaculara. Exhausto, dejó su pene dentro de ella hasta que se volvió completamente flácido. Ella le acarició la cabeza y, cuando él la miró, sintió su felicidad. Se quedaron en la cama desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana, follando tan a menudo como él podía. Durante algunos descansos, la acarició suavemente y la masturbó, lo que ella disfrutó muchísimo. Le asombró la facilidad con la que ella alcanzaba orgasmos vaginales y clitorianos.

Volvió al punto en que ella había dicho que nunca la habían masturbado de una manera tan placentera. «¡Cuéntamelo, cuéntamelo todo!», exigió con un tono que no admitía réplica. Apoyó la cabeza en su pecho y dijo: «¡Vamos, cuéntame!». Ella le acarició la cabeza, algo que rara vez hacía, se aclaró la garganta y comenzó.

Un hombre nunca me ha tocado así... Después de una pausa, solo mujeres. Fred esperó pacientemente y acarició su erección de tres cuartos, luego ella le dijo que a veces sucedía con sus amigas (evitó la palabra "masturbarse"). Sí, algunas del círculo de mujeres. ¡Continúa, dijo él, continúa! Fred a veces sabía a quién se refería, otras veces no sabía nada. Pero en general las historias eran similares: las chicas o mujeres se masturbaban entre sí o lo hacían una frente a la otra. Pero también había situaciones frecuentes en las que el deseo mutuo llevaba a besos y caricias, pero nada más. Sí, hubo al menos seis o siete, solo en algunos casos excepcionales hubo repetición. ¡Y ninguna lo había hecho tan bien como él, nin-

guna! Y ella le besó el pelo, la raya de la cabeza, algo que hacía muy, muy rara vez.

Una vez, contó, conoció a una chica de unos veinte años. Una completa torpe, que ni siquiera podía acariciarla con la mano y era muy desgarbada. No le resultó difícil estimularla hasta que tuvo varios orgasmos. La chica, con el rostro enrojecido por la vergüenza, fue al armario y cogió un vibrador. Después de eso, probablemente se masturbó con el vibrador una docena de veces. "¿Y?", preguntó él. "Pero nunca había usado nada parecido, y la chica incluso la había animado, pero le daba asco; el vibrador estaba cubierto de flujo vaginal". Preguntó, y ella tuvo que describírselo todo con detalle. La madre notó que el pene de Fred se ponía cada vez más erecto mientras ella describía el episodio con detalle.

A partir de entonces, vivieron felices y en armonía sexual. Ella controlaba cuidadosamente su ciclo, y cuando era fértil o le llegaba la regla, tenían que buscar nuevas formas de inseminarla. Pronto se hizo evidente que no era buena en la masturbación manual. Le faltaba fuerza en las muñecas y los dedos, y encontrar el ritmo adecuado era difícil. Fred compró lubricante, y al principio ella tenía mucho miedo, pero él había recibido muchos buenos consejos de sus amigos, y probaron el sexo anal, con consideración y cuidado. Con el tiempo, ella llegó a disfrutarlo mucho porque estaba a cuatro patas, en la postura del perrito, y podía masturbarse el clítoris sin que él la viera, aunque por supuesto él siempre se daba cuenta. En ese momento, todavía era demasiado tímida para hacerlo abiertamente delante de él, para dejar que la viera.

También aprendió a practicarle sexo oral. «¡Vamos!», le dijo, «¡vamos! ¡Puedes hacerlo, lo recuerdo!». Ella lo miró sorprendida y dijo que no creía que lo recordara. Se mordió el labio, porque se había delatado otra vez. Él lo sabía, ella lo sabía. Y ahora tenía que confesárselo todo con detalle.

Fred era un bebé tranquilo y alegre; nunca lloraba, pero hacía ruiditos como "aaa" y "uuu" cuando necesitaba algo. Después del baño, jugaba feliz con su pene y reía dulcemente cuando ella lo acariciaba con un dedo y se ponía erecto. Un día, por un impulso inexplicable, ella tomó su pene erecto en la boca, y Fred chilló de placer cuando ella le retiró el prepucio y lamió suavemente el pe-

queño glande con los labios y la lengua. Pero a medida que creció, ella dejó de hacerlo.

Fred se rió, sacó su portátil y ella vio por primera vez cómo las mujeres lamían penes. Lo intentó enseguida; quería aprender todo lo que a él le gustaba. Pero él se dio cuenta de que eso no iba a funcionar. La agarró de la cabeza por ambos lados y la penetró en la boca. Ella lo miró y se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular. Intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza y la folló aún más rápido. Eyaculó profundamente en su garganta y no la soltó, continuando follándola lentamente mientras ella gorgoteaba y se ahogaba al tragar el semen. Entonces dijo que esa era la forma correcta de hacerlo, y desde entonces, casi siempre lo hacían antes del sexo anal, que había sido la única alternativa durante su menstruación y días fértiles. Esto tenía dos grandes ventajas.

En primer lugar, este fue el primer orgasmo del día, porque a él le encantaba eyacular su semen en su boca a chorros calientes y abundantes. La primera vez, su eyaculación fue muy copiosa, y ella tragaba su semen con mayor devoción y avidez cada día. Pronto aprendió a no tener arcadas, sino simplemente a dejar que el líquido caliente le bajara por la garganta y solo tragaba cuando él terminaba. Pronto se convirtió en algo que disfrutaba muchísimo.

En segundo lugar, se excitaba discretamente mientras él le practicaba sexo oral. Más tarde, esto se convirtió en masturbación propiamente dicha; rápidamente perdió sus inhibiciones naturales y se masturbaba y llegaba al orgasmo mientras él le practicaba sexo oral, eyaculando y bebiendo su semen. Ahora también se masturbaba durante sus descansos y le permitía observarla con la frecuencia que quisiera, aunque seguía sonrojándose profundamente de vergüenza y mirándolo tímidamente.

A menudo, después, se tumbaban tranquilamente uno al lado del otro y entablaban buenas conversaciones. Su padre estaba completamente decepcionado y la echó de casa, sin permitirle regresar; nunca volvió a ver a sus padres. Le confesó a Fred que durante su embarazo había ligado con hombres casi a diario y se acostaba con ellos siempre que podía. Avergonzada, admitió que había aceptado dinero por aquel entonces, ya que estaba completamente sola con su embarazo, pero nunca se sintió como una prostituta.

Antes y después del parto, estuvo bajo el yugo de aquellas monjas durante meses, quienes le inculcaron a la pobre muchacha, madre de un hijo ilegítimo, los numerosos pecados de índole sexual que la atormentaron durante años, pues pecaba con frecuencia. Solo durante este tiempo aprendió a masturbarse y a no necesitar a un hombre para alcanzar el orgasmo. Fred la animó a que se lo contara y continuó acariciándose.

Pues bien, las monjas dirigían una maternidad para las pobres. Debido a la sobrepoblación, y a que ella accedió, la alojaron con una novicia. Claro que era extraño, pero todo el convento parecía anclado en la más profunda Edad Media. Ella y la muchacha —quizás dos o tres años menor que ella— solo tenían una cama y compartían una almohada y una manta, acurrucadas en la celda con poca luz. La muchacha dormía completamente desnuda y se acariciaba extasiada la barriga, que no era muy grande.

Mientras la acariciaba, le bajó las bragas por completo y le acarició el vientre y la vulva. En resumen, la chica la sedujo y la masturbó de inmediato, y para su sorpresa, tuvo un orgasmo sin ser penetrada. La chica se masturbó y le susurró que debía tocarla, y sintió los dedos de la chica acariciando su vulva húmeda. La exploró con curiosidad, ya que nunca antes había tocado a una chica, y examinó sus labios, vagina e himen. La chica tomó su dedo y lo guió hacia su clítoris, le mostró cómo era y le permitió mantener el dedo allí mientras la chica se masturbaba y tenía un orgasmo. La chica le enseñó cómo lograr que su clítoris se pusiera erecto y cómo llegar al orgasmo con un rápido gemido. Noche tras noche, exploró los genitales de la chica, y después de unos días, pudo masturbar a la novata bastante bien.

A menudo se masturbaba repetidamente por las noches y, por lo general, también por las mañanas, justo antes del ritual de Levate. En ese momento, no lo hacía ella misma, sino que se entregaba a los hábiles dedos de la muchacha a la que amaba por encima de todo. Pecaban mil veces, cada noche y a veces también por las mañanas, en completo secreto. Después de dar a luz, no tuvo ganas durante unos días; había perdido mucha fuerza, y la lactancia nocturna de su amado Alfred le robaba el sueño y el deseo. Pero la novicia no se dejó vencer por eso y se masturbó hasta el frenesí. Tras un descanso de varios días, se regocijó de buena gana y en su

interior, permitiendo que la muchacha la masturbara de orgasmo en orgasmo.

De repente, la lengua de la chica bailó sobre sus pechos y pezones, bajando hasta su estómago, y entonces —¡oh, Dios mío!— sintió la lengua en su vulva, luego dentro de ella. Antes de que pudiera reaccionar, sintió una oleada de calor recorrer sus ingles. La lengua bailó en su lugar más íntimo, haciéndola temblar con una tormenta de emoción y deseo. Arqueó las caderas, presionando su clítoris contra la lengua, y tuvo un orgasmo en segundos. La chica mantuvo su lengua sobre su clítoris, dándole orgasmo tras orgasmo. Lo intentó con la chica de inmediato, aunque inicialmente le repugnaba la idea de meter su lengua dentro de su vagina. Pero rápidamente encontró el himen y lo acarició con la punta de su lengua, porque a la chica le encantó. Rápidamente aprendió a encontrar el clítoris con su lengua y hacer que la chica tuviera orgasmos una y otra vez, igual que ella, hasta que no pudo más. Pasaron un tiempo caliente y agotador lleno de orgasmos y amamantando al pequeño Fred.

Unos cuatro meses después, la chica desapareció repentinamente. La monja simplemente dijo secamente que se había tenido que ir. Los chismosos del pueblo sabían que la novicia se había escapado del almuerzo y que dos monjas la habían pillado con las manos en la masa, la "patrulla de pecadores" (jejeje). Un día, dejó a las monjas sin mirar atrás. Durante el día, limpiaba casas para gente adinerada y podía mantenerlos a ambos, más o menos. Claro que tenía que ganar un dinero extra, y los anfitriones le daban en secreto billetes de quinientos marcos, algunos incluso de mil, a cambio de que ella les ofreciera su cuerpo joven y sus orgasmos. Ahorró el dinero y pronto pudo pagar sus deudas a la niñera y al casero, y guardó el resto para más adelante.

Cuando Fred tenía unos 9 o 10 años, ella dejó de limpiar y de ser "la chica de la limpieza a la que le gustaba tener sexo y por la que le pagaban", para poder estar completamente a su lado y estudiar con él.

Más tarde, cuando Fred se hizo mayor, solía frecuentar los bares dos o tres veces al año, generalmente después de su noche de chicas, buscando a alguien para un encuentro sexual rápido y fu-

gaz en un coche o un baño mugriento. Pero todo eso había terminado, definitivamente.

En esas horas tranquilas, y en muchas más, él le pidió que le contara la noche salvaje que habían pasado juntos. Ella sonrió con dulzura, pues aquello parecía preocuparle profundamente. Tenía 16 años, era completamente inexperta y desinformada. No sabía nada de masturbación ni de cómo funcionaba el sexo; era virgen de verdad, y lo único que conocía eran unos cuantos chicos que querían besarla y abrazarla, y que exhibían con orgullo sus erecciones. Ella no les permitía tocarla ni tocaba sus penes. La mayoría de los chicos se masturbaban, y ella los observaba con curiosidad mientras lo hacían y eyaculaban. Todos lo hacían de forma similar, pero no había dos penes iguales; se masturbaban de la misma manera con ligeras diferencias, y cada uno eyaculaba de forma distinta. Algunos lanzaban su carga a tres metros de distancia, otros simplemente dejaban que el espeso semen saliera a chorros.

Esa tarde de verano, fue a un festival al aire libre con una amiga, donde pronto se perdieron de vista. Un grupo animado y algo ebrio de jóvenes, todos de unos veinte años, condujo a la guapa chica, vestida con su dirndl, hasta su mesa. Bebieron, bailaron, rieron y contaron chistes subidos de tono e historias picantes. Ella tuvo que brindar por su amistad; el aguardiente y la cerveza la emborracharon enseguida. Algunos de los chicos la acompañaron afuera, detrás de la carpa, para que tomara aire fresco. Afuera, en el césped, algunas parejas se besaban sin pudor.

De repente, ella también estaba tumbada en la hierba, uno de los chicos la besaba apasionadamente en la boca con la lengua, y ella se rió cuando él metió la mano bajo su falda y empezó a tantear sus bragas. «Por favor, no las rompas, no son mías», dijo, y se las quitó ella misma; al fin y al cabo, las parejas a su alrededor, que parecían algo borrosas, también estaban teniendo sexo semidesnudas. El chico se desabrochó los pantalones y le subió la falda, luego la penetró sin que ella sintiera que se le rompía el himen, algo que todavía la asombra hoy.

El sexo fue muy placentero; experimentó su primer orgasmo maravilloso casi de inmediato, uno de los muchos que vendrían esa noche. El chico pronto eyaculó, y ella no se dio cuenta de que el siguiente ya la estaba esperando y a punto de acostarse encima

de ella. No había dos penes iguales; este le dio varios orgasmos antes de eyacular ardientemente dentro de ella. Aparentemente, el primer chico había traído a los demás de la tienda; ella y su amante pronto se vieron rodeados. Vio muchos penes erectos o semierectos que aún necesitaban atención. Todos tuvieron su turno; ella esperaba con ansias los siguientes orgasmos y los dejó tener los suyos con una sonrisa dichosa. Algunos probablemente incluso dos o más veces; simplemente no lo sabía.

Era por la mañana; al anochecer, su embriaguez se desvaneció, y durante los últimos encuentros, sintió dolor en la espalda y en la parte baja del abdomen bajo el peso. El último hombre, un tipo pequeño y delgado, le preguntó si podía volver a intentarlo, ya que estaba cachondo de nuevo, y ella asintió, a pesar de su cansancio. El tipo sabía lo que hacía y la folló larga y duramente, de modo que ella pasó de orgasmo en orgasmo como si no estuviera agotada. Él eyaculó con fuerza y pasión, luego se sentaron uno al lado del otro y él le ofreció un cigarrillo, el primero. Ella tosió y escupió, pero valientemente le dio una calada hasta el final.

Él la ayudó a levantarse y ella notó una gran mancha en el césped donde había estado su trasero. Tomó sus bragas, pero no se las puso delante de él por vergüenza, y él la acompañó casi hasta la granja donde estaba de vacaciones con sus padres. Allí pudo darse una ducha larga y completa y lavarse la vulva irritada antes de bajar a desayunar.

Fred siempre se reía cuando ella llegaba al punto en que, avergonzada, no se ponía las bragas delante de él: ¡acababan de tener relaciones sexuales!

Mientras le contaba a Fred su historia sobre la novicia, él bajó y comenzó a lamerle la vulva. La madre olía tan bien, olía a crema y vainilla. Él lamió alrededor de su clítoris y notó cómo crecía y se ponía más duro. Lo tomó en su boca y lo lamió, suavemente y sin pausa. Ella tuvo un orgasmo, y él mantuvo su clítoris en su boca. Cuando se calmó, continuó lamiéndola, orgasmo tras orgasmo. A ella le gustaba mucho, pero rara vez lo pedía, dejándolo hacer lo que quisiera.

Fred se salió con la suya. A los 15 años, no quería empezar un aprendizaje; quería su diploma de bachillerato. No quería empezar

a trabajar justo después de graduarse, sino estudiar. Consiguió un trabajo como funerario y vigilante nocturno y financió sus estudios de medicina. Aunque no era estrictamente necesario, mandaba a su madre a trabajar porque estaba sola durante el día y bebía demasiado. Le quitó las botellas y la ayudó a dejar de beber. Su vida sexual era tranquila y armoniosa. Fred conoció a varias chicas durante sus estudios, pero las cosas no salieron bien porque a ellas no les interesaba su sexualidad exigente e intensa ni su absoluta voluntad de controlarlas. Después de una o dos noches, durante las cuales a menudo violaba brutalmente a las chicas, todo terminaba. Fred nunca sintió pena; siempre le contaba a su madre todos los detalles, y ella estaba feliz de tenerlo de vuelta. Le permitía tener relaciones sexuales con la frecuencia y como él quisiera.

Los estudios de Fred se estancaron un poco cuando desarrolló una afición peculiar. A menudo dejaba sus libros sin tocar y empezó a fotografiar los genitales de los muertos, tanto masculinos como femeninos, creando directorios organizados en su portátil y acumulando cientos de imágenes. Naturalmente, también tocaba y examinaba los genitales; no, le resultaba increíblemente excitante. Una curiosidad morbosa lo impulsaba a observarlos: penes grandes y pequeños, circuncidados y no circuncidados, pechos pequeños y grandes, viejos y jóvenes, vaginas estrechas y anchas, labios menores pequeños y grandes, clítoris de todas las formas y tamaños.

Una vez, cuando estuvo completamente seguro de que estaría solo, cerró las puertas con llave y se subió a la mesa de autopsias, sobre la joven muerta, y acarició su cuerpo frío y desnudo. Tenía veintitantos años y se había suicidado con veneno. Aún conservaba una belleza impactante, con unos pechos firmes y hermosos, una zona púbica depilada y una vagina muy estrecha y carnosa. Su clítoris y la piel que lo rodeaba estaban pálidos y enrojecidos, y él sospechaba que se masturbaba habitualmente. Acarició su cuerpo frío durante un buen rato, luego separó sus labios vaginales y su vagina con los dedos y la penetró, a pesar de que estaba helada. Era prohibido, antinatural y difícil, y sin embargo, de alguna manera, excitante. Nunca se lo contó a su madre; lo habría arruinado todo. Aunque sentía una profunda vergüenza, ocurría con bastante frecuencia, por supuesto. Naturalmente, tenía que esperar a que terminara la autopsia y ser extremadamente cuidadoso para que nunca surgiera ninguna sospecha. Aunque casi todas fueron inci-

neradas posteriormente, él limpió cuidadosamente sus vaginas de su semen. No solo era precavido, sino también selectivo. No podían ser demasiado mayores, ni víctimas de accidentes con mutilaciones, y debían ser razonablemente atractivas. No había muchas que cumplieran con estos criterios, pero el impulso solo surgía cuando aparecía una candidata.

Allí estaba la joven aprendiz de panadero, una chica de 16 años. Se había caído de una escalera y se había roto el cuello. Él se sintió particularmente atraído por sus hermosos y firmes senos, que eran claramente diferentes a los de las demás. Nunca había visto senos tan firmes y erguidos en nadie. Ya no era virgen, y después de examinarla detenidamente, le pareció que había empezado a tener relaciones sexuales muy pronto. Era una de las pocas mujeres con las que se había acostado dos veces.

O la joven empleada de banco que fue acusada de malversación y despedida. Se suicidó con pastillas para dormir y dejó una nota de suicidio muy triste y desesperada, que él leyó tres veces. Tenía ya 37 años, pero seguía siendo virgen, y poseía un clítoris grande y de hermosa forma, que él acarició con placer y admiró durante mucho tiempo. Esa fue también la razón por la que se acostó con ella dos veces. La primera vez, sintió la resistencia de su himen y tuvo que penetrar varias veces hasta que finalmente se rompió.

Un día, llegó una jovencita, una preciosa niña de 13 años, verdaderamente encantadora. Se había desplomado a plena luz del día en la escuela, muerte súbita cardíaca. El forense, su antiguo profesor, la entregó dos días después. Fred solo tenía esa noche, y todo estaba listo. La recostó en la mesa de autopsias y acarició su cuerpo desnudo y helado. Era hermosa, con pechos pequeños e infantiles y sin vello púbico. Examinó su bajo vientre; todo seguía siendo infantil y pequeño, labios menores diminutos y un clítoris pequeño, aparentemente poco usado. Sintió tristeza, pues ese hermoso y pequeño clítoris probablemente nunca había experimentado un orgasmo de éxtasis. De alguna manera, sintió en lo más profundo de su corazón que la amaba y sintió una profunda tristeza por su muerte.

La penetró con sumo cuidado y esfuerzo, cada vez con mayor avidez, introduciendo su gruesa erección en su pequeña y fría vagina, sintiendo claramente la suave resistencia de su himen. La pe-

netró sin piedad y sintió cómo se desgarraba, eyaculando de inmediato. La limpió minuciosamente y luego se sentó a su lado durante otra hora, con la mano sobre su vulva, sumido en el duelo.

Cuando los trabajadores del crematorio recogieron al niño aquella mañana y se firmaron los papeles, él se retiró inmediatamente a su pequeño despacho, se sentó con sus libros y lloró. No recordaba haber llorado nunca antes en su vida. Volvió a casa y le dijo a su madre que tenía que entregar a un niño precioso a las llamas; luego se acostó en la cama, completamente vestido, y lloró amargamente. Ella se sentó a su lado y le acarició la cabeza hasta que se durmió.

Desde ese día, lo cambió todo, imponiendo sus decisiones con su brutalidad característica. Se acabaron las fotos, los genitales y el sexo clandestino. Los muertos permanecían intactos en sus cámaras frigoríficas; estudiaba toda la noche, solo dejaba sus libros para fumar un cigarrillo rápido fuera de la puerta trasera. Perseveraba sin descanso, sus notas mejoraban con cada examen, alcanzaba a sus compañeros y los superaba con facilidad.

Días antes de su graduación, arrastró a su reacia madre a la tienda de ropa más elegante y le compró el vestido más bonito que le había gustado. El día de la graduación, la llevó a la peluquería para que le hicieran la manicura y a un maquillador. Su madre era la mujer más hermosa de la celebración, y muchos se giraron para admirarla. Después, cenaron en el mejor restaurante de la ciudad, y esa noche se abrazaron felices e hicieron el amor hasta el amanecer.

“Me has hecho la mujer más feliz y la madre más orgullosa”, susurró antes de que se durmieran, exhaustos.

Mi camarera

von Jack Faber © 2020

Los padres de Jack decidieron cumplir su sueño de viajar a Australia después de que su madre ganara una suma considerable en la lotería. Por fin podrían disfrutar de su luna de miel tras trece años de penurias. Su hijo de catorce años, Jack, no podía acompañarlos; había estado en un internado durante la secundaria a petición de su padre y acababa de regresar. Podría completar sus estudios de bachillerato en el instituto local gracias a sus excelentes notas, y su padre, encantado, quería que allí se desarrollara su carrera, así que se quedaría en casa. Sus padres deseaban unas semanas de tranquilidad a solas, tal vez incluso encontrar el amor de nuevo, y Jack no tenía inconveniente en pasarlas al cuidado de la prima de su padre, Jo. Jack solo la había visto brevemente dos o tres veces, y la encontraba atractiva, al menos físicamente; tenía mucha curiosidad por pasar tiempo con ella. Jo, cuyo verdadero nombre era Johanna, se hacía llamar Jo (pronunciado Jo) desde muy pequeña.

Su madre, Anni, también le había explicado en una larga conversación privada lo importante que era para ella la reconciliación con su padre, ya que corrían el riesgo de distanciarse mucho en la rutina diaria. Jack lo entendió todo y prometió portarse bien, hacer sus deberes todos los días y que simplemente disfrutaran de sus vacaciones sin preocupaciones y sin inquietarse por él. Así fue como un día, cuando sus padres se marcharon en taxi, Jack y Jo los saludaron con la mano y fueron a su casa.

Jo vivía justo encima del bar donde trabajaba, en un pequeño apartamento de una habitación y media con ducha y baño. La pequeña habitación estaba abarrotada de todo tipo de cachivaches, pero ella lo recogería todo si Jack insistía en tener una habitación para él solo. Su madre ya lo había mencionado; debía ser algo de familia, ya que Jo era tan desordenada como su padre, pero no había nada que hacer al respecto, la tía Jo... bueno, no era precisamente la más lista. Él se encogió de hombros, y Jo dijo que la cama era lo suficientemente grande para los dos. Jack la miró y vio cómo sus fosas nasales se agitaban, como si lo esperara con ilusión. Así que dijo que sí, que no había problema. Jo suspiró aliviada y le

enseñó todo: el baño, la ducha y la pequeña cocina con nevera. Podía coger lo que quisiera y anotarlo en un papelito para que ella pudiera volver a comprarlo en su próxima visita. Jo no dijo mucho, pero le dijo que tenía que poner la alarma por la mañana porque ella necesitaba dormir. Tendría que ir andando solo al colegio, que estaba a solo dos calles, y Jack asintió; conocía el camino. Dependiendo de la hora a la que volviera del colegio, comerían juntos, o si ella ya estaba trabajando, encontraría su comida allí. Ella no llegaría a casa hasta las dos de la madrugada cuatro noches a la semana, así que él debería decidir cuándo irse a la cama, y ella sería lo suficientemente silenciosa como para que no lo despertara. Jack dijo que lo entendía todo y que le parecía bien. Se sintió aliviado de que al menos esas noches tendría tiempo ininterrumpido para su vicio secreto. Al menos, eso es lo que pensó en ese momento, sin sospechar lo que le esperaba. Jo le enseñó cómo funcionaba la cafetera, y Jack asintió con entusiasmo, aunque nunca antes había bebido café. Había panecillos en una cesta, y mantequilla y salchichas en la nevera. —Tendrás que prepararte el desayuno, todavía estoy dormida —dijo Jo, y añadió que tenía que dejar los platos sobre la encimera para que se secaran después de lavarlos. Luego le dio las llaves de la casa y del apartamento y le advirtió que no las perdiera.

Se pondría algo más cómodo ahora, porque siempre usaba ropa cómoda en casa. Jack, que estaba sentado al borde de la cama, quiso apartarse educadamente, pero Jo se rió y dijo que no había problema; ya no eran niños pequeños. La desnudez era un tabú absoluto en su familia; nunca había visto a su padre ni a Anni desnudos. Jo se quitó el vestido ajustado, también se quitó el sujetador y las bragas, y tardó mucho tiempo en guardar todo en el armario. Por supuesto, quería mostrarle al chico su cuerpo perfecto. Jo era casi de su misma estatura y casi igual de delgada. Un hermoso cabello negro enmarcaba su bonito y suave rostro, sus hombros eran del mismo ancho que sus caderas, y sus nalgas eran suavemente curvas y redondeadas. Jack se estremeció cuando ella se dio la vuelta y le mostró sus hermosos y grandes pechos. Solo los conocía por fotos, y la realidad era mucho, mucho más excitante. Su corazón latía salvajemente al mirar el pequeño y cuidadosamente recortado vello negro sobre su zona púbica.

Debajo de su vello púbico, se veía una hermosa hendidura. A diferencia de las fotos que había visto, sus labios no colgaban de la

hendidura. Su monte de Venus era prominente y redondeado, y Jack no pudo resistir sus pensamientos pecaminosos, su pequeño Jack aún más. Ella le dio la espalda de nuevo, y él casi estalló cuando ella se inclinó hasta el fondo del armario, revelando su abertura vaginal bajo sus nalgas. Seguramente no fue casualidad que estuviera de pie con las piernas bien separadas, abriendo sus nalgas lo más posible para que su abertura vaginal fuera claramente visible. Ella lo dejó mirar, contemplarla y excitarse durante varios minutos. Jo jugueteó sin rumbo con algunas prendas de ropa durante un buen rato, luego se enderezó y se puso un camisón transparente hasta la rodilla, teóricamente sujeto por un cinturón. En la práctica, nunca se ató el cinturón, sino que presentó su desnudez sin vergüenza y con orgullo. Se sentó a la mesa y comenzó a hojear una revista. Jack también se sentó a la mesa y leyó un libro de texto, pero sus ojos no dejaban de posarse en ella, parpadeando ante el camisón transparente que se abría por delante, revelando claramente su cuerpo. Se obligó a seguir leyendo. Jo lo miró fijamente y finalmente le preguntó si le había gustado lo que había visto. Admitió que lo había dejado mirar a propósito y sonrió de oreja a oreja. Sabía, dijo, que a los chicos de su edad les gustaba mirar a las mujeres desnudas. Sin embargo, ella era muy exhibicionista y le gustaba que él mirara su cuerpo desnudo. Y sí, siempre quería mostrar su belleza, su desnudez; no había nada de malo en eso. Jack tartamudeó en silencio y asintió enérgicamente. Era muy hermosa, tartamudeó torpemente, incluso desnuda... cuando estaba desnuda... su desnudez era muy hermosa, tragó saliva a medias.

Al cabo de un rato, Jo fue a la cocina y preparó la cena. Había pan, queso y embutidos. Jo se sirvió una cerveza. Cuando lo miró con curiosidad, él le acercó el vaso y le pidió que le sirviera una cerveza también. Quizás, esperaba, ella no sabía que él nunca había bebido alcohol. La cerveza tenía un sabor amargo, pero sintió una agradable ligereza que se extendía por su cuerpo. Después de cenar, ella cogió dos vasos de chupito y le sirvió aguardiente. El aguardiente le quemó el esófago, pero le produjo una sensación de ligereza aún mayor. En ese delicado estado de embriaguez, le resultó fácil preguntarle cuántos años tenía y si estaba casada. Jo se rió a carcajadas y le puso una mano en el brazo. «Tengo 26, casi 27», dijo, «y estoy soltera. Como camarera, conozco a todo tipo de hombres, y si pagan, suelen pasar cosas». Jack estaba confundido y preguntó qué podía pasar; no lo entendía. Jo se tomó otro trago

y pensó un momento, luego un tercero, y le sirvió uno a Jack también. “Dependiendo de cuánto pagues”, dijo con un suspiro, “te haré una paja o una mamada. Si pagas más y eres amable, puedes follarme”. Jo lo miró abiertamente y observó su reacción. Jack titubeó hasta que ella le preguntó qué pasaba. Finalmente, Jack soltó que no sabía qué era una mamada y se bebió el trago de un trago. “¿Y follar, entiendes?”, preguntó Jo, sonriendo porque Jack se retorció de vergüenza, pero luego asintió. Había leído sobre ello, y él y sus amigos hablaban de ello todo el tiempo. No mencionó que los niños del vecindario, su hermano y su hermana, a menudo le dejaban verlos tener sexo en el sótano. Ese era un gran secreto, al igual que el hecho de que después tenía que masturbarse de pie frente a ellos dos y eyacular sobre su hermana, que yacía con las piernas abiertas, y que tenía que apuntar a su hendidura. Nunca lo logró.

Un nuevo capítulo de la vida

Jo le explicó el proceso de practicarle una felación con total naturalidad. Dijo que tomaría su pene en la boca y lo acariciaría con la lengua mientras, al mismo tiempo, lo complacía con la mano. Si se sentía atraída por él, podía eyacular en su boca. Jack la miró con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad. Sí, claro que se tragaba el semen; no había nada de malo en ello. Se quedaron sentados en silencio a la mesa durante un buen rato, hasta que Jack le preguntó a qué se dedicaba. Jo le explicó su trabajo detrás de la barra: preparar y mezclar bebidas, charlar con los clientes y escuchar atentamente durante horas. Esa era la parte más importante, dijo, y si el cliente quería tener sexo, lo llevaba a una pequeña habitación contigua y lo hacían rápidamente porque tenía que volver a la barra. Sí, le gustaba su trabajo y ganaba un buen sueldo. "Tengo bastante dinero ahorrado", dijo. "Lo estoy ahorrando para más adelante, quizás para un apartamento grande, un coche o un viaje alrededor del mundo". Se quedaron sentados un buen rato, absortos en sus pensamientos. Entonces Jo se levantó y empezó a lavar los platos. Jack se quedó a su lado lavando su ropa. Siguieron leyendo un rato más, y luego Jo dijo que era hora de ir a la cama. Jack abrió su pequeña maleta y rebuscó, cada vez con más desesperación. Jo le preguntó, y él respondió con desánimo que al parecer se le había olvidado meter el pijama en la maleta. Jo rió alegremente y le dijo que podía dormir desnudo sin preocuparse, ya que ella también dormía desnuda.

Dicho y hecho. Jo dejó que su camisón se deslizara al suelo y se tumbó desnuda sobre la colcha. Con curiosidad, lo observó desvestirse. Chasqueó la lengua y comentó que tenía una cosita linda. Jack ya se había puesto rojo brillante mucho antes, y aunque intentó cubrirse el pene con una mano, este creció hasta alcanzar su tamaño completo cuanto más la miraba. Ella pasó una mano por sus caderas, sus nalgas y luego por un pecho, mientras observaba atentamente su erección, el glande rojo y su mano, que se había apretado alrededor del pene. Lo observó con curiosidad mientras él intentaba varias veces retraer el prepucio sobre el glande, pero este no se dejaba contener y volvía a salir inmediatamente. Pero por mucho que tirara y empujara, se excitaba cada vez más, y su pene se ponía aún más duro, especialmente mientras miraba fijamente a la desnuda Jo. Después de unos minutos, Jo se rió, una ri-

sa clara y resonante, diciendo que su pene era hermoso, tan rígido, y que eso estaba bien. Debió haber oído mal cuando ella añadió que pronto le vendarían y que debía irse a la cama. Así que, con su erección balanceándose, fue a la cama y se deslizó bajo las sábanas. Jo apagó la luz. Tras un largo silencio en la habitación a oscuras, suspiró mientras lo alcanzaba, lo abrazaba y lo estrechaba contra sí. «Tus padres volverán pronto», susurró, y Jack se estremeció de deseo al sentir el contacto de sus cuerpos desnudos. Su erección rozó su vello púbico, sobre el que ella no hizo ningún comentario. Dijo que solo tenía un poco de nostalgia, nada de qué preocuparse. Se movió, y ella lo atrajo hacia su estómago, lo apretó aún más y lentamente separó sus muslos. Jo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Su glande tocó su vulva; él podía sentirlo claramente. Era cálida, suave, húmeda y estaba completamente abierta.

Tras un breve instante, ella agarró su pene y presionó lenta y firmemente la cabeza a lo largo de su hendidura húmeda, de arriba abajo docenas de veces. Estimuló deliberadamente su clítoris con el glande, acariciándolo repetidamente contra su cálida y húmeda vulva. Suspiró profundamente, su clítoris aún siendo estimulado por el glande, y de alguna manera supo antes que él que estaba a punto de eyacular. Presionó el glande contra su vulva y esperó inmóvil. Jack tampoco se movió; sintió el calor subir a sus ingles, y Jo presionó el glande directamente contra su hendidura. Segundos después, Jack eyaculó, sintiendo su semen salir disparado hacia su vagina en chorros calientes y palpitantes. Cuando terminó, ella dejó que el glande rodeara su clítoris por un rato antes de suspirar y apartarlo. Jo lo abrazó con una mano, lo apretó contra sí, y él notó que su cuerpo también palpitaba. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y apenas pudo distinguir que ella se frotaba la vulva con firmeza con la otra mano. Sí, había leído que algunas mujeres impúdicas también se masturbaban, pero de una manera muy distinta a la de los hombres. Al principio se quedó perplejo, pero luego sus pensamientos se desbocaron, pues no veía nada. Sentía su cuerpo vibrar y contraerse rítmicamente; a veces oía su respiración cada vez más fuerte y sus suaves suspiros; su erección palpitaba contra su cuerpo ondulante. Su rigidez latía con fuerza, como su corazón; ella la sostenía firmemente contra sí.

Jo dejó de masturbarse y su mano húmeda tocó su erección. Retiró su prepucio, acarició su glande durante un buen rato con sus

dedos húmedos e hizo algunos movimientos sugerentes. “Lo necesitas, lo deseas”, susurró, “hazlo, solo hazlo, ¡yo también lo estoy haciendo!”. Lo apretó firmemente contra ella de nuevo, y su mano sobre su pene lo masturbó durante unos instantes. Luego retiró la mano y comenzó a masturbarse de nuevo. Jack estaba dividido, pero su deseo era mucho más fuerte que su vergüenza. “Por favor, correte sobre mi estómago, no manches las sábanas”, susurró, y él asintió. Caminó medio pavoneándose y frotó su pene contra su estómago. Al principio con timidez, luego con creciente confianza, se masturbó y sintió que Jo también se frotaba intensamente. Una y otra vez, su brazo tocó su glande, que él obedientemente presionó contra su estómago. Cuanto más se acercaba a su clímax, más se sentía atraído por su hendidura, y eyaculó sobre su mano temblorosa y por todas partes, continuando hasta que no quedó nada. Él se recostó, ella aún lo abrazaba, y él sintió cómo ella se frotaba y se frotaba sin cesar, sin llegar aún al clímax. Ella lo sujetaba firmemente con una mano, y él experimentó de primera mano su intensa lucha por alcanzar el clímax, lo cual le resultó increíblemente excitante. Su pene se puso erecto rápidamente de nuevo, y se masturbó una vez más. Ella se acercaba lentamente al clímax, frotándose cada vez con más fuerza, y lo soltó mientras su cuerpo se convulsionaba en un orgasmo. Mientras él continuaba, ella descansó, y él se incorporó, sintiendo que estaba a punto de eyacular. Ella le agarró las nalgas y lo guió hacia su estómago, agarrando sus testículos y acariciándolos suavemente. Con la otra mano, ella continuó masturbándolo, y Jack casi estalló de placer porque ella era muy buena en ello. Soltó el escroto y acarició su glande, guiándolo hacia su abertura vaginal y dejando que la penetrara. Con la otra mano lo frotó furiosamente rápido, haciendo que su semen saliera disparado profundamente dentro de ella. Lentamente, lo ordeñó hasta la última gota y retiró su glande. Se tumbó y cerró los ojos con cansancio. Le sorprendió que ella le hubiera permitido eyacular dentro de ella a propósito, pero probablemente se debía a su inexperiencia; no lo había comprendido de inmediato. «Eso fue maravilloso», susurró ella, «¡vamos a dormir!». Estaba completamente agotado por todas las nuevas sensaciones y se durmió al instante.

Al día siguiente, todo salió a la perfección. Se levantó en silencio, puso la alarma al mediodía, se preparó un sándwich de salchicha (sin café) y un almuerzo para llevar, luego contempló a la mujer desnuda dormida durante un buen rato y la cubrió cuidadosa-

mente antes de irse. No les dijo ni una palabra a sus amigos y se fue a casa por la tarde. Asomó la cabeza por la puerta del Flamingo Bar y le hizo señas a Jo para que subiera. Ella le devolvió el saludo, y él comió su almuerzo, hizo sus deberes y se entregó a su vicio secreto. Se limpió el semen con su ropa interior usada y finalmente se durmió sin apagar la lámpara de la mesita de noche. Se despertó cuando Jo llegó a casa. Aunque intentó ser silenciosa, hizo un ruido ensordecedor al cerrar la puerta del apartamento porque estaba bastante borracha. Tambaleándose, dejó un puñado de billetes en la mesita de noche, se desnudó rápidamente, se metió tambaleándose en la ducha y se duchó durante un buen rato. Jack, que la había estado observando, tuvo una fuerte erección. Cuando ella llegó a la cama, algo desinflada de nuevo, vio su erección y sonrió. Sonriendo, se sentó en la cabecera de la cama, separó las piernas y jugó con sus labios vaginales. “Vamos”, dijo, y Jack se arrastró con cuidado entre sus piernas y examinó su vulva de cerca. Le excitó cuando ella tocó suavemente su clítoris con un dedo durante un buen rato y luego comenzó a masturbarse. No pudo contenerse; se masturbó muy rápido y eyaculó sobre su estómago. Jo se masturbó durante un buen rato; él tuvo otra erección y se masturbó por segunda vez. Alcanzaron el orgasmo casi simultáneamente; él frotó el semen sobre su estómago mientras Jo, con el rostro contraído por el placer, presionaba su mano contra su vulva. Sin decir palabra, pero aliviados, se acostaron y Jo apagó la luz.

Así transcurrió exactamente su primera semana. Jo comprendió instintivamente lo que él necesitaba, dejó la luz encendida y le permitió observarla masturbarse de cerca. A veces miraba su pene, pero sobre todo cerraba los ojos y dejaba volar su imaginación. El chico tenía un pene delgado que no se comparaba con los grandes penes de los hombres adultos. Y a veces, mientras lo observaba masturbarse, fantaseaba con que él la penetrara placenteramente, con un pene de verdad, por supuesto. La primera vez, él eyaculó mucho más rápido que ella, se inclinó e introdujo la punta de su pene en su abertura vaginal, pero no se atrevió a penetrarla. Bajó la mirada; se masturbaron juntos durante varios minutos, y él eyaculó obedientemente dentro de ella —que era lo que ella quería, después de todo— y no manchó las sábanas. Ella solía terminar antes que él cuando se masturbaba por segunda vez. Entonces ella tomó su pene con energía, y él le agarró los pechos y los pezones con ambas manos, acariciándolos con mucha suavidad. Jadeando y gimiendo, frotó la cabeza de su pene contra su clítoris y vulva pa-

ra prolongar su orgasmo. Cuando sintió que estaba a punto de eyacular, presionó la cabeza de su pene contra su vulva y lo frotó rápidamente. Siempre lo dejaba eyacular dentro de ella mientras él acariciaba frenéticamente sus pechos. Parecía disfrutarlo mucho, porque después de estimular su clítoris con la cabeza de su pene durante un rato, sentía con frecuencia el impulso de masturbarse de nuevo. Jack la acariciaba con firmeza los pechos y los pezones, y entonces todo sucedía muy rápido hasta que alcanzaba su segundo orgasmo.

Como de costumbre, tenía libre de lunes a miércoles y esperaba a Jack, que llegaba a casa del colegio a distintas horas, con un almuerzo caliente. Como todos los días, estudiaba hasta la noche, hacía los deberes, limpiaba la ducha y aspiraba el suelo. Jo lo felicitaba y preparaba una cena rica; bebían cerveza y un par de chupitos antes de acostarse. Jack le preguntó qué se sentía al no ir a trabajar. Ella respondió con franqueza que no recibía propinas ni "ningún otro dinero" esos días, pero que podía prescindir sin problemas de las mamadas y las felaciones. Tres días sin polla, dijo riendo. Aunque, añadió pensativa, a veces echaba de menos una buena follada, para ser sincera. Jack le preguntó si no tenía miedo de quedarse embarazada, y ella dijo que tenía un DIU mágico que prevenía el embarazo. Jack asintió, aunque no sabía para qué servía ese DIU mágico.

Sintió una ligereza maravillosamente dulce, tal vez por la cerveza y los dos tragos. Ella se sentó de nuevo en la cabecera de la cama con las piernas abiertas, pero él se arrodilló entre sus muslos para observarla. Mientras ella se masturbaba como de costumbre, él la observaba, excitado, y acariciaba sus pechos. Jugaba con su erección, pero aún no se estaba masturbando. Como siempre, se maravilló de su clímax, su rostro contorsionado de placer y el palpitar y bombear de su vagina. Ella se recuperó con los ojos cerrados, y él agarró suavemente sus nalgas, la levantó un poco y la atrajo hacia él. Jo abrió los ojos sorprendida y lo miró; lo entendió de inmediato. Se acomodó y abrió los muslos voluntariamente, luego extendió la mano hacia su pene y lo guió hacia su vagina. Durante unos segundos, se miraron a los ojos con anticipación, luego con un suave gemido, ella resueltamente empujó su pene dentro de ella. Jack quería gritar de placer, se sentía tan bien. Entonces empezó a follarla, despacio al principio, luego cada vez más rápido, hasta que se corrió con fuerza. Eyacular dentro de ella era

incomparablemente mejor que masturbarse. Jo no había tenido el pene de un chico desde sus días de escuela; era delgado, suave, y Jack la había follado rápido, como un reloj. Al principio no estaba muy excitada, solo cuando sintió su semen caliente y a chorros dentro de ella surgieron sensaciones muy placenteras y satisfactorias. Hizo una pausa y esperó unos minutos hasta que su pene se puso duro de nuevo, y luego follaron por segunda vez. Esta vez Jo se masturbó mientras él la follaba. Esta vez él eyaculó en medio de su masturbación, y a Jo le costó bastante llegar al orgasmo la segunda vez. No podía tener orgasmos durante el sexo, dijo después; solo podía tener orgasmos cuando se masturbaba. A partir de entonces, tuvieron sexo todos los días, a veces tan pronto como él llegaba a casa de la escuela, y definitivamente cuando ella llegaba a casa del trabajo. Él nunca le preguntó si tenía que hacerle una mamada o una felación esa noche, o si tenía que follar. Ella solía contarle ella misma lo que hacía además de trabajar detrás de la barra, pero él no sentía celos. Ganaba mucho dinero porque cada vez más hombres querían acostarse con ella, le decía. Normalmente eran más de diez, a veces quince o más cuando había una despedida de soltero. Pero la masturbación, eso es tabú, ¡solo lo hago contigo, mi querido Jack!, decía a menudo, y él le creía. De alguna manera sentía la necesidad de contarle sobre el sexo; probablemente estaba relacionado con su exhibicionismo. Jack escuchaba y acariciaba su piel aterciopelada y sus pechos hermosos, redondos y llenos. Ella solía excitarlo bastante con sus historias, que a menudo contaba un poco borracha y riéndose, incluyendo todos los detalles jugosos, y después tenían un sexo maravilloso. En sus días libres, pasaban tardes enteras teniendo sexo, así que a él le quedaba muy poco tiempo para aspirar, limpiar la ducha y hacer la tarea. Pero el sexo era simplemente mucho, mucho más importante.

Jack era un niño inteligente, curioso y explorador de todo, algo que hacía muy bien gracias a su buena capacidad de escucha. Pronto comprendió a Jo mucho mejor de lo que su madre le había enseñado. Probablemente Anni desconfiaba de Jo, sospechando que no solo trabajaba detrás del mostrador. En cualquier caso, Jack escuchaba atentamente cuando Jo le hablaba con franqueza. Por ejemplo, que había descubierto la masturbación cuando tenía unos seis o siete años y que desde entonces se masturbaba todos los días antes de levantarse; después se sentía ligera y revitalizada. Y sí, por supuesto, seguía masturbándose todas las mañanas antes de levantarse. Y después del trabajo, también, claro, entonces dor-

mía profundamente y sin sueños. Y, naturalmente, a veces tenía un orgasmo durante el sexo si el hombre era agradable, bien dotado y sabía cómo tener sexo con una mujer. Pero eso era muy raro. En noches especiales, una o dos veces al año, también tenía orgasmos cuando varios hombres venían a tener sexo en grupo, uno tras otro. Era increíblemente excitante estar en una habitación con varios hombres desnudos y ofrecerse desnuda a sus miradas lujuriosas. La mayoría de los hombres tenían que frotarse para tener una erección antes de follar, y verlos la excitaba aún más durante el sexo. Tuvo un orgasmo con el segundo hombre, y luego otra vez, con casi todos los hombres después de eso. Durante el sexo en grupo, sus deseos exhibicionistas salieron a la luz; todos la veían siendo follada, así que quería experimentar sus orgasmos abiertamente y sin inhibiciones, lo que realmente animó a los hombres. Le arrojaban un billete sobre la mesa si querían follar de nuevo. En los últimos meses, su buena reputación se había extendido, y tenía más hombres que nunca, pero también muchos orgasmos que ocultaba a los hombres. Jack, que aún recordaba una versión anterior, pensó que esta era la correcta.

Por supuesto, él también quería aprender a masturbarla. Sus primeros intentos fracasaron, aunque ella siempre lo ayudaba con instrucciones. A pesar de haberlo visto docenas de veces, no lograba hacerlo bien. O le masturbaba el clítoris con demasiada suavidad o con demasiada fuerza. Frustrado, le acarició el clítoris hacia arriba con un dedo, comenzando desde la base, y colocó el punto del signo de exclamación invertido directamente sobre el glande, y Jo suspiró ruidosamente. Repitió esto varias veces, y Jo suspiró y pronto se retorció de placer. Continuó, aumentando la velocidad, y Jo explotó en un orgasmo maravilloso e intenso. Pero por alguna razón inexplicable, ella rara vez quería que él la masturbara. Durante el sexo, él había aprendido a penetrarla lentamente mientras ella se masturbaba, hasta que estaba a punto de llegar al clímax, y luego tenía sexo con ella en medio de su orgasmo, disfrutando plenamente de las contracciones rítmicas, firmes y rítmicas de su vagina alrededor de su pene mientras eyaculaba profundamente dentro de ella. Jo dijo que le encantaba sentir su pene dentro de ella mientras se masturbaba y experimentar sus embestidas y su eyaculación durante el orgasmo. A partir de entonces, esa fue la única forma correcta de tener relaciones sexuales para ambos.

En uno de sus momentos más habladores, le preguntó a Jo cuándo había perdido la virginidad. Trece, comenzó a explicar. Su hermanastro de dieciséis años, que no era su medio hermano, los había iniciado en la masturbación mutua, y ella tuvo que aprender a hacerle una paja. Él era uno de los pocos que podía eyacular repetidamente, probablemente diez veces al día, y como a menudo estaban solos en casa durante tardes enteras, disfrutaba de que lo complacieran. Pronto ella accedió a todo, porque él podía masturbarla con mucha suavidad y pasión. Pero él no era en absoluto una persona gentil; era posesivo y brutal. Antes de su decimotercer cumpleaños, tuvo relaciones sexuales con ella y la desfloró. Le dolió, pero a él no le importó en absoluto. Las pajas y la masturbación eran cosa del pasado; a partir de entonces, tuvo relaciones sexuales con ella todos los días, tan a menudo como quería. Gradualmente comenzó a disfrutar de que la follaran. Terminó cuando su padre los echó a él y a su madre porque estaba harto de sus constantes aventuras. Su padre tampoco era un hombre fácil; Perdió a su esposa, la madre de Jo, en un accidente de coche, quedó discapacitado y se convirtió en alcohólico. Su padre lo obligó a dejar la empresa, le dio una generosa indemnización y, a cambio, renunció a cualquier reclamación futura. Jo, sin embargo, continuó con su vida sexual. Pronto se acostó con todos sus compañeros de clase y a menudo faltaba a clase siempre que podía encontrarse con alguien para tener sexo. A los 16 años, se acostaba con todos los parientes varones y sus amigos, sabiamente sin mencionar nunca al padre de Jack. A los 17, dejó los estudios y empezó a trabajar como camarera en un hotel. Allí, tenía a sus conquistas delante de sus narices, y la gerencia del hotel lo toleraba porque era muy discreta y no llamaba la atención. Sus amantes le daban dinero, más del que ganaba como camarera. Un año después, una amiga le consiguió un trabajo en el Flamingo Bar, donde ha permanecido desde entonces. Jack le preguntó por esta amiga, y Jo se sintió muy avergonzada. Con las orejas enrojecidas, relató cómo había mantenido una relación lésbica duradera con ella, aprendiendo de ella a practicar sexo oral. Eso fue todo, pues estaba segura de que le gustaba el sexo y no era lesbiana, pero dejó que la relación continuara hasta que abandonó el hotel.

Jo acudía a su ginecóloga cada mes para hacerse un análisis de sangre, ya que había sufrido varias veces de gonorrea y cuidaba su salud mejor que la mayoría. Durante su relación con Jack, iba semanalmente; se lo debía, decía. Una noche, mientras Jo preparaba

la cena, él vio el extracto bancario que asomaba de su bolso volcado. Cuando ella se sentó, él señaló el bolso con la cabeza y dijo que había más de 800.000. Molesta por su descuido, dejó el bolso y le sonrió, porque no era culpa suya. Dijo que lo guardaría para más adelante, quizás para un apartamento más bonito y grande, un coche o 37 viajes alrededor del mundo. Ambos rieron, ¡porque nadie en su sano juicio haría 37 viajes alrededor del mundo! Él dijo, riendo, que probablemente sería más sensato hacer un solo viaje alrededor del mundo y comprar un apartamento con garaje para 37 coches. Dibujó en el aire, con los dedos, una vuelta al mundo y una casita con un garaje enorme que abarcaba toda la longitud de la mesa, y ambos gritaron de alegría y se dieron palmadas en los muslos riendo y resoplando: ¡37 coches! – sí, realmente se lo estaban pasando bien juntos.

La noche antes de que sus padres volvieran a casa, hicieron el amor toda la noche y toda la mañana antes de ducharse juntos y empacar sus cosas. Jo se puso su vestido más seductor, que acentuaba sus pechos con su escote pronunciado. En la puerta del apartamento, se abrazaron y se besaron apasionadamente para despedirse antes de irse. Sus padres, bronceados y radiantes, los abrazaron a él y a Jo una docena de veces, encantados de volver a verse. Anni le susurró al oído mientras lo abrazaba que todo era maravilloso y le guiñó un ojo con complicidad. Tomaron café juntos y comieron el pastel australiano que habían traído. Jo respondió a sus preguntas inquisitivas con una sonrisa, perfectamente acorde con el espíritu de la ocasión. No se dijo ni una palabra sobre quién había dormido dónde, bebido dónde o tenido sexo dónde. Jo sonrió levemente mientras se disculpaba porque Jack se había acostumbrado a tomar café en su casa, ya que no se había dado cuenta de que no estaba acostumbrado. Anni miró con irritación la taza de café de Jack y luego con curiosidad a Jo. Ella le dio un codazo al padre, que miraba por encima del borde de su taza el generoso escote de Jo. El padre se recompuso y murmuró: “¡Tres meses viajando por Australia en una autocaravana, eso sí que fue algo!”.

Se demuestra una teoría

Jack estaba genuinamente feliz por la renovada emoción en la vida amorosa de sus padres, pues volvían a ser alegres y cariñosos el uno con el otro. Por la noche, cuando se entregaba a su vicio secreto, a menudo oía la respiración agitada de su padre y los gemidos y suspiros placenteros de Anni, que a veces culminaban en un pequeño llanto. Algunas tardes, la oía gemir y suspirar durante una hora, una y otra vez, incluso cuando su padre estaba en el trabajo, obligándolo a interrumpir sus estudios. Una vez, ella entró inesperadamente en su habitación, completamente desnuda, y se quedó de pie bajo el marco de la puerta. Con los ojos febrilmente brillantes, lo observó masturbarse hasta que eyaculó. Solo entonces él abrió los ojos y la vio, atónito, pero ella le sonrió y asintió con una mirada comprensiva y cariñosa, y se marchó en silencio. Poco después, la oyó suspirar y gemir en la habitación contigua, durante toda la tarde. Esa noche, estaba distraída e inquieta en la cena, dejó los platos sin terminar y arrastró impacientemente a su desconcertado padre a la habitación. Los oyó tener sexo salvaje a través de la delgada pared divisoria; su padre jadeaba y su madre gemía y jadeaba sin cesar, sin llegar a gritar. Los jadeos de su padre pronto se convirtieron en ronquidos suaves y regulares, y al cabo de un rato, Anni empezó a gemir y quejarse de nuevo, como si tuviera que empezar una y otra vez. Solo alrededor de la medianoche sus jadeos se transformaron en fuertes jadeos, y luego en un pequeño grito ahogado. Entonces Jack por fin pudo dejar de masturbarse y se durmió al instante.

Al día siguiente, faltó a la escuela y fue a comer a casa de Jo. Solía visitarla en sus días libres, hasta sus exámenes finales. Estaba completamente agotado y con rozaduras. Jo le besó las heridas y le hizo unas felaciones tiernas y suaves, porque no había otra opción. Le contó que se había masturbado durante unas diez horas, junto con su madre, separados solo por una pared delgada. Los ojos de Jo se abrieron de par en par, y él tuvo que relatarle todo con todo lujo de detalles, incluyendo todos los detalles picantes. Sobre todo, ella quería oír todo lo que había visto de la desnudez de Anni dos o tres veces. Esa tarde, rieron más que en mucho tiempo. Jo tenía mucha curiosidad, y cuando le preguntó sobre la vida amorosa de sus padres, se preguntó en voz alta cuántos años tendrían. Jack pensó un momento; Anni tenía 34 o 35 años, su padre cumpliría

50 en verano, y había una gran fiesta a la que Jo seguramente estaría invitado. Jo se rió y dijo que era bueno que las vacaciones en Australia hubieran salvado su vida sexual. Anni era una mujer joven, y era maravilloso que pudiera disfrutar de la masturbación con alegría y relajación, y que sus padres volvieran a tener relaciones sexuales como en su juventud. Jack asintió, pues antes de estas vacaciones apenas había oído nada del dormitorio de sus padres.

En verano, celebraron el cumpleaños de su padre. Jo, por supuesto, estaba invitada, y muchos se quedaron mirando su esbelta figura y su generoso escote. Era muy elegante y refinada, y nada dejaba entrever cómo ganaba su dinero. Su madre vigilaba a Jack y a Jo con lupa; tal vez era ingenua, pero no tonta. Solo después de la fiesta, durante el incómodo interrogatorio en el banco de piedra más alejado del jardín, le confesó todo sobre Jo a Anni y le rogó que no se lo contara a su padre, explicándole que Jo era su sobrina (no su prima) y que solo se enfadaría innecesariamente.

Anni llevaba un vestido veraniego colorido, con solo bragas debajo, sin sujetador. Él la miró con deseo por primera vez y, descaradamente, echó un vistazo a sus bragas bajo la falda mientras se sentaban. La perspectiva de Jo había cambiado por completo; su visión del cuerpo femenino se había transformado totalmente. Nunca antes se había fijado en el cuerpo de su madre; ella vestía como una ratoncita, discreta y recatada. Pero hoy llevaba un vestido veraniego fino y llamativo que atraía la atención de los hombres. No pudo evitar contemplar con deseo su hermosa figura, que se perfilaba bajo la fina tela. Fue idea suya que estuvieran sentados tan cerca, y por primera vez, Jack sintió conscientemente su cuerpo contra el suyo. Ella lo escuchó atentamente, apoyó la cabeza en su hombro y, con curiosidad, puso una mano sobre sus finos pantalones de verano, como si le resultaran íntimamente familiares. Sí, justo ahí, como si conociera su pene. Él podía ver su escote. Vio sus pechos de cerca por primera vez y los contempló fijamente. Eran considerablemente más pequeños que los de Jo y no tan firmes. A medida que avanzaba su conversación íntima, notó claramente cómo sus pequeños pezones se endurecían. Temblaban ligeramente cada vez que él describía detalles sexuales. Sospechaba que era una señal de excitación sexual. Esperaba que Anni no se hubiera dado cuenta de que la miraba fijamente. Por supuesto que sí, pero era un pequeño precio a pagar por su sincera confesión.

Anni insistió en sonsacarle todos los detalles, pues llevaba tiempo sospechando algo, y Jack fue sincero y lo contó todo con todo lujo de detalles. Era evidente que le incomodaba que él hubiera estado al tanto de los secretos del amor durante sus vacaciones en Australia y que desde entonces hubiera sido el amante de Jo. Pero cuanto más secretos revelaba Jack, más se desvanecía su indignación, y al final pensó que era bueno que su hijo de quince años experimentara su primer amor con esta joven, presumiblemente muy experimentada.

Anni se dio cuenta mucho después de que, sin querer, había dejado la mano sobre sus pantalones. Sintió su erección bajo la mano, y también que Jack había metido la mano en el bolsillo y se había estado frotando el pene en secreto durante un buen rato. Le pidió más detalles y apartó con cuidado la mano de su erección, dejándola en el borde de sus pantalones cortos. Lo escuchó atentamente y notó que su erección seguía creciendo y que la punta del glande había salido por debajo de la cintura debido a sus frotamientos, tocando la palma de su mano. Fingió no darse cuenta y cubrió discretamente el glande expuesto con la mano. No quería interrumpir su relato y trató de ocultar la indecencia. Tan claramente como si pudiera verlo, sintió el glande contra la palma de su mano, sintió los movimientos de frotamiento en el tronco y también la abertura húmeda. Fingió no darse cuenta de que se estaba frotando y de que su glande se estaba frotando contra la palma de su mano. Debería haberse indignado, pero se quedó pendiente de cada una de sus palabras y simplemente dejó que la indecencia ocurriera. Siguió escuchándolo, pero cuando sintió que su pene se contraía y el chorro palpitante y húmedo salía disparado, retiró la mano por completo. Se giró de lado, dándole la espalda, y contempló el macizo de flores a lo lejos. Presionó la palma de su mano, empapada de semen, contra su vulva; él no debía notar lo agitada y excitada que estaba.

¡Dios mío, ¿acaba de eyacular?! Ella acababa de limpiarse el semen de la palma de la mano; claro que había eyaculado. Lo había visto excitarse cada vez más mientras hablaba y había sentido cómo se le endurecía el pene. También podría ser que se sintiera un poco más cómodo a su alrededor después de que ella lo hubiera visto masturbarse unos días antes. Se había quedado hasta el final, y solo se marchó después de que él eyaculara. Ahora estaba muy excitado por su confesión erótica. Por supuesto, ella lo había nota-

do frotándose con el puño en el bolsillo del pantalón, sacando deliberadamente el glande por debajo de la cinturilla. Justo en la palma de su mano. Frotaba rítmicamente el glande contra la palma de su mano mientras hablaba y hablaba. Era una especie de señal de confianza de que se estaba dando placer a su lado. En el momento en que eyaculó, todo su valor se desvaneció y, cobardemente, retiró la mano. Aunque le dio la espalda y apartó la mirada avergonzada, sabía que estaba a punto de eyacular y que tenía que esconder el semen de alguna manera. Cerró los ojos y se dijo a sí misma que no podía ser, ¡no debía ser!

En el instante en que ella retiró la mano y se giró, Jack se agarró el glande con el puño en el bolsillo, eyaculó y estrujó el semen en la suave tela. Tras unos instantes, preguntó lo que ella le había preguntado, pues no lo había oído. Ella repitió la pregunta y se giró lentamente hacia él. ¡No, no podía ser que acabara de eyacular! ¡No podía ser! Entonces volvió a poner la mano sobre sus pantalones, sobre su puño en el bolsillo. Palpando a través de la fina tela, se aseguró de que su erección había desaparecido; el tronco y el glande estaban inocentemente suaves. Debía de haberse equivocado; ¡jamás se atrevería a eyacular sentado a su lado! Colocó deliberadamente la mano sobre sus genitales y continuó interrogándolo con curiosidad.

Él fue honesto y respondió a todas sus preguntas, excepto cuando ella preguntó por el trabajo de Jo, momento en el que omitió el tema del sexo. Anni estaba satisfecha y veía todo con un toque cursi y romántico. Jack se habría sorprendido mucho si hubiera podido leerle la mente, pues ella sonreía mientras escuchaba su historia. A veces, ella cerraba los ojos y sentía su pene a través de sus finos pantalones de verano.

No mencionó en absoluto los ruidos que venían del dormitorio de sus padres, pero tras una pausa, ella dijo que a veces lo oía haciendo algo muy íntimo y suponía que él también podía oír a sus padres. ¡Qué pregunta más difícil! Jack mantuvo la mirada baja y asintió. «Entonces», dijo ella, «ya eres un chico grande, casi un hombre, y seguramente entiendes que las vacaciones en Australia nos reunieron de nuevo a tu padre y a mí, y que es perfectamente natural que los padres duerman juntos». Jack asintió, sin dejar de mirar su escote. Sus pezones se estremecieron ligeramente mientras ella tocaba y palpaba abiertamente su pene.

Anni pensó un momento, le puso una mano en el brazo y lo obligó a mirarla directamente. Preguntó: «Y... eso... eh, mis cosas privadas, ¿también lo oyes?». Él la miró con expresión herida y asintió débilmente. Su rostro se sonrojó intensamente, hasta el escote y los pechos, que Jack había podido ver todo el tiempo porque ella estaba inclinada hacia adelante. Su voz casi flaqueó al explicar que no engañaba a su padre si estaba muy excitada y lo hacía en secreto. Otras mujeres, más tontas, tienen un amante, pero ella no; no quiere engañar a su padre. Esta mentira, largamente interiorizada, brotó de sus labios con facilidad y automáticamente. Su padre se sentiría decepcionado si se lo contaba, porque pensaba de forma muy diferente sobre los asuntos privados, con mucha desaprobación. Pero si... Jack la interrumpió y dijo que no tenía motivos para decirle nada a su padre. Lo privado es privado, ¿no? Se miraron y él dijo que no era algo que fuera a discutir con su padre, ¡palabra de honor! Pensó un momento y luego dijo que para él era perfectamente normal que durmieran juntos; al contrario, se alegraba de que lo hicieran de nuevo. En cuanto al asunto íntimo, tragó saliva y pensó un momento: todas sus conocidas lo hacían, era perfectamente normal y natural. Lo había presenciado mil veces y no le veía nada de malo, mintió, porque Jo era su primera y única. Si una chica está excitada y no satisfecha, es perfectamente natural que se satisfaga si su marido no puede. Y añadió sin rodeos: «Papá tiene 50 años, ¿acaso tienes que renunciar a tu deseo sexual solo porque él no siempre rinde?».

Estaba completamente convencido de la veracidad de sus palabras. Ella le sostuvo el pene con mucha delicadeza y asintió con la cabeza. “No”, dijo, “creo que es perfectamente natural que te sientas excitada”. De alguna manera, le molestaba que no llamaran a las cosas por su nombre. “¿Recuerdas cuando me pillaste masturbándome hace unos días? Enseguida me di cuenta de lo mucho que te excitaba, que arrastraste a papá al dormitorio —ambos rieron— y luego, cuando papá se durmió, exhausto, te masturbaste hasta medianoche. Bueno, para mí, eso era perfectamente comprensible, absolutamente normal y correcto. ¡No tienes nada de qué reprocharte! Solo sentí lástima por ti porque no pudiste terminar durante tanto tiempo esa noche, porque tuviste que sufrir durante tanto tiempo”. Ella se quedó en silencio, avergonzada, y bajó la mirada. Hacía rato que había quitado la mano de sus pantalones y ahora la presionaba protectoramente contra su vulva. Jack esta-

ba fascinado por la visión de sus pequeños pechos y el temblor de sus pezones erectos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella—. ¿Tal vez deberíamos aislar mejor la pared? Él se opuso de inmediato. —Entonces tendríamos que explicarle todo a papá y confesarlo, ¡eso no sería nada bueno! —Hizo una pausa y reflexionó profundamente—. No —dijo—, lo miremos como lo miremos, lo más sensato es dejar todo como está. Queremos dejar a papá en paz; eso es importante para ambos. Y además... —pensó un momento, considerando la mejor manera de expresarlo—. Además, somos una familia muy unida y cariñosa en todos los sentidos; de lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. Puedes oírme a través de la pared, pero ¿qué oyes? Que tu hijo está haciendo algo bueno por sí mismo. Yo te oigo cuando haces algo bueno por ti misma, y te quiero en esos momentos tanto como en cualquier otro. El hecho de que nos excite no es algo malo; es perfectamente normal y natural. Y continuó: Me entristecería y me sentiría muy culpable si dejáramos de hacer cosas que nos benefician, si renunciáramos a algo natural o nos limitáramos de alguna manera, solo por esta estúpida división. Me sentiría fatal si ese fuera el resultado de esta conversación. Se interrumpió y guardó silencio.

Ella le tomó la mano y le dijo que había crecido, que se había vuelto maduro y serio. Avergonzado, Jack cogió su taza de café y dio un sorbo. Tuvo la impresión de que ella veía las cosas de otra manera ahora y sonrió comprensivamente mientras le acariciaba el pelo con ternura y cariño. Ambos bebieron y guardaron silencio durante un buen rato. Él se levantó y se sentó frente a ella. Estiró las piernas entre las de ella, obligándola a abrirlas. Le afectó que unos días antes ella hubiera estado desnuda bajo el marco de la puerta, observándolo masturbarse; eso creó una intimidad inexplicable entre ellos. La miró descaradamente y con lujuria por debajo de la falda, hasta los muslos, hasta las bragas. La miró directamente a los ojos, y ella apartó la mirada de inmediato. Si quería mirar, ¡que lo hiciera, por Dios! Ella no era mojigata y le dejó mirar.

Tenía una teoría, dijo Jack, y quería ponerla a prueba. Ella esperó, curiosa y aliviada de que por fin hubieran dejado atrás ese tema tan íntimo. Él la miró fijamente y le preguntó cuándo había empezado a masturbarse. Ella se sonrojó de nuevo, desde la cara hasta el pecho, pero sabía que hablaba en serio. Bueno, dijo en voz

baja, hace unos cinco años, antes de ir a Australia. Él la presionó, preguntándole si no lo había estado haciendo desde la adolescencia, pero ella negó con la cabeza. No, dijo, cuando era joven no tenía ni idea de la sexualidad. Salí con un chico durante un tiempo, y luego conocí a tu padre. Las únicas dos personas con las que he tenido sexo, mintió. Por supuesto que mentía, porque eran las únicas dos en las que pensaba, y quería creer honestamente que eran las únicas dos. Como distraídamente, se llevó la mano al borde de las bragas, las apartó, y Jack la miró fijamente durante un buen rato. Se secó los labios vaginales distraídamente durante un rato, con la mente acelerada. Con un profundo suspiro, separó ligeramente su hendidura mientras introducía la punta de un dedo en su abertura vaginal antes de continuar. Al darse cuenta de esto, retiró el dedo, y ahora él creyó ver su agujero. "Lo veo, lo veo con bastante claridad", se regocijó para sí mismo. "Si quiere mirar, que lo haga, ¡pero no puedo enseñarle la masturbación!". Y lo privado, eh, la masturbación, solo surgió cuando mi padre y yo dormíamos juntos muy rara vez y yo no sabía qué hacer con mi excitación. Le costaba pensar en algo espontáneamente, pero Jack la miraba, fascinado, la hendidura. "Entonces, hace cinco, seis o siete años", continuó su relato. "Ya sabes el resto, Australia reavivó nuestro deseo...". Se quedó en silencio después de que Jack asintiera. Repitió la pregunta, preguntándole si no había conocido la masturbación en su juventud y si solo había empezado muy tarde, ya adulta y madre. Ella suspiró profundamente y asintió. Él se recompuso, le dirigió otra mirada intensa a su pequeño orificio y le sonrió radiante.

—Ahora, a mi teoría —dijo Jack—, ¿cómo se hace exactamente, técnicamente hablando? Anni retiró la mano de sus genitales y lo miró en señal de protesta, pues sus fantasías pecaminosas sobre la masturbación, donde se comportaba de manera lujuriosa y obscena frente a Jack, le vinieron a la mente. Jack notó su reacción de desaprobación y dijo que llevaba tiempo preguntándose por qué a menudo tardaba tanto en llegar al clímax. Impulsivamente, colocó sus dedos índice y medio extendidos, paralelos entre sí, sobre la mesa y dijo que los dedos eran los labios mayores, izquierdo y derecho, y que el espacio entre ellos era la abertura vaginal. Anni lo miró con los ojos muy abiertos, preguntándose adónde podría escapar en esa situación tan embarazosa. Pero Jack se mantuvo completamente serio y le tomó la mano, guiándola hacia sus dedos. —Vamos, enséñame —dijo con firmeza—, ¡por favor! Ella es-

taba terriblemente avergonzada, y entonces, con vacilación, introdujo sus dedos índice y medio en la supuesta abertura vaginal. Se inclinó hacia adelante y Jack la observó fascinado mientras sus pezones temblaban ligeramente. Tímida y avergonzada, movió los dedos hacia adentro y hacia afuera. «Entendido», dijo Jack, acariciándole la mano con delicadeza. «¿Y no haces nada más?», preguntó, y ella negó con la cabeza.

—¿Puedo mostrarte algo que te lo facilitará? —dijo, sin esperar respuesta. Volvió a colocar sus dos dedos sobre la mesa y señaló con la otra mano hacia donde comenzaba el hueco entre sus dedos —. Ahí —dijo—, ahí, diminuto y discreto, está el clítoris. Ella se quedó mirando fijamente mientras él repetía: —Abertura vaginal, clítoris. Se encogió de hombros—. ¿Sí, tal vez? Jack humedeció la punta de su otro dedo índice con saliva y dijo: —La humedad es muy importante. Luego giró su dedo índice sobre el clítoris invisible, acariciándolo y moviéndolo de un lado a otro. De vez en cuando, el dedo índice, ocupado en la tarea, se introducía en la abertura vaginal invisible, y él repetía: —Sigue humedeciendo —y dejó que su dedo índice continuara masturbándola diligentemente. —De acuerdo —preguntó, pero Anni no reaccionó. Jack dijo que esto era mucho más rápido que usar dos dedos; eso llevaba demasiado tiempo. Ella susurró que lo entendía, ¡gracias por explicármelo! Solo muy rara vez se tocaba el clítoris después del baño, mientras se secaba, porque era una zona muy sensible y siempre había pensado que podría ser una anomalía en sus genitales. Un pensamiento cruzó por su mente. Esa era la anomalía sensible que las chicas habían lamido tan maravillosamente durante la orgía en su viaje de graduación... Jack lamentó mucho que, al cabo de un rato, su hendidura se cerrara y sus bragas lo cubrieran todo de nuevo. Tomaron su café en silencio y luego entraron.

Después de cenar, vieron las noticias en la televisión y se fueron a la cama. Él estaba muy satisfecho y contento de oír a sus padres teniendo relaciones sexuales; su madre jadeaba ruidosamente y soltaba un pequeño gemido antes de que su padre llegara al clímax. Todo estaba bien; ella había comprendido sus argumentos y no se estaba conteniendo. ¿Era solo su percepción, o ella había jadeado, gemido, respirado con dificultad y soltado ese pequeño gemido más fuerte de lo normal a propósito? En cualquier caso, él estaba complacido, porque su orgasmo satisfactorio seguramente también era bueno para la autoestima de su padre.

Avanzando juntos

Anni llegó a casa del trabajo a primera hora de la tarde, como de costumbre, y se quedó en el dormitorio. No oyó nada durante días, aunque escuchaba expectante. Sin embargo, al segundo o tercer día, oyó de repente unos pequeños y agudos gritos a través del tabique, seguidos de un gemido fuerte, satisfecho y prolongado. Todavía se estaba masturbando cuando la puerta se abrió silenciosamente y Anni entró completamente desnuda. Eyaculó en el instante en que la vio de pie junto a su cama. Observó su desnudez con atención, mientras ella miraba, mágicamente fascinada, su pene, del que su semen brotó a chorros sobre su mano. Aunque era delgada, tenía caderas anchas y sinuosas; sus nalgas formaban una curva bien redondeada, al igual que su monte de Venus. Sus pechos ya estaban algo caídos y flácidos, y tenía un pequeño vello púbico dorado sobre su vulva depilada. Sus labios mayores estaban húmedos, y la piel entre ellos estaba roja e hinchada por la masturbación. De repente, notó su mirada y por un instante se cubrió los pechos y la zona púbica con las manos. Lo observó con ojos brillantes mientras él se masturbaba lentamente hasta eyacular hasta la última gota.

Cuando terminó, ella se acercó mucho a la cama, empujó su vulva hacia adelante y separó sus labios con los dedos. Con una vaga mirada de vergüenza, bochorno y triunfo en sus ojos, dijo: “¡Funcionó, funcionó muy bien!”. Señaló con un dedo su clítoris rojo, que él examinó detenidamente. Dijo: “¡Mira, mira cómo lo hago!” y se frotó brevemente el clítoris para mostrarle que lo estaba haciendo correctamente. A diferencia del clítoris de Jo, que era al menos del tamaño de la punta de un dedo, el de Anni era diminuto y casi desaparecía en la carne circundante. Apartó la carne que cubría el clítoris y palpó el minúsculo. Podría haberse confundido con una gran verruga ahora que estaba rígido y erecto. Apenas era la mitad del tamaño de una uña. Tocó su diminuto clítoris durante unos instantes con los dedos empapados de semen; estaba rígido, redondo y caliente. Con mucha delicadeza, le frotó el clítoris; el semen en sus dedos le proporcionó abundante lubricación, y ella comenzó a temblar. La había masturbado durante unos instantes, y esta se endureció, quedando completamente rígida y puntiaguda, de modo que pudo sujetarla con dos dedos y frotarla. Ella tembla-

ba sin cesar y lo miraba fijamente. Él asintió con la cabeza, animándola, como diciendo: «Sí, eso era correcto».

Debió de malinterpretar por completo su asentimiento afirmativo y tomarlo como una invitación, porque por un momento lo miró con una expresión interrogante, vergonzosa y casta en el rostro. Una ráfaga de viento frío le acarició el alma: ¡no, no podía exigirle eso! No podía masturbarse delante de él, aunque ya lo había hecho desvergonzada y lujuriosamente delante de sus admiradores. Sintió su codiciosa caricia en el clítoris y su propio temblor. ¡Su mirada firme y la forma en que le sonrió! Su alma aleteó como un pájaro enjaulado: ¡no puede exigirme eso! Me está imponiendo su voluntad, pensó, llena de miedo y vergüenza. ¡Lo quiere, lo quiere desesperadamente! Pensó que quería salirse con la suya y su sumisión. De repente, cedió a su voluntad, abandonando toda vergüenza y restricción. ¡Que así sea! Jack experimentó lo que nunca había esperado.

Separó los labios vaginales con los dedos y presionó firmemente la piel circundante para exponer completamente su clítoris. Este emergió de sus recovecos, sobresaliendo un par de centímetros, listo para ser masturbado. Lujuriosa y llena de pensamientos impuros, arqueó resueltamente la parte superior de su cuerpo hacia atrás, comenzando rápidamente a masturbarse con un dedo. Él se inclinó hacia adelante para poder ver profundamente en su vagina ovalada. Se sintió humillada; su hijo le había impuesto su voluntad, exigiéndole que se degradara. Se sintió desvergonzada, impura y obscena, a pesar de su profunda herida de vergüenza y la humillante degradación de masturbarse ante sus ojos. Al mismo tiempo, se excitó al sentir que Jack tocaba sus genitales y acariciaba sus labios vaginales. Se masturbó durante más de quince minutos, gimiendo, jadeando y temblando por completo, hasta que, en un violento orgasmo, se estremeció violentamente y cayó de rodillas con un movimiento brusco, tembloroso y espasmódico. Permaneció en cuclillas, con las manos cubriéndole el rostro avergonzada, la moral pequeña burguesa pisoteándole el alma. Desapareció tan rápido como había llegado. Un rato después, volvió a oír sus sonidos agudos y suaves, que culminaron en un gemido profundo y satisfecho. Jack y ella se masturbaban juntos, simultáneamente, escuchándose solo a través de la delgada mampara. A veces aparecía de repente y se quedaba desnuda bajo el marco de la puerta, observándolo masturbarse y eyacular.

Jo, por supuesto, le preguntó sobre la fiesta de cumpleaños, y cuando terminó de contarle su conversación con su madre, ella lo abrazó con fuerza y le dijo lo orgullosa que estaba de su inteligencia. Tuvo que contarle a Anni que se había masturbado tres veces. Le explicó que se había frotado a escondidas en los pantalones, que Anni no se había dado cuenta de nada y que solo le había quitado la mano cuando eyaculó. Jo se excitó tanto que tuvo que acostarse con él inmediatamente. Omitió el hecho de que Anni le había mostrado brevemente su vulva y lo había tocado con los dedos.

Una vez, cuando descubrió a su madre desnuda en el umbral y la dejó verlo masturbarse y eyacular, y ella regresó al dormitorio, él se quedó allí unos minutos, recuperándose, hasta que la oyó. Entró sigilosamente en el dormitorio; ella estaba tumbada en la cama con las piernas dobladas, masturbándose. Al verlo, rápidamente se cubrió los genitales con la palma de la mano y lo observó con ansiedad mientras él se acercaba, se tumbaba en la cama con ella y se sentaba entre sus piernas. Naturalmente, ella estaba asustada. Él comenzó a masturbarse, con la punta del pene a solo centímetros de su vulva. Le sonrió y le dijo que deberían hacerlo juntos. A ella le tomó unos instantes reunir el valor para masturbarse también. Él eyaculó muy rápido sobre su vulva y la observó masturbarse y tener un orgasmo. Lo hizo de nuevo, y pronto ella se acostumbró a masturbarse juntos.

Después de unos días, se adentró más, empujando su glande completamente dentro de la abertura vaginal y masturbándose. Incluso entonces, ella inicialmente actuó con timidez, aunque desde la ligadura de trompas, ya no tenía que temer un embarazo. Él lo sabía; una vez había escuchado una llamada telefónica: el médico se lo había aconsejado, ya que un segundo embarazo podría matarla. Ya estaba familiarizado con la masturbación con el glande dentro de ella gracias a Jo, y la eyaculación era mucho más placentera de esa manera. Una vez, estaba muy excitado justo antes de eyacular, y su pene se deslizó involuntariamente profundamente dentro mientras corría. Ella asintió con la cabeza y dijo que le parecía repugnante que eyacularan sobre ella. A partir de entonces, insertó su pene lo más profundamente posible en su vagina antes de eyacular. Desde el principio, una vez que se acostumbró a la nueva situación, se sintió responsable de su erección. Completamente natural, tomó su pene en su boca, lamiéndolo y frotándolo hasta que se puso erecto, algo que Jo nunca hizo por él. La primera

vez que eyaculó en su boca, se quedó impactado. La confrontó al respecto, pero ella simplemente dijo que era una tontería, que era simplemente parte de la vida, que a su padre le gustaba mucho y que ella lo había hecho en sus tiempos de estudiante, pero que no quería hablar de eso ahora. Así que sucedió que a veces, con una sonrisa traviesa, ella lo lamía hasta que eyaculaba y succionaba hasta la última gota de su semen. Jack lo disfrutaba enormemente, porque ella era muy buena en eso. Durante sus descansos, le gustaba tocar su clítoris y darle orgasmos maravillosos. Ella disfrutaba enormemente de esto, cerrando los ojos y dejándose llevar dichosamente, suspirando y gimiendo mientras se masajeaba los pechos y se acariciaba los pezones. En los meses siguientes, se masturbaban juntos tan a menudo como les era posible; su trabajo se acumuló y no progresó.

Jo hizo instalar un teléfono para que él pudiera confirmar su asistencia si no lograba salir de la habitación de su madre. Tenía que contarle todo con todo lujo de detalles, por supuesto, y naturalmente, ella no sentía celos. A menudo le recordaba que seguramente le encantaba dormir con su madre, pero él siempre lo negaba; era un límite que no podían cruzar. Jo se reía a carcajadas y decía que no confiaba en la teoría, sino en la práctica. Jack amaba a Jo con todo su corazón y la visitaba tan a menudo como podía.

Jo lo comprendió cuando se enamoró varias veces durante sus estudios y le pidió repetidamente que le contara con detalle sus encuentros sexuales con las estudiantes. Usaba condones en la mayoría de esos encuentros de una noche, principalmente porque no quería contraer enfermedades de transmisión sexual ni tener hijos. Jo simplemente era muy curiosa y nunca celosa, ya que Jack la visitaba tan a menudo como podía. Una aventura incluso duró varias semanas; tuvo sexo desenfrenado con la campeona estatal de gimnasia de suelo. Ella tenía un clítoris sorprendentemente grande y pensaba que se debía a las drogas para mejorar el rendimiento, los esteroides y las hormonas. Al principio, solo le permitía masturbarla con la mano y le correspondía con masturbaciones manuales poco entusiastas, hasta que más tarde, después de sus días fértiles, accedió a tener relaciones sexuales con él. El pene de Jack también había crecido considerablemente y ahora se volvía muy grueso al estar erecto, lo que ayudaba a su gimnasta a alcanzar orgasmos maravillosos. Pero después de unas semanas, ella descubrió su doble vida con Jo y rompió con él.

Él visitaba a Jo con frecuencia en sus días libres, hasta que terminó sus estudios. Jack continuó trabajando como tutor en la universidad mientras escribía su tesis doctoral y se acostaba con una o dos estudiantes. Después, tenía que contarle a su siempre curiosa Jo todas sus aventuras hasta el más mínimo detalle; ella escuchaba con creciente deseo.

Pero en el horizonte aparecieron nubes oscuras.

Traición y traidores

Su padre, que solía dormir con su madre tres o cuatro veces por semana, cada vez se quedaba más tiempo en la oficina y dormía allí porque se hacía muy tarde, pero siempre la llamaba para que no se preocupara. Jack a menudo se quedaba en su cama por la tarde y luego toda la noche; hacían el amor y ella disfrutaba teniendo tantos orgasmos. Una vez dijo que era como si estuviera compensando todos los placeres perdidos, los años sin orgasmos adecuados. Jack oía constantemente las palabras de Jo en sus oídos, que eventualmente tendría sexo con ella. Pero se mantuvo firme, aunque ahora siempre la penetraba profundamente para eyacular y esperaba inmóvil la eyaculación. Ella siempre hacía una pausa entonces, esperando con una sonrisa feliz. Ambos esperaban inmóviles durante unos segundos, luego él explotaba, eyaculando a chorros dentro de ella. Ella dijo que le encantaba eso. Era una sensación hermosa y que los unía a ambos quedarse dormidos y despertarse uno al lado del otro. Una vez, tras pasar la noche en casa de Jo, llegó a casa y encontró a Anni llorando en la cama. Le susurró qué le pasaba, y ella rompió a llorar desconsoladamente, incapaz de hablar. Rápidamente se desnudó y se acostó a su lado, abrazándola durante un buen rato y acariciándole el pelo y la cabeza. Al cabo de un rato, ella se calmó y le contó todo.

Varios días antes, alguien de la oficina le había revelado traicioneramente por teléfono que su marido tenía una aventura con una de las jóvenes de la fábrica. No cabía duda. Salía con ella todos los días; salían puntualmente a las cuatro en su coche y llegaban juntos al trabajo por la mañana. No, no había error: el director, la mujer del departamento de investigación, su coche, toda la noche. La víbora fingió compasión, pero ella creía que la esposa del director lo sabía. Por la tarde, tomó un taxi cerca de la fábrica y esperó, nerviosa. Poco después de las cuatro, su marido (no lo llamó padre, como de costumbre) llegó con una joven y guapa mujer de la empresa. Fueron al aparcamiento, a su coche. Su mano estaba posesivamente sobre su trasero redondo y tembloroso.

Jack la acarició para calmarla, y ella se marchó triste, pero ya sin llorar. Esa mañana, como de costumbre, él vino a cambiar la ropa de la semana siguiente. Solía tener sexo rápido y apresurado con ella antes de irse a trabajar. Esta vez, ella lo saludó sin un be-

so, y desayunaron en silencio. Ella fue a la sala sin decir palabra y se desnudó. Él se acercó, y ella en silencio le permitió tener sexo con ella. Estaba triste porque sería la última vez. La primera vez, se masturbó durante el sexo. Él la miró con incomodidad, con los ojos muy abiertos, ante su acto impúdico, y ella le negó el orgasmo mientras tenían sexo. Él la vio masturbarse y eyacular lastimosamente, más que nunca. Cuando terminó, ella continuó masturbándose con una sonrisa mientras él se movía incómodamente entre sus muslos. Estaba a punto de presenciar, por primera y última vez, su recién descubierto placer privado, el placer de una zorra traicionada y obsesionada con el sexo. Después de su orgasmo, se incorporó.

Él no la miró mientras ella le contaba sobre su viaje en taxi a la oficina y luego a la casa de la chica. Entonces él también lloró y mintió, diciendo que había sido completamente inesperado, como un rayo, y que lo sentía muchísimo. Al cabo de un rato, ella le preguntó si la chica nueva era mejor en la cama, pero él la esquivó como un perro apaleado y murmuró que era diferente, simplemente maravillosa. No era solo por el sexo, pero ambos sabían que estaba mintiendo cobardemente. Se quedaron en silencio, luego ella le trajo la maleta preparada con la ropa limpia y le dijo que no volviera. Le deseó lo mejor para el resto de su vida, se dio la vuelta y subió a la habitación a llorar amargamente. «¡Y aquí estoy!», gritó de nuevo, «¡y no sé qué hacer!».

Jack no quería que llorara, así que la besó y le acarició el pelo y la cabeza, sosteniendo su rostro entre sus manos y besándola una y otra vez. Dijo que no entendía a su padre, pero que él, Jack, siempre estaba ahí para ella. Acarició todo su cuerpo, sin dejar ningún rincón sin tocar, y su llanto finalmente cesó. Solo después de muchas caricias su mano se acercó a su vello púbico, acariciándolo con mucha suavidad. Como perdida en sus pensamientos, ella separó y dobló las piernas, como siempre hacía cuando se masturbaban juntos. Él se arrodilló entre sus piernas como de costumbre, mostrando con orgullo su pene erecto. Estaba listo para introducir la punta en su vagina cuando escuchó su suave susurro. “Ven”, susurró, “¡ven dentro de mí! ¡Ven, hazlo conmigo, fóllame!” y se cubrió los ojos con el antebrazo avergonzada. Jack entró lenta y cuidadosamente en su vagina, y tuvieron sexo por primera vez. Aunque Jack sabía (ella se lo había dicho una vez) que su pene era más grande y grueso que el de su padre, le sorprendió la rapidez con la

que ella se excitó, sus gemidos cortos y el rico sonido de su orgasmo. Continuó, conteniéndose hasta que ella volvió a temblar de excitación, sus pequeños y suaves gritos anunciando su inminente orgasmo. Eyaculó como un hombre poseído mientras ella aún se recuperaba de la sensación. Después, se quedaron quietos, tomados de la mano, perdidos en sus pensamientos. «¡He engañado a tu padre conscientemente por primera vez, y me alegro de que haya sido contigo!», susurró ella, sonriendo. Jack decidió explorar el tema de la infidelidad inconsciente en algún momento en el futuro.

Se quedaron en la cama hasta la mañana e hicieron el amor tan a menudo como él pudo. Durante sus descansos, la masturbó, y luego continuaron haciendo el amor como dos jóvenes amantes. Después de unas horas de sueño, ella quiso levantarse y preparar el desayuno, pero él la detuvo. “Mi erección matutina”, susurró, y ella volvió a la cama para aliviar su erección matutina. Luego bajó a preparar el desayuno. Él la oyó tararear una alegre melodía y bajó también para llamar a Jo. Fingió estar organizando su próxima reunión, ya que Anni podía oír todo lo que decía. Jo preguntó qué estaba pasando realmente, y él murmuró al teléfono que ella tenía razón. Siguió un largo silencio, luego Jo preguntó: “¿Te acostaste con ella?”. Él dijo que sí y explicó brevemente que su padre se había mudado y sus padres se estaban separando. Jo permaneció en silencio, luego quiso que le contara todo, pero él dijo que se lo contaría la próxima vez y colgó. —Lo eché —dijo Anni—, y por ahora nos quedamos separados. Pero si nos divorciaremos, aún no lo sé. Se había preparado un gran desayuno, como los que solía tomar solo los domingos, con huevos revueltos y tomates. Cuando terminaron, Jack le preguntó si quería la casa para ella sola, ya que estaba libre y podía conocer hombres, un amante... Ella lo interrumpió: ¡No, no quería! Todavía no había renunciado a su padre; con un amante, lo sellaría para siempre. —No, nos quedamos juntos, y... —Se quedó en silencio y luego añadió—: Si me quieres, ¡no tendré otro hombre que no seas tú! Jack asintió feliz, y entonces su rostro se ensombreció: —¿Y Jo? —Lo miró de reojo—. ¿Puedes estar con los dos...? Y sin dudarlo, dijo: —¡Sí! —Pero, ¿tienes que decírselo? —preguntó ella con dudas, y él dijo: —Por supuesto que sí, pero estoy absolutamente seguro de que Jo lo aceptará. Podía resolver el problema de administrar su tiempo.

Ménage-à-trois

Continuaron sentados en silencio a la mesa de la cocina, luego, aún tomados de la mano, se levantaron y, tras una rápida mirada, subieron corriendo al dormitorio riendo y riéndose a carcajadas, quitándose la ropa. Hicieron el amor y se masturbaron hasta la hora del almuerzo y continuaron justo después. La madre había llamado para decir que estaba enferma; por suerte, nadie preguntó qué le pasaba, porque no podía decir: "¡Un nuevo amante!". Después de un día de sexo incansable, se calmaron. Ella volvió al trabajo por las mañanas, porque la contabilidad se acumulaba si no trabajaba. Llamó a su padre para preguntarle cómo estaba y se aseguró de mencionarle que debía enviarle dinero mensualmente para su manutención y para Jack. Jack retomó sus estudios de doctorado, pero le resultó muy difícil volver a concentrarse en el tema. Se quedaba a dormir en casa de Jo dos veces por semana y llamaba a Anni todas las noches, así que su trío se desarrolló a la perfección.

Anni invitó a Jo a tomar café por la tarde varias veces, y Jack disfrutó mucho de esas horas compartidas en el jardín, durante las cuales se desarrolló rápidamente un vínculo familiar. Confiaban los unos en los otros, los tres, y hablaban abiertamente sobre temas sexuales. Una vez, Jo sacó a colación el tema de los tríos, pero Anni no podía imaginarlo en absoluto; se sentía demasiado como una niña del pasado. Jo explicó lo que sucedía durante un trío, pero Anni negó con la cabeza mientras Jo describía con gran detalle lo que las mujeres hacían juntas. No podía imaginarse haciéndolo con otra mujer, mintió. Jack le ofreció su apoyo, asegurándole que era puramente teórico; la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Jo sonrió, porque lo había hablado con él muchas veces, pero él le había dicho que tendría que suceder con una de sus alumnas, si acaso, pero nunca con su madre. Jack no estaba seguro de por qué Jo lo sacó a colación; ¿quería un encuentro lésbico? Nunca había estado con una mujer, Jo siempre insistía, olvidando convenientemente su relación lésbica con la empleada del hotel; Los tríos estaban de moda en aquella época; todo el mundo hablaba de ellos. Él iba a la universidad varias veces por semana para dar sus clases particulares. Para su 22º cumpleaños, Jo le regaló la calculadora más potente de Texas Instruments, que le fue de gran

ayuda en su trabajo *(aún no se habían inventado los ordenadores personales)*.

Su trío duró más de dos años. Fue muy satisfactorio para los tres, y un día, cuando el café de la tarde se prolongó hasta la noche y hacía rato que habían cambiado el café por el vino, Jo se quedó a dormir y durmió con ambas mujeres alternativamente en la cama grande. Al principio, Anni se sintió incómoda y avergonzada cuando Jack se subió encima de ella y Jo acarició todo su cuerpo. Después de que Jack eyaculara, Jo continuó acariciando hábilmente a Anni, estimulando sus labios y clítoris durante un buen rato. Ella lo disfrutó enormemente y comenzó a jadear y gemir con una excitación deliciosa mientras Jo la masturbaba, pero no quería llegar al orgasmo y sujetó la mano de Jo con firmeza antes de dejar que Jo continuara, deteniéndose justo antes de que estuviera a punto de llegar al clímax. Después de la cuarta vez, apartó la mano de Jo de nuevo y se masturbó durante unos minutos más, temblando al llegar al orgasmo y cubriéndose la cara con ambas manos.

Tartamudeando, llorando y de forma incoherente, dijo que Jo no debía enfadarse con ella, pero que había tenido que hacerlo ella misma por excitación y lujuria, y que nunca antes había dejado que una mujer la tocara y no se atrevía a soltarla. Anni era una actriz muy convincente y siempre se creía sus propias mentiras; rápidamente se convertían en convicciones y luego en verdad. Jo la acarició y la besó, murmurándole palabras tranquilizadoras hasta que dejó de llorar. Fue una noche maravillosa, que se repitió varias veces a instancias de Jo. Con paciencia y persistencia, Jo finalmente logró seducir a Anni. Muy ansiosa, permitió que Jo la masturbara hasta el orgasmo. Más tarde, también masturbó a Jo, y después de un rato, Jo quiso lamerla. Tras un breve momento de falsa modestia, abrió bien las piernas, ofreció voluntariamente sus genitales a Jo, y Jo la lamió hasta el mejor orgasmo de su vida. Ella tiraba y jalaba sus pechos con fuertes gemidos, tan excitada estaba, fantaseando con la orgía del viaje de graduación. Jack disfrutaba plenamente follando a la que le hacía sexo oral en posición de perrito y viendo a la que era lamida llegar al orgasmo, porque Anni había aprendido rápido y él podía ver que a Jo realmente le gustaba ser lamida hasta el orgasmo. Estaba muy agradecido a Jo por haberlo organizado todo con tanta facilidad y consideración. A veces lamía a Anni después de tener sexo y le proporcionaba muchos orgasmos maravillosos. Cuando le preguntó una vez, ella dijo que

los orgasmos eran los mismos ya fuera por sexo oral, masturbación o coito, solo que la experiencia previa era completamente diferente.

Coma, aventura amorosa y labor benéfica

La noticia de que su padre había sido hospitalizado les cayó como una bomba. Jack y su madre fueron inmediatamente al hospital, donde se enteraron de que había sufrido un derrame cerebral muy grave y seguía en coma inducido. Se quedaron con su padre, y de repente llegó su amante para preguntar por él. Gracias a las inimitables técnicas de interrogatorio de su madre, salió a la luz toda la historia. La amante había preparado una rica cena, su padre había disfrutado de una buena copa de vino y luego se habían ido a la cama. Todo era como siempre, perfectamente normal, excepto que esta vez, su padre se había desplomado sobre ella después de un orgasmo. Ella llamó inmediatamente a una ambulancia, se vistió a sí misma y a él, y el médico de urgencias los llevó a ambos al hospital, donde su padre recibió los primeros auxilios. Lo visitaban a diario, viendo rara vez a su amante, que estaba completamente destrozada. Poco a poco dejó de contactarlos por completo y solo llamó a su madre una vez. Dijo que estaba terminando sus estudios y que no podría cuidarlo; que pronto empezaría a trabajar en el extranjero, etc. La madre dio por terminada la conversación, bastante disgustada. —Su amor no puede ser tan fuerte —se quejó—. Cuando las cosas se ponen difíciles, ¡desaparece en un abrir y cerrar de ojos! Jack la consultó sobre cómo podrían arreglárselas, y la solución fue sencilla. Le pondrían una cama en la sala. Podría sentarse frente al televisor durante el día o escuchar la radio o música. Anni no podía dejar su trabajo, así que el padre tendría ocasionalmente unas horas a solas. De lo contrario, ella, Jack, o ambos, estarían allí si necesitaba algo. Después de todo, él había sido su esposo y padre durante mucho tiempo. No querían volver a pensar jamás en su estúpida aventura.

El día de su alta, su doctora les pidió que fueran a su habitación y les dio muchas instrucciones y consejos para la vida diaria, describiendo una vez más su condición. Pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas y probablemente nunca volvería a hablar. Los exámenes mostraron que no había sufrido daño cognitivo, pero no podía hablar. Por lo tanto, tendrían que preguntarle si necesitaba esto o aquello, y él era muy bueno señalando con la mirada lo que quería. Por ejemplo, podían preguntarle si quería té o café, y él podía indicar claramente cuál quería. Luego, les recomendó material de lectura, un grupo de apoyo en la ciudad y les dio un folleto so-

bre cuidados en el hogar. Después, se fueron a casa; una ambulancia lo llevó a casa con su silla de ruedas.

El cuidado transcurrió sin problemas, tal como lo habían planeado. Una tarde sonó el timbre. Anni se vistió rápidamente; era su amante. Trajo sus cosas en una bolsa de viaje y preguntó si podía despedirse. El taxi estaba esperando con el motor encendido. La amante se quedó unos instantes frente a la silla de ruedas y dijo: "¡Adiós, mi querido!" y se fue rápidamente: "¡Adiós para siempre!". Jack ayudaba a su madre a levantarse de la cama por la mañana y a vestirla, y de nuevo por la noche. Se turnaban para darle de comer. Jack vaciaba y enjuagaba regularmente el orinal incorporado a la silla. Por las noches, mientras se desvestía y se ponía el camisón, su madre no notaba la erección de su padre. Cuando se sentaron a la mesa después, ella le preguntó a Jack qué pensaba al respecto. Lo de la erección de su padre. Él pensó un momento, luego dijo que su pene y su imaginación aparentemente estaban intactos. Ella tenía tres opciones: ignorarlo, hacerle una paja o montarlo. Se sonrojó intensamente, luego preguntó qué debía hacer. —Ignorarlo es una barbaridad —dijo Jack—, y sé que nunca le haces una mamada, o solo de mala gana. Si yo fuera tú, me lo follaría; eso sin duda le complacería, y últimamente no tiene mucho placer. Ella pensó un momento y luego preguntó: —¿Me ayudarás?

Entraron en la sala y bajaron las persianas. Luego acomodaron a su padre, colocando una almohada extra bajo su cabeza para que pudiera ver todo. Ella le subió el camisón y le tocó el pene, acariciándolo hasta que se puso erecto. "¿Ahora vamos a tener sexo, quieres?", preguntó, al ver un destello en sus ojos. Él intentó desesperadamente decir "¡SÍ!". Mientras su madre se quitaba el vestido, Jack fue a la cocina y se sentó en la silla de su madre. Desde allí, podía ver directamente la sala sin que su padre lo viera. Ella se había desvestido por completo y se movía de un lado a otro de una manera ligeramente provocativa. El pene de su padre se hinchó y pronto se puso erecto. Jack supuso que ella tenía razón cuando había dicho una vez que el pene de su padre era más pequeño, mucho más pequeño. Ella se subió a la cama, encima de él, y lentamente se introdujo su pene. Preguntó: "¿Rápido? ¿Despacio? Sí, ¿despacio?". Aparentemente, esa era la opción; ella lo montó muy lentamente y comenzó a masturbarse al mismo tiempo. Ella lo montó muy despacio y durante mucho tiempo, luego se detuvo; al parecer, él eyaculó. Después ella continuó masturbán-

dose y terminó con un orgasmo fuerte y estremecedor. Jack la ayudó a acostar a su padre. Ella lo arropó, apagó la luz y regresó a la cocina, desnuda, con su ropa en la mano. Dijo que iba a ducharse y luego acostarse; ¿iría él también?

Antes de tener relaciones sexuales, él le preguntó si había estado bien. Dijo que había disfrutado mirando; que era muy excitante verlos tener sexo. Ella dijo que al principio no le había parecido excitante, pero luego vio el brillo en sus ojos y sintió que había tenido un buen orgasmo y había eyaculado con fuerza, como antes. Se rió diciendo que su amado pene era lo único que aún funcionaba. Jack añadió que algunos de sus dedos también; siempre podía presionar los botones del control remoto. “Y me masturbé deliberadamente justo delante de él”, dijo, “porque debió haber sido muy vergonzoso para él, y quería restregarle que yo también me había beneficiado de su estúpida aventura”. Jack no entendió del todo su razonamiento, pero permaneció en silencio. A partir de entonces, ella tuvo relaciones sexuales con su padre todos los viernes por la noche, y Jack la observaba desde la cocina, en parte porque era lujurioso y en parte porque terminó ayudándola a cuidar de su padre. Cuando Anni se sentaba sobre el pene de su padre y se masturbaba, a veces tenía una expresión burlona y despectiva alrededor de la boca. Jack ahora tenía tiempo de nuevo para estudiar su bibliografía especializada mientras estaba sentado en el salón y su padre veía la televisión.

Por lo demás, nada de esto afectó su trío amoroso. El padre dormía en la sala de estar de la planta baja, mientras que los tres disfrutaban en las habitaciones del primer piso. Era una época tranquila y sin sobresaltos. Cuando Jo vino a pasar la noche, se sentó con su padre y le tomó la mano. Jo le ofreció a su madre, si quería, la posibilidad de dormir también con el anciano para variar. Le encantaría, y su tío seguramente no se opondría; de hecho, seguramente lo disfrutaría. Pero la madre se negó airadamente, insistiendo en que era su marido y su deber, no el de Jo. Fue la única vez que surgió algo parecido a una disonancia. El desacuerdo duró solo un minuto, luego todo volvió a la normalidad. Más tarde, volvió a sacar el tema cuando visitó a Jo. Jack sabía la razón: Jo había dormido a menudo con su padre cuando era niña, antes de conocer a su madre. Le dijo a Jack que solo quería devolverle algo a su tío, ya que no se había sentido abusada en absoluto, sino todo lo contrario, había sido follada con mucho cariño y respeto por su

viejo. Jo sonrió con picardía al confesar que cuando los visitaba a él y a Anni para un trío, se sentaba junto a la cama del hospital y esperaba a que subieran a ducharse. Entonces tocaba al viejo y le hacía una paja rápidamente en cuanto se le ponía erecto. Jack y ella rieron felices, porque a él le gustaba.

Jo lo visitaba en sus mañanas libres y lo ayudaba a levantar a su padre de la cama y vestirlo. Cuando notó su erección matutina, intercambió una mirada con Jack y se bajó las bragas. Se acostó con el anciano y lo hizo eyacular, y como su erección persistió, lo hizo una segunda vez. Amaba a su padre y siempre era muy tierna en sus acciones. Sus ojos brillaban de placer cuando ella le acariciaba las mejillas y luego le provocaba orgasmos maravillosos. Jack a menudo se excitaba tanto al verla que inmediatamente la arrastraba a su habitación y se acostaba con ella hasta satisfacer su lujuria. Lo mantuvieron en secreto de Anni, pero durante un trío, ella hizo un comentario que decía que lo sabía. Jack echó la cabeza hacia atrás; ¡esto podía ponerse interesante! La explicación honesta de Jo, de que solo quería devolverle al anciano algo bonito que él le había dado, tranquilizó a Anni, porque siempre había sospechado que su marido había tenido una aventura con Jo antes que con ella. Dijo que no le importaba, y Jo lo hacía siempre que se presentaba la oportunidad.

Cuando Jo venía por la noche y sentía ganas de tener sexo con su padre, Anni se sentaba en la sala y observaba. Contemplaba con placer el cuerpo juvenil de Jo, que obviamente le daba mucho placer a su marido. Aunque había visto a Jack y Jo tener sexo cientos de veces, Jo tenía sexo con su tío de una manera completamente diferente. Al principio, se balanceaba sobre su pene mientras estaba en cuclillas hasta que se daba cuenta de que estaba a punto de eyacular. Se bajaba completamente sobre su pene, y se podía ver claramente por las contracciones de los músculos de sus nalgas que lo estaba masajeando con su vagina mientras él eyaculaba. Después, permanecía quieta porque él seguía erecto, y los movimientos de sus nalgas mostraban cómo lo estaba poniendo completamente erecto de nuevo con sus músculos vaginales. Acarició el pecho, las mejillas y la cara de su tío durante un buen rato antes de empezar a balancearlo. Por lo general, tardaba mucho, pero Jo parecía presentir exactamente cuándo él estaba a punto de venirse y se inclinaba, sus nalgas temblando como el abdomen de una avispa, cada vez más rápido. Se detenía inmediatamente cuando él

eyaculaba y le daba a su pene tiempo suficiente para que se ablandara dentro de ella. Por lo general, le chupaba y lamía el pene hasta dejarlo completamente limpio antes de cubrirlo. Jo nunca se masturbaba delante de su tío y se acostaba con él una o dos veces por semana; Anni se aferraba obstinadamente a su viernes. Si Jo olvidaba que era viernes, el viejo tenía un día especial y se acostaba con dos mujeres, aunque no a menudo. Una vez, Anni le dijo a Jo que ella sí se acostaba con su marido maravillosamente, mucho mejor que ella.

Aproximadamente un año después, un viernes por la noche, todo transcurrió con normalidad: la madre tuvo relaciones sexuales con el padre y luego se masturbó con su pene aún erecto dentro de ella. De repente, presa del pánico, llamó a Jack, señaló al padre y susurró que estaba muerto. Jack intentó sentir el pulso de su padre, percibir su respiración, y luego negó con la cabeza. Finalmente, ella se puso de pie y el pene del difunto, aún semierecto, se deslizó fuera de ella. Lavaron al padre, que tenía un fino hilo de semen corriendo por su abdomen, lo cubrieron adecuadamente y pidieron ayuda.

Jack ocultó su culpa a Anni, la sensación de que quizás esas últimas vacaciones con dos mujeres habían sido demasiado para su viejo corazón; no quería ser una carga para ella. Jo sufrió mucho, porque esa mañana de viernes su erección duró mucho más de lo habitual, y ella lo dejó eyacular suavemente. La segunda vez, tuvieron relaciones sexuales durante mucho tiempo y con gran intensidad, pero él no pudo eyacular. Ella se sentía culpable, y Jack solo pudo consolarla un poco diciéndole que su padre había muerto mientras hacía el amor con su madre: una muerte muy hermosa y llena de amor.

Él ayudó a organizar el funeral y con todo el papeleo oficial. Pasaron las siguientes dos semanas de duelo en silencio y soledad; él le había pedido a Jo que la dejara llorar sola durante una o dos semanas. Sabía que para Jo también era triste y doloroso, pero ella lo entendió y dijo que lo comprendía y que podía sobrellevarlo bastante bien sola. Le prometió llamarla todos los días y pasar tiempo con ella, muy cerca de ella.

Los admiradores

Por las noches, Jack y Anni se abrazaban, y él acariciaba su cuerpo desnudo para consolarla cuando lloraba. Cuando no lloraba, ella contaba anécdotas de su vida juntos, sobre sus admiradores, de quienes su padre estaba muy celoso. Jack había estado en un internado hasta los 14 años, y su esposo trabajaba y dormía en la oficina. Casi como un comentario al margen, dejó escapar que nunca había ido más allá de masturbaciones secretas; jamás, jamás le había sido infiel a su padre. Jack la interrogó de inmediato. Dado que les hacía masturbaciones a sus admiradores una y otra vez, pero no les permitía tener relaciones sexuales con ella, se mantenían alejados, y los celos de su padre disminuían. Jack insistió. Sí, algunos admiradores eran muy persistentes y probablemente recibieron tres docenas de masturbaciones, pero a ninguno se le permitía hacer más que tocar y excitar sus genitales. Ella nunca había tenido relaciones sexuales con ninguno de ellos, jamás, aunque a menudo estaba tan excitada que casi lo hacía en su excitación. Pero nunca sucedió, porque ella era fiel y sabía que su padre trabajaba diligentemente por las noches; le era fiel y nunca se había acostado con nadie más.

Él insistió, pues sus historias se enroscaban como guirnaldas con confesiones siempre nuevas, cada vez más detalladas, dando vueltas traicioneramente alrededor de la verdad vergonzosamente oculta. Sí, durante las masturbaciones, dijo finalmente, en la parte de atrás del banco frente a los arbustos de tuya, dejaba que el semen rociara la hierba con las primeras. Más tarde, frotaba los penes directamente frente a su vulva y dejaba que el semen rociara sobre ella, al menos con algunos, aunque le repugnaba que la rociaran. Pero como solía estar muy excitada, empujaba el pene profundamente en su vagina antes de la eyaculación y dejaba que rociara dentro. Y no, si alguien intentaba follarla después, apartaba al hombre insolente tras unas pocas embestidas, al menos unas pocas, ¡porque nunca había engañado a Padre! Sí, dijo en su narración algo divagante, era solo porque estaba muy excitada que la eyaculación la liberaba de la tensión.

Y cuando la tensión finalmente disminuyó y ella lentamente se dio cuenta de que él efectivamente había comenzado a tener sexo con ella, rara vez esperó hasta que eyaculó, sino que lo apartó.

Desafortunadamente, solo muy pocos lo hicieron, admitió con pesar, solo muy pocos, al menos uno. Pero como generalmente ya era demasiado tarde y él simplemente continuó hasta eyacular, entonces ÉL había cruzado la línea; ¡ELLA era fiel y ELLA no estaba teniendo sexo! Debido a que su excitación era a menudo tan intensa, rara vez notaba que algunos, bastantes, incluso muchos no esperaban la masturbación y penetraban inmediatamente su vagina. Tenían sexo y eyaculaban; muchos lo necesitaban una segunda y tercera vez. Ella los dejaba, por supuesto que lo toleraba, porque todos eran amigos. La mayoría solo venía a ella un par de veces; algunos permanecieron como admiradores durante mucho tiempo. Jack preguntó con cuántos se había acostado. Lo pensó un momento y admitió con vacilación que casi todos, tal vez 25 o 28, solo unos pocos, quizás dos o tres más, se conformaban con una masturbación o eyaculación dentro de ella y no tenían relaciones sexuales. Pero ninguno de ellos tenía relaciones sexuales con ELLA, solo una masturbación, y luego tal vez eyaculación dentro de ella. Eso no era tener relaciones sexuales, ¿no era así? Y esos 25 o 28 habían cruzado la línea de lo prohibido con las relaciones sexuales, no ella, ¡ELLA siempre había sido fiel! Jack se preguntó cuán diferente pensaban sobre la fidelidad y la sexualidad y murmuró amargamente, tal vez Padre solo había tenido relaciones sexuales con su secretaria por las noches, mientras que sus admiradores penetraban su vagina, tenían relaciones sexuales con ella y eyaculaban dentro de ella. ¡NO, dijo ella, NO! Durante sus confesiones, se había excitado mucho con las suaves caricias de Jack y lo atrajo hacia ella. Durmieron juntos por primera vez en dos semanas de duelo. Pensativa, dijo durante una pausa antes de continuar: «Podría ser cierto, tal vez tuvo muchas aventuras, ¡el sinvergüenza! Pero yo nunca le fui infiel, ¡aunque tuve muchas oportunidades!». Jack murmuró que tenía razón; el siguiente número era más importante para él que una discusión moral.

Dos días después, durante un descanso, volvió a mencionar a los admiradores, pidiéndole que le contara todo de nuevo; casi lo había olvidado todo porque habían tenido sexo muy intenso después. Ella disfrutó de las caricias excitantes de Jack y accedió sin dudarlo. Ayer revisó sus diarios para asegurarse de que al menos las cifras fueran correctas. El período en que la acosaron duró unos cinco años, hasta su quincuagésimo cumpleaños, ¿te acuerdas? Tres de ellos solo querían una felación y nunca volvieron.

En total, hubo muchos más, pero aún no había empezado a tomar notas diarias. Calculó que podrían haber sido más de 30 en esos seis meses. Solo al principio dejó que el semen se rociara en el césped del jardín. La mayoría quería eyacular en su vulva, pero a ella le repugnaba y se introducía el pene en la vagina antes de eyacular. Cuando se masturbaba el pene dentro de la vagina, los movimientos de su mano en sus labios y el movimiento del glande dentro de la vagina a menudo la llevaban casi al orgasmo. Si él eyaculaba demasiado pronto, ella se masturbaba hasta el orgasmo con los dedos, muy tímidamente y avergonzada, porque le daba vergüenza hacerlo delante de alguien que no conocía bien. Verla excitaba a la mayoría de ellos de nuevo y les daba otra erección. Para muchos, la segunda masturbación duraba mucho tiempo; ella introducía el pene masturbado profundamente en su vagina con la mano, una y otra vez. Esto casi siempre la llevaba al orgasmo, y no tenía que rebajarse a usar los dedos.

Ella seleccionaba a la mayoría de sus clientes de la cartera de clientes de su empresa; casi ninguno se negaba. Solía sentarse en el regazo del hombre sentado, introducir su glande en su vagina y masturbarlo. Al principio, tenía dos o tres admiradores seguidos cada noche, pero nunca llegaba al orgasmo. Entonces, un día, el vicario de la catedral, que había oído hablar de ella en el confesionario, fue a verla y tenía sus propias ideas sobre cómo lo quería. No se quedó sentado en el sofá de la sala, sino que se tumbó boca arriba. “Vamos, hija mía”, dijo, y la hizo ponerse en cuclillas sobre él. Ella quería complacer al caballero de alto rango con su mano, pero él la atrajo cada vez más profundo hasta que su pene estuvo completamente dentro de ella. Ella debía sujetar firmemente la base de su pene con la mano y mover sus caderas hacia arriba y hacia abajo. Fue una sensación tan placentera sentir la estaca sagrada dentro de ella, sentirla moverse hacia arriba y hacia abajo en su vagina, que tuvo un orgasmo muy rápidamente y apretó y presionó el pene del noble señor, haciéndolo chillar de placer.

Ella se apoyó con ambas manos en su pecho, meneando sus caderas seductoramente antes de deslizarse arriba y abajo sobre su pene otra vez. Él colocó sus manos en sus nalgas, permitiéndole sentir bien su ritmo. Ella sintió cada chorro de semen cuando él eyaculó. Esto se sintió tan bien que ella llegó al orgasmo muy rápido. Ahora rebotaba deliberadamente arriba y abajo rápidamente; ella y él tuvieron orgasmos, uno tras otro. Él siguió siendo un visi-

tante regular durante unos tres años, viniendo una o dos veces al mes y disfrutando de ella cabalgándolo y llevándolo al orgasmo con su movimiento de balanceo, por supuesto sin masturbación. Cada vez que se iba, ella lo miraba y le hacía la misma pregunta sin sentido: "¿Y el cielo?". El vicario pareció satisfecho y dijo untuosamente: "¡El cielo te ama mucho, hija mía!". Dejó, como siempre, dos billetes grandes sobre la cómoda antes de irse.

Su comportamiento había cambiado por completo debido a su señor de alto rango. Comenzó a mecerse en el regazo de su admirador, sujetando su pene con una mano, balanceándose de un lado a otro, mientras su pene entraba y salía. Ella llegó al orgasmo fácilmente, y él también. Elegía cuidadosamente a aquellos que seguían su propio ritmo y disfrutaban de su balanceo, que se volvía cada vez más intenso hacia el orgasmo, y que ya no esperaban masturbación. El balanceo y el vaivén terminaron cuando apareció el grupo de admiradores que querían tener sexo con ella. ¿Una masturbación? ¡Eso era un juego de niños! Sexo, follar y tener sexo: eso era todo lo que querían. El cielo la amaba, estaba segura de ello, porque ahora podía probar prácticamente su firmeza, su lealtad inquebrantable a su esposo.

Y había 38 admiradores que se habían acostado con ella, pero ella nunca les correspondió; siempre tenía a su marido en sus pensamientos, ¡jamás le fue infiel! Los 38 no querían una masturbación, querían tener sexo con ella. Ella siempre se había negado rotundamente. Pero le encantaba que le estimularan suavemente los genitales y que su excitación aumentara inconmensurablemente. Mientras ella, a su vez, llevaba su pene a una hermosa erección con su mano y su boca, decía que no le correspondería en absoluto, y que si él necesitaba irse con tanta urgencia, que así fuera, pero que siempre pensaría en su marido y jamás le sería infiel. Todos los admiradores lo entendieron de inmediato, y cuando el pene estuvo lo suficientemente firme, ella lo soltó, se echó hacia atrás y cerró los ojos, porque estaba pensando en su marido, en su fidelidad, y dependía del admirador si quería follarla, acostarse con ella y si realmente quería hacerle eso a esta esposa virtuosa, de aspecto casto y posiblemente también fiel.

Por supuesto, los 38 mencionados eran solo aquellos considerados dignos de mención en el diario. En realidad, había muchos más, ya que muchos no eran capaces de alcanzar el orgasmo o no

pagaban. Estos hombres de una sola vez no aparecían en el diario. Ella conocía la verdad y despreciaba a los hombres que simplemente se introducían, eyaculaban y se marchaban. Estos hombres no contaban para ella; desaparecían instantáneamente de su memoria. Así, solo quedaban los 38 que seguían siendo dignos de mención. Si se imaginaba algo con firmeza y lo repetía sin cesar, se convertía en realidad. Así había sido durante toda su vida.

Todos la deseaban y se la follaban, todos eyaculaban dentro de ella tan a menudo como podían. Pero ella nunca se la follaba a él; eso era algo que su admirador tenía que hacer él mismo. Muchos querían una segunda vez, algunos podían ir hasta tres. Sí, por supuesto, respondió ella, casi siempre tenía un orgasmo, siempre lo tenía durante el sexo. Esa era también la razón por la que se sentía un poco infiel, porque durante el orgasmo se aferraba a su admirador y se olvidaba de pensar en su marido cuando el clímax era muy intenso. Como se la follaba con fuerza contra su pene mucho antes y durante su orgasmo, hasta que explotaba y luego se calmaba, solía sentir una profunda tristeza por haberse dejado llevar por el acto de follar. Pero era solo una reacción inconsciente de su cuerpo, un reflejo automático casi animalístico, se decía a sí misma; no quería follar con él y nunca dudó de su fidelidad.

Recordaba a un admirador; tenía un pene grande, pero ella solo estuvo a punto de llegar al clímax. Era uno de los pocos con los que podía alcanzar el orgasmo inmediatamente con dos dedos, aunque le daba mucha vergüenza porque él la miraba con tanta avidez y lujuria evidente, pero tenía que hacerlo enseguida. Lloraba entonces porque nunca pensaba en su marido mientras lo tocaba. Lloraba mientras el tonto volvía a introducir su pene dentro de ella y no conseguía nada más que eyacular. Y sí, al final, muchos la veían masturbarse, aunque el hecho de que ella se masturbara hasta alcanzar el orgasmo liberador la llenaba de vergüenza y la incomodaba mucho. A la mayoría les excitaba verla y les permitían tener sexo de nuevo. Muchos le rogaban después del sexo que, por favor, lo hiciera otra vez; ¡les encantaba mirar! Con estos hombres, la vergüenza desaparecía y ella tenía sexo libremente, sin pudor y sin inhibiciones delante de sus ojos.

Jack había descubierto que ella era mucho más honesta cuando la acariciaba suavemente mientras hablaba, tocando su clítoris solo muy ligeramente. En ese estado de leve excitación, ella respon-

día todo con sinceridad. Sí, descubrió la masturbación cuando su padre dormía en la oficina durante la semana y solo volvía a casa los fines de semana. Se quedaba despierta noche tras noche, acariciándose sin cesar, frotando sus labios vaginales con la palma de la mano, tal como lo había experimentado en su viaje de graduación, pero sus piernas se contraían y temblaban si tocaba inadvertidamente su zona sensible. Acariciar sus labios vaginales era excitante cuando evitaba el punto sensible; finalmente, imitó la penetración, y así sucedió que alcanzó el clímax por sí sola. Todos los días de la semana, se masturbaba hasta el orgasmo y después se sentía liberada y maravillosamente relajada. A veces varias veces. Su padre solía llegar a casa el sábado por la noche y se iba directamente a la cama. Los domingos por la mañana, se masturbaban todo el tiempo que él podía. Ella se resignó a ello, pero su resistencia se deterioró rápidamente. A veces, a pesar de disfrutar de la estimulación oral y manual, no lograba que se le pusiera duro, y las relaciones sexuales con un pene semierecto se volvieron cada vez más raras. Poco a poco, se convirtió en rutina para ella acariciarlo con los dedos los sábados por la noche y los domingos por la mañana mientras él aún dormía. ¡Después de todo, aún no tenía 30 años y necesitaba al menos un orgasmo al día! A veces él se despertaba y la observaba, logrando una erección, y entonces la penetraba como en los viejos tiempos. Cuando finalmente no pudo más, una vez le dijo, proyectando su propia agresividad en ella, que era "¡repugnante! ¡Las mujeres decentes no lo hacen, solo las zorras promiscuas y obsesionadas con el sexo!". Este reproche fue muy hiriente. Desde entonces, nunca más lo hizo cuando él estaba cerca, y los fines de semana se volvieron largos y sin alegría. Así que decidió ceder a la insistencia de sus admiradores y obtener su orgasmo diario de esa manera. En ese momento, también comenzó a recortar todo el vello que no formaba parte de su zona púbica y a afeitarse alrededor de su hendidura. El vello cuidadosamente recortado debía apuntar como una flecha dorada hacia su puerta del amor, mientras que bajo el frondoso vello púbico, la hendidura desnuda debía atraer toda la atención hacia sí misma.

Suspiró feliz porque Jack le había excitado el clítoris con tanta delicadeza y sin tapujos, y habló con franqueza. Primero llamó a quienes habían coqueteado con ella en fiestas anteriores en el jardín, pues instintivamente distinguía entre coqueteo y coqueteo. Incluso por teléfono, les dejó claro a sus admiradores que ahora tenía lo que siempre habían deseado, y nunca les dijo que no.

Cuando un admirador llamó a la ventana por la noche, la abrió luciendo un sofisticado vestido de velo completamente transparente que resaltaba de forma lasciva y obscena su desnudez bajo la luz de fondo de la antesala. Siguiendo la moda de la época, también poseía varios magníficos camisones con encaje que le llegaban solo hasta el ombligo y que acentuaban especialmente su zona púbica depilada.

Los hombres impresionados la siguieron en silencio hasta la sala de estar, donde, si era su primera visita, ella dejaba claras las reglas básicas con la primera copa de vino. Una masturbación o incluso sexo, pero ella no participaría activamente, porque no quería engañar a su marido. No quería abrazarlo ni besarlo, pero dejaba que su mano se deslizara sobre sus muslos, su vulva; de hecho, abría las piernas voluntariamente para que él pudiera excitarla fácilmente. Con la misma disposición, le provocaba una erección con la boca y las manos, y cuando ambos estaban excitados, se recostaba, se cubría los ojos con el antebrazo o lo observaba penetrarla: uno apresuradamente, el otro deliberada y lentamente. Dejaba que la follara como a una muñeca sin vida y lo observaba como una extraña, aferrándose a él solo durante el orgasmo, a veces masturbándolo salvajemente hasta que el orgasmo llegaba y luego se desvanecía. Después del orgasmo, solía estar triste porque nunca pensaba en su marido, solo en su gratificación egoísta. Si un hombre eyaculaba sobre ella mientras se masturbaba, le decía que la próxima vez lo dejara dentro; no podía quedar embarazada. Le parecía repugnante que eyacularan sobre ella.

La mayoría de ellos la visitaban a diario; ella tenía sus orgasmos diarios, y eso la relajaba mucho. Era mucho más placentero y natural que la estimulación manual. Desafortunadamente, ninguno se quedaba más de dos o tres semanas, y luego tenía que volver a buscar en la agenda de su marido al siguiente admirador. Este equilibrio la ayudaba a sobrellevar los fines de semana largos; su padre rara vez tenía relaciones sexuales con ella los domingos por la mañana. En lugar de tener sexo, se sentaba y la bombardeaba con acusaciones celosas y sospechas infundadas de que se acostaba con todos sus amigos. Exteriormente, ella se mantenía completamente impasible, porque ninguno de sus amigos admitiría jamás haberse acostado con su esposa. “Te soy fiel”, decía siempre, tragando saliva con dificultad, porque sabía muy bien que sí tenía sexo durante el orgasmo, pero solo porque su cuerpo estaba progra-

mado con ese reflejo automático, ¡y no había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto! Cuando sus diatribas cesaban, él tarareaba con buen humor y tenían sexo tranquilo. En raras ocasiones, pero de vez en cuando, sus habilidades orales y manuales lograban que tuvieran relaciones sexuales una segunda vez, e incluso más raramente una tercera. Sin embargo, sentía que se distanciaban cada vez más cuanto menos a menudo tenían sexo.

Jack se alegró de que el periodo de duelo hubiera terminado ahora que ella le había contado todo con sinceridad, y no veía la necesidad alguna de un debate moralizante sobre si le había sido infiel a su padre durante cinco años. En cualquier caso, eso le ayudó a corregir su opinión sobre ella; no era la virgen inmaculada y sin vida sexual que se había imaginado hasta sus vacaciones en Australia, pero a pesar de su evidente ingenuidad y su concepto totalmente distorsionado de la fidelidad, ¡era astuta como una zorra! Dijo en voz alta que ella tenía todo el derecho a tener su orgasmo diario sin sentir que engañaba a su marido. «Sí», susurró ella emocionada junto a su oído, «¡Necesitaba ese orgasmo diario, a menudo varias veces al día!». Y susurró: «¡Vamos, hazme el amor, haz que sea placentero para mí!».

En cierto momento, cuando volvieron a hablar de sus admiradores, mencionó que al principio le habían traído una buena botella de vino o champán. Cuando uno de ellos dejó un billete en la mesa del salón al marcharse, se quedó atónita. Cuando se lo contó al siguiente admirador, este hizo lo mismo, y pronto se convirtió en algo habitual que sus admiradores le dieran dinero. Jack la miró con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Ella interpretó esto como que no le creía, así que rebuscó en su mesita de noche y sacó una caja de plata. «Mira», dijo, «¡todavía queda bastante!». Jack negó con la cabeza con desaprobación ante la idea de guardar tanto dinero en casa. Luego contó los billetes y murmuró que con ese dinero se podría comprar un coche grande, muy grande, pero ella lo desestimó, explicando que no tenía carné de conducir. Sin embargo, lo que había gastado eran regalos para su padre o para él. Le había comprado su primer telescopio astronómico y muchas otras cosas. Jack, incapaz de soportar por mucho tiempo sus ojos suplicantes de cachorrito, murmuró que no pasaba nada, que solo eran regalos de dinero, que no debía preocuparse. Estuvo a punto de comentar que Jo también recibía “solo” regalos de dinero, pero se contuvo a tiempo y guardó silencio.

Jack la acariciaba suave y eróticamente, y ella seguía contándole algo nuevo sobre sus admiradores. Que muchos de ellos, sorprendentemente, eyacularan en su boca mientras se excitaban con la mano y la boca no era nada nuevo para ella, porque a su padre le gustaba mucho eso, y tenía que suspirar y calmarlo. La escena se completaba cuando admitía, poco a poco, que con algunos, con todos en realidad, apenas podía aguantar un minuto jugando a ser una muñeca inerte antes de lanzarse sobre sus penes con toda su fuerza y pasión. ¿Y si el tipo no lo conseguía? ¡El miedo la impulsaba a hacer todo lo posible para alcanzar el orgasmo! Esa era su motivación, después de todo; ¡jamás querría engañar a su padre! Follaba y se masturbaba hasta alcanzar una pequeña muerte liberadora. Después de sus orgasmos, descansaba y dejaba que su admirador continuara su acto hasta que se excitara de nuevo o él eyaculara, obligándola a trabajar en su erección una vez más para poder alcanzar su merecido siguiente orgasmo. Pero siempre pensaba en su marido, con quien tenía relaciones sexuales y se masturbaba igual que con su admirador. Y como siempre pensaba en él, le era fiel, al menos en su corazón. Y aprendió que cuanto más apasionadamente se acostaba con su admirador, más probable era que tuvieran sexo tres veces; por lo tanto, tenía al menos tres orgasmos, a veces más. Después de una noche exitosa, no necesitaba acariciarlo inmediatamente, aunque siempre lo hacía de nuevo después, generalmente varias veces, hasta quedarse dormida agotada.

Lloró en voz baja mientras le confesaba a Jack que la mayoría de sus admiradores, después de su primera eyaculación, solo querían ser montados por ella. No sabía si eran demasiado perezosos o demasiado exhaustos, pero todos querían ser montados desde el principio. Se persignó y elevó una rápida plegaria al cielo para que no quedara registrado como infidelidad en su historial, mientras le provocaba una erección con la boca y la mano. El cielo le dejó bien claro que no era infidelidad una vez que su fuente de placer estaba dura. El admirador solía permanecer sentado en el sillón; ella se sentaba frente a él en su regazo y guiaba su pene dentro de ella. Lo abrazó y lo montó, primero lentamente, luego cada vez más rápido a medida que sentía que se acercaba su orgasmo.

Disfrutaba de estas sesiones de varias horas porque podía tener orgasmos tan a menudo como quisiera. La mayoría de sus admiradores acariciaban con avidez sus nalgas de hermosa forma y le in-

troducían los dedos en el ano, lo que intensificaba y aceleraba sus orgasmos de forma maravillosa. La combinación de sentir su pene dentro de su vagina y ser penetrada analmente le provocaba orgasmos en muy poco tiempo, a menudo en cuestión de segundos. Luego, ella lo montaba con tanta pasión que sus admiradores repetían la acción tantas veces como les era posible. Uno de sus admiradores se quedó flácido tras su primera eyaculación, pero continuó penetrándola analmente hasta que ella se rindió, exhausta por la cantidad de orgasmos.

A veces tenía que pedirle a un pretendiente que la penetrara analmente, y algunos disfrutaban de sus súplicas, pero era solo un juego. Todos eyaculaban dentro de ella con la mayor frecuencia posible hasta que finalmente se les caía el pene. Le susurró entre lágrimas al oído a Jack que a veces dudaba de su fidelidad, porque solo volvía a pensar en su marido una vez que el pretendiente se había marchado. Pero siempre sentía con claridad que el cielo, con una sonrisa amable, le concedía orgasmos y nunca los registraba como infidelidad. Cuando lo pensaba, cabalgaba apasionadamente sobre los 38 hombres cada día hasta que terminó su aventura con el pretendiente.

Algunos también querían sexo anal, pero al principio no le gustaba nada. Sin embargo, hacía excepciones porque sus admiradores le pagaban generosamente por ello. Había comprado lubricante de antemano y se lo aplicaba como precaución, así que no le dolía nada. A cuatro patas, soportaba el procedimiento, a menudo varias veces seguidas, pero no podía llegar al orgasmo durante el mismo. Solo había un hombre que la penetraba por el ano en la posición del misionero y quería verla masturbarse. Disfrutaba tumbada boca arriba, abriendo sus largas y esbeltas piernas como alas de mariposa y excitándolo con su mirada. Solía jugar con sus labios vaginales antes de dejar que la penetrara por el ano. Cuanto más se excitaba mientras se masturbaba, mejor la follaba él. No podía sentir su eyaculación, pero sus orgasmos durante el sexo anal en esa posición eran increíblemente intensos. Él podía penetrarla y eyacular dos veces, muy raramente tres. Pero ella tenía muchos orgasmos, muy hermosos. Le encantaban estos orgasmos porque eran muy, muy intensos. Se le permitía eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera, porque eso hacía que duraran más y ella podía tener orgasmos con la frecuencia que deseara. Él era rico y le pagó generosamente durante todos esos años.

Por supuesto, se lo contó a sus otros admiradores, y muchos también quisieron probarlo. Nunca más volvió a ponerse a cuatro patas, sino que desplegó sus alas de mariposa seductoramente en la posición del misionero. Una sola probada bastó para la mayoría, pero algunos lo convirtieron en un ritual habitual y la penetraban analmente después de haber tenido suficiente sexo vaginal. Cuando Jack le preguntó, ella respondió tras pensarlo mucho que tenía sexo anal una o dos veces por semana, pero que siempre era genial porque podía llegar al orgasmo por sí misma, y el exhibicionismo lascivo frente a su admirador le añadía una emoción extra.

Llorando, abrazó a Jack, pues esta confesión la hizo temblar de tristeza y estremecerse entre sollozos, sobre todo porque creía que su propia red de mentiras era cierta; la mayor parte era verdad, y solo mentía cuando quería adornar u ocultar algo. Era solo la excitación, sollozó, ese maldito reflejo inconsciente y automático de su cuerpo, la razón por la que se había acostado con todos como si no hubiera un mañana. ¡Y como necesitaba orgasmos desesperadamente, tu padre nunca estuvo ahí para dármelos! Jack la acarició, apenas capaz de soportar su llanto. Miles de veces en estos cinco años difíciles, he follado de orgasmo en orgasmo, susurró, sollozando, ¡y ni una sola vez pensé en tu padre! Jack la acarició con mucha suavidad para que dejara de llorar. Eso no estuvo mal, ni fue infidelidad, le aseguró en voz baja. Jack sentía perfectamente que podría haber profundizado mucho más en sus aventuras, pero la compadeció de todo corazón y prefirió dejarlo así.

Dejó de llorar aliviada, porque su Jack la entendía, no consideraba infidelidad sus innumerables aventuras amorosas con sus admiradores, ¡el buen chico! Por supuesto, estaba perfectamente cuerda y sabía perfectamente que se había acostado con todos ellos, que había engañado a su marido día tras día y que le habían pagado generosamente. Y sabía perfectamente que con ese dinero podría haber comprado no solo una, sino diez o más de las lujosas limusinas que Jack había mencionado, porque solo le había mostrado a Jack una de las cajas fuertes. Se habría sentido mortificada si él hubiera descubierto la magnitud de su infidelidad. Pero se sentía increíblemente bien de que Jack se hubiera creído su farsa de inocencia, ¡su querido Jack! Por un instante, lamentó haberle permitido creer en su inocencia y fidelidad con mentiras cada vez más elaboradas. Ahora hablaba libremente y con gran detalle so-

bre sus admiradores todos los días, lloraba de emoción y, sorprendentemente, nunca más afirmó haber sido siempre fiel.

Jack recordaba un detalle con precisión. A partir de entonces, cada vez que ella se subía encima de él, él la rodeaba con el brazo e introducía con cuidado un dedo en su ano. Ella lo miraba tímidamente, pero también expectante, como preguntándole si de verdad lo deseaba. Pronto aprendió a disfrutar de lo maravillosos que se volvían sus orgasmos cuando él le introducía el dedo en el ano. Se convirtió en parte de su rutina, y siempre se deleitaba cuando ella pasaba alegremente de un orgasmo a otro. Jo también se unió, cuando lamió a Anni. Jo la lamió hasta que, desde el primer orgasmo, le introdujo el dedo en el ano, dejándola seguir teniendo orgasmos cada medio minuto, orgasmo tras orgasmo, hasta que Anni tuvo que parar.

Inocencia al principio

Jack la acarició de nuevo en algún momento, suave y calculadamente, y continuó interrogándola. No, no hubo juegos de médicos en su juventud, pero cada noche en la cama se masajeaba y acariciaba los labios vaginales y se volvió casi adicta a la excitación que la acompañaba, lo que la ayudaba a conciliar el sueño. Alrededor de los 11 años, un compañero de clase le enseñó cómo hacer una paja. Antes de conocer a su primer amante a los 16, hizo tantas pajas como pudo, tal vez más de cien. Se corrió la voz de que hacía pajas a cambio de pequeños regalos. Pero solo a compañeros de clase, nunca a extraños, e incluso una vez a un estudiante de último año. No hacía felaciones, pero por una generosa donación, tomaba el pene en su boca al final de la paja y dejaba que eyaculara dentro. A los 16 años, se enamoró de Jeremias, Jerry, un año mayor y una de las personas más inteligentes que jamás había conocido. No se puso celoso cuando ella ganaba dinero extra haciendo mamadas y dejándole correrse en la boca, y se mantuvo al margen como protector, aunque confesó que verla a menudo lo excitaba mucho. Le gustaba mucho; se abrazaban y se besaban, ella le hacía tantas mamadas como él quería y le dejaba correrse en la boca. Jerry tenía el pene más hermoso que ella jamás había visto, y un glande relativamente grande. Él le acariciaba los pequeños pechos incipientes mientras ella le hacía una mamada. Siempre se necesitaba un poco de ingenio para encontrar un lugar apartado. Un día, mientras rodaban y se abrazaban en el suelo del cuarto de equipos junto al gimnasio, ella lo miró fijamente y dijo que quería acostarse con él, follar con él de verdad. Él dijo, avergonzado, que nunca lo había hecho, y ella sonrió, ella tampoco, todavía era virgen.

Se bajaron los pantalones hasta los tobillos, ella se tumbó boca arriba y Jerry se sentó a horcajadas sobre ella, en posición de flexión. Ella le acarició el pene hasta que se puso duro y se humedeció los labios vaginales con abundante saliva. Guió a Jerry hacia su abertura vaginal y él la penetró suavemente. Sintió un pequeño pinchazo cuando se le rompió el himen, luego hicieron el amor larga y apasionadamente, y ella tuvo su primer orgasmo. Estuvieron juntos casi dos años, leyendo todo lo que encontraban en la biblioteca de la escuela sobre anticoncepción, ovulación y días fértiles. Juntos calculaban si podían tener relaciones sexuales. A veces compraban condones, pero para ambos, era solo una herramienta

para los días fértiles. Los padres de Jerry eran muy amables y cariñosos con ella; nunca la molestaban cuando hacían el amor en su habitación por las tardes, aunque sabían perfectamente lo que estaba pasando. Solo su descarada hermana pequeña a veces espiaba por la rendija de la puerta. Jerry era realmente bueno en la cama; pensándolo bien, probablemente fue su gran glande lo que le dio orgasmos tan maravillosos. Ella estaba muy feliz de tener tantos orgasmos y amaba el sexo más que nada. Incluso después de que él se graduó de la escuela secundaria, permanecieron juntos hasta que, durante una pasantía de prueba en una gran compañía farmacéutica, ella quedó cautivada por el gerente junior. Ella sucumbió a sus avances, y hicieron el amor en el almacén entre los estantes. Con el corazón roto, se sinceró con Jerry y lo consoló en su dolor. Hasta sus exámenes finales, se acostó con ambos alternativamente; después de eso, su padre ganó. Un año más tarde, se casaron; Jack estaba en camino. ¡Tú, mi amor!

El final no fue exactamente como ella lo había descrito, por supuesto, pero nunca quiso contarle la verdad a Jack. Durante el año previo a la boda, solía estar sola, ya que su padre amaba su trabajo más que las muchas horas inútiles que perdía en los detalles de la planificación de una boda aristocrática. Jerry, en cambio, disfrutaba escuchándola y era recompensado generosamente con sexo. A ella le encantaba que él la penetrara. Aunque le advertía repetidamente a Jerry que se retirara antes de eyacular para no quedar embarazada, esto rara vez sucedía. Si él obedecía y se retiraba antes de eyacular, ella se incorporaba rápidamente, tomaba su pene en la boca y lo dejaba eyacular dentro, porque a Jerry también le encantaba eso. Sin embargo, la mayoría de las veces, eyaculaba dentro de ella. Eyaculaba mucho menos semen que su marido, pero ella podía excitarlo varias veces seguidas con juegos seductores de boca y lengua y seguir penetrándolo. Se entregaba a él apasionadamente, porque su grueso glande le proporcionaba un orgasmo maravilloso cada vez. —Por favor, no me des un hijo —suplicó ella, a lo que él simplemente respondió: —¡Yo te daré un hijo, los dos lo queremos! Ella había perdido la noción de sus días fértiles y se sorprendió muchísimo cuando el ginecólogo confirmó el embarazo unas semanas antes de la boda. Su marido murmuró satisfecho, sintiendo que había cumplido con su deber, pero la besó con cariño y, dos días después, le trajo un par de preciosos pendientes de la joyería. Jerry palideció, pero estaba radiante de alegría y orgullo. Durante horas por la noche, ella permaneció despierta, pre-

guntándose desesperadamente quién de los dos era el padre de su hijo. A medida que se acercaba la boda, se ponía cada vez más nerviosa y le pidió a Jerry que esperara hasta después de la luna de miel para llamarla.

La boda fue magnífica y ella disfrutó siendo el centro de atención. Aún no habían anunciado el embarazo; la luna de miel sería en Francia. El día anterior, el teléfono sonó estridentemente; su marido tenía que ir a la fábrica inmediatamente. Escuchó lo sucedido, pero no lo entendió y, francamente, no le importó. Nada de luna de miel. "Ya lo compensaremos después", dijo su nuevo marido, "¡Lo prometo!". Ella solo lloró un momento y luego llamó inmediatamente a Jerry. Durante el embarazo, su deseo sexual aumentó y, como el padre prefería quedarse en la fábrica, se acostaba con Jerry tan a menudo como él podía. Cuando fue al hospital a dar a luz, estaba sola. Su marido prometió seguirla de inmediato, pero no lo hizo: el trabajo en la fábrica tenía que hacerse enseguida.

Cada vez que se abría la puerta de su habitación para que las enfermeras entraran o salieran, veía a Jerry sentado afuera. Solía hacer un gesto tímido con la mano. No tenía permitido verla; era un don nadie. Ella le sonreía porque ya no se sentía sola cuando intercambiaban señales furtivas con las manos. Lo vio sentado allí toda la noche, hasta que llegó el bebé. En un momento de descuido, se acercó a ella y le besó la frente sin decir palabra, para luego escabullirse sin ser visto. Cuando le pusieron al bebé recién bañado sobre el vientre, ambos se dieron cuenta de que él no podía ser el padre de Jack. Jerry salió de la clínica con los hombros caídos y no reconoció al director, que entró con un enorme ramo de flores y una caja de bombones gigantesca.

Ella se acostó con ambos hasta que el pequeño Jack cumplió unos ocho años. Luego Jerry se fue al extranjero a continuar sus estudios, y solo entonces terminó definitivamente su relación. Jerry se quedó en Estados Unidos, pero nunca olvidó enviar una tarjeta de cumpleaños y otra de Navidad cada año. Su marido se quejaba cada vez que llegaba una tarjeta, pero sus celos disminuían porque su rival estaba muy, muy lejos. Durante todo ese tiempo, él estaba seguro de que ella le había estado engañando con Jerry durante años, pero lo reprimió en silencio y no hizo nada para impedirlo.

Jack creció muy bien, y un día ella tuvo que admitir que era la viva imagen de Jerry. Guardó el secreto y nadie se enteró. Claro que le enviaba a Jerry una foto de Jack cada año. No fue hasta que Jack ya era estudiante de doctorado que Jerry fue a visitarlo. Jack reconoció a su doble de inmediato y lo abrazó con fuerza. Nunca hablaron de la paternidad, aunque los tres lo sabían. Jack mantuvo una amistad por correspondencia con Jerry durante toda su vida.

El viaje de graduación

Anni no le dijo ni una palabra a su marido ni a Jack sobre el viaje de graduación. Una semana en la Costa Brava. La mayoría disfrutó del sol, la arena y el mar, pero un pequeño grupo muy unido se quedó en el hotel; una orgía estaba en marcha. Ella no formaba parte de este grupo, pero una amiga la tomó de la mano y, a partir de entonces, fue una de ellas, lo cual fue genial para su ego. Anni se alegró de que el viaje no hubiera tenido lugar durante los días fértiles. Abrieron la puerta que comunicaba dos habitaciones del apartamento, creando un gran espacio abierto. Guardó su traje de baño, incluido su bikini, en un armario, ya que todas estaban desnudas. Una de ellas, haciendo de líder, anunció el lema: ¡Beber, sexo y lesbianismo! Todo valía, nada era obligatorio, ¡pero no existía el "no"! Se sentaron hombro con hombro, con los cuerpos desnudos sudando y apretados, bebiendo todo lo que encontraban a su paso. Se podían pedir bebidas, pizza y comida rápida por cajas; en el reproductor de vídeo se reproducían vídeos pornográficos. El tocadiscos hacía que Adamo gimiera en un éxtasis de amor nostálgico, mientras los Beatles competían con Cliff Richard y Elvis, el Rey.

No estaba acostumbrada al alcohol y pronto se emborrachó por completo, a veces completamente fuera de sí, a veces emergiendo brevemente solo para volver a sumergirse en un profundo estupor. Se reía histéricamente cuando comenzó la follada general, riendo de nuevo cuando el primero, luego el segundo y el tercer chico la follaron. Todos la miraban fijamente a sus fuertes y estridentes orgasmos; pronto varios se reunieron a su alrededor, y el líder gritó la siguiente orden: ¡Gangbang, al estilo Woodstock! Más tarde, perdió la cuenta de cuántos la habían follado, al estilo gangbang, uno tras otro, en el círculo de espectadores rugientes. Gemía y gritaba con orgasmo, docenas de veces, con cada follada. A veces le daban una copa, que vaciaba de un trago, y luego las cosas continuaban aún más borrachas. A su alrededor, las parejas estaban follando, y ella casi se quedó dormida en medio de la cosa. Se despertó bruscamente cuando el chico que había estado teniendo sexo con ella se tumbó boca arriba y la penetró desde abajo. Un segundo chico, excitado, jugaba con sus nalgas, acariciándolas y frotándole una especie de crema en el ano, para luego penetrarla por detrás. Al principio le dolió, pero después tuvo varios orgasmos con

dos penes dentro. Aunque al principio no disfrutó mucho del sexo anal, los chicos consiguieron dos rondas más y ella tuvo una docena de orgasmos, lo que la sorprendió enormemente. Tras la puesta de sol, algunos se durmieron, otros seguían teniendo relaciones sexuales y otros veían el vídeo porno mientras se masturbaban.

Ella durmió intranquilamente; por la mañana, comieron, bebieron y tuvieron sexo de nuevo, igual que el día anterior. La jefa, una valquiria con pechos amenazadoramente grandes y una zona púbica completamente depilada, gritó el siguiente lema: "¡Lesbianas en la mesa!", pero nadie se rió. Las tres chicas que ya habían disfrutado del sexo lésbico con la valquiria el día anterior animaron a otras chicas a hacer el amor de forma lésbica. Tomaron posesión de las chicas indecisas, de las vacilantes, y les hicieron el amor. Los chicos observaban con lujuria y vitoreaban cada vez que un par de chicas cambiaban de posición o la chica cambiaba. Anni, muy borracha, estaba tumbada sobre cojines en el suelo cuando una chica se acercó. No, nunca había hecho esto antes, pero la chica dijo que un "no" no contaba en una orgía. Permitió que la chica la acariciara por todas partes, pero apretó las piernas porque no quería que la tocaran en sus genitales.

La chica besó y acarició a Anni desde arriba hasta el ombligo, provocándola con tanta delicadeza que perdió la noción del tiempo y jadeó y gimió de excitación. La chica besó, lamió y acarició la parte interna de sus muslos hasta que se separaron como por arte de magia. La chica lamió y besó sus labios vaginales, llevándola al orgasmo, y no se detuvo después. Anni tuvo orgasmos extáticos, uno tras otro. Le pedía a la chica que la lamiera de nuevo; nunca se había imaginado que pudiera ser tan maravilloso. Al mediodía, se emborrachó aún más y se acostó con todos los chicos que encontró a su paso. Varias chicas la lamieron hasta que tuvo orgasmos intensos y ardientes, que disfrutó cada vez más. En su estado de embriaguez, se preguntó si podría ser lesbiana, pero luego rió, bebió y murmuró para sí misma que, después de todo, prefería el sexo. Cuando los dos chicos le preguntaron si podían repetirlo por delante y por detrás, ella se negó y, en su lugar, tuvo relaciones sexuales con uno mientras le hacía una felación al otro, lo cual fue bastante complicado. No le gustaba el sexo anal.

Cuando despertó a la mañana siguiente, casi todos se habían ido. Tomó unos sándwiches y vodka con jugo de naranja; la alter-

nativa habría sido jugo de naranja con vodka. En un rincón, la Valquiria estaba lamiendo a una chica cuando un chico se acercó y se preparó para montarla por detrás. La Valquiria intentó ahuyentarlo, pero la chica le recordó que no existía el "no". A regañadientes, la Valquiria cedió, luego olvidándose de seguir lamiendo durante el acto y frotándose entre las piernas con una mano. Gimió fuerte durante su orgasmo y lamió a la chica de nuevo; el chico continuó, eyaculando con fuerza. La Valquiria le susurró al chico que no podía tener sexo con la chica porque era fértil y que solo ella estaba disponible. El chico asintió, la Valquiria continuó lamiendo a su chica, y él la penetró por detrás. Él embistió vigorosamente, y la valquiria no interrumpió su lamida mientras él le abría las nalgas con excitación y eyaculaba en su enorme vagina bajo sus enormes nalgas de valquiria. Anni se arrastró cerca, se arrodilló junto al chico y examinó su gran y abierta vagina más de cerca mientras él le abría las nalgas antes de eyacular. Anni tocó su suave vulva afeitada, acariciando suavemente sus grandes labios y mirando profundamente en su interior, pues el chico retiraba su pene cada vez, revelando el oscuro túnel de su vagina antes de volver a penetrar.

Anni siguió observando, fascinada, y cuando el chico se detuvo de nuevo y la valquiria, arrodillada a cuatro patas, lamió a su chica, se tumbó justo debajo de la valquiria y palpó su vulva, su vagina. Además de los gruesos labios mayores, vio los labios menores dentados, casi desgarrados, que confundió con restos del himen. Curiosa, lo tocó todo y, cediendo a un impulso, lamió la vulva, los labios menores y el himen desgarrado con la lengua. Tenía sabor a vainilla y también salado; presumiblemente, era el semen del chico. La valquiria, invitando a la otra, colocó sus genitales contra su lengua, y ella obedientemente lamió, moviendo la lengua repetidamente, tal como había visto hacer a las chicas. La valquiria gruñó en señal de asentimiento, y Anni hizo lo que pudo. La valquiria presionaba repetidamente la zona de su anomalía contra su lengua, y Anni la lamía sorprendida, pues ella, al igual que la propia valquiria, tenía un pequeño bulto justo en el centro de la anomalía. Cuando Anni se tocaba después de los orgasmos, también sentía ese pequeño y sensible bulto.

La valquiria parecía imperturbable al ser lamida en la anomalía; no se inmutó ni tembló. Anni continuó lamiendo allí y poco a poco notó la creciente excitación de la valquiria, su joroba ya bastante dura por toda la lamida. Con un fuerte y rugiente jadeo, la valqui-

ria llegó al orgasmo y presionó su vulva temblorosa y palpitante contra la boca de Anni. Anni, que se había estado concentrando en lamer, se dio cuenta de que el apuesto chico la estaba follando. Al mismo tiempo, la valquiria sacudió la parte inferior de su cuerpo y jadeó: "¡Otra vez, otra vez!". A pesar de su decepción por no poder concentrarse en ser follada y alcanzar su propio clímax, lamió de nuevo, concentrándose en la pequeña y firme joroba, y le dio a la valquiria dos orgasmos más: violentas y explosivas erupciones del montículo de carne frente a su cara. El chico la soltó sin eyacular, y Anni se liberó del húmedo y humeante abrazo de la giganta. La giganta fue al baño y, a su regreso, se entretuvo ruidosamente y con lujuria, y permaneció fuera durante mucho tiempo.

Anni anhelaba sentir de nuevo la erección del chico dentro de ella, su pene delgado y suave se sentía tan bien, pero él se deslizó hacia la chica que se masturbaba, introduciendo su miembro en su dulce y pequeña vagina. La decepción de Anni se desvaneció cuando presionó sus dedos entre sus labios y su pene, sintiendo la punta. Rodeó el tronco con sus dedos y lo frotó, retrayendo repetidamente el prepucio con las yemas de los dedos, sintiendo cómo se contraía mientras masturbaba su pene dentro de su vagina. Sintió su clímax y sintió en las yemas de sus dedos cómo su semen se disparaba dentro de la vagina de la chica. La chica jadeó mientras continuaba moviendo la punta dentro de su vagina hasta que el chorro cesó. Anni sintió la erección, la retiró de su vagina y la masturbó lentamente. Después de unos minutos, sintió que estaba a punto de eyacular. Mantuvo los ojos cerrados y gruñó de placer mientras Anni reinsertaba lentamente primero la punta de su pene, luego su pene entero, en la vagina de la chica que se masturbaba. El chico continuó empujando muy lentamente. Después de que sus dedos y nudillos abrieron bien la vagina de la chica, ella pudo introducir fácilmente sus tres dedos más largos a lo largo de su pene.

A Anni no le molestaron sus movimientos de empuje; continuó masturbándolo con los dedos, retrayendo repetidamente su prepucio con fuerza. Era una masturbación en el espacio más reducido, y el chico la disfrutó plenamente, deteniendo sus movimientos para entregarse por completo a sus dedos. Continuó durante un buen rato, sintiendo por la creciente firmeza de su erección que estaba a punto de correrse. Su glande se arqueó, y ella sintió el palpitar rítmico en la uretra en la parte inferior de su pene mientras comen-

zaba a eyacular. Para la máxima satisfacción de Anni, él eyaculó profundamente dentro de la vagina de la chica una vez más; ella sintió con precisión cómo su pene palpitaba y salía a chorros. Continuó masturbándolo lentamente, exprimiendo hasta la última gota del glande con los dedos. Lentamente, retiró los dedos de la vagina de la chica, quien continuó masturbándose como aturdida.

Estaba horrorizada, ¡porque acababa de embarazar a la chica! En la mente de Anni, todo el proceso de fertilización se desarrolló a cámara lenta, los espermatozoides moviéndose hacia adelante hasta que uno perforó la capa exterior del óvulo. Se estremeció; ¡ella y el chico habían embarazado a la chica juntos! Podía sentir en las yemas de los dedos cómo había masturbado el pene sin cesar, eyaculando el semen en la vagina a chorros. El chico se había sentado, y Anni colocó sus dedos sobre los labios de la chica y la abertura vaginal bien abierta hasta que la chica aumentó rápidamente la velocidad y, con un sonido tenso, convulsionó en un orgasmo. Anni observó su orgasmo largo, intenso y convulso con asombro, preguntándose ansiosamente si la chica siquiera se había dado cuenta de que ella y el chico la habían embarazado cruelmente.

Anni se volvió hacia el chico y jugó un poco con su hermoso pene, pero el chico negó con la cabeza, diciendo que no podía continuar. Sin embargo, ella se sentó muy cerca de él y guió su glande y su suave tronco un poco dentro de su vagina. Comenzó a masturbarlo y rió a carcajadas, porque parecía que ella misma se estaba masturbando. La chica también rió entre dientes, porque Anni, con un brillo en los ojos, frotó el pene con un toque devoto y masculino. La chica imitó los movimientos de su mano con considerable obscenidad y rió con la boca torcida. Pero el pene ya no se puso completamente erecto, solo semierecto. Ella se excitó cada vez más con el movimiento de entrada y salida, ya que no solo lo frotaba sino que también lo empujaba hacia adentro y hacia afuera. Esta masturbación la excitó y experimentó un pequeño y suave orgasmo. Se estremeció de placer, continuó masturbándose diligentemente y, después de unos momentos, tuvo un segundo y suave orgasmo. Continuó masturbándose con su pene hasta que la Valquiria regresó. Anni volvió a su asiento, sintiéndose muy triste y deprimida porque había dejado embarazada a la chica a sabiendas.

Bebió un sorbo de vodka con jugo de naranja, molesta, porque le habría encantado tener sexo sin interrupciones con el apuesto chico Valkiria, gimiendo y gritando mientras alcanzaba su orgasmo matutino. Sonrió, porque debió haber parecido muy extraño, ella masturbándose con su pene semierecto como un hombre. De alguna manera había disfrutado de esos seis pequeños orgasmos y se detuvo en shock cuando el chico gimió de dolor, como si ella lo hubiera lastimado. Él gimió de nuevo, su glande se sacudió repentinamente dentro de su vagina y eyaculó con fuerza, pero solo una vez.

Instintivamente, ella empujó su pene aún más profundamente en su vagina y sostuvo su pene semierecto dentro de ella con una mano mientras el chico gemía y se quejaba al eyacular dentro de ella. No, no hubo empujes, ni chorros palpitantes; su pene semierecto simplemente eyaculó dentro de ella, aunque solo una pequeña cantidad de semen parecía estar saliendo. Ella podía sentirlo perfectamente; el chico continuó gimiendo, y un poco de semen fluyó lenta y viscosamente hacia su vagina. Ella vio su dolor y lo ayudó empujando su pene hacia adentro y hacia afuera de nuevo, profunda y firmemente. Gimiendo, él empujó hacia adelante, ansioso por eyacular finalmente. Empujó y eyaculó, empujó y eyaculó, aunque casi no salió nada más, hasta que su pene quedó completamente flácido. Anni sacó el pene flácido, se inclinó y lamió suavemente el glande para limpiarlo. La valquiria había estado de pie detrás de ellos quién sabe cuánto tiempo y lo había presenciado todo. Avergonzada, Anni se escabulló sin decir palabra.

Cada vez más desilusionada, Anni observaba a una pareja teniendo relaciones sexuales en la casa de al lado, fascinada por el acto íntimo y lleno de amor. Ellos sonrieron al notar que los observaba y se acercaron para que pudiera verlo todo mejor. La chica se frotaba con fuerza entre sus labios vaginales mientras el chico tenía relaciones sexuales, hasta que ella llegó al orgasmo, y luego acarició los testículos y el pene del chico. Después, le masturbó el pene erecto, dejándolo eyacular suavemente dentro de ella. Solo hacían breves pausas, tras las cuales la chica le provocaba una erección completa con la boca y la mano, y luego continuaban teniendo relaciones sexuales.

Se acostaron junto a Anni, y la chica la acarició hasta que se excitó mucho. Solo cuando la chica usó su mano plana para frotar no

solo sus labios sino también su anomalía altamente sensible, sus piernas se contrajeron y tembló por completo en un dolor placentero, anticipando el orgasmo. El chico penetró su vagina lenta y suavemente, mientras la chica la mantenía contrayéndose y temblando con su mano plana. Anni finalmente tuvo tres orgasmos matutinos, luego bajó la mano y lo llevó a la eyaculación masturbándolo. Se produjo un cambio. La chica se dio cuenta de la incapacidad de Anni para estimularla y tomó el asunto en sus propias manos. Anni exploró con curiosidad su vagina y labios durante la masturbación y el coito; la chica la había animado a hacerlo, al ver la ignorancia de Anni. Con curiosidad, tocó los genitales de la chica, sintiendo con su mano el pene que ensanchaba rítmicamente la abertura vaginal, sintiendo cómo la vagina y los labios temblaban y se contraían durante los orgasmos. Tras el intenso orgasmo de la chica, Anni masturbó el pene dentro de ella, llevándolo a la eyaculación. Intercambiaron parejas una y otra vez. Cuando el chico necesitaba descansos más largos, la chica lo llevaba a orgasmo tras orgasmo, estremeciéndose y temblando, jadeando y gimiendo con un placer doloroso. Desafortunadamente, no podía corresponder, pero en su lugar besaba y acariciaba suavemente los pechos y pezones de la chica mientras esta se masturbaba repetidamente, frotándose la palma de la mano. Anni colocó una mano sobre los labios y la abertura vaginal de la chica para experimentar de cerca su rápida masturbación y orgasmos. Durante uno de estos orgasmos, introdujo con curiosidad un dedo en la vagina de la chica para sentir las intensas convulsiones y contracciones. Un intercambio. Anni se sentía muy avergonzada de tener que temblar y estremecerse tanto bajo la palma de la chica, pero para ella era como si hubiera experimentado cien orgasmos maravillosos en ese tiempo. Tras varias horas de viaje, se detuvieron, ella cogió su traje de baño y se echó una siesta para recuperarse de la borrachera en una tumbona a la sombra en la playa.

Anni pasó las siguientes noches con diferentes chicos, teniendo relaciones sexuales con ellos y con su compañera de piso alternativamente hasta el amanecer. Sintió con total claridad que ya se había convertido en adulta.

Durante la siesta del día de la partida, la Valquiria entró en su habitación y la desnudó por completo. La Valquiria no perdió el tiempo con besos y caricias, sino que la lamió hasta llevarla a los orgasmos más maravillosos. Podía lamer mágicamente con su len-

gua, endurecerla e incluso, en una ocasión, hacerla llegar al orgasmo con ella. Anni jugaba con los pezones y los enormes senos de la Valquiria, temblando y estremeciéndose constantemente mientras la Valquiria seguía estimulando su peculiaridad con la lengua. Tuvo orgasmos maravillosos y nunca pensó que todas las chicas tuvieran esa peculiaridad y la usaran para alcanzar el orgasmo. Décadas después, se preguntó cómo había perdido de vista el bosque por los árboles.

Su compañera de cuarto, una niña ingenua e inocente, se masturbaba sin cesar mientras observaba, pero Anni no podía ver nada porque lo hacía debajo de la sábana. No formaba parte del grupo de la orgía, así que era la primera vez que Anni la veía masturbarse. Al llegar al orgasmo, parpadeó e inmediatamente continuó. Observaba con una expresión de asombro y tontería, aparentemente completamente sorprendida de que una chica estuviera lamiendo a otra. O tal vez siempre tenía esa expresión tonta cuando se masturbaba. Antes de irse, la Valquiria apartó la sábana y acarició a la niña, asintiendo con la cabeza en señal de ánimo, y Anni las observó a ambas mientras se masturbaban una frente a la otra. El trasero ancho y tembloroso de la Valquiria durante el orgasmo obstruía la vista de la niña, que se masturbaba con mucha intensidad y rapidez, y continuó sin interrupción después de su breve orgasmo, hasta que la Valquiria se rindió, riendo, y dijo que ¡no podía llegar al orgasmo tan rápido!

De forma totalmente inesperada, metió la mano bajo las nalgas de la chica y las levantó ligeramente. Con ambas manos, separó los muslos, dejando al descubierto la vulva como un melocotón abierto, con el pequeño clítoris claramente visible entre los labios, de apenas medio centímetro. Anni se molestó porque la espalda y la cabeza de la chica alta le obstruían la vista. Con una sola mirada, la valquiria contempló el himen de la chica y se preguntó cómo era posible que, a sus dieciocho o diecinueve años, aún fuera virgen. Recorrió con los labios toda la vulva y dejó que su lengua danzara mágicamente sobre el clítoris. Los ojos de la chica estaban muy abiertos, pues nadie la había lamido antes, y temía que la enérgica penetración de la lengua en su abertura vaginal, hasta su casto himen, pudiera dañarlo. Pero pronto los voluptuosos jadeos y gemidos de su orgasmo llenaron el aire, y no cesaron, pues la valquiria continuó incluso durante sus clímax, lo que hacía que la joven temblara a intervalos cada vez más cortos. Solo se detuvo cuando

los incesantes sonidos del orgasmo se desvanecieron en suaves gemidos felinos. La joven estaba completamente exhausta y yacía inmóvil mientras la valquiria se marchaba.

Olivia, como se llamaba la chica, permaneció ausente e impasible mientras Anni la tocaba y exploraba sus genitales. Olivia permitió pasivamente que Anni le abriera las piernas y las examinara con los ojos y los dedos. Entre sus labios vaginales, también tenía los restos irregulares de un himen desgarrado, como la valquiria. En su caso, parecían más grandes y colgaban a los lados de la abertura vaginal. Anni tuvo que mirar dos veces, ¡pero la vagina de Olivia aún estaba sellada por un himen de color rosado! Así que los grandes y dentados pliegues no podían ser un himen desgarrado. Obviamente, estaba tocando el himen demasiado cerca, porque oyó a Olivia susurrar con temor: «Todavía soy virgen, por favor, no lo hagas, por favor, no me quites la virginidad. Quiero seguir siendo virgen, por favor, no me quites la virginidad». Anni no tenía intención de hacerlo, dijo, sacudiendo la cabeza, «¡Es que nunca lo había visto tan claramente!». Tocó los grandes pliegues de piel, y Olivia dijo: “Esos son los labios menores; los míos son bastante grandes”. Anni separó los pliegues, revelando algo en la parte superior, algo que parecía una úvula. Tanto la Valquiria como ella misma tenían solo un pequeño bulto allí. Lo tocó, y Olivia dijo que era su clítoris; Anni nunca había oído hablar de algo así. Dejó que Anni acariciara y besara sus genitales y suspiró de excitación mientras Anni la lamía. Como otras antes que ella, movió repetidamente su carne, su anomalía, su úvula, sobre la lengua de Anni. Anni lamió la úvula con mucha suavidad, y Olivia gimió: “¡Sí, sí, justo ahí!”. Anni lamió la úvula, que pronto se endureció como el bulto de la Valquiria. Olivia gimió de placer, y Anni la lamió justo ahí, rápidamente y con un sonido vibrante. Ya no le sorprendía y lamió a Olivia hasta que alcanzó orgasmos maravillosos.

Inexplicablemente, tras su viaje de graduación, olvidó por completo que el secreto del placer femenino residía en la anomalía. Olivia le había hablado explícitamente del clítoris, y las chicas habían lamido la protuberancia dentro de la anomalía. Al regresar de su viaje de graduación con sus dos amantes, reprimió por completo y para siempre la orgía y todo lo relacionado con ella. No volvió a oír la palabra “clitorizar” hasta más de una década después, cuando Jack le explicó la forma correcta de masturbarse.

¡Somos ricos!

Pocos días después de su regreso, Anni visitó a Jerry. Ambos sabían que sería la última vez. Hicieron el amor hasta el cansancio, se besaron apasionadamente y ella le agradeció su cariñosa y tierna amistad. Él la acompañó hasta la puerta de su casa con un nudo en la garganta; ella nunca volvió a visitarlo. Fue a hablar con su jefe y le contó que finalmente había terminado su última relación y que se había enamorado perdidamente de él. Él le había conseguido un trabajo en un importante bufete de abogados, donde podía poner en práctica sus conocimientos de contabilidad. Luego llegó la hermosa boda y el nacimiento de Jack. Se quedó en casa durante cuatro años, hasta que él empezó el jardín de infancia. El viaje de graduación siguió siendo su único secreto, uno que le gustaba recordar durante sus sesiones de masturbación a solas mientras fantaseaba.

Uno de sus antiguos pretendientes se había convertido en un abogado muy bueno y la asesoraba sobre su pensión de viudedad y las negociaciones relativas a las acciones de su marido en la empresa. ¡Y era realmente bueno! Recibiría una pensión vitalicia mensual relativamente alta, aproximadamente cinco veces superior a lo que ganaba con su trabajo a tiempo parcial. Recibió unos 30 millones en efectivo por las acciones que su marido había cedido y conservó alrededor del 25% de la empresa en acciones. Admiraba al abogado, Rüdiger, quien persistentemente, tenazmente e implacablemente extrajo todo lo posible. Él la llevó a casa y ella anotó sus instrucciones. Tomaron café en el salón. Antes de irse, la abrazó, la besó y le metió la mano bajo la falda. La inclinó hacia atrás, la tumbó sobre la mesa del salón y le apartó las bragas. Luego la penetró y tuvo relaciones sexuales con ella brevemente —tan terriblemente breve que no se excitó en absoluto— y retiró su pene antes de eyacular. Se subió la cremallera del pantalón y limpió el semen de la mesa con un pañuelo. Se despidió, dijo: «Nos vemos pasado mañana», y se marchó apresuradamente. Ella fue al dormitorio a masturbarse, porque aquel rapidito solo la había excitado después. Por la noche, cuando Jack llegó a casa, le contó sobre el juicio y el resultado; ella era rica, y él también. ¡Eso es! ¡Ricos! A Jack le costó unos instantes asimilarlo todo. Después, ella dijo: «¡Rüdiger me folló!». Jack preguntó y se echó a reír a carcajadas: «¡Un rapidito, en la mesa del salón!». Ella se unió a su risa, y des-

pués, ambos coincidieron en que aquel rapidito no significaba más que las mamadas que ella le había hecho a Rüdiger en aquel entonces.

Dos veces por semana, Rüdiger venía, traía documentos o los hacía firmar, tenía su rapidito en la mesa de la sala, antes de irse rápidamente de nuevo. Después de unas semanas, todo terminó; tuvo su último rapidito, y después de eso, no más Rüdiger, no más rapiditos. Su madre siguió el consejo de Jack y se contuvo en los gastos. Ordenó su armario y compró solo unas pocas prendas bonitas. Cerró sus libros después de renunciar y contó los días hasta que finalmente terminara. Ahora sacaba tiempo para exposiciones, los principales museos, e iba al teatro y a conciertos con Jack y Jo. Escuchaba los consejos de Jo sobre moda, peinado y maquillaje, y pronto lucía muy elegante y discreta. Jack se frotó los ojos; esta ya no era la ama de casa discreta y mal vestida. Esta era una mujer orgullosa y segura de sí misma.

Contrató a un agente inmobiliario, conocido de su padre, para que le buscara un nuevo apartamento. Finalmente se decidió por uno muy grande, en lo alto de un rascacielos junto al parque de la ciudad. Cuatro meses después, estaba reformado y amueblado. Jack se quedó en casa de sus padres; le encantaba el entorno familiar y el precioso jardín. Por las noches, iba y venía entre Jo y el nuevo apartamento y rara vez dormía en casa. Anni floreció y tuvo muchas aventuras de una noche, sobre todo con hombres muy jóvenes y musculosos, y Jack se quedaba en casa cada vez más a menudo para darle espacio. Una o dos veces por semana, se quedaba a dormir con ella en la enorme habitación con bañera de mármol. Le preocupaba que la enorme ventana de cristal de la habitación pudiera ser un paraíso para los voyeurs, pero ella se reía; no le importaba, ¡que espiaran! Relataba sus aventuras sexuales con gran detalle y entre risas excitadas, pero pronto tuvo que admitir que eran muy, muy insatisfactorias. Se alegró mucho cuando Anni se calmó un poco y empezó a colaborar con una organización benéfica para niñas abandonadas y desamparadas, así como para madres jóvenes.

El final de una etapa de la vida

Él siguió visitándola en sus días libres. Ahora tenía siete a la semana, porque había dejado su trabajo en el Flamingo Bar y, a petición suya, se había mudado a casa de los padres de Jack. Juntos planearon su viaje alrededor del mundo, un regalo de cumpleaños para sí misma por sus 40 años. Él no podía acompañarla, no podía ausentarse durante seis meses mientras terminaba su tesis doctoral y le habían ofrecido un puesto como profesor asistente. Cuando regresó —y no estaba del todo segura de ello—, estaba completamente segura de que ya no quería trabajar como camarera. Había cerrado ese capítulo de su vida para siempre.

Pero el viaje alrededor del mundo, ese es un cuento de hadas completamente diferente.

El marqués de Cáceres

von Jack Faber © 2006

Para uno de mis muchos cumpleaños perdidos —si no recuerdo mal, el 52— me regalé una semana de viaje en moto a Gran Canaria. Tras una larga y ardua batalla con recepción, conseguí una magnífica habitación (la 317) con balcón y pasé una semana recorriendo la isla volcánica española en el Atlántico, disfrutando de emocionantes trayectos por carreteras sinuosas. La Kawasaki alquilada tenía mucha potencia y, sobre todo, un sonido espectacular que habría enorgullecido a cualquier Harley.

Y como suele ocurrir cuando un hombre sale solo, uno se fija más cuando la camarera sirve o coquetea con la mirada, primero a la izquierda, luego a la derecha. Desde hace varios días, mis ojos se han detenido repetidamente en dos jóvenes holandesas: una, una belleza esbelta y rubia, y la otra, con una larga melena negra y una figura esbelta y muy bien cuidada, pero... bueno, al parecer aficionada a las buenas copas y con una afección cutánea bastante antiestética en el rostro.

Hoy no hay holandesas en el desayuno, eso me preocupa un poco. Nos volvemos a encontrar más tarde en el vestíbulo del hotel; la rubia se acerca a mí y nos sonreímos, entonces se le resbala el zapato izquierdo y da una media vuelta antes de que pueda sujetarla. La suelto de la cadera y le sonrío para animarla. ¡Al ascensor, la Kawasaki me llama!

¡Maldita sea! ¿Qué se supone que debo hacer con una holandesa que, con casi dos metros de altura, parece una patinadora de velocidad y es al menos treinta años menor que yo? Además, no estoy soltero (sí, sí, y las uvas están demasiado ácidas para mí).

Bueno, como todos los días, me subí a mi bici y recorrí la carretera costera. Regresé al hotel por la noche. Los casi 280 km de ese día me pasaron factura; ¡casi todo eran puertos de montaña! Tengo un ligero dolor muscular y por fin me he librado de mi trasero grande; al menos ya no lo noto... Me di una ducha larga y caliente.

Llego tarde a cenar y las holandesas están sentadas en la mesa de al lado. ¡Guau, ya van por su segunda botella de vino tinto! Sí, mi amiga parece estar bebiendo con elegancia, tal como sospechaba. La rubia me sonríe radiante. Asiento cortésmente y sigo comiendo. Cuando la camarera, Yennifera, se acerca, le pregunto su nombre de nuevo. Yesenia Rodríguez. Bueno, ahí lo tienes, lo corregiré en el formulario de reseña del hotel. Durante nuestra charla informal, bromeo diciendo que lleva un precioso anillo de oro, pero en la mano equivocada. Se ríe y coloca su mano confidencialmente sobre mi antebrazo. "Soy nuvia", o algo así. Probablemente significa: soy una novia, estoy comprometida. Bueno, Yesenia, ¡te deseo una vida maravillosa y muchas Ninas, todas tan hermosas como tú! — Es mucho más fácil charlar cuando el flirteo se ha vuelto inútil.

Después de cenar, fumo un buen rato. La amiga de la rubia traga saliva pesadamente y ya se balancea ligeramente en su asiento. La rubia bebe agua mineral y mira por encima del borde de su vaso a los tres italianos, tres jóvenes de su edad, o incluso más jóvenes, vestidos como los raperos negros de MTV, con ropa a la moda y muchas cadenas de oro, ¡yo, tío, yo, somos raperos!

Al levantarme, la miro y murmuro en voz alta: "Voy al bar". Salgo con las rodillas temblorosas y me siento en una mesa agradable en el bar del hotel. La cerveza se va hundiendo milímetro a milímetro mientras intento averiguar qué hacer a continuación. Definitivamente un alias con una historia interesante. Entonces, ¿Jafar, el cazador de tiburones? ¿O el Dr. Jafar, biólogo e investigador de tiburones? Suena menos sangriento, sé bastante sobre el tema y podría hablar de ello un rato si fuera necesario. ¿O tal vez solo Jack, el experto en informática? ¡Hmm! Antes de que pueda decidirme, las mujeres holandesas entran por el vestíbulo hacia el bar. La rubia alta tiene la mano sobre la pequeña borracha y la sostiene, por si acaso.

Me levanto y me coloco detrás de la silla como un mayordomo, solo para dejar las cosas claras. Al principio dudan, pero luego asiento con la cabeza y les digo: «Vengan aquí», así que se acercan. Acerco la silla, la mujer se sienta y luego busco otra silla de la mesa de al lado para mi amiga rubia. «¿Les invito a una copa?». «Marieke», se presenta, «e Inue, de Ijmuiden». «Holanda», digo,

y ella sonríe. Su alemán no es mucho mejor que mi holandés. ¡No importa! Me presento también. «Jafar, de Viena, un predicador».

Tequila Sunrise y Copa Tropical, calculé mal. ¿Predicador? Predicador, le explico. Nuestro alemán-holandés, aderezado con inglés, funciona bastante bien. ¿Qué hace un Predicador? pregunta ella. Predico sobre lo que es la buena informática y demonizo lo que es la mala informática o viene de Redmond. Ajá. En sus ojos, la nada absoluta, ni una chispa, ni un destello de ingenio. Doy consejos, digo, consejos y automatización. Para usuarios de computadoras. Ajá. Entonces, ¿por qué Predicador? Tartamudeo laboriosamente en holandés chapurreado e inglés pidgin, poco a poco lo entiende. ¿Un programador? Sí, lo descarto con cansancio, probablemente sea inútil. ¡La próxima vez, cazador de tiburones, investigador de tiburones o tiburón inmobiliario, maldita sea!

Tiene 32 años, dice Marieke, y trabaja en una oficina en Ámsterdam. Taller de bombas, bomberos, achicando sótanos, etc. Pero no sabe nada de bombas; eso es lo que hacen los demás. Está allí para correspondencia y atención al cliente. Bueno, digo, yo habría pensado que era patinadora de velocidad. Parece sorprendida y dice que fue hace mucho tiempo; que de verdad estuvo en el equipo de carreras. ¿La había visto alguna vez? En sus ojos, desconfianza y una creciente sospecha de que yo no era quien decía ser. No, digo, fue por su figura delgada y su forma de moverse; parecían los de una atleta.

Silencio. «Figura» probablemente no era la palabra adecuada; ¿qué demonios entienden los holandeses cuando digo «figura»? Los segundos transcurren en silencio. «Tequila», murmura Inue, «otro decitlán». «Sanrais», añade enfáticamente. Marieke le susurra en holandés, intentando disuadirla del tequila. A la camarera no le importa y trae otro. El ambiente se ha arruinado por completo.

¿Y tú andas en esa moto grande ahí fuera? Sí, asiento, pero antes de que pueda continuar, los raperos italianos, yo yo, tío, salen del comedor, ruidosos y bulliciosos, acercándose cada vez más. Se quedan a unos pasos de distancia, de pie, inseguros. Marieke se remueve en su silla y susurra, lo siento, pero ha quedado con los italianos en que los cinco irán a la discoteca. ¿Quiero ir con ellos? No, hago un gesto con la mano para desestimarlo, no puedo bailar,

tengo la rodilla mal. Se remueve en su asiento. Inue, dice, Inue, no puedes estar de pie más tiempo, no podemos ir a la discoteca. Los italianos refunfuñan, el jefe le habla a Marieke enérgica y exigente, ¡yo yo! No puedes caer más bajo que el fondo de la piscina, pienso, y me ofrezco a quedarme con Inue hasta que vuelvan de la discoteca. Marieke sonríe radiante. ¡Joder, es tan fácil encontrar idiotas cuando de verdad los necesitas! Inue habla alemán con sorprendente fluidez y le dice a Marieke que vaya a la discoteca con los chicos; ella terminará sus copas y luego irá a su habitación. Vale, dice Marieke, nos vemos luego, y se va con los chicos. ¡Yo yo, tío!

Salida nula

Bebo mi cerveza sin gas con desgana mientras Inue me dice que tiene 26 años —uy, no, 27— y que es asistente dental, y que la mancha de nacimiento roja en su cara lleva años ahí y no se ha ido. «Ni siquiera necesito ir a un club con eso», dice, «todos los chicos solo quieren a Marieke». Se queda callada, esperando mi comentario. Luego dice con naturalidad: «Tú también te lo imaginaste diferente». Finjo un «No, no», pero ella sonríe y da un buen trago de tequila y Sunrise. Obstinadamente, murmura para sí misma que se había imaginado las vacaciones de forma completamente distinta, pero da igual. Nada de clubes entonces. Tiene un precioso cabello negro, largo y ondulado, y unos encantadores ojos almendrados —puedo decir que debe tener padres asiáticos— y una cara bonita, a pesar de la mancha de nacimiento.

La conversación, inicialmente vacilante, se vuelve más fluida a medida que ella continúa preguntándome sobre mi trayectoria. No le interesa para nada el motociclismo ni la navegación, pero la idea de escribir le va resultando atractiva. Lleva un diario y escribe poemas; no, no piensa en publicar. Me presiona mucho sobre lo que escribo. Nos enfrascamos en una acalorada discusión porque ella cree que el sexo en la literatura solo debe insinuarse, para que algo suceda en la mente del lector, pero no debe ser explícito. Yo le respondo que se puede escribir de forma muy explícita y aun así lograr que el lector experimente mucho, siempre que se tenga un buen concepto, una trama viable o inusual. El mero acto sexual, coincidimos, no es suficiente.

—No, por favor, no más tequila —le digo a Inue—, ¡sé una buena chica! Discutimos por el tequila durante unos minutos, y finalmente gano cuando le prometo llevarla arriba. Ella sonríe. —¿Me llevarás a la habitación? —Sí —digo—, no hay problema, no te morderé. —Claro. Ella sonríe; sabe que no debe hacerlo. Pago, y luego Inue le susurra al camarero: —Dos Marques de Cáceres y dos copas, para la cama —y me doy cuenta unos minutos después de que el buen Marques debe estar nadando en una botella de vino tinto. En ambos. —Inue, Inue —digo, negando con la cabeza—, ¡no me voy a quedar aquí sentado tanto tiempo! Ella me mira muy directamente y dice que le prometí llevarla a la habitación, luego se levanta como puede. La tomo del brazo debido al balanceo del piso

en el vestíbulo del hotel y subimos a la habitación 716. Ella se aferra con fuerza al Marquesen, que le salvó la vida, y a su bolso; yo agarro las dos copas de vino tinto y su cadera... ¡Dios mío, apenas puede mantenerse en pie! Pero esa cadera, ¡qué agradable se siente al tacto, caballeros!

Busca laboriosamente la llave de la habitación en su bolso y luego no encuentra la cerradura; tengo que ayudarla. Ella se adelanta, yo me quedo de pie en la puerta y digo que tengo que irme ya. Ella niega obstinadamente con la cabeza y dice: "¡Pon las copas en la mesa!". Obedezco y oigo la puerta cerrarse de golpe tras de mí. "Inue, tengo que irme ya", digo, "no quiero morder, habíamos quedado". Mi pánico aumenta cuando ella, con calma y una puntería infalible que no habría esperado de ella en su estado, desenrosca la botella de vino tinto y lo vierte en las copas. Mis alas atrofiadas, intento varias veces detenerla, pero su terquedad es inmensa. Me siento al borde de la silla, listo para saltar, y doy un sorbo al Marqués de la provincia de Cáceres. No está mal, pero es pesado y amargo. No me gusta el vino en general, y este Marqués puede ser el orgullo de la casa, pero no lo quiero. Inue me ofrece su vaso; me guste o no, tengo que rellenarlo.

En un momento dado, Inue sonríe y murmura que los chicos no se divertirán con Marieke, ya que ella solo ama su vibrador. "¿Qué?", pregunto. "¿Qué es eso?". Se sube a la cama, casi dejándome boquiabierto, y saca un vibrador rosa del cajón de la mesita de noche. Se ríe de mi cara de desconcierto y lo guarda, luego se sienta frente a mí en el sofá. El corazón me late con fuerza porque el vestido de Inue ya no tiene nada que ocultar, y sin embargo, también me avergüenza esta revelación de los secretos amorosos de Marieke.

Ella lo nota y sigue bebiendo obstinadamente. Su manera de acariciar sus hermosas y esbeltas piernas es pura provocación; siento un nudo en la garganta, pues su tanga es, en el mejor de los casos, una excusa para una etiqueta inútil. Con un gesto de total seguridad en sí misma, mete la mano bajo el vestido y se desabrocha el sujetador, pasándolo hábilmente por debajo del brazo y a través de la axila. Trago saliva, porque sus dulces pechos son claramente visibles bajo el vestido vaporoso.

Bebe un sorbo de su Marchese y me observa con ojos felinos por encima del borde del vaso, levantando lentamente una pierna y apoyándola en el asiento a su lado. Luego, con calculada lentitud, la balancea hacia un lado, haciendo que su tanga se desplace por completo, dejando al descubierto su zona púbica y su hendidura, cubiertas de seda negra. Un destello de triunfo brilla en sus ojos mientras mi mirada se dirige mágicamente a su vulva desnuda; sonríe con una especie de confianza triunfante mientras la contemplo impotente —excitado—, incapaz de apartar la vista. Habría que ser un completo idiota, o quizás el Dr. Jafar de Viena, para no comprender al instante estas señales del lenguaje corporal.

Divago sobre algo trivial mientras mis ojos se deleitan con su cuerpo. Su pierna seductoramente doblada y la delgada tanga negra lo revelan todo; mi corazón late con fuerza en mi pecho, y mi amiga de ojos llorosos sonríe con complicidad. Me deja deleitarme con su hermoso cuerpo, con su vulva expuesta. Continúo nuestra conversación entrecortada durante unos minutos más, aunque voyeur y exhibicionista estamos sentados uno frente al otro, y entonces ella empieza a cabecear. Me levanto y lanzo una última mirada avidezosa a su vulva desnuda, y luego me escabullo silenciosamente.

Desde personas que dan un paseo en el ascensor

Lo sé, algunos podrían llamarlo cobardía. Pero la inhibición contra aprovecharme del alcohol es más fuerte que el deseo, profundamente arraigada en mi alma. Incluso al bajar, sigo dándole vueltas a esta inhibición y a lo atractiva que se veía Inue. ¿Quizás debería haberlo hecho? Cuando el ascensor se detiene, no estoy seguro de si volver a subir. “Bueno”, dice mi amigo con los ojos llorosos, “de todas formas ya está completamente borracha y seguro que no le importaría un rapidito, con toda su palabrería sobre que Marieke siempre es la única que consigue a los chicos”. “¡Vamos!”, babea con avidez, “¡pulsa el 7!” Obedientemente, pulso el 7, el ascensor no le da importancia y sube obedientemente. Angel-Jack y Devil-Jack, que habían estado callados desde la tercera cerveza, ahora me hablan sin parar. “¡No seas un cerdo, no seas injusto, borracho, no hagas ninguna estupidez!” Frustrado, pulso el 3. La puerta del ascensor se queda indecisa hasta el 7, preguntándose si al final decidiré salir, luego se cierra encogiéndose de hombros y vuelve a bajar. Esta vez sí que salgo. ¡No soy tonto, no voy a subirme al ascensor de noche!

Me quedo de pie frente al ascensor abierto durante unos segundos. Luego se cierra silenciosamente. Enfadado, pulso el botón de “subir”. La puerta se abre obedientemente, y el vacío bostezante del ascensor parece burlarse de mí con cinismo. Se detiene un instante y se cierra de nuevo con un encogimiento de hombros. Vuelvo a pulsar el botón. Mi amigo me anima. Entro rápidamente y subo. Tengo que llamar varias veces antes de que Inue abra la puerta, con aspecto soñoliento. Nos miramos a los ojos durante un largo instante; veo en ellos la creciente expectación.

juegos previos

—No puedo dormir —murmuro tímidamente, mientras me tumbo y me acomodo en el sillón. Inue rellena ambos vasos y se sienta en el sofá—. ¡Yo también quiero! —murmura en voz alta, mirándome con ternura a los ojos. Sus ojos brillan brevemente y con seducción; finge pensar en algo espontáneamente. Con una mirada calculadora y perspicaz, levanta lentamente la pierna sobre el asiento, mientras la serpiente observa al ratón con interés calculador.

Un instante después, dobla la pierna hacia un lado, como antes, y con un rápido movimiento de muñeca, aparta la tanga. No hay nada accidental ni involuntario en ello; ya sabe cómo seducirme. Completamente desinhibida, exhibe sus genitales desnudos, mostrándome con orgullo su seductor esplendor, jugando ebria con su vello púbico y sus labios. La observo, atada, durante minutos, bebiendo sin pensar, y me siento mágicamente atraído por su libertad obscena, su exhibición impúdica y su descaro erótico.

Tras un buen rato, Inue se ríe triunfalmente del anciano atónito, con voz vivaz, y después de servirme la copa, se sienta en el brazo de mi silla. La alternancia entre la embriaguez y la lucidez me desorienta por completo. Juega con mi cabello y me acaricia el cuello antes de que su mano baje por mi pecho y, casi sin esfuerzo, me desabroche los pantalones.

—¡Oh, ahí está! —exclama, sonriéndome con picardía, como si fuera un descubrimiento inesperado. Estoy excitado y cachondo como el infierno. Ahora está tumbada sobre mi pecho, palpando mi pene, comprobando su erección. Suspiro ruidosamente; se siente tan bien. Le toco el muslo desnudo, lo acaricio y sigo subiendo. Inue se retuerce de un lado a otro, increíblemente excitada, y me aprieta el pene. Cuando mis dedos se deslizan bajo su tanga, casi salta de su propia piel y me masturba suavemente.

Antes de que pueda siquiera emitir un sonido, se inclina y lo acaricia con sus labios y lengua. Toma mi pene completamente en su boca, sus labios lo rodean con fuerza. Con rápidos movimientos de cabeza, me folla con su boca. En mi frenesí, siento la poderosa explosión ascender y eyaculo en su boca. Se detiene solo una frac-

ción de segundo, luego lo traga y continúa. Me estremezco porque es tan extrañamente hermoso, la forma en que su cálida boca folla mi pene que eyacula, la forma en que lo chupa, lo traga y lo acaricia con sus labios. Entonces le tiro de la cabeza hacia atrás; alguien me había dicho enfáticamente que a ninguna mujer le gusta que le eyaculen directamente en la boca.

"¡Uf, ¿no te gusta?!" Inue refunfuña, incapaz de ocultar su decepción. Se limpia la boca y deja que su mirada vacilante se pose en mi erección, de la que aún gotea un poco de semen. Murmuro tímidamente que lo siento. "¡Oh, vamos, en realidad disfruto mucho haciendo esto! Hoy tuve que hacerte sexo oral", susurra Inue, "¡no debes eyacular, hoy es un día peligroso!" Me quedo callado porque estoy borracho y cachondo y me da igual. "Tomemos otra copa", sugiere.

El alcohol, al que no estoy acostumbrado, me sube a la cabeza peligrosamente rápido; estoy más borracho que nunca. En los siguientes quince minutos, bebemos otra copa. La acaricio constantemente, explorando su cuerpo con mis manos. Siento su piel cálida y suave bajo la fina tela, sus pezones duros que sobresalen de sus pequeños senos. Mi mano se desliza suavemente sobre su vestido, acariciando su cadera y sus estrechas nalgas. Ella tiembla ligeramente; siento su excitación e inhalo profundamente el aroma de su cuerpo.

Finalmente, me quito el vestido por encima de la cabeza, lo dejo deslizarse sobre la alfombra y me desnudo por completo antes de sentarme a su lado en el sofá. Nos besamos y mi mano se desliza hacia su tanga. Se la bajo e Inue agita las piernas, arrojando esa prenda inútil al suelo. Tiene un cuerpo joven e impecable, una cabeza más baja que la mía y esbelta como una caña, con unos pechos de hermosa forma. Las marcas rojas que desfiguran su rostro de repente ya no importan.

Me besa y yo la acaricio, tocando de nuevo sus pequeños pechos y jugando con sus pezones. Suspira y su cuerpo se relaja por completo tras unos instantes; se tumba a mi lado, en diagonal sobre el sofá. Apoya sus nalgas en mi regazo y abre las piernas con gusto, guiando mi mano hacia su vulva con picardía, con una sonrisa en los ojos que me invita a explorar. Cierra los ojos con expectación.

Recorro con mis dedos su vello púbico sedoso y su vulva, separando suavemente sus estrechos labios y examinándolo todo con detenimiento. La abertura vaginal es diminuta, ¡y no puedo evitar preguntarme cómo podría caber un pene erecto ahí dentro! Su clítoris, en comparación, es mucho más grande y está oculto bajo un pequeño capuchón. Ella se estremece expectante mientras aparto con cuidado el capuchón y toco su clítoris. Quizás me equivoque, pero me parece como si su clítoris hubiera crecido un milímetro mientras muevo suavemente el capuchón hacia adelante y hacia atrás.

Sí, definitivamente, su clítoris se endurece y se pone erecto cuanto más deslizo el himen hacia adelante y hacia atrás. Si fuera más valiente, tal vez ahora sería el momento adecuado para lamer su clítoris. Sigo siendo cobarde y ni siquiera me atrevo a introducir un dedo en la pequeña abertura vaginal. Tomo su pierna, que obstruye mi visión delante de mi estómago, y la levanto por encima de mi cabeza hasta mi hombro. Mi cara está a solo unos pocos brazos de su vulva. Visibilidad: excelente. Inue mantiene los ojos cerrados y deja que una mano se deslice hacia mi pene. Sonríe satisfecha mientras su mano siente el crecimiento y el palpitar, aunque no se pone mucho más rígido que semierecto. Abre su vulva todo lo que puede, su parte inferior del cuerpo exige la continuación del juego del himen con movimientos lascivos.

Obedientemente, masturbo su clítoris con atención concentrada, mientras su mano, que había estado descansando tranquilamente sobre mi pene semierecto, se inquieta. Sus dedos tantean mi glande, primero acariciándolo, y pronto marcando el ritmo de su masturbación. Masturbo su clítoris hasta que siento que está a punto de tener un orgasmo. Su abdomen inferior se agita profundamente y en oleadas, y ella levanta su vulva con sus nalgas para presionar su clítoris firmemente contra mis dedos. Puedo ver y sentir claramente que está a punto de tener un orgasmo. Presiono un dedo vibrador contra su clítoris rígido y puedo sentir claramente cómo palpita y golpea. Miro directamente la hendidura ligeramente entreabierta de su vulva y la abertura vaginal, donde la pequeña abertura de su vagina se abre y se cierra como la boca de un pez diminuto, temblando suavemente. El abdomen inferior de Inue bombea con un ritmo largo y pulsante, y ella suspira profunda y satisfecha. Ella suspira varias veces mientras libero su clítoris tras su relajación y apoyo mi mano sobre su cálida vulva. Mis de-

dos acarician suave y delicadamente el pliegue vulvar y los labios hinchados mientras, con los ojos aún cerrados, calma su respiración y los latidos de su corazón. Más tarde, al cerrar suavemente sus muslos, susurro en voz baja: «¡Maravilloso!», aunque no sé si Inue disfrutó de este suave orgasmo.

Más tarde, me levanto porque necesito orinar. Ella me alcanza justo antes del baño y se sienta, con las piernas bien abiertas, sonriendo con picardía y como si estuviera borracha. Me hace señas para que me acerque, agarra mi pene semierecto y me dice que me arrodille. Guía mi pene hacia sus labios y balbucea borracha que debería eyacular. Mira entre sus muslos y empieza a orinar sobre mi glande. Dejo que fluya también, y con una sonrisa lasciva, dirige el chorro, balanceándolo como una manguera, hacia su hendidura y entre sus labios. No me excita y me voy.

Sesión de preguntas y respuestas

Ya va por su tercer o cuarto vaso; no aguanto más. Se sirve otro y se lo bebe de un trago, se sirve otro más y se lo termina con feroz determinación. Sus ojos ya están nublados cuando me mira con incertidumbre y dice en voz muy baja: "¡No he estado con un hombre en más de un año!". Asiento; ¿qué más puedo decir?

Así que aprovecho la oportunidad y la interrogo a fondo. No, dice, primero debo responder dos preguntas. "¿Tienes un condón contigo?" No, digo, la gente se reiría de mí, un viejo. De acuerdo, dice, y ahora la segunda. Se anda con rodeos, porque quiere saber cómo tengo sexo. Al principio bromeo, "Te lo mostraré", luego me doy cuenta de que no bromea y respondo, "Sencillamente, normal, nada fuera de lo común. Solo vaginal, nunca anal, y bastante lento, no rápido. Suelo hacer una pausa cuando eyaculo". Agrego que la mayoría de las mujeres no tienen orgasmos conmigo; lo hacemos juntos si ella quiere.

La miré para ver si le parecía bien, asintió y dijo que el sexo anal sería mejor hoy, pero que si no me gustaba... la frase quedó sin respuesta. Entonces me tocó a mí hacer preguntas y resumir lo que había entendido.

Al principio dudó, pero después de un buen trago de la botella de vodka que había sacado de la manga, y animada por mis preguntas inquisitivas y mis caricias, empezó a contar su historia. Cuanto más la acariciaba, más se sinceraba: sí, en sus primeras vacaciones juntas, hace unos diez años, intentaron averiguar si eran lesbianas, pero no, no lo eran. Las vacaciones iban a ser una oportunidad para follar bien todos los días. Después, ligaron con todo tipo de tíos, turnándose para tener sexo con ellos, aunque con el tiempo Marieke se volvió cada vez más reservada y dejó que Inue se encargara del sexo. «Sí», respondió Inue secamente a mi pregunta, «claro que los hombres se nos metían dentro, por aquel entonces tomábamos la píldora».

Era evidente: ella era una heterosexual convencida, Marieke no tanto; se amaba a sí misma por encima de todo. Solían ser tres o cuatro, pero Marieke casi siempre dejaba que todos los hombres la penetraran y simplemente observaba, excitada, mientras se turna-

ban para follarla. En los primeros años, Marieke había participado en el acto sexual, e Inue la admiraba porque Marieke siempre tenía orgasmos intensos mientras la penetraban, retorciéndose de placer y dolor. Inue decía que Marieke tenía orgasmos mucho más a menudo que ella durante el sexo; ella misma necesitaba estimulación clitoriana.

Si un hombre era bueno, Marieke podía tener dos o tres orgasmos antes de eyacular, y cada vez sentía un placer intenso. Inue se excitaba al verla, le encantaba cuando Marieke tenía orgasmos solo con sus embestidas durante el sexo. Con algunos hombres no funcionaba, así que Marieke, impulsada por su creciente excitación, se frotaba el clítoris con expresión de dolor, para luego alcanzar el orgasmo unos instantes después. Entonces movía la cabeza de un lado a otro, su cuerpo temblaba con violentas convulsiones. Después, retiraba lentamente su pene de su vagina palpitante con las yemas de los dedos y lo acariciaba suavemente, para luego ser penetrada de nuevo unos instantes después.

La mayoría de las veces, los hombres eyaculaban antes de que ella alcanzara su siguiente orgasmo. Marieke no esperaba a que él eyaculara por completo, sino que se escondía debajo de él, mantenía su pene dentro de ella y, muy discretamente, se frotaba el clítoris, generalmente solo por unos instantes, hasta que ella llegaba al orgasmo.

Al principio, Marieke no se masturbaba a solas delante de hombres, pero a veces lo hacía cuando estaba muy excitada y ya no podía controlarse. Entonces cerraba los ojos y lo hacía muy rápido, girando la cara, roja de vergüenza, hacia un lado. Aunque le parecía terriblemente vergonzoso cada vez, siempre lo hacía delante de desconocidos cuando lo necesitaba urgentemente. Inue pensaba que, a pesar de toda su vergüenza fingida, Marieke en realidad disfrutaba haciéndolo delante de un público, primero porque lo hacía constantemente y siempre ofrecía sus muslos y vulva abiertos para exhibición, y segundo, si de verdad le resultaba tan vergonzoso, ¿por qué no le daba la espalda al hombre?

Después de que Inue regresara de su alegre y chapoteante orina en el baño, la presioné para que describiera a Marieke con más detalle. Me hizo esperar un poco, pero luego dijo que Marieke era mucho más grande que ella, incluyendo su vulva. Solo que ambas

tenían pechos pequeños, rió. El vello púbico rubio claro (en aquel entonces no existía la moda de la depilación) enmarcaba su vulva rosada, pero sus labios eran iguales a los de ella, suaves y estrechos. Su clítoris era al menos el doble de grande que el de ella, pero normalmente estaba completamente cubierto por un capuchón. Pero cuando se excitaba, el clítoris crecía bajo el capuchón —se refería al capuchón— y se erguía rígido y firme. Se separó y bebió. Disfrutó mucho de las caricias suaves durante nuestra sesión de preguntas y respuestas.

Cuando le pregunté, me respondió con una mirada tímida de reojo que también lo había hecho delante de hombres, porque ambos estaban agotados y ella aún no había llegado al orgasmo y seguía muy excitada. Al principio, le daba mucha vergüenza tocarse, y la mirada penetrante de Marieke la hizo dudar. Pero estaba muy cachonda y tenía muchas ganas de hacerlo, y sorprendentemente, le excitaba aún más que los demás la estuvieran mirando.

La animé a que me lo contara todo. «Bueno», dijo, lamiéndose los labios, «me tumbé boca arriba, de cara a los hombres, cerré los ojos y dejé volar mi imaginación. Jugué lentamente con mis labios vaginales y separé las piernas, primero un poco, luego más, y finalmente las abrí del todo, y los espectadores, boquiabiertos, añadieron un toque de emoción. La excitaba aún más el hecho de poder ver en secreto, a través de sus párpados casi cerrados, cómo sus penes se hinchaban muy, muy lentamente y volvían a ponerse erectos mientras se masturbaba hasta casi llegar al clímax».

Marieke se acercó y agarró a un hombre, colocándose de manera que su coño, voluntariamente abierto, quedara justo frente al rostro de Inue. Inue la miró, hipnotizada, mientras el hombre la penetraba lenta y cuidadosamente, observando la hermosa hendidura rosada de Marieke entre su vello púbico rubio claro. Inue estalló en el momento en que comenzaron a follar y aún estaba teniendo un orgasmo intenso cuando el segundo hombre la embistió brutalmente, provocándole largas y orgásmicas con potentes embestidas antes de jadear y eyacular dentro de ella.

Fue un espectáculo maravilloso y excitante para ella. Inue apenas se percató de que su amante había eyaculado; su mirada permaneció fija en el coño de Marieke, el pene y los testículos colgan-

tes. El amante de Marieke se esforzaba al máximo, y pronto Marieke estaba a punto de llegar al orgasmo.

Él lo notó y continuó follando hasta que finalmente eyaculó. Marieke le hizo un gesto a su amante para que se quedara dentro y siguiera eyaculando. Inue pudo ver claramente sus embestidas, que ensanchaban rítmicamente la vagina de Marieke, y también que Marieke ya se había quitado el cinturón de castidad y se estaba masturbando con la otra mano.

Ella tuvo un orgasmo casi de inmediato. Su coño palpitó y se contrajo sin cesar, apretando el pene que aún eyaculaba, luego se calmó. Al instante, retiró el pene flácido de su vagina. “Así que todos tuvimos una buena follada”, dijo Inue, y añadió: “una de las mejores”.

De repente le pregunté cuándo y cómo había empezado a masturbarse. Me miró fijamente durante un buen rato y luego respondió que debía tener ocho o nueve años y que la habían invitado a pasar la noche en casa de una amiga del colegio con otras tres chicas. Después de que los padres se marcharan, las chicas se quedaron solas. La hermana mayor de su amiga, de unos trece años o más, presumió terriblemente de tener ya vello púbico y se desnudó sin reparos en la cama para mostrar a todos su escaso vello.

Pronto todos estaban desnudos, mirándose y tocándose las hendiduras y agujeros sin vello, hasta que finalmente la alta, admirada y observada con asombro por todos, separó sus muslos y separó sus labios vaginales con los dedos, dejando que todos vieran su agujero rojo. La miraron fijamente y se maravillaron mientras ella introducía lentamente su dedo índice y, sonriendo ampliamente, afirmó que ya estaba teniendo sexo de verdad con su novio. Todos se habían subido a la cama, la rodearon y se quedaron boquiabiertos ante su maravilloso agujero.

Algunas se acercaron cuando ella dijo que todas podían tocarla y acariciarla allí. Algunas se atrevieron, y pronto se retorció de lujuria mientras muchas manos, muchos dedos la acariciaban. Esto la excitó por completo; apartó las manos de las desconocidas y se masturbó sin vergüenza alguna frente a las chicas hasta que llegó al orgasmo. Inue misma estaba sentada entre sus piernas y, con curiosidad, se había unido a la exploración de la vulva de la chica

mayor; ahora la observaba sin aliento mientras se masturbaba. Todas la miraban asombradas, pues ninguna de ellas había visto ni experimentado jamás un orgasmo. Después de esta experiencia, dijo Inue, jugó con su vulva por las noches hasta que pudo. Y cada noche desde entonces, siempre que estaba sola. Y jamás olvidaría la mirada triunfante de la chica mayor.

Insistí hasta que finalmente admitió haber mentido antes, diciendo que lo había hecho no solo una vez, sino repetidamente delante de hombres desconocidos, igual que Marieke, pero sin sentir vergüenza. Intrigado, seguí indagando. "Sí", respondió Inue con cierta inquietud, "ambas lo hacíamos muy a menudo, prácticamente siempre". Añadió, disculpándose, que muchos hombres necesitaban un descanso después de eyacular, y que las chicas que seguían excitadas debían esperar ociosas hasta que el hombre pudiera tener sexo de nuevo. Si solo había un hombre presente y solo Inue quería tener sexo, ¿por qué Marieke no iba a masturbarse si se excitaba y lo necesitaba desesperadamente? Pensativa, Inue dijo: "Marieke sí que lo hacía muy a menudo cuando veía a otros tener sexo, a menudo tres o cuatro veces seguidas".

¿Y ella misma?, pregunté. Realmente no veía nada malo en hacerlo delante de un hombre, incluso posiblemente excitándolo de nuevo. Inue tartamudeó un poco al añadir que exhibirse a menudo le daba una emocionante sensación de poder, por eso lo disfrutaba tanto. Y muy a menudo, ni siquiera dos hombres podían hacer que Inue llegara al orgasmo, así que ¿deberían simplemente quedarse sentados como un cuarteto, o liberar su deseo reprimido libremente? Por supuesto, dije, eso está perfectamente bien, por favor, manténganme al tanto, estoy muy interesado. Pero, añadió, nunca montamos un espectáculo lésbico para el hombre; cada una de nosotras solo se masturbaba cuando había hombres presentes. Siempre.

Luego continuó: A menudo sucedía que un hombre insistía en que Marieke le hiciera una masturbación manual para terminar, lo cual ella hacía a regañadientes. Acariciaba sus penes de forma provocativa y lenta, y sonreía en cuanto eyaculaban, pero tenía cuidado de no eyacular sobre ella misma. Sin embargo, la mayoría de los hombres no soportaban su lentitud por mucho tiempo y tomaban cartas en el asunto. Como la mayoría insistía en eyacular sobre sus pechos o su zona púbica, ella se aseguraba de que el hom-

bre se masturbara arrodillado frente a ella. En el momento crucial, colocaba hábilmente su vulva hacia adelante para que cubriera completamente el glande cuando él eyaculaba, o él tenía que penetrarla. Estaba muy orgullosa de esto. Marieke nunca permitía que nadie eyaculara en su cara, y mucho menos en su boca.

—¿Y tú? —pregunto con curiosidad. —Oh, eso no es nada —responde. Si un hombre quería una masturbación, la conseguía, aunque ella intentara repetidamente seducirlo para tener sexo. Y no le importaba dónde quisiera eyacular el hombre, siempre y cuando no fuera en su cabello. Y tragar el semen no era un problema para ella; venía de dentro y era perfectamente limpio. Pero rara vez ocurría que un hombre quisiera una masturbación.

Después de unos tragos profundos de la botella, Inue susurró, con los ojos llenos de lágrimas, ¡qué maravilloso solía ser ver a Marieke tener sexo! Pero eso sucedía cada vez con menos frecuencia, de modo que al final, Inue era la única que tenía sexo con los hombres. Marieke solo los observaba hasta que se excitaba lo suficiente, a pesar de toda la vergüenza y la humillación, como para ceder a su exhibicionismo y masturbarse con las piernas bien abiertas. La mayoría de los hombres dejaban de tener sexo para verla masturbarse antes de continuar. Rara vez, Marieke se acostaba junto a Inue para frotar suavemente el clítoris de Inue durante el sexo y llevarla al orgasmo. Cuando los hombres se habían ido, Marieke tomaba su vibrador y se daba orgasmos largos y maravillosos.

No pude evitarlo, seguí adelante. Inue, con cierta vacilación, respondió que desde el principio no se habían sentido avergonzadas la una frente a la otra y que lo habían hecho juntas como algo natural, inicialmente cada una en su lado de la cama. Sí, le gustaba mucho, dijo Inue, porque desde que le había salido esa desfigurante marca de nacimiento en la cara, ya casi nunca tenía relaciones sexuales. “Ratoncita”, rió. A Marieke le parecía bien, porque de todos modos era autoerótica, así que disfrutaban masturbándose juntas todas las noches si no podían ligar con nadie. Pero la mayoría de las veces funcionaba; Marieke ligaba con un hombre y tenía sexo con él.

Sí, finalmente admitió después de que la presioné, a veces tocaba el clítoris de Marieke mientras Marieke usaba el vibrador.

Cuando la presioné más, dijo que últimamente Marieke había estado disfrutando mucho cuando Inue le estimulaba el clítoris justo antes de que llegara al orgasmo; solía llegar al orgasmo inmediatamente, después de solo unas pocas caricias. Y ella misma, sí —se rascó la cabeza antes de revelar su último secreto en un susurro ronco— sí, últimamente siempre dejaba que Marieke la masturbara, de principio a fin. Y sí, últimamente solo Marieke, porque Marieke era muy, muy buena en eso. Inue no sabía por qué, pero Marieke era muy dominante y la llevaba a orgasmos rápidos con sus dedos, mejor de lo que ella misma podía. A ambas les encantaban los orgasmos múltiples seguidos y lo hacían durante horas. Quise saber si también lo harían esta semana, e Inue respondió —algo sorprendida— sí, por supuesto, estas son nuestras vacaciones. Se veían solo rara vez durante el año, y ella misma solo tenía suficiente tiempo los fines de semana para masturbarse extensamente. Y solo los fines de semana tenía tiempo para tener relaciones sexuales con algunos hombres mayores con los que era amiga. Pero mencionó que se masturbaba todas las noches antes de acostarse, algo que había hecho desde la infancia.

Avance

Inue se bebe otro vaso de un trago, se limpia la boca con el dorso de la mano y me mira. De repente se avergüenza de su sinceridad, bebe aún más y se entrega por completo a mí. Me pregunto si debería follarla, porque mi deseo más fuerte se ha desvanecido de repente. Sin embargo, mi polla se había vuelto a poner dura de verdad durante su confesión. Me levanto rápidamente, la levanto y la llevo a la cama. Mientras yacemos uno al lado del otro y nos besamos durante un buen rato, siento el anhelo de su cuerpo. Su bajo vientre se presiona contra mí con anhelo, su vulva acaricia mi polla con exigencia. La acaricio por todas partes: ¡qué cuerpo tan hermoso y maravilloso! Me abro camino dentro de ella, sintiendo su calor y humedad. Suavemente y con intención, acaricio su clítoris, oigo que su respiración se acelera y la acaricio aún más suave y rápidamente.

Disfruto viéndola excitarse cada vez más, acariciándola casi hasta el orgasmo, pero no llega. Suave y dispuesta, me deja ponerla boca abajo, la levanto por las caderas y le separo los muslos y las nalgas. Entierra la cara en la almohada mientras la penetro por detrás, metiendo la mano entre sus muslos y guiando suavemente mi pene erecto hacia su vagina con una mano, lo cual, sorprendentemente, resulta más fácil de lo que esperaba.

Una vagina maravillosa, muy apretada y flexible, húmeda y cálida. Siento una ligera resistencia al final de su vagina; ah, no va a entrar más. Me siento aliviado, porque mi pequeño no es particularmente grande y, como era de esperar, ella tampoco.

—Pero no te corras dentro —susurra Inue—, ¡hoy es un día peligroso! Aunque estoy agotado por el viaje del día, me recompongo y le doy un buen paseo nocturno. Ella suspira y se retuerce mientras la follo lenta y duramente. Su mano, que usó para ayudar a que mi pene entrara, se desliza hacia su clítoris, y puedo sentir cómo lo frota suavemente. En su embriaguez, pierde el equilibrio; de repente, las lágrimas ruedan por su rostro aterrorizado. Solloza entre lágrimas: «¡Por favor, no me dejes embarazada!» y aprieta su vagina, lo que me hace eyacular brevemente con un escalofrío, pero sigo follándola lentamente sin eyacular de nuevo.

Inue no deja de frotarse. Miro mi pene, que desaparece entre sus pequeñas y redondas nalgas. No es una situación excitante porque el constante "¡no te corras!" o "¡no me dejes embarazada!" es muy irritante. Sin haberme corrido del todo, me tenso dentro de ella porque antes, mientras ella se ocupaba de su clítoris, había eyaculado un poquito dentro de ella cuando tensó su vagina. Continúa frotándose el clítoris, y la observo mientras llega a un pequeño y suave orgasmo. Estimula repetidamente su clítoris con mucha fuerza para retrasar el clímax lo máximo posible. Está muy concentrada en esto e ignora todo lo que hago. Ahora penetro profundamente; su cuello uterino cede, permitiendo que mi glande penetre profundamente. Aprieta el glande con fuerza, la presión me hace eyacular solo en pequeños chorros.

Como permanezco inmóvil dentro de ella, eyaculando en pequeñas gotas, de repente me mira ansiosamente por encima del hombro y susurra horrorizada: "¿Estás eyaculando ahora mismo?". Parece no sentir mi eyaculación secreta, ya que no estoy empujando. Ambos permanecemos inmóviles, y sigo eyaculando en su vagina en pequeños chorros. Cierro los ojos e intento disfrutar de alguna manera de esta eyaculación contenida y extraña. Ella no se mueve y parece estar escuchando su voz interior mientras continúa estimulando su clítoris. Los segundos se convierten en minutos, y eyaculo en pequeñas dosis dentro de su vagina. Eyaculo cada vez que se estremece con la estimulación de su clítoris y su vagina aprieta mi pene placenteramente. Jadea y aumenta gradualmente la velocidad con la que se frota el clítoris. Me asombra que incluso cuando está borracha pueda masturbarse con tanta elegancia y propósito; sucede casi automáticamente. Su uña araña mi pene cuando alcanza el clímax. Ella suspira con satisfacción y desencadena su propio orgasmo.

De repente, pánico absoluto: "¿Estás a punto de correrte?" Me introduzco lo más profundo posible, listo para eyacular, y miento: "No, pero estoy a punto, ¡estoy a punto de correrme!" Se sobresalta muchísimo e inmediatamente saca mi pene con la mano, lo acaricia y pone cara de satisfacción, creyendo que aún no he eyaculado por su rigidez. En un momento de lucidez, pregunta: "¿Te corriste dentro? ¿Te corriste dentro?" y yo gruño y asiento en señal de confirmación. No se da cuenta del momento de lucidez y sonríe tontamente. "¡No me corrí, no me corrí!", repite, sacudiendo la cabeza como si entendiera. Asiente con satisfacción mientras aprieta

la punta de su pene y un poquito de semen sale disparado en su mano. Se ríe, con los ojos borrosos: "¡Corre bien, solo chorrea con delicadeza! ¡Chorra, chorrea, chorrea!" y aprieta la cabeza de su pene con cada "¡chorro!" Deja que el semen salga a borbotones en pequeñas gotas en su mano ahuecada. Se ríe tontamente y se esfuerza por hacerme eyacular con fuerza, deleitándose con cada pequeña gota que cae en su palma. Solo yo sé que eyaculé muy poco y con demasiada timidez, y que aún necesito más. Después de un rato, deja de apretar la cabeza de mi pene, unta el semen en la sábana y murmura: "¡Buen chorro, has eyaculado muy bien! ¡Muy buen chorro!" Revisa con un dedo para ver si hay semen en su vagina. La situación no es erótica; la mujer y yo estamos completamente borrachos, y mi deseo está disminuyendo, estoy disminuyendo por completo.

Me deslizo hacia un lado y me quedo allí, respirando con dificultad. ¡Mierda, estoy completamente agotado! Y mierda, sí que eyaculé dentro de ella, aunque solo fuera un poquito. No fue particularmente placentero, pero había podido eyacular dentro de su vagina durante minutos sin que sospechara nada. ¿Había eyaculado directamente en su útero, atrapado en el agarre de su cuello uterino? Muy improbable, debí habérmelo imaginado. Estaba demasiado borracha para notar la eyaculación apagada o para ver el semen en su vagina. Vuelve a alcanzar mi pene e intenta apretar la cabeza flácida para que eyacule, sin éxito. Simplemente no funciona. Con mucha habilidad, frota mi pene y finalmente lo toma en su boca. Tardó mucho tiempo porque todavía estaba bastante agotado. Pero su lengua me hizo regocijarme. Mis caricias en su clítoris parecieron inspirarla a chuparme el pene hasta el clímax. De hecho, logra que se ponga erecto brevemente de nuevo y eyacule. Como una actriz de una película porno barata, saca la lengua para mostrar la pequeña cantidad de semen antes de tragarla con una sonrisa. Solo entonces parece satisfecha, y se pone de pie con dificultad.

Ella visita brevemente la botella de vodka y va al baño a chapotear, luego nos quedamos quietos uno al lado del otro durante unos quince minutos, cabeceando, besándonos y abrazándonos. No puedo quitarle las manos de encima a su hermoso cuerpo juvenil, y ella claramente disfruta de ser tocada y acariciada por todas partes. Debo haber retrocedido mucho en el tiempo a la última vez que tuve en mis brazos a una chica tan bonita y dispuesta. Después

de un rato, se arrastra hacia abajo, palpa mi pene y lo toma en su boca. Lame el miembro semierecto con mucha delicadeza y casi lo pone completamente erecto. Es realmente buena en eso, lamiendo, chupando y mordisqueando en su embriaguez con tanto placer. La dejo seguir lamiéndome durante un buen rato porque se siente tan bien, pero después de lo que parece una eternidad, la suelto y le digo que no es posible ahora mismo, que todavía no puedo follar y eyacular. "¡No, no eyacular, solo follar!" Responde con la lengua pesada, "¡Solo follar, no eyacular!"

Parecía no percatarse del chapoteo, se levantó y cogió otra botella de vino tinto de la mesa, pues la primera ya estaba vacía. La bebió directamente de la botella, haciendo una breve pausa antes de tragar con dificultad. Luego, tambaleándose, pero decidida a irse, se acercó a la cama. Con los ojos febriles, contemplé su hermoso cuerpo desnudo. Solo había conocido a unas pocas mujeres asiáticas, pero sin duda era la más bella y erótica. Estaba completamente borracha de nuevo y se apretó contra mí con insistencia. Tomó otro trago profundo de la botella y se entregó a mis caricias. Mis dedos jugaron un poco con sus labios vaginales; los abrió de par en par con gusto, la embriaguez la hizo perder toda inhibición. Con una mano acaricié sus pechos, con la otra sus labios vaginales, rodeándolos y evitando su clítoris para reavivar su excitación.

Cierro los ojos, dejo que mis pensamientos vaguen y pienso en la pareja que observo todos los días...

Dulce vecino

...Salí al balcón a fumar la primera noche cuando oí ruidos inconfundibles que venían de la habitación de al lado. Me asomé por el hueco entre la pared y el toldo de madera extendido, y efectivamente, la pareja de al lado estaba en pleno acto.

Ya los había visto la noche anterior en el comedor: él, un hombre corpulento de estatura media; ella, una rubia alta con una figura espléndida y unos pechos bastante grandes y firmes: ¡una mujer magnífica! Sin embargo, sospechaba que se había operado los pechos. Calculé que ella tendría poco más de veinte años, mientras que él rondaría los cuarenta y cinco, y que, al parecer, estaba de luna de miel.

Ahora la vi a través de la rendija; él la estaba follando lenta y deliberadamente. Estaban a apenas tres metros de mí. Ella yacía medio erecta sobre varios cojines, con las piernas bien abiertas para él. Podía ver claramente cómo él introducía lenta y rítmicamente su enorme y grueso pene en su coño. Ella parecía disfrutarlo mucho, emitiendo suaves gemidos y empujando con la pelvis. No pasó mucho tiempo antes de que él se detuviera y agarrara la base de su pene, sacándolo hasta la punta, pero dejando el glande dentro de su coño. Su pene se contrajo ligeramente mientras ella apretaba rítmicamente sus labios para ordeñar su glande. Ella gimió suavemente de excitación mientras follaba el glande con sus labios y todo su coño.

Parecía a punto de correrse, retiró el glande de su vagina y rápidamente lo volvió a meter y sacar. Ella lo miró, completamente prendada, y tomó su enorme y erecto pene en su mano. Hizo suaves y delicadas caricias, insertándolo lentamente hasta la mitad. Luego apretó el agarre y lo frotó rápidamente una o dos veces; él se puso rígido al instante y eyaculó dentro de ella en un pulso palpitante. Ella retiró su pene de su vagina y continuó frotándolo suavemente, dejando que el semen salpicara su vulva, frotándolo con movimientos lentos hasta que dejó de eyacular. Continuó frotándolo muy suavemente después de que él se dejara caer de lado, cansado, frotándolo suave y pacientemente hasta que se detuvo. Entonces se puso de pie; oí el portazo del baño y luego el sonido de

la ducha. Parecía que al idiota solo le importaba su propia eyaculación; no parecía importarle si ella también se había corrido.

Pero desde luego no era una niña del pasado; seguía tumbada con las piernas abiertas en la cama, acariciándose la vulva, claramente aún muy excitada por haber sido penetrada. Con los dedos, se apartó el capuchón del clítoris para que su pene asomara un poco. Para mi decepción, era bastante pequeño. Entonces suspiró profundamente y se masturbó hasta el orgasmo con unas pocas caricias rápidas. Me retiré con cuidado mientras ella seguía presionando su vulva con los dedos y dejé que las convulsiones cesaran.

Cada noche, puntualmente a las 6:30, los observaba teniendo relaciones sexuales, aunque tenía la impresión de que al menos ella debía de haberme visto, tal vez como una sombra oscura tras las mamparas de madera. Pero, al parecer, le encantaba ser observada, porque después de que él se fuera a duchar, ella se giró a medias, directamente hacia mí, y abrió las piernas de par en par, con los ojos y la vulva fijos conspiradoramente en mi puesto de observación. Parecía aún bastante excitada por el sexo y se echó el capuchón del clítoris hacia atrás con una mano, de modo que pude ver su pequeño clítoris rojizo y excitado. Lo hizo vibrar, moviendo rápidamente el capuchón hacia adelante y hacia atrás una docena de veces. Luego se dio uno o dos toques directamente en el clítoris con los dedos para llegar al orgasmo de inmediato. Cerró los ojos y separó los labios con los dedos para que pudiera ver el latido con bastante claridad. Después de que cesó, levantó la vista y sonrió, y me pareció que me guiñó un ojo, pero no estaba seguro. Me quedé hasta que se levantó y se vistió, y luego me retiré con la mayor discreción posible.

Vibby

—Todavía no lo he tenido hoy —me dice Inue con una mirada tímida de reojo, lo que me produce una punzada; probablemente ya había olvidado el suave orgasmo que había tenido antes. Le sonrío con cansancio, sabiendo que no podré hacer nada hoy. Le digo que lo haga ella misma con el vibrador. Ella duda y me mira con curiosidad, y añado que quiero verla hacerlo con el vibrador. Sus ojos se desvían como si fuera un maldito voyeur, pero ve mi sonrisa lasciva y se ríe: —Eres igual que todos los demás. Solo después de un rato abre el cajón de la mesilla de noche y busca a tientas el vibrador de Marieke.

Me incorporé y encendí un cigarrillo. Ella jugueteó con el vibrador un rato, aparentemente intentando superar cierta inhibición a pesar de su embriaguez, como revelaba su mirada insegura. Me incliné hacia adelante y tomé su mano con el vibrador, guiándolo con suaves curvas hacia adentro, rozando juguetonamente la punta contra sus labios vaginales, presionando con cuidado el vibrador dentro de su vagina con su mano. Me miró, ligeramente avergonzada, su mirada transformándose gradualmente en una determinación propia de la embriaguez.

Tras otra mirada de reojo, introduce el vibrador profundamente. Alterna entre frotarse el clítoris y usar desesperadamente el vibrador en sí misma. Le lleva mucho tiempo; gime, se queja y se lamenta de que no funciona. Se me pone dura solo de verla luchar por alcanzar el orgasmo. Apenas puedo contenerme; es tan excitante verla tan de cerca intentando darse placer. Cada vez que está cerca del orgasmo, suelta el clítoris y usa el vibrador con timidez, sin llegar al clímax.

—¡No puedo! —gime suavemente, temblando y con lágrimas corriendo por sus mejillas. Tan repentinamente como empezó, todo termina; el vibrador es arrojado descuidadamente sobre la sábana. —¡No puedo! —repite, tumbada como muda, cubriéndose los ojos con el antebrazo, con la otra palma presionada contra la vulva.

final

Su espectáculo me volvió completamente loco. Ahora estoy arrodillado frente a ella, con la erección lista, apenas capaz de contenerme, aunque puedo ver que está completamente agotada y totalmente borracha. Su impotencia, sus lágrimas y su masturbación balbuceante y ebria han despertado mis fantasías más sedientas de poder, han liberado a mis demonios hambrientos. Tengo que correr y follar ahora, así que me acerco, la agarro y la coloco de manera que esté sostenida por las almohadas. Luego me arrodillo, agarro sus nalgas con ambas manos para poder levantarla e intento penetrarla. Con un suspiro de sorpresa, deja escapar un leve dolor cuando finalmente encuentro su abertura, sondeando entre sus labios, y entro en ella. Reconoce mi firmeza decidida y murmura que no debo correr. ¡Solo gruño, sabiendo que la voy a llenar hoy, pase lo que pase!

Agarro sus nalgas y la follo muy, muy despacio, pensando en Marieke y su vibrador. En mi frenesí, me enfado un poco e imagino que estoy dentro de Marieke, con quien en realidad estoy bastante enfadado porque era a ella a quien realmente quería follar. Esta vez me tomo mucho tiempo; gime de placer con cada embestida, mientras sus dedos juegan con su clítoris.

Se masturba sin cesar en su frenesí; siento lentamente que mi orgasmo se acerca y le agarro las nalgas. Pero cuando me incorporo un momento después para comenzar el clímax, duda y deja de masturbarse, mirándome con temor porque en realidad no quiere que continúe follándola, no quiere que eyacule. Sus ojos se empañan de lágrimas al notar mi inmovilidad y me pregunta sin voz si estoy a punto de eyacular dentro de ella.

Niego con la cabeza y murmuro: “¡Sí, ahora mismo! ¡Estoy a punto de correr!”. Solo la oigo a lo lejos, porque se tensa y ya no quiere más. Susurra, con la voz ahogada por las lágrimas: “¡Por favor, no me dejes embarazada!”, aunque se da cuenta de que lo único que quiero ahora es follar y correr. La agarro con firmeza por las nalgas, la presiono contra mí y la penetro lenta y profundamente en la vagina. La abrazo con fuerza, sin querer soltarla, y sigo follándola sin piedad. Mis manos se clavan en sus nalgas, la presiono con fuerza contra mí y la penetro deliberadamente y con

puro placer. De repente, se rinde, entra y sale, y finalmente abre las piernas por completo, dejándome entrar suave y voluntariamente a pesar de sus lágrimas, susurrando una y otra vez: "¡Sí, vamos, fóllame, corre!". De alguna manera, presiento su complicidad para cruzar la línea juntos, para romper la regla, y no pienso en que la embriaguez y la codicia se han apoderado de mí. Estoy borracho y, sin embargo, sé que le estoy haciendo un flaco favor; sé de antemano que eyacularé dentro de ella, ¡cueste lo que cueste!

La follo jadeando como un toro, empujando deliberada y poderosamente como el pistón de una máquina de vapor, adentro y afuera, adentro y afuera. Me excito cada vez más y siento mi polla golpeando contra el extremo suave de su vagina. Con cada embestida, se excita más, presiona sus dedos contra su clítoris y me folla con los ojos asustados y abiertos, las lágrimas corriendo por sus caras de nuevo, follándome como una loca. "¡Vamos, correte ya!" balbucea, su lengua pesada, y ahora empuja su coño excitado contra mi polla. Sus ojos se nublan con lágrimas mientras jadea, "¡Sí! ¡Fóllame! ¡Corre ya!" y continúa follando a mi pequeño, ¡follándome y follándome como una furia!

Su rostro se contorsiona en una mueca de esfuerzo bañada en lágrimas mientras me folla, completamente intoxicada y como una loca, jadeando: "¡Sí, ven, ven! ¡Ven!" Después de un último trino furioso en mi clítoris, se detiene de repente y se corre, abrupta e intensamente. Como una furiosa tormenta, es sacudida por el orgasmo, meciendo sus caderas de un lado a otro mientras la sujeto firmemente en un tornillo de banco. Inclina la cabeza hacia adelante, medio cachonda, medio indefensa, mirándose a sí misma, pero la observo en mis propios espasmos crecientes, observando cómo su cuerpo se convulsiona hacia adelante en el orgasmo, su coño contrayéndose rítmicamente alrededor de mi polla. Las convulsiones rítmicas y succionantes de su coño me excitan intensamente, intensificando la anticipación de la inminente erupción en mi bajo vientre. Permanezco inmóvil, sintiendo mi polla palpitar contra la punta pulsante y áspera de su vagina. Lenta y suavemente se frota el clítoris para prolongar sus espasmos orgásmicos. "¡Sí, vamos, fóllame!"

En medio de este orgasmo interminable, exploto, probablemente el mejor momento para una polla vieja. Ella jadea cuando mi polla se mueve repentinamente dentro de su vagina y dispara el

primer chorro de semen dentro de ella. Siente la explosión de jugo caliente dentro de ella y abre la boca como en un grito silencioso que inmediatamente se convierte en una sonrisa de satisfacción. Me mira directamente a los ojos y abraza mis caderas con exigencia. Involuntariamente, contiene la respiración, abre su cuerpo suave y ampliamente, recibe mis embestidas y chorros con un susurro de "¡Sí! ¡Chorro!" y reconoce cada embestida del pistón eyaculador con un suave contraempuje de su pelvis. Con un sonido de gorgoteo dichosamente ebrio, deja que mi semen eyacule dentro de ella, se aferra a mí con sus manos y, voluntaria y suavemente, deja que todo fluya dentro de ella.

Cuando dejo de embestir y eyacular, ella contiene la respiración, saca suavemente mi pene con los dedos —¡me doy cuenta de que todavía está increíblemente excitada!— y mira mi miembro aún erecto con una mirada borrosa e incierta. Sin transición, lo frota rápidamente contra sus labios vaginales varias veces. Lo introduce profundamente dentro de ella de nuevo e intenta seguir follándome. ¡Como si fuera tan fácil otra vez! Pero soy un hombre viejo, y no podría ser más evidente: mi pene pierde rápidamente toda contención. "Basta", jadeo, y solo entonces me suelta. Me desplomo en la cama junto a ella, completamente exhausto.

Escapar

En ese instante, veo a Marieke de pie bajo el marco de la puerta. Debe de haber entrado en silencio y lleva allí quién sabe cuánto tiempo, observándonos con ojos brillantes y febriles. ¡La noche es un completo desastre! Aturdida, me levanto de un salto y me voy a mi habitación medio vestida, después de darle un rápido beso en la mejilla a Inue y pasar sigilosamente junto a Marieke con la cabeza gacha.

318 (o su compañero de cama) ronca como un oso. Ya no aguanto más y golpeo la pared, dándoles puñetazos a los italianos uno por uno. Primero silencio, luego los gruñidos indignados de 318, y finalmente paz.

Estoy decepcionado con Marieke, que casi con toda seguridad se ha acostado con uno o más, o incluso con todos, los raperos en el mugriento baño de una discoteca o en la parte trasera de un Bentley o un Rolls-Royce. Estoy decepcionado conmigo mismo y con Inue, que sacó a relucir mis demonios más oscuros. Estoy decepcionado conmigo mismo porque toda la noche fue un desastre. Y porque...

¡Oh, vamos, pueden irse todos al infierno!